

Seix Barral Biblioteca Formentor

Kelly Link

A mí no me engañas



ÍNDICE

PORTADA
DEDICATORIA
LOS DEL VERANO
A MÍ NO ME ENGAÑAS
IDENTIDAD SECRETA
LA MORALEJA
EL VALLE DE LAS CHICAS
ORÍGENES
EL NUEVO NOVIO
DOS CASAS
LUZ
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para Henry William Link III

LOS DEL VERANO

Se despertó mientras su padre la rociaba como a una planta marchita, pulverizador en mano.

—Fran —decía él—. Fran. Despierta, cariño. ¡Arriba!

Fran tenía gripe, aunque en realidad parecía que la gripe la tenía a ella, que la había secuestrado. En consecuencia, llevaba tres días faltando a clase. La noche anterior se había tomado tres comprimidos antigripales con antihistamínico y se había quedado dormida en el sofá mientras en la tele un señor lanzaba cuchillos. Tenía la cabeza como forrada de fieltro y mocos, y la cara mojada de fertilizante aguado.

—¡Para! —pidió con voz ronca—. Ya estoy despierta.

Le entró un ataque de tos tan fuerte que tuvo que sujetarse los costados antes de poder incorporarse. Su padre no era más que una silueta oscura en una habitación llena de sombras, pero su mero volumen era un mal presagio. Aunque el sol aún no se había asomado a la cima de las montañas, había luz en la cocina y también una maleta junto a la puerta. Sobre la mesa, un plato de huevos revueltos. Fran estaba hambrienta.

El padre continuó hablando:

—Voy a estar fuera un tiempo. Una semana o puede que tres; más no. Mientras tanto, tendrás que cuidar de los del verano. Este fin de semana vendrán los Roberts, así que mañana o pasado tendrás que hacerles la compra. Que no se te olvide mirar la fecha de caducidad de la leche y cambiar las sábanas de todas las camas. He dejado las fechas de todas las casas sobre la encimera, y la gasolina que hay en el coche debería bastar para hacer las rondas.

—Espera —dijo Fran; todas las palabras le dolían—. ¿Adónde vas?

Él se sentó en el sofá a su lado y se sacó algo de debajo. Se lo mostró: uno de los viejos juguetes de Fran, el huevo mono.

—Ya sabes que estos cacharros no me gustan. ¿Tanto te costaría guardarlos?

—Hay muchas cosas que a mí no me gustan —repuso Fran—. ¿Adónde vas?

—A un grupo de oración de Miami que he encontrado en internet —dijo su padre.

Se le acercó y le puso la mano en la frente. La tenía tan fresca que su tacto reconfortante hizo que a Fran le llorasen los ojos.

—Ya no estás ardiendo.

—Lo que sí sé es que tu deber es quedarte aquí y cuidar de mí —le advirtió Fran—. Eres mi papi.

—Pero ¿cómo voy a cuidar de ti si no estoy bien? Ya sabes las cosas que he hecho.

Fran no lo sabía, pero se lo imaginaba.

—Anoche saliste —le dijo—. Estuviste bebiendo.

—No hablo de anoche, hablo de toda la vida.

—Pero... —protestó Fran, y tosió de nuevo.

Estuvo tosiendo tanto rato y tan fuerte que vio chiribitas. A pesar de lo mucho que le dolían las costillas y de que tan pronto como conseguía aspirar una buena bocanada de aire la tosía, las cápsulas que había tomado hacían que todo pareciera tan placentero que su padre podría haber estado recitando poesía. Se le cerraban los ojos. A lo mejor más tarde, cuando se despertase, él le haría el desayuno.

—Si alguien pasa por aquí, diles que me he ido. Fran, el hombre que te diga que conoce la hora y el día, o es un mentiroso o un necio. Lo único que se puede hacer es estar preparado.

Le dio una palmadita en el hombro y le acomodó la colcha alrededor de las orejas. Cuando despertó de nuevo, era después de mediodía y hacía horas que su padre había partido. Tenía treinta y nueve de fiebre. El pulverizador para plantas le había provocado un sarpullido en las mejillas.

El viernes Fran fue a clase. Desayunó una cucharada de crema de cacahuete y cereales sin leche, y, al pararse a pensar, no recordaba cuándo había comido por última vez. Salió a la carretera a coger el autobús del instituto y la tos asustó a los cuervos.

Se pasó las tres primeras clases, incluyendo la de cálculo, cabeceando; hasta que tuvo tal ataque de tos que la profesora la mandó a la enfermería. Sabía que lo más probable era que la enfermera quisiera llamar a su padre y enviarla a casa, y eso podía desembocar en problemas. Pero de camino a la consulta Fran se encontró con Ophelia Merck. Estaba de pie junto a su taquilla.

Ophelia Merck tenía coche propio: un Lexus. Su familia era una de las que solía pasar allí el verano, pero ahora vivían todo el año en la casa que tenían en Horse Cove, junto al lago. Tiempo atrás, Fran y ella habían pasado las tardes de todo un verano jugando con sus Barbies mientras el padre de Fran retiraba nidos de avispas con humo, retocaba la pintura de los paneles de cedro o derribaba vallas viejas. No se habían vuelto a tratar desde entonces, a pesar de que en más de una ocasión el padre le había llevado un par de bolsas grandes de ropa de Ophelia, que Fran heredaba. Algunas de las prendas aún tenían la etiqueta colgada.

Al final dio un estirón y así se acabó lo de las bolsas, pues Ophelia era menuda. Según Fran, en otros aspectos tampoco había cambiado mucho: seguía siendo guapa, tímida, mimada y hacía todo lo que le decías. Corría el rumor de que su familia había decidido marcharse de Lynchburg y vivir todo el año en Robbinsville cuando una profesora la pilló en el baile del instituto besándose en el baño con otra chica. O eso o al señor Merck lo habían suspendido por malas prácticas. De hecho, ésta era la otra teoría: escoge la que más te guste.

—Ophelia Merck —dijo Fran—. Necesito que me acompañes a la enfermería. Tengo que ir a ver a Tannent y sé que me va a mandar a casa. Alguien tendrá que llevarme.

Ophelia abrió la boca y la volvió a cerrar. Asintió con la cabeza.

Le había vuelto a subir la fiebre a treinta y nueve, así que la enfermera le dio un justificante

para ausentarse del recinto escolar y otro a Ophelia.

—No sé dónde vives —comentó ésta.

Estaban en el aparcamiento y buscaba las llaves del coche.

—Toma la carretera 129.

Ophelia asintió.

—Está subiendo por Wild Ridge, más allá del coto de caza. —Se recostó en el reposacabezas y cerró los ojos—. Ay, mierda. Se me había olvidado: ¿podemos pasar primero por la tienda? Tengo que preparar la casa de los Roberts.

—Supongo que sí.

En la tienda, Fran cogió leche, huevos, pan de molde integral y embutidos para los Roberts. Para ella, paracetamol y medicinas para el catarro, además de una botella de zumo de naranja recién exprimido, burritos para calentar en el microondas y unos gofres.

—Ponlo en la cuenta —le dijo a Andy.

—Me han dicho que la otra noche tu papi se metió en un lío.

—Ah, ¿sí? Ayer por la mañana se fue a Florida. Dice que tiene que hacer las paces con Dios.

—Yo diría que no es precisamente con él con quien tiene que hacer las paces —contestó Andy.

Fran se apretó la palma de la mano contra el ojo, que le ardía.

—¿Qué ha hecho?

—Nada que no se arregle con buenos modales y un poco de unto. Dile que ya lo hablaremos cuando vuelva.

La mitad de las veces que su padre se daba a la bebida, Andy y su primo Ryan tenían algo que ver, por mucho que aquél fuese un condado seco. En la furgoneta que aparcaba detrás de la tienda, Andy tenía toda clase de bebidas alcohólicas esperando a todo el que las quisiera y supiera a quién preguntar. Lo bueno lo traía de Andrews, el condado vecino; pero lo mejor era lo que hacía el padre de Fran. Todo el mundo decía que sus brebajes eran demasiado buenos para ser estrictamente naturales. Y no les faltaba razón. Cuando no estaba reconciliándose con Dios, se metía en toda clase de líos, así que Fran supuso que en aquella ocasión se habría comprometido a suministrar algo y Dios no le iba a permitir cumplir su promesa.

—Vale, ya se lo diré.

Ophelia estaba leyendo la lista de ingredientes de una chocolatina, pero Fran sabía que no se le escapaba detalle de la conversación.

—Que me estés haciendo un favor no significa que te tengas que enterar de mis asuntos —le dijo cuando llegaron al coche.

—Vale —respondió Ophelia.

—De acuerdo. Bien. Igual me podrías acercar a casa de los Roberts. Está en...

—Ya sé dónde está —dijo Ophelia—. Mi madre estuvo allí todo el verano jugando al bridge.

Los Roberts guardaban la llave de repuesto debajo de una roca de mentira, igual que todo el mundo. Ophelia se quedó frente a la puerta, como esperando a que la invitase a entrar.

—Venga, entra —la instó Fran.

No se podía decir mucho de la casa de los Roberts: abundante tela de cuadros escoceses y gran profusión de jarras con forma de personajes famosos y figuras de perros en distintas fases de

la caza: olisqueando, señalando la presa o trotando con ella sujeta suavemente entre las fauces.

Fran hizo las camas de las habitaciones más pequeñas y pasó la aspiradora a toda prisa por la planta baja, mientras Ophelia se encargaba del dormitorio principal y de la araña que se había construido un hogar en la papelera. Se la llevó afuera y Fran no tuvo ánimos para mofarse de ella por eso. Fueron de estancia en estancia comprobando que había bombillas en todas las lámparas y que la televisión por cable funcionaba. Mientras trabajaban, Ophelia canturreaba; las dos estaban en el coro y, sin darse cuenta, Fran se puso a evaluar su voz. Soprano: cálida y luminosa al mismo tiempo; mientras que Fran era una contralto muy dada a los gallos, incluso cuando no tenía gripe.

—Basta ya —dijo en voz alta, y Ophelia se detuvo y la miró—. No, tú no.

Abrió el grifo de la cocina y esperó hasta que el agua salió clara. Estuvo tosiendo un buen rato y escupió en el desagüe. Eran casi las cuatro.

—Ya está todo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Ophelia.

—Como si me hubieran dado una paliza.

—Venga, que te llevo a casa —dijo Ophelia—. ¿Hay alguien? Lo digo por si te pones peor.

Fran no se molestó en contestar, pero, en algún lugar entre las taquillas del instituto y el dormitorio de los Roberts, Ophelia parecía haber decidido que ya habían roto el hielo. Le habló sobre un programa de televisión y sobre la fiesta del sábado a la que ninguna de las dos iba a asistir, y Fran empezó a sospechar que en otra época, en Lynchburg, Ophelia había tenido amigos. Se quejaba de los deberes de cálculo, le contó que se estaba tejiendo un jersey y le recomendó una banda de roqueras que quizá le gustase. Incluso se ofreció a grabarle un disco. Según iban atravesando los campos, no paraba de exclamar:

—Es que no me acostumbro. Me refiero a vivir aquí todo el año —aclaró Ophelia—. Ya sé que llevamos aquí doce meses, pero... es que ¡es todo tan bonito! Es como estar en otro mundo, ¿no te parece?

—No sé —respondió Fran—. Nunca he salido de aquí.

—Oh —contestó Ophelia sin que la réplica la afectase demasiado—. Bueno, te lo digo yo: esto es una preciosidad. Todo es tan bonito que casi duele mirarlo. Me encantan las mañanas, cuando la niebla lo cubre todo. ¡Y los árboles! Y en las carreteritas, a cada curva hay una cascada. O un prado lleno de flores. Por no hablar de las hondonadas, como decís vosotros. —Fran oyó las comillas invisibles que abarcaban la palabra—. No sabes qué vas a ver ni con qué te vas a encontrar hasta que estás allí mismo, en mitad de toda esta belleza. ¿Vas a solicitar plaza en la universidad para el año que viene? Yo estoy pensando en hacer Veterinaria; no puedo más con las clases de lengua y literatura. Animales grandes, nada de perritos falderos ni de cobayas. A lo mejor voy a California.

—Nosotros no somos de los que van a la universidad.

—Oh —respondió Ophelia—. Pues tú eres mucho más lista que yo, que lo sepas. Por eso pensaba que...

—Gira aquí —dijo Fran—. Ve con cuidado, que no está asfaltado.

Subieron por el camino que discurría por entre los arbustos de laurel hasta llegar a la pequeña pradera con el riachuelo sin nombre. Fran oyó suspirar a Ophelia, que debía de estar haciendo lo

posible por no comentar lo hermoso que era el paisaje. Y vaya si lo era. Fran lo sabía. La casa estaba prácticamente escondida, como una novia tras un velo de enredaderas: *Clematis virginiana* y madreselva; montones de rosales trepadores de flores rosas y blancas que ocupaban todo el porche y amenazaban con hundir el tejado. Abejorros de patas acorazadas con polvo dorado zigzagueaban entre la hierba; un poco más de polen y no serían capaces de volar.

—Es vieja —dijo Fran—. Necesita un tejado nuevo. Mi bisabuelo la compró por catálogo. Unos hombres subieron la montaña con las piezas y los cherokees que aún no se habían marchado vinieron a ver cómo la construían.

Se sorprendía de sí misma: lo siguiente iba a ser invitarla a dormir a casa.

Abrió la puerta del coche, se bajó como pudo y cogió la bolsa de la compra. Antes de poder agradecerse, Ophelia ya había salido del vehículo.

—¿Sería...? —preguntó, titubeante—. ¿Te importa si entro un momento al baño?

—Sólo tenemos un retrete en el patio de atrás —dijo Fran con cara de póquer, pero enseguida capituló—: Bueno, venga; es un baño normal y corriente. Pero es que no está muy limpio.

Cuando entraron en la cocina, Ophelia no dijo nada; no obstante, Fran la vio fijarse en todo: los platos acumulados en el fregadero, la almohada y la colcha raída en el sofá hundido. Las montañas de ropa sucia junto a la lavadora que había en la cocina. Los huecos de la ventana por donde se habían colado los zarcillos de las enredaderas.

—Me imagino que te hará gracia que mi padre y yo nos ganemos la vida cuidando de las casas de los demás pero que la nuestra esté hecha unos zorros.

—No, estaba pensando que tendría que haber alguien que cuidara de ti —contestó Ophelia—. Al menos mientras estés enferma.

Fran se encogió de hombros.

—Me las apaño sola —dijo—. El baño está por ese pasillo.

Cuando se quedó a solas, se tomó dos cápsulas antigripales con el último trago de ginger ale que había en la nevera. Se había quedado sin gas, pero seguía frío. Se tumbó en el sofá, se tapó hasta las cejas con la colcha y se acurrucó entre los cojines, que estaban llenos de bultos. Le dolían las piernas y tenía las mejillas ardiendo y los pies helados.

Un minuto más tarde, Ophelia se sentó a su lado.

—Ophelia —le dijo—, te agradezco mucho que me hayas acompañado a casa y que me hayas ayudado en casa de los Roberts, pero no me gustan las chicas. No te pongas bollera conmigo, ¿vale?

—Te he traído un vaso de agua. Tienes que tomar líquidos.

—Mmm —dijo Fran.

—¿Sabes qué?, un día tu padre me dijo que yo iría al infierno. Estaba en mi casa haciendo no sé qué; arreglando una tubería que había reventado o algo así. No sé ni cómo lo sabía porque creo que ni siquiera yo tenía ni idea. Todavía no. Después de decirme eso, no te trajo más a jugar conmigo, pero yo nunca se lo conté a mi madre.

—Mi padre piensa que todo el mundo va a ir al infierno —respondió Fran desde debajo de la colcha—. A mí me da igual donde me toque ir, mientras sea lejos de aquí y él no esté.

Ophelia se quedó callada un par de minutos, pero, como tampoco se marchaba, al final Fran

asomó la cabeza. Ophelia tenía uno de sus juguetes en la mano: el huevo mono. Le estaba dando vueltas.

—Dame —dijo Fran—, que te enseñe cómo funciona.

Dio cuerda al huevo con la llave de filigrana y lo posó en el suelo. El juguete empezó a vibrar furiosamente. Como un resorte, del hemisferio inferior salieron un par de patas y una cola de escorpión hechas de latón repujado, y el huevo se tambaleó de aquí para allá sobre ellas mientras la cola articulada se enroscaba y se estiraba. Se abrieron un par de portillas en la parte superior y salieron dos brazos que tamborilearon la cúpula del huevo hasta que ésta hizo clic y se abrió. De dentro emergió la cabeza del mono con un trozo de cáscara a modo de sombrero. Abría y cerraba la boca con su cháchara frenética y entornaba los ojos, que estaban hechos con una piedra de granate de color rojo. Los brazos describían círculos cada vez más grandes en el aire, hasta que se le acabó la cuerda y todas las extremidades se retrajeron al interior.

—¿Qué diantres...?! —exclamó Ophelia.

Recogió el huevo y resiguió el contorno de las piezas con el dedo.

—Es un recuerdo de familia —explicó Fran.

Sacó el brazo de debajo de la colcha, cogió un pañuelo de papel y se sonó la nariz por vez número mil.

—No se lo hemos robado a nadie, si eso es lo que piensas.

—No —dijo Ophelia, y frunció el ceño—. Es que nunca he visto nada igual. Es como un huevo Fabergé; debería estar en un museo.

Había muchos juguetes más: el gato risueño y el elefante que bailaba vals; el cisne al que se le daba cuerda para que persiguiese al perro. Y otros con los que Fran no jugaba desde hacía años. La sirena que se peinaba las piedras preciosas del pelo. Baratijas para críos, las llamaba su madre.

—Ahora me acuerdo... Cuando venías a jugar a mi casa, un día trajiste un pececito plateado. Era más pequeño que mi dedo meñique, y cuando lo metimos en la bañera no paraba de nadar. También tenías una cañita de pescar y un gusano dorado que se retorció en el anzuelo. Me dejaste pescarlo, y cuando lo conseguí habló. Me dijo que si lo soltaba me concedería un deseo.

—Pediste dos pedazos de tarta de chocolate.

—Y luego mi madre hizo una, ¿verdad? —dijo Ophelia—. El deseo se hizo realidad, pero sólo me pude comer un trozo. A lo mejor ya sabía que la iba a preparar, pero ¿para qué pedir lo que ya me iban a dar?

Fran no decía nada; estaba mirando a Ophelia con los ojos entornados, como a través de una rendija.

—¿Todavía tienes el pececito?

—Sí, está por ahí. El mecanismo dejó de funcionar y ya no concedía deseos. Creo que no me importó, porque tenían que ser deseos pequeños.

—Jaja. —Ophelia se levantó—. Mañana es sábado. Vendré por la mañana para asegurarme de que estás bien.

—No hace falta.

—Ya lo sé. Pero vendré igualmente.

Según dijo el padre de Fran un día que estaba borracho, antes de iluminarse con la religión, cuando haces por los demás cosas que podrían hacer ellos mismos pero te pagan por hacerlas, los dos os acostumbráis.

Otras veces no te pagan y eso se llama caridad. Al principio la caridad es incómoda, aunque luego deja de serlo. Después de una temporada, tal vez empieces a sentirte mal si no haces por ellos una cosa más y después otra más y otra y otra. Puede incluso que pienses que eso te hace inestimable, porque te necesitan. Y cuanto más te necesiten, más los necesitas tú. La balanza se desequilibra. No lo olvides, Franny. A veces estás en un lado de la ecuación y otras, en el lado opuesto: debes saber dónde estás y si debes algo. A menos que consigas restablecer el equilibrio, así es como quedará la cosa.

Fran, hasta las cejas de medicina para el catarro, febril y sola en la casa que su bisabuelo compró por catálogo y que se escondía tras un velo de rosas, soñó —como todas las noches— con escapar. Se despertaba cada dos horas deseando que alguien le trajera otro vaso de agua, se le empapó la ropa de sudor, se quedó fría y después volvió a sudar como una caldera.

Aún estaba en el sofá cuando llegó Ophelia y llamó con los nudillos en la mosquitera.

—¡Buenos días! O mejor dicho, buenas tardes. Bueno, ya es mediodía. Te he traído naranjas para hacer zumo y, como no sabía si prefieres las salchichas o el beicon, te he cogido un bollo de cada.

Fran se incorporó con gran esfuerzo.

—¡Fran! —exclamó Ophelia, y se quedó de pie frente al sofá con un bollo con forma de cabeza de gato en cada mano—. ¡Qué mala cara tienes! —Le rozó la frente con los nudillos—. Menuda fiebre. Ya sabía yo que no tendría que haberte dejado sola. ¿Qué hago? ¿Te llevo a urgencias?

—Nada de médicos —pidió Fran—. Querrán saber dónde está mi padre. ¿Agua?

Ophelia salió corriendo hacia la cocina.

—Necesitas antibióticos. O algo, no sé. ¿Fran?

—Toma esto.

Cogió una factura de un montón de correo que había en el suelo y sacó el sobre franqueado. Se arrancó tres pelos de la cabeza, los metió dentro, lo lamió y lo cerró.

—Lleva esto hasta donde la carretera se cruza con el canal —dijo—. Arriba del todo.

Tosió y algo seco se le agitó dentro de los pulmones como si fuera un sonajero.

—Cuando llegues a la casa grande, ve por la parte de atrás y llama a la puerta. Di que te envío yo. Tú no verás a nadie, pero sabrán que vas de mi parte. Después de llamar, entra. Sube directamente al piso de arriba. Pero ¡directamente! Y mete el sobre por debajo de la puerta. La tercera bajando el pasillo, ya sabrás cuál. Luego esperas en el porche y me traes lo que te hayan dado.

Ophelia la miró como si estuviera delirando.

—Ve —insistió Fran—. Si no hay ninguna casa o si la que hay no es la que te digo, vuelve y

dejaré que me lleves a urgencias. O si la encuentras, te entra el canguelo y no eres capaz de hacer lo que te pido, vuelve e iremos al hospital. Pero si haces lo que te digo, será como lo del pececito.

—¿Como lo del pececito? —preguntó Ophelia—. No te entiendo.

—Ya lo verás. Atrévete —dijo Fran esforzándose por parecer alegre—. Como las chicas de las baladas. Antes de irte, ¿me traes otro vaso de agua?

Ophelia se marchó.

Fran se quedó tendida en el sofá, tratando de adivinar qué estaría viendo Ophelia. De vez en cuando se llevaba una especie de catalejo al ojo: algo mucho más útil que cualquiera de las baratijas. Lo primero que vio a través de él fue el camino, el que parecía acabar sin más. Pero, si uno se fijaba bien, la senda cruzaba el riachuelo que subía la loma y desde allí salía el canal hacia abajo. La pradera desaparecía entre los arbustos de laurel y después venían los árboles cubiertos de rosales trepadores, de modo que uno ascendía entre cortinas de rosa y blanco. Una tapia de piedra medio derruida y, por fin, la casa grande. Hecha de piedra en seco, los muros estaban tan envejecidos por el paso del tiempo como la tapia en ruinas. Tenía dos pisos, una cubierta de pizarra, un largo porche de tejado inclinado y postigos de madera tallada que dejaban a todas las ventanas ciegas. Dos manzanos retorcidos y viejos: uno cargado de fruta y el otro yermo y con la corteza plateada ennegrecida. Entre los dos, Ophelia encontró el camino de musgo que conducía a la puerta trasera; en el dintel encontró una palabra tallada en la piedra: ATRÉVETE.

Y esto es lo que Fran vio que hacía Ophelia: después de llamar a la puerta, vaciló apenas un instante y después la abrió.

—¿Hola? Me envía Fran —anunció en voz alta—. Está enferma. ¿Hola?

No contestó nadie.

Así que Ophelia respiró hondo y atravesó el umbral para adentrarse en un pasillo oscuro y abarrotado de cosas. Había una habitación a cada lado y, al final, una escalera. En la losa de piedra que tenía delante decía: ATRÉVETE. ATRÉVETE. A pesar de la invitación, Ophelia no parecía tener la tentación de investigarlas y Fran pensó que era muy sensato por su parte: había pasado la primera prueba con éxito. Lo lógico sería pensar que tras una de las puertas había un salón y que detrás de la otra, una cocina; pero te equivocarías. Una era la Habitación de la Reina y la otra lo que Fran llamaba la Habitación de la Guerra.

Las paredes del pasillo estaban cubiertas de mohosas columnas de revistas, catálogos y periódicos, enciclopedias y novelas góticas. El espacio que quedaba entre ellas era tan estrecho que hasta Ophelia, tan menuda como era, tenía que avanzar de lado. Del interior de bolsas de papel y sacos de plástico sobresalían piernas de muñecas, cubiertos de plata, trofeos de tenis, frascos de conservas, cajas de cerillas vacías y dentaduras postizas, y otros objetos mucho más insólitos. Sería normal pensar que al otro lado de sendas puertas habría aún más pilas a punto de desmoronarse y montones de trastos viejos, y no te equivocarías. Pero también había otras cosas. Al pie de la escalera, grabado en la primera contrahuella, había otro consejo para invitados como Ophelia: ATRÉVETE, ATRÉVETE; PERO NO DEMASIADO.

Fran supo que los dueños de la casa, muy juguetones ellos, habían vuelto a las andadas. Uno había adornado la balaustrada con plumas de pavo real, guirnaldas de Navidad plateadas y hiedra. Otro había pegado a la pared con chinchetas multitud de siluetas recortadas, polaroids, ferrotipos

y fotos de revistas; capa sobre capa sobre capa: cientos de ojos vigilando a Ophelia avanzar con cautela por los peldaños.

Tal vez ella no se fiase de que no estuvieran podridos, pero los escalones eran seguros. Alguien había cuidado muy bien de la casa.

Al llegar arriba descubrió que la moqueta era mullida, casi esponjosa. «Musgo —pensó Fran—. Han vuelto a cambiar la decoración. Me costará una eternidad limpiar eso.» Aquí y allá afloraban setas blancas y rojas que formaban bonitos círculos sobre el musgo. También había más juguetes esperando que alguien jugase con ellos: un dinosaurio que necesitaba que le diesen cuerda y un vaquero de pega encaramado a sus hombros de latón y cobre. Cerca del techo, dos dirigibles acorazados flotaban amarrados a una lámpara con sendas cintas color escarlata. Los cañones de los zepelines funcionaban a la perfección y habían perseguido a Fran por el pasillo más de una vez; al llegar a casa había tenido que sacarse los diminutos perdigones de plomo de las espinillas con pinzas. Sin embargo, en ese momento se estaban comportando.

Ophelia pasó frente a una puerta, dos puertas, y se detuvo ante la tercera. Encima había un aviso final: ATRÉVETE, ATRÉVETE; PERO NO DEMASIADO, NO SEA QUE EL CORAZÓN SE TE QUEDE HELADO. Posó la mano en el pomo pero no lo giró. «No tiene miedo, pero tampoco es tonta —pensó Fran—. Eso les gustará.» O no.

Se agachó para meter el sobre de Fran por debajo de la puerta y en ese instante pasó algo: un objeto se deslizó desde su bolsillo y aterrizó sobre la moqueta de musgo.

Ya en el otro extremo del pasillo, se detuvo frente a la primera puerta. Parecía haber oído algo o a alguien. Música, tal vez. O una voz que pronunciaba su nombre. Una invitación. El pobre corazón dolorido de Fran se llenó de dicha: ¡les había caído bien! Pues claro que sí, ¿a quién no le caía bien Ophelia?

Bajó la escalera y pasó por entre las torres de trastos y cacharros. Salió al porche y se sentó en el balancín, pero no se columpió. Parecía estar pendiente de la casa y, al mismo tiempo, del jardincito de rocas de atrás, que enseguida se topaba con la montaña. Había hasta una cascada, y Fran esperaba que a Ophelia le gustase. Porque antes no había nada de eso: era todo en su honor, para Ophelia, que opinaba que las cascadas eran una preciosidad.

Sentada en el porche, no paraba de volver la cabeza a un lado y a otro, como si temiese que alguien se le fuera a acercar a hurtadillas por la espalda. Pero allí no había más que abejorros carpinteros que volvían con sus alforjas de oro y un picapinos que taladraba buscando larvas. Había una marmota en un claro de hierba aplastada, y, cuanto más miraba Ophelia, más cosas veían ella y Fran. Una pareja de crías de zorro durmiendo bajo un laurel. Una cierva y un cervatillo tirando de las enredaderas de los árboles más jóvenes. Hasta un oso pardo que aún conservaba mechones del pelaje del último invierno, olisqueando por encima de la loma que había junto a la casa. Mientras Ophelia se quedaba fascinada, sentada en el porche de aquella morada tan peligrosa, Fran se hizo un ovillo en el sofá; irradiaba olas de calor. Temblaba con tal violencia que le castañeteaban los dientes y se le cayó el catalejo al suelo. «Tal vez me esté muriendo —pensó Fran—, y por eso ha venido Ophelia.»

Fran dormitaba y al mismo tiempo estaba atenta a la llegada de Ophelia. Quizá hubiera hecho algo mal y no le enviaran nada para ayudarla. O a lo mejor no le devolvían a Ophelia, con su bonita voz de soprano, su timidez, su amabilidad innata. Sus rizos rubio platino. Les gustaban las cosas brillantes. En cuanto a eso, eran como urracas; y en otros sentidos, también.

Pero, por fin, allí estaba ella, con los ojos como platos y la cara iluminada como un farolillo.

—Fran. Fran, despierta. He ido hasta allí y ¡me he atrevido! ¿Quién vive en esa casa?

—Los del verano —dijo Fran—. ¿Te han dado algo para mí?

Ophelia posó un objeto sobre la colcha. Como todo lo que hacían los del verano, era muy bonito: una ampolla de cristal nacarado del tamaño de un pintalabios con una serpiente esmaltada de color verde enroscada a su alrededor. La cola hacía las veces de tapón. Fran tiró de ella y se desenroscó. De la boca del frasquito salió una pequeña vara y se desenrolló una tira de seda con una leyenda bordada: «Bébeme».

Ophelia contemplaba con los ojos brillantes de tantas maravillas.

—Me senté a esperar y ¡vi dos cachorros de zorro! Se acercaron al porche y arañaron la puerta hasta que se abrió. ¡Entraron tan campantes! Luego salieron y uno de ellos llevaba la botella en la boca; me la dejó a los pies y se marcharon tan contentos hacia el bosque. Fran, ha sido como un cuento de hadas.

—Sí —convino Fran.

Se llevó la ampolla a la boca y se bebió el contenido. Tosió, se pasó el dorso de la mano por los labios y después se la lamió.

—Me refiero a que cuando la gente dice que algo es como un cuento de hadas —aclaró Ophelia—, lo que quieren decir es que alguien se ha enamorado y se ha casado. Que serán felices para siempre. Pero esa casa, esos zorros, son un cuento de verdad. ¿Quiénes son los del verano?

—Así es como los llama mi padre —explicó Fran—. Menos cuando se pone religioso y le da por decir que son demonios que han venido a robarle el alma. Es porque le suministran bebida. Aunque él nunca ha tenido que cuidar de ellos: lo hacía mi madre. Y ahora que ella se ha ido, sólo me ocupo yo.

—¿Cuidas de ellos? —preguntó Ophelia—. ¿Te refieres a los Roberts?

Una ola de tremendo bienestar inundó a Fran. Por primera vez en varios días tenía los pies calientes y la garganta bañada en bálsamo y miel. Ni siquiera sentía la nariz tan irritada y roja.

—Ophelia...

—Dime.

—Creo que me voy a poner bien —dijo Fran—. Y eso es algo que tú has hecho por mí. Has sido valiente y una verdadera amiga, y ahora tengo que pensar cómo devolverte el favor.

—No he sido... —protestó Ophelia—. Quiero decir que me alegro de haberlo hecho, de que me lo pidieras. Prometo que no se lo contaré a nadie.

«Si lo contaras, te arrepentirías», pensó Fran, pero no dijo nada.

—Ophelia, necesito dormir. Después, si quieres, podemos hablar. Si te apetece, te puedes quedar mientras duermo. Pero sólo si quieres. No me importa que seas lesbiana. Hay gofres en la encimera y los dos bollos que has traído. A mí me gustan los de salchicha; el de beicon te lo puedes comer.

Y se quedó dormida antes de que Ophelia tuviera tiempo de contestar.

Lo primero que hizo al despertarse fue prepararse un baño. Se pasó revista frente al espejo: el pelo lacio, grasiento y más enredado que la melena de una bruja; además tenía ojeras, y cuando sacó la lengua vio que estaba amarilla. Una vez limpia y vestida, observó que los vaqueros le quedaban flojos y se le notaban todos los huesos.

—Podría comerme un burro —le confesó a Ophelia—, pero de momento me conformo con una cabeza de gato y un par de gofres.

Había zumo de naranja natural que Ophelia había servido en una jarra de cerámica. Fran prefirió no comentarle que a veces su padre la usaba de escupidera.

—¿Te importa si te hago preguntas sobre ellos? —inquirió Ophelia—. Sobre los del verano.

—No creo que pueda responder a todas tus preguntas, pero adelante.

—Cuando llegué allí y entré, pensé que debía de tratarse de una de esas personas que se confinan en casa. Alguien con síndrome de Diógenes. Lo he visto en la tele y a veces guardan hasta su propia caca. Y gatos muertos. Es horrible...

»Pero la cosa fue poniéndose cada vez más rara y, sin embargo, yo no tuve miedo. Me daba la sensación de que allí dentro había alguien y que se alegraban de verme.

—No suelen tener mucha compañía —explicó Fran.

—Sí, bueno..., entonces, ¿por qué acumulan todas esas cosas? ¿De dónde ha salido todo?

—Pues algunas cosas son de catálogos. Me mandan a la oficina de correos a recoger los paquetes. Otras veces se ausentan un tiempo y cuando vuelven traen cacharros. O me dicen lo que necesitan y yo se lo consigo. En general son cosas baratas de las tiendas de beneficencia, aunque una vez tuve que comprar cincuenta kilos de tuberías de cobre.

—¿Por qué? O sea, ¿qué hicieron con ellas?

—Cosas —respondió Fran—. Mi madre los llamaba «los mañosos». No sé qué hacen con todos los trastos, pero regalan cosas. Como juguetes, por ejemplo. Les gustan los niños. Y si haces algo por ellos, están en deuda contigo.

—¿Los has visto alguna vez?

—Sí, de vez en cuando. Pero no muy a menudo. La última vez era más pequeña: son muy tímidos.

Ophelia estaba prácticamente botando en la silla.

—¿Y tú cuidas de ellos? ¡Eso es alucinante! ¿Siempre han vivido allí?

Fran vaciló.

—No sé de dónde vienen y no están siempre allí. A veces están... en otra parte. Mi madre decía que le daban lástima, porque creía que no podían volver a su casa, que quizá los habían echado de algún sitio, como a los cherokees. Viven muchos más años; a lo mejor para siempre, no lo sé. Supongo que allí de donde vienen el tiempo funciona de otro modo, porque a veces desaparecen durante años; pero siempre vuelven. Son gente del verano. Las cosas son así con los que vienen en verano.

—Igual que nosotros, que nos íbamos y después regresábamos —dijo Ophelia—. Eso es lo

que pensabas de mí, sólo que ahora vivo aquí.

—Pero tú te puedes ir cuando quieras —se lamentó Fran sin importarle la imagen que daba—. Yo no. Forma parte del trato: la persona que cuida de ellos tiene que quedarse aquí. No puede ir a ningún lado. No te dejan.

—¿Quieres decir que no puedes moverte de aquí? ¿Nunca?

—No —contestó Fran—. Mi madre no tuvo más remedio que quedarse aquí hasta que me tuvo a mí. Y cuando crecí lo suficiente me hice cargo de ellos. Y ella se largó.

—¿Adónde fue?

—A mí no me preguntes... —se lamentó Fran—. Le dieron una tienda de campaña: doblada no ocupa más que un pañuelo y, cuando la montas, por fuera parece que quepan dos personas, pero por dentro es harina de otro costal. Es una casita con dos camas de latón y un ropero con cajones para colgar tus cosas, y una mesa y ventanas con sus cristales. Cuando miras a través de una de ellas, ves el sitio donde has plantado la tienda, pero si te asomas a la otra, ves los dos manzanos, los que hay delante de la casa con el caminito de musgo.

Ophelia asintió.

—Pues las noches que mi padre había estado bebiendo, mi madre solía sacar la tienda para mí y para ella. Un día me pasó la responsabilidad de los del verano, y una mañana, después de haber dormido en la tienda, me desperté y la vi salir por esa ventana. La del paisaje que no debería estar ahí. Se fue por el caminito y desapareció. A lo mejor debería haberla seguido, pero no me moví del sitio.

—¿Adónde fue?

—Bueno, aquí no está... —dijo Fran—. Más no sé. Lo que tengo claro es que debo ocupar su lugar. Me imagino que no va a volver.

—No tendría que haberte dejado sola. Eso está muy feo, Fran.

—Ojalá pudiera irme aunque fuese unos días —se quejó—. Ir a San Francisco y ver el Golden Gate. Meter los pies en el Pacífico. Me gustaría comprarme una guitarra y tocar baladas antiguas en la calle. Quedarme allí una temporada y luego seguir con mis obligaciones.

—Me encantaría ir a California —dijo Ophelia.

Se quedaron en silencio durante un minuto.

—Ojalá pudiera ayudarte. Ya sabes, con la casa y con los del verano. No es justo que lo tengas que hacer todo sola todo el tiempo.

—Ya te debo una por ayudarme con la casa de los Roberts. Y por venir a verme cuando estaba enferma y por ir a buscar ayuda.

—Es que sé lo que se siente estando sola. Cuando no puedes hablar sobre ciertas cosas. Lo digo en serio, Fran: haré lo que pueda por ayudarte.

—No dudo de que hables en serio —dijo Fran—, pero creo que no te das cuenta de lo que eso significa. Aunque, si quieres, puedes ir a la casa una vez más; porque me has hecho un favor y no sé cómo pagártelo de otro modo. Hay una habitación en la que te puedes quedar a dormir y, si lo haces, ves tu deseo más profundo. Si quieres te llevo esta noche y te la enseño. Además, creo que te dejaste algo allí.

—Ah, ¿sí? —se sorprendió Ophelia—. ¿El qué? —Rebuscó en los bolsillos—. Mierda, el

iPod. ¿Cómo lo sabes?

Fran se encogió de hombros.

—Tranquila, no te lo robará nadie. Estoy segura de que estarán encantados de verte otra vez. Si no les hubieras caído bien, ya te habrías enterado.

Fran estaba ordenando el desbarajuste de la casa cuando los del verano le hicieron saber que necesitaban unas cuantas cosas.

—¿Es que no puedo estar tranquila ni tan sólo un minuto? —rezongó.

Le dijeron que había tenido cuatro días.

—Y no penséis que no os lo agradezco, teniendo en cuenta lo hecha polvo que estaba.

Aun así, dejó la sartén en remojo en el fregadero y escribió lo que le pedían.

Guardó los juguetes sin saber muy bien qué le había hecho sacarlos. Quizá había sido porque siempre que se ponía enferma se acordaba de su madre. Eso no tenía nada de malo.

Cuando Ophelia volvió a las cinco llevaba el pelo recogido en una coleta y una linterna y un termo en el bolsillo, como si se creyera Lara Croft.

—Aquí arriba oscurece muy pronto —dijo—. Es como si fuera Halloween o algo así, como si me llevaras a una casa encantada.

—No son fantasmas —dijo Fran—. Ni demonios ni nada parecido. A menos que los fastidies, no hacen nada. Y si los haces enfadar, te hacen alguna perrería y tan amigos.

—¿Como qué?

—Una vez estaba fregando los platos y rompí una taza de té. Se te acercan sin que te enteres y te pellizcan. —Aún tenía marcas en los brazos a pesar de no haber roto un plato desde hacía años—. Últimamente han estado haciendo como todo el mundo en estos lares: recrear batallas. Han montado un campo de batalla en la sala grande de la planta baja, pero no es la Guerra entre Estados. Supongo que será una de las suyas. Han construido dirigibles y sumergibles y dragones mecánicos con sus caballeros y toda clase de juguetitos con los que luchar. A veces, cuando se aburren, me hacen ir para que les haga de público; sólo que no siempre se fijan mucho en hacia dónde apuntan con los cañones.

Miró a Ophelia y supo que estaba hablando demasiado.

—Bueno, es que están acostumbrados a mí y saben que no tengo más remedio que aguantar sus travesuras.

Esa tarde había tenido que conducir hasta Chattanooga para ir a una tienda de segunda mano en particular. La habían enviado a por un reproductor de DVD usado, un equipo de equitación y todos los bañadores que pudiera comprar. Entre eso y la gasolina, se había gastado setenta dólares. Y durante todo el viaje la luz de aviso del salpicadero había estado encendida. Pero al menos no era entre semana y no tenía que ir a clase: no era fácil explicar que habías hecho campana porque las voces de dentro de tu cabeza te habían dicho que necesitaban una silla de montar.

Había ido hasta allí y después lo había llevado todo a la casa, sin decirle nada a Ophelia porque no hacía falta molestarla con eso. Había encontrado el iPod descansando justo delante de la puerta.

—Toma, te he traído esto.

—¡Mi iPod! —exclamó Ophelia, y le dio la vuelta—. ¿Esto lo han hecho ellos?

El aparato pesaba más que antes. En lugar de la funda de silicona rosa tenía una de nogal con incrustaciones de ébano y metal.

—Una libélula.

—Un caballito del diablo. Así los llama mi padre.

—¿Lo han hecho para mí?

—Te adornarían una chaqueta vaquera con pedrería si te la dejases en su casa. En serio, lo tienen que tocar todo.

—¡Qué guay! —dijo Ophelia—. Aunque mi madre no se lo va a tragar cuando le diga que la he comprado en el centro comercial.

—No lloves nada de metal —le advirtió Fran—. Nada de pendientes, ni siquiera las llaves del coche, o cuando te despiertes las habrán fundido para hacer armaduras para muñecas y vete a saber qué más.

Al llegar a donde la carretera se cruza con el riachuelo, se quitaron los zapatos. El agua aún estaba fría por los restos del deshielo.

—Creo que tendría que haberles traído un regalo — dijo Ophelia.

—Podrías coger unas flores silvestres —respondió Fran—. Aunque estarían igual de contentos con carroña.

—¡¿Roña?!

—No, cualquier bicho muerto de la carretera. Pero la roña también vale.

Ophelia hizo girar la ruedecilla del iPod.

—Aquí hay canciones que no tenía antes.

—Sí, también les gusta la música.

—¿Qué me decías de ir a San Francisco a tocar en la calle? —preguntó Ophelia—. Yo no me imagino haciendo eso.

—Bueno, no lo voy a hacer nunca, pero sí me lo imagino.

Cuando llegaron a la casa había ciervos pastando en el jardín. La última luz de la tarde rozaba los manzanos, el vivo y el muerto, y de las vigas del porche colgaban hileras de farolillos chinos.

—Hay que aproximarse a la casa por entre los dos árboles —dijo Fran—, por el camino. De lo contrario, ni te acercas. Y yo solamente uso la puerta de atrás.

Llamó a la puerta. ATRÉVETE. ATRÉVETE.

—Soy yo. Y Ophelia, la que se dejó el iPod.

Vio que Ophelia abría la boca, y se apresuró a hablar:

—¡No! No les gusta que les den las gracias. Para ellos es como veneno. Adelante, *güelcom*. Ven, que te enseñe la casa.

Cruzaron el umbral, Fran por delante.

—Atrás está el lavadero donde hago la colada. Hay un horno antiguo de piedra para cocinar y una barbacoa, aunque no sé por qué: no comen carne. De todos modos, supongo que eso te da igual.

—¿Qué hay en esta habitación? —quiso saber Ophelia.

—Ehh... Bueno, más que nada, hay un montón de cacharros. Les gusta acumular cosas. Pero por ahí dentro, en el fondo, está lo que yo creo que podría ser la reina.

—¿Una reina?

—Yo la llamo así. Como en las colmenas, que en uno de los panales está la reina y el resto de las abejas la atienden.

»Por lo que yo sé, eso es lo que hay ahí. Es muy grande y no muy guapa que digamos, y siempre están entrando y saliendo con comida para ella. Creo que aún no ha crecido del todo. Llevo un tiempo pensando en lo que decía mi madre, que los habían echado de algún sitio. Porque las abejas también lo hacen, ¿verdad? Cuando hay demasiadas reinas, se van y fundan otra colmena.

—Creo que sí.

—La reina es de donde saca mi padre la bebida, y a él no le da guerra ninguna. Tienen una especie de alambique montado ahí dentro y, de vez en cuando, si no está muy por la labor de ser cristiano, entra y les quita un poquitín de nada. Es exageradamente dulce.

—¿Nos están... nos están escuchando?

A modo de respuesta se oyeron unos clics que venían de la Habitación de la Guerra. Ophelia se sobresaltó.

—¿Qué es eso?

—¿Te acuerdas de lo que te dije de que les había dado por recrear batallas? No te asustes: es genial.

Y le dio un pequeño empujón para que entrase en la Habitación de la Guerra.

De todas las de la casa, ésta era la preferida de Fran, por mucho que a veces la bombardeasen desde los dirigibles o disparasen los cañones sin preocuparse demasiado de dónde estaba ella. Las paredes estaban hechas de estaño y cobre batidos, pedacitos de chatarra sujetos con clavos. En el suelo había materiales moldeados que representaban montañas a escala, bosques y llanos en los que ejércitos en miniatura libraban desesperadas batallas. Junto al gran ventanal, había una piscinita hinchable con una máquina que hacía olas. Allí estaban los barquitos y los submarinos, y de vez en cuando una de las naves se hundía y salían los cadáveres flotando hasta el borde de la piscina. Tenían hasta una serpiente marina hecha de tubos y anillas metálicas que nadaba haciendo círculos eternos; y, hacia la puerta, un río de aguas mansas que, además de apestar, corría rojo y teñía las orillas. Los del verano no paraban de construir puentes en miniatura y de hacerlos volar por los aires.

En lo alto estaban las fantásticas siluetas de los dirigibles y de los dragones, que colgaban de cordeles, surcando el aire a perpetuidad. También había un globo rodeado de neblina, pero Fran no había conseguido averiguar cómo estaba colgado ni de dónde venía la luz que irradiaba; solía quedarse varios días cerca del techo pintado para luego bajar hasta el mar de plástico, dependiendo de algún calendario particular de los del verano.

—Una vez estuve en una casa —dijo Ophelia—, de un amigo de mi padre. Creo que era anesthesiólogo. En el sótano tenía una maqueta de tren que ni te imaginas lo enrevesada que era; pero si él viese esto, se moriría de envidia.

—Creo que allí hay una reina —le contó Fran—, rodeada de sus caballeros. Y allí otra, pero mucho más pequeña. Me pregunto quién ganaría.

—A lo mejor la batalla no ha empezado. O están luchando ahora.

—Es posible. Ojalá hubiera un libro que contase todo lo que está pasando. Venga, vamos, que te enseñe la habitación en la que vas a dormir.

Subieron la escalera. ATRÉVETE, ATRÉVETE; PERO NO DEMASIADO. La moqueta de musgo del primer piso se veía ya un poco desgastada.

—La semana pasada estuve un día entero de rodillas, fregando las tablas de madera. Y lo siguiente que se les ocurre es poner un montón de tierra encima. Como ellos no van a limpiarlo...

—Yo te puedo ayudar, si quieres.

—No lo he dicho para ver si colaba; pero, ya que te ofreces, acepto. La primera puerta es el baño. El váter no tiene nada de peculiar, pero de la bañera no sé nada: nunca he sentido la necesidad de meterme dentro. —Abrió la segunda puerta—. Aquí es donde vas a dormir.

Era una habitación preciosa, decorada en tonos naranja, óxido, dorado, rosa y mandarina. Las paredes estaban forradas con recortes en forma de hoja, hechos de todo tipo de vestidos, camisetas y cualquier cosa que se te ocurra. La madre de Fran había pasado buena parte de un año entero recorriendo las tiendas de segunda mano, escogiendo las telas según los dibujos, texturas y colores. Entre las hojas nadaban serpientes y pececitos de pan de oro. Tal como Fran recordaba, cuando salía el sol, el conjunto era deslumbrante.

Sobre la cama, que tenía forma de cisne, había una estrambótica colcha de color rosa y dorado. A los pies, un baúl de sauce, para dejar la ropa. El colchón estaba relleno de plumón de cuervo; Fran había ayudado a su madre a cazarlos y desplumarlos. Debían de haber matado un centenar.

—¡Vaya! —exclamó Ophelia—. No me lo puedo creer.

—Siempre me ha dado la sensación de que es como estar metida en una botella de naranjada —dijo Fran—, pero para bien.

—Me gusta la naranjada. Pero esto es como del espacio exterior.

Sobre la mesita de noche había una pila de libros. Como todo lo demás, los habían escogido por los colores de las solapas. La madre de Fran le contó una vez que aquel cuarto había sido de otro color: ¿verde y azul, tal vez? O sauce y pavo real y del color de la medianoche. Se preguntó quién habría traído todas las cosas para decorarla cuando fue de esos tonos. A lo mejor había sido el bisabuelo de Fran o alguien que estuviera incluso más arriba en el árbol genealógico.

¿Quién había sido el primero en cuidar de los del verano? Su madre nunca fue muy generosa con las historias, y Fran sólo conocía algún episodio de aquí y de allá.

En cualquier caso, era difícil saber qué le gustaría oír a Ophelia y qué la angustiaría. A Fran, después de tantos años, todo el asunto le parecía agradable y perturbador a partes iguales.

Finalmente, le hizo una advertencia:

—Ni se te ocurra abrir la puerta por donde metiste el sobre que te di. No debes entrar allí

jamás.

—Como Barba Azul.

—Por ahí es por donde van y vienen. La verdad es que creo que ni siquiera ellos la abren muy a menudo.

Alguna vez había mirado a través del ojo de la cerradura y en una de esas ocasiones vio un río ensangrentado. Estaba segura de que si atravesabas la puerta, lo más probable era que no regresases.

—¿Te importa si te hago otra pregunta tonta? —dijo Ophelia—. ¿Dónde están ahora?

—Aquí. O en el bosque, persiguiendo chotacabras. Ya te he dicho que casi nunca los veo.

—Entonces, ¿cómo sabes qué necesitan que hagas?

—Se me meten en la cabeza. No sé cómo explicártelo..., pero se me meten en la mollera y me llaman la atención. Es como tener un picor muy molesto o algo así; desaparece cuando hago lo que me piden.

—Oh, Fran... No sé si los del verano me caen tan bien como yo creía.

—No siempre es tan horrible. Supongo que, más bien, es complicado.

—La próxima vez que mi madre me mande ayudarla a abrillantar la cubertería no me quejaré. ¿Nos comemos los bocadillos ahora o los guardamos para cuando nos despertemos por la noche? Estaba pensando que, seguramente, averiguar mis deseos más profundos me dará hambre.

—Yo no puedo quedarme —dijo Fran con sorpresa—. Mecachis, creía que me habías entendido bien —añadió al ver la cara de Ophelia—: esto es sólo para ti.

Ophelia seguía mirándola sin comprender.

—¿Es porque sólo hay una cama? Si quieres yo duermo en el suelo, si tienes miedo de que te vaya a tirar los trastos.

—No, no es eso. Es que no dejan que una persona duerma aquí más de una vez. Una y nada más.

—¿Me vas a dejar aquí sola?

—Sí. A no ser que prefieras volver conmigo, si tienes miedo.

—Y si me voy contigo, ¿podré volver otro día?

—No.

Ophelia se sentó sobre la colcha dorada y la alisó con la palma. Se mordió el labio sin atreverse a mirar a Fran a los ojos.

—De acuerdo, me quedo. —Se echó a reír—. ¿Cómo no me voy a quedar?

—¿Estás segura?

—No, pero si me echases no lo soportaría. Cuando tú dormiste aquí, ¿tuviste miedo?

—Un poco —reconoció Fran—. Pero la cama era cómoda y dejé la luz encendida. Leí un rato y enseguida me dormí.

—¿Viste tu deseo más profundo?

—Sí —respondió Fran, pero no dijo nada más.

—Muy bien. Supongo que tendrás que irte, ¿verdad?

—Volveré por la mañana —dijo Fran—. Antes de que te despiertes y todo.

—Gracias —contestó Ophelia.

Pero Fran no se movió del sitio.

—¿Hablabas en serio cuando decías que querías ayudarme?

—¿A cuidar de la casa? Sí, por supuesto. Deberías ir a San Francisco algún día; no es justo que tengas que quedarte aquí toda la vida sin tener vacaciones ni nada. ¡Ni que fueras una esclava!

—No sé lo que soy —admitió Fran—. Supongo que algún día tendré que averiguarlo.

—Bueno, ya lo hablaremos mañana. Durante el desayuno. Tú me cuentas lo que menos te gusta del trabajo y yo cuál es mi deseo más profundo.

—Ay, casi se me olvida: cuando te despiertes, no te sorprendas si te han dejado un regalo. Te hablo de los del verano. Será algo que ellos piensen que necesitas o que quieres, pero no estás obligada a aceptarlo. No hace falta que lo hagas por educación ni nada de eso.

—Vale. Reflexionaré sobre si realmente quiero o necesito el regalo. No dejaré que el falso glamour me ciegue.

—Muy bien. —Se inclinó sobre Ophelia y le dio un beso en la frente—. Que duermas bien, Phelia. Sueña cosas bonitas.

Fran salió de la casa sin interferencia alguna de los del verano, aunque la verdad es que no sabía si esperaba toparse con alguno de ellos. Bajando la escalera dijo en un tono mucho más fiero de lo que pretendía:

—Sed buenos con ella. No le hagáis ninguna travesura.

Entró a ver si la reina estaba bien, que estaba mudando de nuevo.

En lugar de salir por la puerta de atrás, salió por la de delante: algo que siempre había querido hacer. No pasó nada malo y caminó colina abajo con una extraña sensación de decepción. Para asegurarse de que no había olvidado nada, repasó mentalmente la lista de cosas que debía hacer. No faltaba nada: todo estaba bajo control.

Sólo que, naturalmente, no era cierto. En primer lugar, la guitarra que estaba apoyada contra la puerta de su casa. Era un instrumento precioso: le pareció que las cuerdas eran de plata, y cuando las rasgó su tono era dulce y puro, y le recordó —no le cabía duda de que estaba hecho a propósito— a la voz de Ophelia. Las clavijas eran de oro y tenían la forma de cabezas de búho. Salpicadas entre los trastes había incrustadas rosas de nácar. Era la chatarra más chabacana que le habían regalado.

—Bueno, bien —dijo Fran—, ya veo que no os importa lo que le he contado.

Se rio aliviada.

—¿Qué le has dicho a quién y por qué? —preguntó alguien.

Fran cogió la guitarra y la sujetó como si fuera un arma.

—¿Papá?

—Deja eso —le ordenó la voz.

Un hombre salió de la sombra que proyectaba el rosal.

—No soy el condenado de tu padre. Pero, ya que lo mencionas, me gustaría saber por dónde para.

—Ryan Shoemaker —dijo Fran, y posó la guitarra en el suelo. Otro hombre salió a la luz—. Y

Kyle Rainey.

—¿Qué tal, Fran? —preguntó Kyle, y escupió en el suelo—. Como dice Ryan, estamos buscando a tu papi.

—Si llama, ya le diré que habéis venido a verlo.

Ryan encendió un cigarrillo y la miró por encima de la llama del mechero.

—Se lo queríamos preguntar a tu padre, pero supongo que tú también nos podrías ayudar.

—No es muy probable, pero venga. Dime.

—Tu padre se había comprometido a traernos un poco de eso dulce que consigue —contó Kyle—. Sólo que, de vuelta, se puso a rumiar. Y, tratándose de tu padre, eso nunca ha sido buena señal. Nos salió con que Jesús quería que vertiese hasta la última gota y eso es lo que hizo: lo tiró todo por la ventanilla. Si no hubiese sido un tipo con suerte, alguna chispa podría haber prendido, pero supongo que Jesús no quiere mirarlo a la cara todavía.

—Y por si eso fuera poco —siguió Ryan—, cuando llegamos a la tienda, Jesús le mandó entrar en la furgoneta y cargarse todas las botellas de Andy. Cuando nos dimos cuenta de lo que estaba pasando, no quedaban más que dos botellas de Kahlua y un paquete de seis botellas de sangría.

—No, una de éstas también la rompió —dijo Kyle—. Y se largó antes de que pudiéramos hablar con él.

—Siento mucho que os haya pasado todo eso —dijo Fran—, pero no sé qué tiene que ver conmigo.

—Lo que tiene que ver es que hemos estado hablando entre nosotros y nos parece que tu papá nos podría permitir la entrada a algunos de los mejores hogares de la zona. Tengo entendido que a los veraneantes les gusta mucho empinar el codo.

—A ver si lo he entendido bien: ¿me estás diciendo que veníais con la esperanza de que mi padre os compensase convirtiéndose en cómplice de allanamiento de morada?

—O quizá le podría pagar a Andy en especias —dijo Ryan—, con un poco de lo bueno.

—Antes tendrá que consultarlo con Jesús —contestó Fran—. Me imagino que es más probable que lo primero, pero tendréis que esperar hasta que Jesús y él estén hartos el uno del otro.

—La cuestión es que no soy un hombre muy paciente. Y es verdad que tu padre no está disponible, pero tú sí. Apuesto a que nos puedes dejar entrar en un par de casas.

—O nos podrías chivar dónde esconde tu padre el alijo rico rico.

—¿Y si no hago ninguna de las dos cosas? —preguntó Fran con los brazos cruzados.

—Vamos a ver, el problema es el siguiente, Fran —dijo Kyle—: Ryan no ha estado de muy buen humor estos días. Ayer le mordió el brazo al ayudante del *sheriff* en un bar. Y por eso no hemos podido venir antes.

Fran dio un paso atrás.

—Espera, espera. Si os digo una cosa, tenéis que prometer que no se lo diréis a mi padre, ¿de acuerdo? Siguiendo por la carretera hay una casa que sólo conocemos él y yo. Allí no vive nadie, así que instaló el alambique en una de las habitaciones. Tiene un montón de cosas almacenadas. Os voy a llevar hasta la casa, pero no podéis decirle nada.

—Claro que no, cielo —dijo Kyle—. No queremos separar a la familia. Sólo conseguir lo que

nos merecemos.

Así que Fran se vio caminando de nuevo por la carretera. Se mojó los pies al cruzar el riachuelo y se mantuvo tan lejos de Kyle y Ryan como juzgó prudente.

Al llegar a la casa, Kyle soltó un silbido.

—Esto es como un castillo en ruinas.

—Espera a ver lo que hay dentro.

Los llevó por la parte de atrás y abrió la puerta.

—Disculpad que no haya luz. Siempre estamos con los cortes de electricidad, por eso mi padre suele venir con una linterna. ¿Voy a buscar una?

—Tenemos cerillas —dijo Ryan—. Quédate aquí.

—El alambique está en la habitación de la derecha. Id con cuidado, porque lo tiene montado en una especie de laberinto de periódicos y de cachivaches.

—¡No veas qué oscuro se está aquí a estas horas de la noche! —exclamó Kyle mientras palpaba las paredes del pasillo—. Creo que ésta es la puerta. Desde luego, huele a lo que estoy buscando, así que me dejaré guiar por la nariz. No habrá trampas, ¿verdad?

—No, señor —contestó Fran—. Él mismo habría saltado por los aires unas cuantas veces si así fuera.

—Pues yo prefiero ver por dónde voy —dijo Ryan, y se encendió un cigarrillo.

—Sí, señor.

—¿Hay algún sitio donde mear en esta ruina?

—La tercera puerta a la izquierda, en el piso de arriba. La puerta se atranca un poco.

Fran esperó hasta que supuso que Ryan había llegado arriba y salió por la puerta de atrás sin hacer ruido. Oía a Kyle caminando a tientas hacia el centro de la Habitación de la Reina y se preguntó qué opinaría ella de él. Ophelia no le preocupaba: era una invitada y, en cualquier caso, los del verano no permitían que les ocurriese nada malo a los que cuidaban de ellos.

Cuando salió afuera, una persona del verano estaba tendida en el balancín del porche, sacando punta a un palo con un cuchillo afilado.

—Buenas noches —dijo Fran, y lo saludó con la cabeza.

El personaje del verano ni siquiera la miró. Era uno de los más hermosos, de los que dolía tener que mirar a hurtadillas, porque no los podías observar directamente. Fran estaba convencida de que así era como te atrapaban: como un animalillo delante de los faros de un coche. Al final apartó la mirada y salió como alma que lleva el diablo por la escalera del porche. Cuando se detuvo y miró atrás, seguía allí sentado, sonriendo y sacando punta al pobre palo.

Al llegar a Nueva York vendió la guitarra. Con lo que le quedaba de los doscientos dólares de su padre había comprado un billete de autobús y un par de hamburguesas en la estación. Con la guitarra consiguió otros seiscientos, que usó para comprar un billete de avión a París, donde conoció a un chico libanés que vivía de okupa en una vieja fábrica. Un día volvió del hotel en el que trabajaba sin contrato y se lo encontró registrándole la mochila: tenía el huevo mono en la mano. Le dio cuerda y lo puso a bailar en el suelo sucio. Lo contemplaron hasta que se le acabó la

cuerda y él dijo: «*Très jolie*».

Era unos días después de Navidad y en el pelo se le derretía la nieve que le había caído encima. No tenían calefacción ni agua corriente. Hacía días que tenía una tos terrible. Se sentó junto a su chico, y cuando él empezó a darle cuerda al huevo otra vez, ella levantó la mano para que parase.

No recordaba haberlo metido en la maleta. Claro que era posible que no lo hubiera hecho. ¿Quién sabe si además de sitios para el verano tenían otros para el invierno? No le extrañaría que fuesen grandes viajeros.

Al cabo de unos días el chico libanés se marchó, tal vez en busca de un lugar donde hiciera menos frío. Se llevó el huevo consigo y, después de eso, todo lo que Fran tenía para acordarse de casa era la tienda de campaña que guardaba en el monedero como si fuera un pañuelo sucio.

Han pasado dos años y, de vez en cuando, mientras limpia habitaciones en la pensión, Fran cierra la puerta, monta el pañuelo-tienda y se mete dentro. Mira los dos manzanos por la ventana, el muerto y el vivo, y se dice a sí misma que pronto volverá a casa.

AMÍ NO ME ENGAÑAS

Cuando pasó lo del vídeo sexual y la relación con Fawn se fue al garete, el amademonios hizo lo de siempre: llorar en el hombro de Meggie. Las Fawn del mundo iban y venían, pero ella siempre estaba a su lado. Meggie y él: ella era el talismán que siempre llevas en el bolsillo. El que no debes perder.

Dos monstruos pueden besarse en una película. Un viejo amigo puede visitar a una vieja amiga y estar seguro de que será bienvenido, así que el amademonios alquila un coche. Una hora después de partir, abre la ventanilla y lanza el móvil: no quiere hablar con nadie más que con Meggie.

(1991) Esto es después de la película, cuando ya están juntos y empiezan a darse cuenta de dónde se han metido. De pronto, ambos son muy famosos.

Las películas se pueden montar en cualquier orden. Las escenas se filman sin seguir una secuencia correlativa. Puedes hacer cuantas tomas quieras y la continuidad no depende del tiempo lineal. En ocasiones ni siquiera estáis juntos en la misma toma; Meggie le recita los diálogos a tu doble y más tarde empalmarán vuestras imágenes. Venga, chicas, todas a Búfalo. Esta noche saldremos a tomar algo.

(Esto fue mucho antes de todo eso. Pasó hace ya mucho tiempo.)

Meggie le cuenta una historia al amademonios:

Dos chicas. Mira tú por dónde: han encontrado una güija y hacen una lista de preguntas. Una de las chicas es guapa y la otra en realidad no forma parte de este relato, pero ha perdido su jersey favorito. Posa las yemas de los dedos en el puntero. Dos chicas, las dos lo tocan con suavidad. «¿Hay alguien aquí?», «¿Dónde he dejado el jersey azul?», «¿Habrás alguien que me quiera?» y cosas así.

Cada una hace sus preguntas y el puntero se mueve. Las respuestas no tienen sentido, así que vuelven a empezar por el principio de la lista: «¿Hay alguien aquí?», «¿Seré famosa?», «¿Dónde está mi jersey azul?».

El puntero da una pequeña sacudida.

M-E

—¿Has sido tú? —pregunta Meggie.

La otra chica responde que no. El puntero se menea con la trayectoria errática de un bicho: vacila, avanza a trompicones, vira hacia un lado, se detiene, sigue adelante.

M-E-G-G-I-E

—Te está hablando —dice la otra chica.

M-E-G-G-I-E H-O-L-A

—¿Hola? —contesta Meggie.

El puntero no deja de moverse. Tiene una cualidad casi animal.

H-O-L-A-E-S-T-O-Y-C-O-N-T-I-G-O S-I-E-M-P-R-E E-S-T-O-Y-C-O-N-T-I-G-O

Ellas lo escriben todo.

M-E-G-G-I-E E-S-T-A-R-E C-O-N-T-I-G-O P-A-R-AS-I-E-M- P-R-E

—¿Quién eres? —pregunta ella—. ¿Quién eres? ¿Te conozco?

T-E V-E-O T-E C-O-N-O-Z-C-O E-S-P-E-R-A Y V-E-N-D-R-E A P-O-R-T-I

Una pausa y después:

Y-A-V-E-R-A-S M-E-G-G-I-E S-I-E-M-P-R-E E-S-T-A-R-E C-O-N-T-I-G-O

—¿Lo estás haciendo tú? —le pregunta a la otra chica, que responde que no con la cabeza.

E-S-P-E-R-A M-E-G-G-I-E

—Quiquiera que esté moviendo el puntero, ¿puede decirme por lo menos dónde he dejado el jersey? —insiste la otra chica.

—Vale, seas quien seas —dice Meggie—, esperaré. Supongo que puedo esperar un poco. No se me da bien, pero lo intentaré.

O-H E-S-P-E-R-A Y V-E-N-D-R-E

Esperan. Quizá alguien vaya a llamar a la puerta de la habitación. Pero no acude nadie. Nadie.

S-I-E-M-P-R-E E-S-T-O-Y-C-O-N-T-I-G-O

Allí, con ellas, no hay nadie. Nunca encontrarán el jersey. La otra chica crece y vive una vida larga y feliz. Meggie se muda a Los Ángeles y conoce al amademonios.

E-S-P-E-R-A

Después de eso, el puntero sólo deletrea el nombre de Meggie, una y otra vez. Y todo es muy romántico.

(1974) Veintidós personas desaparecen en una colonia nudista del lago Apopka. No obstante, mucha gente desaparece y, a decir verdad, lo único que interesa de este caso es que estaban desnudos. Y que nadie los volvió a ver jamás. Tiene su gracia, ¿no?

(1990) Es uno de los besos de película más reconocidos de todos los tiempos. No cabe duda de que está entre los cinco mejores. Tú y Meggie: el amademonios y su monstruosa novia. Dos vampiros besándose al alba. Los dos lleváis tanto maquillaje que siempre que alguien te reconoce por la calle te quedas estupefacto.

Al amademonios se le hace duro envejecer.

Florida es California pero con el presupuesto de Troma. Al menos eso piensa el amademonios:

los de efectos especiales se han fundido el presupuesto en bichos y mal tiempo.

Aparca en un amplio prado de hierba recién cortada, junto a otros coches de alquiler y las típicas furgonetas de producción y del servicio de catering. Hay dos postes con una cadena colgando en medio. Pero no hay valla. «Y duro eternamente.»

Hay un olor fétido, casi maligno. ¿Está en el ambiente o es él? Se huele debajo del brazo.

Un cielo como del fin del mundo, un paisaje lleno de terrazas y colinas; árboles bajos de color esmeralda torcidos por el peso de las enredaderas, enormes hormigueros de color tiza y albaricoque (el amademonios se imagina que debajo de cada uno yace el esqueleto de un nudista), pozas someras de agua cubiertas de algas de color lima, dorado y negro.

Un manchurrón en mitad de la campiña: el lago. El lago es otra de las teorías.

Se aproxima una tormenta.

No sale del coche, sino que baja la ventanilla y contempla el avance de los nubarrones. Fijémonos en él mientras mira la escena: la hermosura admirando la belleza. El enclave abandonado de una desaparición, nubarrones morados y revueltos, un velo plateado de lluvia que se precipita sobre el lago, el príncipe oscuro de la prensa amarilla, el amademonios de Meggie que llega en todo su esplendor. Lo único que estropea la escena son los bichos. Y el vídeo sexual.

(2012) Lleváis media vida siendo famosos. Los dos. Sólo hicisteis una película juntos; sin embargo, las mujeres todavía te paran por la calle para preguntarte por Meggie. «¿Es feliz?» ¿Cuál de las dos, les quieres preguntar: la que me besó en una película cuando éramos unos críos, la que no es real? ¿O a la que le gusta fumar un poco de marihuana y enviarme mensajes de texto sobre la cabra doméstica de su vecino? ¿La Meggie de la prensa amarilla que bebe, folla, se queda preñada, está demasiado flaca, abofetea a un *maître*, habla con el fantasma de Elvis, con el de un niño desaparecido de tres años, con el de JFK? A veces no te preguntan por ella, sino que te piden que las muerdas.

¡Felicidad! ¡Suplicio! Si no es lo uno, es lo otro: cuenta con ello. Eso es lo que la gente quería ver, lo que importaba. El amademonios tiene unos gemelos de oro con esas dos caras. Se los dio Meggie. Ya sabes a cuáles me refiero.

(2010) Meggie y el amademonios dan una fiesta de Halloween para todos sus amigos y conocidos. Lo hacen todos los años y son famosos por ello.

—Año tras año, en la cara del mono, una cara de mono —dice Meggie.

Ella va de King Kong. El año anterior fue la mitad de un caballo de mentira. Él va del amademonios, cómo no. Es así año tras año.

—Voy a dejar de ser actriz. Seré poeta; a nadie le importa que una poetisa se haga mayor — anuncia Meggie.

—Cuando tenga tu edad, espero ser la mitad de guapa que tú —dice Fawn con admiración.

Fawn: veintitrés años, maquilladora. En ese año, ella y el amademonios están casados; el anterior, se conocieron en un plató.

—He pensado que me podría arreglar el mentón.

Podrían ser madre e hija: el mismo perfil vikingo, idéntico modo de mirarlo inclinando la cabeza con socarronería. Las dos le sacan unos centímetros. Y son más listas, de eso no cabe duda.

Tal vez Meggie reflexione de vez en cuando sobre las mujeres con las que él se acuesta. Con las que se casa. Puede que le guste un tipo concreto de mujer, aunque a ella también le pasa. En la fiesta de Halloween hay un hombre; bueno, un chico.

Meggie siempre está con alguno y el amademonios siempre adivina quién es. Por muy astuta que ella sea, siempre le resulta fácil. Nunca le presenta el amante de turno a nadie ni lo incluye en las conversaciones; hace como si no estuviera allí. El chico simplemente se queda al margen de lo que esté ocurriendo, bebiendo o fumando y observando a Meggie ser el centro de atención. A veces se va acercando poco a poco, y acaba tan pegado a ella que es obvio que tienen algo. Cuando ella se va, él la sigue.

¿Cuál es el tipo de Meggie? Tiene gracia, porque todos sus amantes tienen el mismo aspecto que el amademonios. Se parecen a él más que él mismo. Tanto él como Meggie se están haciendo mayores, pero el mundo está lleno de hermosos chicos de pelo negro y bellezas de melena dorada. En realidad ése es el problema.

El papel del amademonios acarrea ciertas obligaciones. No dejarás que te salgan entradas. No dejarás que se te ensanche la cintura. No dejarás que te fotografíen amenazando a los *paparazzi* ni llevando pantalones de chándal. Nada de vídeos de sexo.

Tus admiradoras y admiradores te ofrecerán su cuello en los estrenos (también en restaurantes y oficinas bancarias, y, en más de una ocasión, mientras estés de pie frente a un urinario). Te pedirán que muerdas a sus esposas o hijas. Se cortarán con una cuchilla delante de ti.

La reacción más adecuada es...

No hay reacción adecuada.

El amademonios no siempre cumple con sus obligaciones: hay un vídeo sexual. Hay una chica con un piercing. En mitad de una sesión de sexo atlético, un incidente muy cómico relacionado con su prepucio. Hay sábanas salpicadas de sangre. Mucha sangre. Hay una llamada al número de emergencias y un desmayo. Al caer, un golpe en la cabeza con la mesita de noche. En consecuencia, Perez Hilton, Gawker, Talk Radio, YouTube, Tumblr. GIF y todo.

Siempre serás famoso por protagonizar una serie de películas sobre vampiros. Naturalmente, el personaje que interpretas no tiene edad, pero tú envejeces. La primera vez que le muerdes el cuello a una chica —el de Meggie—, eres un actor de veinticinco años haciendo de un vampiro que en trescientos años no ha notado el paso de un solo día. Ahora eres un actor de cuarenta y nueve que interpreta el mismo vampiro por el que no pasan los años. ¿Verdad que la cosa empieza a parecer ridícula? Pero si el amademonios no hace del amademonios, ¿quién es? ¿Quién eres?

Otros papeles acaban decepcionando y tu agente te recomienda un personaje cómico. Lo que pasa es que no eres muy gracioso. La risa no se te da bien.

El otro problema es el vídeo sexual. Esos vídeos tienen gracia de por sí; la desnudez, lamentablemente, da risa. Una rotura de frenillo duele, pero da mucha risa. Y tú no sabías que ella lo estaba grabando.

Tu agente te advierte que él no se refería a esa clase de comedia.

Podrías hacer lo mismo que Meggie hizo muchos años antes: desaparecer. Recorrer mundo. Buscarle sentido a la vida dando tumbos por ahí. Salir a buscar a Meggie.

Cuando ocurre lo del vídeo, le preguntas a Fawn que qué tiene que ver eso con Meggie. Le aseguras que no guarda relación con ella. Es una chica cualquiera.

Como si no hubiera habido otras...

Fawn te contesta que por supuesto que tiene que ver con ella.

—Eres transparente. A mí no me engañas —te dice Fawn, más enfadada que apenada.

Seguro que tiene razón.

«Que Dios me dé a Meggie, pero todavía no.» Éste es él, pasado por el filtro de san Agustín a través de Fawn, la maquilladora yonqui de la catequesis. Ella se lo explica al amademonios; le descifra a sí mismo. Y a decir verdad, ¿no es cierto que hace tiempo que la idea te ronda por la cabeza? Meggie estaba al inicio, ¿por qué no iba a ser ella de nuevo? Mientras tanto, te podrías casar de vez en cuando y no volver a preocuparte por si el asunto va a funcionar o no. Al cabo de los años, Meggie y él han conseguido mantener su amistad y tal vez los matrimonios por los que él ha pasado, sus otras relaciones, no fuesen más que una forma de retrasar los acontecimientos. Pequeñas rebeliones. Y la cuestión sobre sus anteriores enlaces es que no es amigo de sus exmujeres ni de sus exnovias. Él y Fawn no serán amigos.

El amademonios y Meggie se conocen desde hace muchísimo tiempo. Nadie lo conoce tan bien como ella.

Lo que queda de la colonia nudista del lago Apopka promete diversión a los investigadores de lo paranormal. Doce cabañas medio en ruinas, algunas sin techo y con las ventanas ennegrecidas de moho; una recepción con el estuco desconchado y suelos de cerámica desportillada; una piscina con el borde partido, llena de una sopa verde. Entre las cabañas y el lago, la acogedora y grata imagen de media docena de caravanas. Y lo que es mejor aún: una tienda de lona.

¡Drenaje de terrenos para agricultura! ¡Caimanes mutantes! ¡Nudistas desaparecidos! Para matar el rato en el aeropuerto de Los Ángeles, el amademonios ha estado informándose sobre el lago Apopka. El pasado es un lugar extraño, Florida es un lugar extraño: sin novedad en el frente. Un amademonios debería encajar allí a la perfección, pero la tierra está húmeda y se le pega a los zapatos de tal modo que no le hace sentirse bienvenido. Tiene la tormenta justo encima, escupiéndole gotas de saliva caliente. Echa a correr a trompicones hacia la tienda.

Todo el mundo está de acuerdo en que la carrera de Meggie está en auge. Tiene su propio programa sobre fantasmas que se llama «¿Hay alguien ahí?».

El amademonios la llama después de la emisión del episodio dedicado al *Titanic*, en el que el equipo de cazadores de fantasmas viaja con la Patrulla Internacional del Hielo para ver la conmemoración anual y cómo lanzan coronas de flores. El equipo de Meggie instaló un transmisor y un receptor Marconi por si algún fantasma tenía algo que decir.

El amademonios le pregunta por las gaviotas muertas:

—Olvídate de la chorrada del transmisor: lo interesante del episodio fueron las gaviotas.

Cientos de ellas, pequeños cadáveres en el agua, como sujetos por alfileres.

—¿Crees que teníamos presupuesto para gaviotas de mentira? Anda ya... —le contesta ella.

Hay que admitir que «¿Hay alguien ahí?» entretiene por mucho que no creas en los fantasmas. Lo que interesa son los detalles más escabrosos, la casa que te da escalofríos hasta con las luces encendidas, aquello tan horrible que le pasó hace tanto tiempo a alguien que no eres tú. La cinematografía es muy expresiva, extraordinaria; y el equipo de investigadores paranormales, muy agradable. Son graciosos y de atractivo razonable. Meggie te atrapa porque te abre ciertas posibilidades: a lo mejor lo que está pasando aquí es real; puede que haya alguien ahí fuera y que tenga algo que decir.

Después de eso no hablan durante meses y de pronto algo cambia y están en contacto a diario. A él le gusta llamarla cuando se despierta por la mañana. Comentan guiones, ahora que a Meggie le vuelven a llegar ofertas. Con ella puede hablar de cualquier cosa, siempre ha sido así. Pero no hablan desde lo del vídeo sexual y esa conversación es mejor tenerla en persona.

(1991) Meggie y él son amantes. La película que han hecho juntos es un taquillazo. Allá donde van son famosos, y están yendo a todas partes. Sus rostros salen hasta en la sopa y se besan en mil pantallas. Se besan en la habitación de un hotel, de donde no pueden salir sin que alguien chille o se desmaye o los señale con el dedo. Les hacen las mismas preguntas una y otra vez, así que él empieza a hacer las entrevistas metido en su papel. Por lo menos a Meggie le da risa.

Una noche, en un hotel de alguna ciudad de uno u otro continente, hace calor y el amademonios y Meggie dejan la ventana abierta. Se les cuelan dos mujeres que han trepado por el balcón. Lo único que pretenden es decirles que os quieren. A los dos. Quieren estar cerca de vosotros.

Todo el mundo os observa, incluso cuando finges no estar haciéndolo. Y cuando no se fijan en vosotros, tú piensas que sí. Y ¿sabes qué? No te equivocas. Siempre hay un par de ojos mirándote. Ser una celebridad y tener esa fama es una clase de suerte imposible de distinguir de la catástrofe. Si no te has dado cuenta, eres tonto. Deberías saber en qué te has convertido.

Cuando la gente desaparece siempre cabe la posibilidad de que los vuelvas a ver. Lluve con tanta fuerza que el amademonios apenas ve, pero le parece que todavía va en dirección a la tienda, no hacia el lago. Se oye un ruido que logra distinguir del sonido de las gotas. Un aullido. Entonces

la lluvia amaina lo suficiente como para ver algo: hombres y mujeres desnudos. Corriendo hacia él. Resbala, recupera el equilibrio antes de dar con los huesos en el suelo y la lluvia vuelve a caer con tanta fuerza que lo borra todo menos el sonido que le persigue. Se da de bruces contra algo: una piel asquerosamente húmeda y fría, rígida y flexible a un tiempo. Rebota y se da cuenta de que es la tienda. No es el lugar que hubiese escogido como fuerte para su defensa, pero cuando consigue abrirse paso entre las lonas ya se ha hecho a la idea de la situación: no son difuntos nudistas, sino gente viva y coleando. Sin ropa, empapada y soltando reniegos entre risas. Cargan con cámaras, micros, aparatos para detectar fantasmas. Son los operadores de cámara, asistentes de sonido y el resto de los miembros útiles y menos útiles del equipo. Un montón de gente y entre ellos está Meggie. Tiene mechones de pelo pegados a la cara y los pechos mojados de la lluvia.

Él pronuncia su nombre.

Todos lo miran.

¿Cómo es posible que sea él quien se siente desnudo?

—¿Qué coño hace este tío aquí? —dice uno que tiene una toalla pequeña colocada sobre los genitales; no podría ser más pequeña.

—Will —dice Meggie.

Lo dice con tal cariño que él casi se echa a llorar. Es que ha sido un día muy largo.

Se lo lleva a su caravana, le deja darse una ducha, le presta el cepillo de dientes. Le pone una bata y no hace preguntas. Le habla mientras él está en el baño con la puerta abierta.

Es el tercer día de rodaje en exteriores y en los dos anteriores han tenido sus más y sus menos. Han rodado los planos de situación, y cuando se acercaron a filmar junto al lago vieron a un caimán zambullirse. Los matorrales enclenques y los caminos que rodean el campamento están llenos de crías de mofeta: se acercan a los operadores y a las cámaras, e intentan rociarlos por todos los medios, aunque hasta que llegan a la adolescencia no pueden hacer más que menear la cola y golpear el suelo con las patas.

—Menos la que le ha tocado al pobre ayudante de sonido —explica ella—. Su mofeta era muy precoz.

Meggie entrevistó al antiguo propietario de la colonia nudista. Él insistía en llamarla «comunidad naturista» y se pasó la entrevista explicando la filosofía del naturalismo, pero no quería hablar de 1974. Un viejo cascarrabias, aunque inofensivo; pasara lo que pasase, él no tuvo nada que ver. La gente no se esfuma a base de aburrirlos con tu palique y, además, tenía una coartada.

Lo que no consiguieron el primer día ni el segundo fue que los equipos mostrasen algún tipo de lectura que valiese la pena. Tienen a dos parapsicólogos en el equipo, pero a uno de ellos le surgió una emergencia y se ausentó para ocuparse de una hija en rehabilitación. Disponen de toda clase de aparatos de psicometría, pero allí no pasa, ocurre ni sucede nada, cosa que dio lugar a varios debates.

—Creíamos que tal vez el problema éramos nosotros —dice Meggie—. Que quizá los nudistas no tuvieran nada que decirnos mientras llevásemos ropa. Así que ahora rodamos sin. Todos en

pelotas. Reparto, equipo de rodaje... sin excepción. Ha sido una experiencia muy positiva, Will. Es un grupo muy agradable.

—Qué divertido.

Alguien le ha traído unas bermudas de color rosa con bolsillos a los lados y una camiseta, porque su ropa está en la maleta, en el aeropuerto de Orlando. No es que se le olvidase, más bien no se molestó en recogerla.

—Me alegro de verte, Will —dice Meggie—. Pero ¿cómo es que has venido? ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

Primero responde la pregunta fácil.

—Pike.

Pike es el agente de Meggie, además de un viejo amigo del amademonios. El tipo de agente que disfruta arrancándoles las piernas a los niños pequeños. El tipo de amigo cuya vida le parece más dulce cuando tú estás inmerso en la tarea de joder la tuya.

—Le hice prometer que no te diría que iba a venir a verte.

Se deja caer en el suelo, delante de la silla de Meggie. Ella le peina el pelo con los dedos y le acaricia la cabeza como a un perro.

—Pero te lo dijo igualmente, ¿verdad?

—Sí. Me llamó.

—Meggie —dice el amademonios—, esto no tiene nada que ver con el vídeo.

—Ya lo sé. Fawn también me ha llamado.

Intenta no imaginarse la llamada. Le duele la cabeza; debe de estar deshidratado. El vuelo ha sido largo.

—Quería que la avisase si aparecías por aquí. Dice que esperará a ver qué pasa, antes de tirar la toalla.

Le deja tiempo para responder. Y un poco más, sin parar de acariciarle el pelo.

—No la voy a llamar. Deberías volver, Will. Es buena persona.

—No la amo —protesta el amademonios.

—Bueno —responde ella, y aparta la mano.

Una chica llama a la puerta.

—Meggie, ha salido el sol.

Sonríe al amademonios con especial devoción. La primera vez que lo vio tendría doce años; esas chicas son como los patitos: se quedan prendadas del primer vampiro que ven. Enseguida se da media vuelta, y cuando baja la escalera le botan las nalgas.

Meggie se quita la bata y se pone protector solar en los brazos y en la cara mientras él se fija en cómo le ha cambiado el cuerpo. Se le ocurre que podría amarla aún más precisamente por eso y espera que sea cierto.

—Deja que te ayude —le dice, y le coge el bote de crema para extenderla por la espalda.

Ella no se aparta, ¿por qué iba a hacerlo? Son amigos.

—Esto es lo que tiene Florida, Will: hay tormenta casi todos los días, pero después amaina.

Ella le coge las manos; las tiene resbaladizas de la crema.

—Debes de estar cansado. Duerme un poco. En el armario hay infusiones, y en la habitación,

hierba y somníferos. Vamos a estar filmando toda la tarde, hasta la noche. Después haremos una barbacoa que también queremos grabar. Si te apetece, puedes salir; nos hará mucha publicidad, claro. A la audiencia le encantará, pero tendrás que ir en porretas como el resto. Nada de ropa. No haremos ninguna excepción, ni siquiera por ti, Will.

Él le acaba de aplicar la crema solar en los hombros. Lo que más le gustaría en ese momento es apoyar la cabeza en ellos.

—Te quiero, Meggie. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Yo también te quiero.

Y la manera en que se lo dice es delatora.

El amademonios se tumba en la cama de Meggie sintiéndose como si tuviera cien años. Se queda dormido y sueña con una casita en Venice Beach, Meggie y una chica. Algo que pasó mucho tiempo atrás.

Hubo una crítica a una obra en la que actuaba Meggie, puede que diez años antes, que no fue muy amable ni demasiado inteligente. No obstante, el crítico dijo algo que al amademonios aún le parece correcto. Afirmaba que era igual lo que estuviera pasando en el escenario, porque daba la impresión de que Meggie estaba esperando el autobús. Cree que el crítico dio en el blanco y, sin embargo, él siempre ha pensado que, si ella espera el autobús, uno no tiene más remedio que preguntarse adónde va la línea. O si ella pretende lanzarse delante del vehículo.

Cuando empezaron a salir juntos, él estaba convencido de ser lo que Meggie había estado esperando. Tal vez ella también lo pensara. Compraron una casa de una sola planta en Venice Beach y ahora a él le gustaría saber quién vive allí.

Cuando se despierta, se quita la camiseta y los pantalones rosas, y los deja bien doblados sobre la cama. Tendrá que buscarse un sitio donde dormir y más le vale darse prisa; la tarde se está convirtiendo en noche.

Hay carne haciéndose en una parrilla y no tiene claro cuándo comió por última vez. Junto a la mesa hay espray para los mosquitos que le hace cosquillas en las pelotas. Se siente ridículo, pero sólo un poco. De todos modos, no cabe duda de que todo esto es una idea espantosa. El colofón de una larga lista de ideas espantosas, sólo que esta vez sabe de antemano que habrá cámaras.

En cuanto sale de la caravana de Meggie, aparece una ayudante de producción como por arte de magia. Ellas son así. Le hace firmar un montón de permisos, y, aunque se le hace raro estar firmando sin ropa, ¿qué coño le importa? «Ya me iré a casa mañana», piensa.

La ayudante de producción tiene al menos cincuenta años, cosa que no es habitual. Seguro que tiene alguna historia que contar al respecto, pero ¿a quién le interesa? A él, desde luego, no. Ni que decir tiene que habrá visto el vídeo, que de las películas en las que ha aparecido tal vez sea la más vista. Pero por su expresión se diría que es la primera vez que ve al amademonios desnudo o más bien que ninguno de los dos lo está.

Mientras él firma sin molestarse en leer nada, ya que, llegados a este punto, ¿qué más da?, ella

habla sobre alguien que ha hecho algo. Alguien que no está donde debería. Una meritoria de producción o algo así que se llama Juliet. ¿Dónde está y por qué se ha ido? La ayudante de producción no hace más que quejarse.

El amademonios sugiere que tal vez se la hayan llevado los fantasmas y ella lo mira con cara de pocos amigos y sigue hablando de gente a quien él no conoce y que le da igual.

—¿Cuál es tu historia espeluznante? —le pregunta el amademonios.

Porque ésa es la gracia, claro: desde el productor hasta el de los cafés. Todo hombre o mujer tiene alguna rareza.

—Tuve una experiencia extracorpórea —responde ella, y le muestra una larga quemadura que parece una cuerda—. Me electrocuté sin querer. Ví el túnel con la luz al final y todo eso. Y me imagino que el test de las cartas se me dio bien. Ya sabes, las cartas Zener.

—Cuéntame, ¿tan cojonudo es lo del túnel y la luz? ¿De verdad no tienen nada mejor?

—Sí, bueno —dice la asistente con cierto retintín—, seguro que a la gente como tú los reciben con alfombra roja y limusina.

El amademonios no tiene nada que objetar.

—¿Habéis visto algo? —pregunta para cambiar de tema—. ¿Se oye algo?

—¿Te ha contado Meggie lo de las mofetas? —pregunta ella (después de contestarle mal, toca ser amable)—. Las crías. Levantan la cola y toda la parafernalia, pero no les sirve de nada. De este sitio se podría decir lo mismo: no hay fantasmas y los equipos no registran nada. Nada de sustos ni mandangas ni puñetas. Ni siquiera un punto frío.

»Pero bueno, ya saldrá —dice ella muy poco convencida—. Que te presentes en la juerga de la barbacoa espíritu-nudista servirá de algo: un vampiro en pelotas supera al fantasma nudista más pintado. ¿Sabes llegar solo? Ve hacia el lago y ahora les llamo para que sepan que estás de camino.

O podría ir directo al coche.

—Gracias —dice el amademonios.

Pero antes de plantearse qué quiere hacer, aquí viene otra persona. Todo un progreso del peregrino, como en uno de los libros favoritos de Fawn. Se trata de un chaval de veintipocos años, atractivo; le suena de algo. («¿Será aceptable pensar eso de otro hombre cuando los dos estamos desnudos? Por no decir lo mucho que se parece a mí, hace muchos, muchos años. Pero ¿por qué no? Aquí estamos todos en cueros.»)

—Te conozco —dice el chico.

—Claro que sí. ¿Y tú eres? —responde el amademonios.

—Ray. —Debe de tener unos veinticinco años y su mirada te dice: «Ya sabes quién soy»—. Meggie me ha hablado de ti.

—¿A qué te dedicas? —inquire el amademonios, como si no lo supiera ya.

El chaval le ofrece una sonrisa muy poco amable y se rasca la entrepierna con complacencia, tal vez ni siquiera adrede.

—A lo que haga falta: eso es lo que hago.

O sea, que vende. De ahí la hierba que tenía Meggie en el tocador.

Cuando llegan al lago hay gente jugando al vóley en un campo sin red. Haciendo una barbacoa.

Alguien habla para la cámara y le hace un gesto a otro. En alguna parte, alguien se está fumando un porro. Desde esa distancia, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, y con el sol a punto de ponerse, el amademonios se empapa de todos los pechos, culos, pollas cómicas y rodillas huesudas; todo lo que se oculta, a plena vista. Su mirada experta distingue los pechos reales de los que no lo son. Sólo algunas de las mujeres tienen vello púbico; nunca ha entendido esa manía, pero algunos de los hombres también están pelados. *O tempora, o mores.*

—¿Te gustan los chistes? —dice Ray, y se detiene para encender un cigarrillo.

El amademonios podría marcharse, pero se queda.

—Depende.

Es mentira, no le gustan. Sobre todo, los que cuenta la gente que te pregunta si te gustan los chistes.

—Éste te gustará. Van un cleptómano, un pirómano, un zoófilo y un masoquista por la calle y de repente se cruzan con un gato. El cleptómano dice que le gustaría llevárselo a casa. El pirómano, que le quiere prender fuego. El zoófilo se lo quiere follar. Así que el masoquista los mira uno a uno y dice: «¡Miau!».

Tiene un poco de gracia, pero tal vez esté intentando ligar con él.

Lo mira con los ojos entornados e intenta no hacer caso de la sensación, no del todo desagradable, de haber viajado en el tiempo para flirtear consigo mismo. O al revés.

Aunque le gustaría poder decir que él era aún más guapo que el joven, porque cuando él entraba en una habitación la gente se quedaba mirándolo. Y eso mucho antes de que supieran quién era. Siempre ha sido el típico a quien miras mucho más de lo que es apropiado.

—Venga, va: voy a picar. ¿Cuál eres tú? —dice sonriendo.

—¿Perdona? —Ray exhala el humo.

—Que cuál eres tú: ¿el cleptómano, el pirómano, el follagatos o el masoquista?

—Yo soy el que cuenta el chiste.

Tira el cigarrillo y lo aplasta con el talón, negro de la suciedad. Enciende otro.

—Igual ya te lo ha dicho alguien, pero no bebas de los grifos. Ni te bañes en el lago. El agua es tóxica. Tiene fósforo y otras mierdas. Han cerrado las explotaciones agrícolas para las que drenaron los pantanos y los están recuperando, pero al agua le falta mucho para ser potable. ¿Te vas a quedar aquí o en el pueblo?

—No sé si me voy a quedar.

—Bueno, algunas de las cabañas, las que están menos hechas polvo, tienen luz del generador. Hay camastros y sacos de dormir. Depende de si te gusta dormir con el culo al aire —le dice, cómo no, con una mirada lasciva.

El amademonios siente que se le levanta el labio. Cada uno lleva su máscara y se miran a través de ella. Eso es algo que sabes cuando eres actor: la cara, el cuerpo, la forma de moverte no es más que un disfraz. Te lo pones y te lo quitas. Lo que hay debajo te pertenece; es sólo tuyo, mientras lo sepas ocultar.

—Crees que me conoces, ¿verdad?

—He visto todas tus películas —responde Ray.

Ha mudado de máscara, se ha convertido en la que el amademonios llama «soy tu fan número

uno». Ya sabe él qué hay debajo de esa máscara...

Se prepara para lo que quiera que ese chico tan raro le vaya a decir a continuación, pero de pronto aparece Meggie. Como si la situación no fuese suficientemente incómoda sin ella allí desnuda. Todos en pelota picada y ninguno contento. Arte pornográfico escandinavo.

Meggie no hace ningún caso del chico, igual que siempre. En realidad estos jóvenes son intercambiables: debe de haber una página en internet de donde los saca. Y aunque quizá no esté colada por él, tampoco lo está por nadie más.

—Tienes mejor cara —le dice acariciándole el brazo.

—He dormido unas cuantas horas.

—Lo sé —admite ella—. Fui a ver qué tal estabas, para asegurarme de que no te habías escapado.

—No hay adónde ir.

—Ven, que te doy algo de comer.

Ray no los sigue, sino que se queda fumando. Les estará admirando el culo de persona famosa que ha conservado un trasero bastante digno tonificándolo a base de yoga.

El amademonios piensa que el problema de este chico es el siguiente: «Es muy posible que cuando tenía quince años se sentase en el cine y nos viera a Meggie y a mí caracterizados como vampiros haciendo como que follábamos en un vagón del metro de Nueva York. La línea A. Yo mordiendo el pecho en una pantalla de algún barrio residencial, el pecho diez veces más grande que su propia cabeza. Seguramente se masturbó cien veces contemplando cómo te mordía, Meggie. Nos vio besarnos y le dolió un poco. Y eso anula todo lo demás, lo que quiera que estés haciendo aquí con él y conmigo. Imagínate lo que debe de estar sintiendo el chico ahora». Pero el amademonios también lo siente. Cree que es amor. Porque el amor no es amor, sin más: también es todo lo que lo acompaña.

Le presentan a Irene, la médium rechoncha de cara bonita que hace de contrapunto serio de Meggie. También a gente que se llama Sidra, Tom o Euan y parece estar a cargo de los extraños aparatos para los fantasmas. Pilar, la operadora de cámara. Está bastante seguro de conocerla de antes, puede que de la época en que estuvo yendo a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. No tiene ni idea de por qué tiene más lagunas de ese período que de los años que pasó bebido o colocado. Ella tiene treinta y pico años, una sonrisa astuta, unas piernas de fábula y una cámara enorme.

Le hacen una demostración de los distintos aparatos y le dejan probar una cosa que se llama medidor TriField. Allí no hay fantasmas. Hasta los fantasmas tienen mejores sitios donde pasar el rato.

Está seguro de que todas y cada una de las personas con las que habla han visto el vídeo sexual. Tanto es así, que preferiría que alguien lo mencionara, pero nadie dice ni pío.

Desde el lago sopla una brisa fétida. Cien y muerte.

Los miembros del equipo cenan y hablan sobre la asistenta de producción que ha desaparecido —la recadera—, alguien que se llama Juliet o algo así.

—Es una chica muy maja —dice Meggie—. En su tiempo libre hace pornigami y lo vende en eBay.

—¿Qué hace el qué? —inquire el amademonios.

—Pornigami. Escenas pornográficas de origami. Por encargo.

—Ah, claro. Eso da mucho dinero.

Meggie le comenta que puede que tenga algún vicio. El vicio de desaparecer de vez en cuando.

O tal vez esté en el mismo sitio que los nudistas. «Imagínate los índices de audiencia si así fuese», pero ese comentario no lo comparte con Meggie.

—Me alegro de verte, Will. Incluso en estas circunstancias.

—¿De verdad? —pregunta el amademonios con una sonrisa, porque él siempre sonríe.

No están muy cerca de las cámaras y los micros, así que puede hablar a gusto. Pilar, la operadora de cámara, está grabando a Irene, la médium, que asa nubes en la hoguera. Ray también está mirando; siempre está por ahí cerca.

Al amademonios le pica algo en el muslo y se da una palmada.

Podría tender la mano y acariciarle la cara a Meggie. Desde el punto de vista de la cámara, la historia sería muy diferente de la que ellos se están contando. O ella podría girarle la cara, y ésa sería la misma historia de siempre. Se le ocurre que debería haber hecho memoria, acordarse de todas las cosas que no funcionaban cuando estaban juntos. Ni contigo ni sin ti. Como los polos de un imán.

—Claro que me alegro —dice Meggie—. Y es extraño, pero no podrías haber venido en mejor momento. Tengo que comentarte una cosa.

—Dime.

—Es un poco complicado. ¿Te parece bien más tarde? Cuando acabemos con la barbacoa.

Ya casi es noche cerrada. No hay luna. Uno de los miembros del equipo ha hecho una hoguera enorme y las cabañas ennegrecidas y la recepción con el techo hundido se funden entre ellas en la oscuridad. Uno se puede imaginar el campamento muchos años antes, cuando todo era nuevo. En los años setenta, cuando a nadie le importaba un pimiento lo que hicieses. Cuando el amor era libre y, si te apetecía, podías desaparecer y tanto daba.

—¿Dónde me quedo esta noche? —pregunta el amademonios.

De nuevo tiene que reprimir el impulso de acariciarle la cara; tiene un fino mechón de pelo junto a los labios. ¿Contigo o sin ti? ¿Cuál es él: el pirómano o el masoquista? Pero ¿acaso no es actor? Entonces puede ser quien ella quiera.

—Seguro que encuentras algún sitio —dice ella con una chispa en la mirada—. O a alguien. Pilar me ha dicho más de una vez que eres el único hombre que ha querido follarse.

—Si tuviera un dólar por cada vez...

Quiere tocarla. Que ella quiera que la toque. Se está acordando de cómo iba esto.

—Si tuvieras un dólar, setenta céntimos irían a tus ex.

Más razón que un santo.

—Fawn firmó un acuerdo prematrimonial.

—Motivo de más para volver a casa y arreglar lo vuestro —le advierte Meggie—. Es buena

persona, y de esas no hay muchas.

—Le irá mejor sin mí —repite él, para ver qué pasa.

Cuando ella no le lleva la contraria, le duele un poquito.

Irene, la médium, se acerca con Pilar y el otro operador de cámara. Se da cuenta de que no le ha caído bien a Irene: de vez en cuando le pasa con alguna mujer. Pero no muy a menudo, por eso se sigue preguntando el porqué.

—¿Empezamos? —propone Irene—. Vamos a ver si a alguno de nuestros amigos le apetece charlar un rato. Y no sé qué pensáis hacer vosotros luego, pero yo iré a ponerme algo un poco menos cómodo.

Entonces Meggie se dirige a la cámara:

—Vamos a hacer un último intento. Aunque, incluso si no contactamos con nadie, no habremos desperdiciado el día. Todos hemos corrido riesgos. Algunos nos hemos quemado con el sol y otros tenemos picaduras en lugares delicados, pero todos nos sentimos más cómodos con nosotros mismos. Hemos vivido con humanidad y la mente abierta, del mismo modo con el que los miembros de esta colonia esperaban construir un mundo mejor. Tal vez para ellos fuese así. Ha sido un gran día. Y, aunque las almas que hemos venido a buscar no se han manifestado, ha aparecido una persona.

La asistente de sonido hace un gesto a Will con la cabeza y Pilar lo enfoca.

Ha estado pensando en cómo actuar llegado el momento.

—Soy Will Gald. Seguramente me reconoceréis por otras películas en las que he salido desnudo, interpretando, por ejemplo, al tipo que se revuelca en el suelo de una habitación de hotel mientras se agarra los genitales y sangra como un cerdo. —Les ofrece su sonrisa más encantadora—. Pasaba por aquí.

—Le hemos convencido para que se quedase a cenar —añade Meggie.

—Me han escondido la ropa. Admito que tampoco la he buscado mucho. Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede pasar cuando sales desnudo frente a una cámara?

—Meggie, una de las cosas más importantes de «¿Hay alguien ahí?» es que a todos nos ha ocurrido algo inexplicable —dice Irene—. Todos creemos en esto. Quería preguntarte si Will tiene alguna historia de fantasmas.

—No, ninguna —contesta el amademonios. Después hace una pausa y mira a Meggie—: Bueno, sí. Pero imagino que Meggie ya la habrá contado.

—Así es —aclara ella—, pero nunca te la he oído a ti.

Oh, si el amademonios narrase todas sus historias...

—Encantado de complacerte.

—Fantástico —dice Irene—. Como ya sabéis, en todos los episodios tenemos tiempo para una o dos historias de fantasmas. Esta noche tenemos hasta una fogata. —Vacila un instante—. Y como también sabéis, estamos esperando a que vuelva Juliet Adeyemi, que ha ido a hacer unos recados antes de la hora de comer. No hay motivos para preocuparse, pero estaremos más contentos cuando la tengamos aquí.

—Juliet —dice Meggie—, si has conocido a algún chico simpático y te has ido con él a montarte en las tazas locas de Disneylandia, que no te quepa duda de que te pediré pelos y

señales. Bueno, Irene, ¿qué tal si empezamos?

A su alrededor, los otros integrantes del equipo han recogido los platos y los restos de la barbacoa, y se han reunido formando un círculo alrededor del fuego. En cualquier momento se arrancarán a cantar *Cumbayá*. Están sentados sobre diminutas toallas. Irene y Meggie toman asiento frente al fuego y se cogen de las manos.

El amademonios retrocede hacia la oscuridad. Las sesiones de espiritismo y los fantasmas no le interesan. Desde allí ve la orilla, en el suelo hay cosas puntiagudas. Alguien se le acerca. Es Ray, claro.

Por algún motivo, estar desnudo y a oscuras es peor. El mundo es enorme y él no. Ray es joven y él no. Está bastante seguro de que la operadora de cámara se acostará con él, y Meggie no.

—Te conozco —le advierte el amademonios a Ray—. Te conozco de antes. Bueno, a ti no, al tú anterior. Anteriores. Nunca duráis mucho. No duramos mucho. Ella sigue adelante y vosotros desaparecéis.

Ray no dice nada, sino que se queda mirando el lago.

—Yo era tú.

—¿Y quién eres ahora? —pregunta Ray.

—¿Cobras por horas o qué? No sé por qué me sigues todo el rato. No llevo la cartera encima.

—Meggie está ocupada —responde Ray—, y siento curiosidad por ti. Sobre lo que piensas que has venido a hacer.

—He venido por Meggie. Somos amigos. Soy un viejo amigo que ha venido a ver a su vieja amiga; la próxima vez que lo haga, tú no estarás. Pero yo sí. Y tú no eres más que un tipo que ha tenido suerte porque se parece a mí.

—Yo la quiero.

—Pues vaya mala pata, ¿no? —responde el amademonios, y se marcha hacia la hoguera y el grupo de gente desnuda esperando a que llegue otra gente desnuda.

Está pensando en la historia que tiene que contar.

La sesión de espiritismo no ha salido bien, aunque Irene no deja de decir que siente algo, que alguien intenta comunicarse.

Los muertos están presentes, pero también ausentes. Tienen miedo, por eso no acuden. Algo les impide acercarse. Allí pasa algo malo.

—¿No lo sientes? —le dice Irene a Meggie, y a los demás.

—Sí, yo siento alguna cosa. Aquí hay algo.

El amademonios se estira hacia la noche y por un momento se convence de que la vida continúa. ¿Hay algo allí? El hedor metálico de las granjas. Un ambiente opresivo. ¿Será el mal? ¿Un deseo maligno?

—Nadie ha resuelto el misterio sobre lo que ocurrió en este lugar. Pero tal vez lo que les sucediera siga presente. Irene, ¿es posible que eso afecte a sus espíritus, a lo que queda de ellos tras la muerte?

—No lo sé —contesta Irene—. Aquí pasa algo malo. Aquí hay algo. Pero no sé el qué.

«¿Hay alguien ahí?» no consigue que los aparatos registren ningún dato de interés: ni el medidor de iones ni el barómetro ni el sensor de campos electromagnéticos ni el de señales magnéticas ni las campanillas de viento ni el equipo de captación de imágenes térmicas tienen nada que decir. Allí no hay nadie.

Así que por fin llega la hora de las historias de miedo.

Cuentan una sobre el servicio de caballeros de un restaurante de moda de Santa Monica en el que el amademonios ha estado. Comió patatas fritas con mahonesa de aceite de trufa, pero no se encontró con el fantasma. No es el típico tío que suele ver apariciones y a él ya le parece bien así. La verdad es que en realidad tampoco le ha gustado nunca el aceite de trufa. Lo de la casita cuando estaba con Meggie no fue un fantasma; fueron las drogas, la presión, el insostenible escrutinio constante; una *folie à deux*; los impuestos sobre su felicidad.

Después relatan la vieja anécdota sobre Basil Rathbone y el invitado que llevó a sus perros a la cena. Al marcharse, los tres mueren justo enfrente de su casa, en un accidente de tráfico que él mismo presencia. Se queda paralizado de la impresión y la pena, y mientras está allí parado suena el teléfono. Cuando contesta, la operadora dice: «Disculpe, señor Rathbone, pero hay una mujer que dice que debe hablar con usted».

La mujer es una médium que tiene un mensaje para él y que espera que comprenda su significado: «Vamos muy deprisa. No tengo tiempo de despedirme. Aquí no hay perros».

Le llega el turno al amademonios:

—Hace mucho tiempo, cuando Meggie y yo éramos pareja, compramos una casita en Venice Beach. No pasábamos mucho tiempo en ella, porque estábamos siempre por ahí. Fiestas, festivales. No teníamos más muebles que un colchón. Ni siquiera platos. Cuando estábamos allí, comprábamos comida para llevar.

»Pero éramos felices.

Deja que ese último comentario flote en el aire. Meggie mira. Escucha. Ray está a su lado; entre ellos apenas hay espacio.

Contar historias de miedo estando desnudo no tiene gracia. Contar las partes que se supone que debes contar y saltarte las otras mientras la mujer a la que quieres está ahí con la persona que eras.

—Fue un buen año. Puede que el mejor de mi vida. A lo mejor también el más difícil. Éramos jóvenes y estúpidos, y la gente nos pedía cosas que no deberíamos haber hecho. Rellenad los espacios como queráis. Dábamos fiestas, gastábamos dinero como si nada. Y nos amábamos, ¿verdad, Meggie?

Ella asiente.

—Pero vayamos a lo del fantasma. En realidad no creo que lo fuera, pero tampoco creo que no lo fuese. Nunca pienso en ello. Pero, cuanto más tiempo pasábamos en la casita, peor se ponían las cosas.

—¿Qué pasó? —pregunta Irene—. Descríbenoslo.

—Teníamos la sensación de que alguien nos observaba. Alguien que estaba muy muy lejos,

pero que se iba acercando. Pronto estaría con nosotros. Por la noche era peor: teníamos pesadillas. A veces nos despertábamos los dos dando gritos.

—¿De qué iban los sueños?

—No pasaba casi nada. Sólo que por fin estaba en la habitación con nosotros. Al cabo de un tiempo, siempre estaba allí; fuera lo que fuese, estaba en la cama. Nos despertábamos cada uno en una esquina del colchón porque aquello estaba en medio.

—¿Qué hicisteis? —quiso saber Irene.

—Si uno de los dos estaba solo en la cama, la cosa no estaba allí. Solamente cuando estábamos los dos. Los tres. Así que alquilamos una habitación en el Château Marmont. Sólo que resultó estar allí también. Desde la primera noche.

—¿Intentasteis hablar con la presencia?

—Meggie sí, pero yo no. Meggie pensaba que era real, y yo, que nos hacía falta terapia. Que, fuera lo que fuese, lo provocábamos nosotros. Intentamos lo de la terapia y, como fue un desastre, al final... —Se encoge de hombros.

—¿Al final qué? —dice Irene.

—Me fui de casa —dice Meggie.

—Se fue de casa.

Al amademonios le gustaría saber si Ray conoce la otra parte de la historia, si Meggie se la ha contado. Pero claro, no lo ha hecho porque no es tonta. Sólo lo saben ellos dos y piensa, como ha pensado tantas veces antes, que eso es lo que siempre los mantendrá unidos. No la experiencia de rodar juntos una película, de enamorarse exactamente al mismo tiempo que toda esa gente se enamoró de ellos, esa magia empática compuesta de argumento, esfuerzo, repetición y montaje y arte y el deseo de otras personas.

Lo que pasó es algo que no pueden compartir con nadie más. Les pertenece a ellos y a nadie más.

—Después de eso no hubo más fantasmas —concluye él—. Meggie se tomó un descanso de Hollywood y viajó a la India. Yo fui a las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

Ha refrescado. La fogata se está consumiendo. Uno podría imaginarse tal vez que estas cosas tienen una explicación sobrenatural, pero no sería más que una ilusión. La chica desaparecida, Juliet, no ha vuelto. Los aparatos para detectar fantasmas no registran ninguna presencia.

Cuando Meggie busca al amademonios, lo encuentra con Pilar.

—¿Podemos hablar?

—¿Sobre qué?

—Voy a por otra cerveza —dice Pilar—. ¿Quieres una, Meggie?

Ella niega con la cabeza y la operadora se aleja. Al pasar junto a él le roza la cadera con la mano. Carne con carne. Él se vuelve ligeramente para no estar mirando el fuego.

—Es sobre el estreno de la siguiente temporada — dice Meggie—. Quiero rodar en Venice Beach, en nuestra vieja casa.

El amademonios siente una oleada de algo. Se le mete por las orejas y le baja por la garganta

como un torrente. No sabe qué decir. Mientras flirteaba con Pilar ha estado pensando en Ray; le gustaría saber qué pasaría si le preguntase a Meggie por él. En realidad nunca han hablado sobre el tema, sobre lo que ella hace.

—Ya sabes que me encantaría que salieses en el episodio.

—No creo que sea buena idea —responde él—. De hecho, me parece una idea espantosa.

—Siempre hemos querido hacerlo. Creo que nos iría bien a los dos.

—Bla bla bla cierre —dice él—. Sí, sí. Bla bla bla visibilidad bla bla bla posible condena penitenciaria. ¿Estás loca o qué?

—Mira, ya he hablado con la mujer que vive allí. Dice que no ha experimentado nada. Will, necesito hacerlo.

—Por supuesto que no ha experimentado nada: no era la casa lo que estaba embrujado.

Al amademonios le corre la adrenalina por la sangre. Mira a su alrededor para ver si los demás están pendientes de ellos y claro que lo están; pero a una distancia suficiente como para que la conversación sea casi privada. Le sorprende que Meggie no se lo haya soltado frente a la cámara. Imagínate qué situación tan dramática, cuánto conflicto. Los índices de audiencia...

—Tú crees en todo esto —dice él al final, buscando algo con lo que persuadirla—. ¿Por qué no dejas el asunto en paz? Tú sabes lo que pasó; lo sabemos los dos. ¿Por qué coño hace falta averiguar más? —apela casi en un susurro.

—Porque, siempre que estamos juntos, ella está con nosotros. ¿No te das cuenta? Está aquí ahora. ¿No lo sientes?

A él se le pone el vello de punta: en las piernas, los brazos, la nuca. Tiene la boca seca y la lengua pegada al paladar.

—No. No siento nada.

—Will, sabes que sería muy precavida. Nunca haría nada que pudiese perjudicarte. No funciona así. —Se acerca y le susurra—: Esto no tiene nada que ver con nosotros, es para mí. Quiero hablar con ella, nada más. Quiero que se vaya.

(1992) Meggie y él se hacen con todos los símbolos de una vida en común. Compran una vajilla, lámparas y muebles de estilo años cincuenta. Conocen a gente de la industria cinematográfica y organizan fiestas. De vez en cuando, en esas fiestas ocurren cosas; por ejemplo, lo de la chica. Llega con alguien, pero nunca averiguaron con quién. Es tan guapa como cualquier otra chica de las que van a sus fiestas; es decir, realmente bonita.

Después de tanto tiempo, él ya no se acuerda de cómo era. Hubo muchas chicas en muchas fiestas, y ése era otro país.

Tenía el pelo largo y negro. Ojos grandes.

Meggie y él van puestos hasta las cejas, y a la chica le gustan los dos. Luego se quedan sólo los tres; los demás se han ido porque hay otra fiesta en otro lugar, pero ellos se han quedado. Ella no se marcha, el resto sí. Beben, ponen música y bailan. Entonces la chica besa a Meggie y él besa a la chica, y de pronto están en la habitación. Lo pasan en grande y hacen todo lo que pueden hacer tres personas en una cama. Y en un momento dado, la chica está entre los dos y todos lo están

pasando bien y la chica les pide: «Mordedme».

«Venga, mordedme.»

Él le muerde el hombro. «No, muérdeme de verdad. Más fuerte. Quiero que me claves los dientes. Por favor.» Y de pronto Meggie y él se miran y la situación no tiene ni pizca de gracia. Esto no es lo que les gusta.

Él acaba tan rápido como puede porque, de todos modos, ya casi estaba. La chica sigue suplicándoles, pidiéndoles algo que no le pueden hacer porque no es real y los vampiros no son de verdad y la situación es desagradable. Así que Meggie le pide que se vaya. Obedece y ellos no hablan del tema. Se van a dormir y ya está. Pero se despiertan poco después: la chica se les ha colado en casa. Enseguida ven que ha roto una ventana y se ha cortado las venas con los cristales. Tiende los brazos y dice: «Por favor, aquí tenéis mi sangre. Bebedla, por favor. Quiero que os bebáis mi sangre».

Le vendan las muñecas. Los cortes no son muy profundos. Meggie llama a Pike, su agente, y él se encarga de que alguien lleve a la chica a una clínica privada. Les dice que no se preocupen por nada. Resulta que tiene quince años, menuda sorpresa... Pike les llama de nuevo después de que haya salido de la clínica, cuando se suicida. Tiene un historial de varios intentos. A la tercera va la vencida.

El amademonios no vuelve a hablar con Meggie porque Pilar —que está desnuda, como él, todos lo están— es encantadora y divertida y la cinematografía del programa es exquisita y ella está prendada del amademonios. No deja de tocarlo. Le dice que tiene una botella de un bourbon excelente en una de las cabañas y él ya está más borracho de lo que lo ha estado últimamente. Resulta que sí coincidieron una vez en Silver Lake, en una reunión de Alcohólicos Anónimos.

Se divierten. A decir verdad, el sexo es genial. El amademonios sospecha que podría haber alguna explicación psicológica de por qué se ha acostado con Pilar, alguna especie de necesidad de recrear una situación reciente y asegurarse de que todo acaba bien. Lo de la última chica con una cámara no le salió bien. Pero de todos modos, ¿cuándo le han salido las cosas bien?

Al acabar se quedan tumbados boca arriba sobre el sucio suelo de cemento.

—Mi novia no se lo va a creer —dice Pilar.

Se pregunta si lo siguiente será que le pida un autógrafo.

Pilar comparte la cabaña con Juliet, la desaparecida, y hay pornigami por todas partes. Hombres con mujeres, hombres con hombres y mujeres con mujeres en todas las combinaciones imaginables, haciendo cosas que deberían parecer eróticas. Pero no lo son. Le resultan amenazadoras, quizá por las líneas rectas de las figuras.

El amademonios y Pilar se visten por si aparece Juliet.

—Bueno —dice ella desde su litera—, buenas noches.

Él escoge la de Juliet. Se queda tumbado en la oscuridad hasta que no duda de que Pilar se ha dormido. Por algún motivo está pensando en Fawn, no es capaz de sacársela de la cabeza. Si para de pensar en Fawn, la opción que le queda es reflexionar sobre la conversación con Meggie. No tendrá más remedio que pensar en ella.

Junto a la otra litera, en el suelo, está el iPhone de Pilar. Lo coge y descubre que no tiene contraseña. Marca el número de Fawn y le envía un mensaje de texto casi sin saber qué está escribiendo.

Escribe: TENGO ESPERANZA.

Le escribe cosas horribles. No sabe por qué. A lo mejor ella piensa que se ha equivocado de número. Pero escribe detalles, cosas específicas para que ella sepa que no es así.

Al final ella contesta.

¿QUIÉN ERES? ¿ERES WILL?

Él no responde a la pregunta, sino que sigue enviando mensajes: PUTA ASQUEROSA ERES UNA GUARRA FURCIA ME DAS ASCO, etc., etc., etc. Hasta que ella deja de preguntarle quién es. Está claro que lo sabe. Tiene que saberlo.

Ser un actor tiene una cosa: las escenas, los papeles, los diálogos que te dan, las cosas que hace tu personaje, nada de eso importa. Puedes coger las palabras más desagradables, cualquier insulto o burla, todos los actos que él está escribiendo en el cuerpo del mensaje, puedes decirlas y la manera en que lo hagas cambiará el sentido. Puedes decir «Pedazo de puta, qué guarra eres» de muchas formas diferentes. Puedes convertirlo en una broma, un cariño, una llamada de atención, una seducción. Puedes matar, ser un vampiro, un ser sin alma. El público te amarán hagas lo que hagas, si tú lo quieres. Algunos de ellos te amarán para siempre.

Necesita aire fresco. Deja el móvil en el suelo, donde Pilar lo encontrará por la mañana, y sale a caminar hacia el lago. La caravana de Meggie está de camino, sólo que en lugar de pasar de largo se queda mirando al ver que una sombra sale por la puerta, baja la escalerita y desaparece. ¿Adónde va? Es prácticamente invisible.

¿Será Ray?

Podría seguirlo, pero no lo hace.

Se pregunta si ella estará despierta. La puerta no está cerrada con llave, así que se cuela dentro.

Directo a la habitación; no hay luces, no está despierta. No va a hacer nada malo, sólo quiere asegurarse de que está a salvo, dormida. Un viejo amigo puede ir a ver a una vieja amiga.

Meggie es un bulto en la cama y se acerca para poder verle la cara. Hay alguien con ella.

Ray mira al amademonios y viceversa. Ray tiene la mano en un pecho de Meggie; levanta la otra y le hace una señal para que se acerque.

La mañana siguiente es muy predecible. El equipo de «¿Hay alguien ahí?» recoge los bártulos; Pilar descubre los mensajes en su móvil.

—¿Eso lo he hecho yo? —pregunta el amademonios—. Estaba borracho. Puede que haya sido yo, sí. Dios mío. La hostia. Joder.

Interpreta su papel.

El asunto se puede poner feo. Él sabe lo feo que puede llegar a ser. Pilar puede ganar una fortuna con esos mensajes, y Fawn, si quiere, podría usarlos en su contra en el divorcio.

No sabe ni cómo se mete en esos líos.

Fawn ha llamado a Meggie, así que tendrá que lidiar también con eso. Meggie espera a hablar con él hasta que casi todo el mundo se ha marchado; es media tarde y él ya debería haberse ido. Tiene cosas que hacer, decisiones que tomar sobre vuelos, un teléfono que comprar. Necesita llamar a su publicista y a su agente. Para que se ganen el sueldo. Le gusta tenerlos ocupados.

Ray se ha ido a alguna parte y el amademonios no puede decir que lo sienta.

La conversación no es agradable. Están en el aparcamiento y una chica del equipo a quien no reconoce con la ropa puesta se ofrece a llevar a Meggie a algún sitio.

—Mañana tengo lo del programa matinal en Tallahassee. Van a venir a buscarme ahora.

—Ah, vale. Nos vemos en San José.

La chica se despide con una mirada dudosa. Puede que Pilar ya se haya chivado. Se sube al coche y se va.

—¿San José? —pregunta el amademonios.

—Sí. La mansión Winchester.

—Ajá —responde él.

La verdad es que le da igual. Ya se ha cansado de todo eso: Meggie, la camiseta y el pantalón prestados, el lago Apopka, los fantasmas que no aparecen y la mala publicidad.

Se las ve venir. Meggie se le echa encima como una manada de perros y él se lo permite: cuando una mujer se pone así, no tiene sentido intentar hablar con ella. Se queda ahí parado y aguanta el chaparrón. Cuando ella termina ni siquiera se molesta en defenderse, ¿de qué sirve decir las cosas? Se le da mucho mejor cuando tiene un guion que le impide acabar allí donde no hace pie. Pero aquí no hay guion que valga.

Tarde o temprano, Meggie y él arreglarán las cosas, claro; porque los viejos amigos se perdonan. No hay nada imperdonable. Mientras reflexiona sobre esa verdad, llega un coche a la pradera.

—Bueno —dice ella—, me vienen a buscar. —Espera a que él diga algo y al ver que no contesta, añade—: Adiós, Will.

—Te llamo —dice él al fin—. Todo acabará bien, Meggie.

—Claro que sí —responde ella sin esforzarse mucho—. Ya me llamarás.

Se sienta en el asiento de atrás. El amademonios se agacha y le dice adiós con la mano a través de la ventanilla. Ella mira al frente. El conductor tiene la ventanilla bajada y ahí está Ray, de nuevo. ¡Claro que sí! El joven lo mira, enarca una ceja, le sonrío y le vuelve a hacer señas con la mano.

—¿Necesitas que te lleve?

El amademonios se aparta del vehículo con una sensación abrumadora de asco y temor. Una nube de horror y negrura se cierne sobre él, algo que no ha sentido en muchos, muchos años. Reconoce la emoción al instante.

Y así acaba la cosa. El coche se lleva a Meggie. El amademonios se queda plantado en el campo durante un buen rato, no sabe cuánto. Pero lo suficiente como para saber que no podría alcanzar el vehículo. Tampoco lo intenta.

Se aproxima una tormenta.

La cuestión es que Meggie no se presenta para el programa matinal de Tallahassee. La otra

chica, Juliet Adeyemi, sí aparece; pero nadie vuelve a ver a Meggie. Simplemente se esfuma. No se encuentra ningún cadáver. Como es de esperar, el amademonios es el principal sospechoso de la desaparición, pero no hay pruebas. Ninguna pista.

No se acusa a nadie.

¿Y Ray? Cuando el amademonios se lo explica todo a la policía, a los medios, a los programas de entrevistas, relata la misma historia una y otra vez. «Fui a ver a mi amiga Meggie. Conocí a Ray, su amante. Se fueron juntos. Él conducía el coche.» Pero nadie más corrobora su versión. No hay ni una sola persona que admita la existencia de Ray. No hay ni un solo fotograma en el que aparezca. Ray no estuvo allí jamás, por muchas veces que el amademonios explique qué fue lo que pasó. «¿Qué aspecto tenía? ¿Nos lo puedes describir?» Y él responde: «Se parece a mí».

Mientras espera a que la policía lo interroge por tercera o cuarta vez, piensa que un día hará una película sobre el suceso. Sobre Meggie. Pero él ya será demasiado viejo para hacer de amademonios.

IDENTIDAD SECRETA

Querido Paul Zell.

«Querido Paul Zell» es exactamente hasta donde he llegado un buen montón de veces; después avanzo un poco más, pero al final abandono. Así que esta vez voy a probar una estrategia nueva: voy a fingir que no estoy escribiéndote una carta, Paul Zell, mi querido Paul Zell. Lo siento. De verdad lo siento, Paul Zell, pero de momento será mejor que nos saltemos esa parte. De lo contrario, esta vez tampoco iré más allá. En cualquier caso, ¿qué más da si lo siento o no? ¿Acaso va a hacer que cambie algo?

Entonces, finjamos que no nos conocemos. Finjamos que es la primera vez que quedamos, Paul Zell. Estamos sentados a una mesa, en el restaurante de un hotel de la ciudad de Nueva York. Nunca nos hemos visto en persona y todo lo que te he contado de mí es más o menos mentira. Pero eso aún no lo sabes. Creemos estar enamorados.

Nos conocimos en internet, en Tierra Lejana; sólo que ahora estamos tan cerca que podría tender la mano y acariciar la tuya. Eso si estuvieras aquí de verdad.

El camarero te ha servido una copa de vino. ¿Y yo? Yo he pedido Coca-Cola. Tú tienes treinta y cuatro años, yo casi dieciséis.

Lo siento mucho, Paul Zell. Creo que no voy a poder seguir adelante. Sin embargo, tengo que hacerlo, así que voy a continuar probando. (Lo intento una y otra vez, no me doy por vencida.) Empecemos por el principio; antes, incluso.

Imagínate el vestíbulo del hotel. Hay una fuente con azulejos pintados a mano de color verde y amarillo. Suelo de gres, sillones de cuero, una colección de arte privada, una hilera de ascensores de cristal que suben y bajan como una exhalación, un bar. El padre de todos los minibares que hay en las habitaciones. ¿Te suena? Tal vez hayas estado aquí alguna vez.

Ahora llena la estancia de dentistas y superhéroes. Hombres y mujeres, cirujanos maxilofaciales, entidades octodimensionales, mutantes y tipos raros que quieren salvarte los dientes, salvar el mundo y puede que también acabar presentando su propio programa de televisión. A lo largo de mi vida he acudido más de una vez al dentista, Paul Zell, pero no se ven muchos superhéroes por estos lares. Tornados sí. En el hotel hay dos convenciones y los asistentes se mezclan en el vestíbulo, tra la la, empinando el codo.

De los tabloncillos cuelgan las listas de mesas redondas sobre los últimos avances en odontología estética, estrategias efectivas para minimizar la responsabilidad civil en situaciones de peligro

para los transeúntes, charlas con títulos como «¿Licra o antibalas? ¿Qué favorece más tu imagen?». Si eres dentista o superhéroe, seguro que te interesan. Pero yo no lo soy. Resulta que no soy un montón de cosas.

Frente al mostrador de recepción hay una chica. Ésa soy yo. ¿Dónde estás tú, Paul Zell?

La recepcionista es apenas unos años mayor que yo. (Que esa chica, la que ha ido a conocer a Paul Zell. ¿Te parece que la forma en que estoy hablando de mí misma en tercera persona es pretenciosa o penosa o, simplemente, psicótica? Podría ser las tres cosas y no me importa.) En la chapa que lleva la recepcionista dice que se llama Aliss, y a la chica que ojalá no fuese yo le recuerda a una compañera del instituto. A Erin Toomey, ni más ni menos. Erin Toomey es una cabrona odiosa, pero vamos a dejarla al margen.

Aliss la recepcionista dice algo. Está diciendo: «No encuentro nada». Son las once de la mañana de un viernes, momento en el cual la chica del vestíbulo se está saltando la clase de biología. El feto de cerdo que le han asignado se pregunta dónde estará.

Démosle a la chica un nombre. Todo el mundo tiene nombre, incluso los fetos de cerdo. (El mío se llama *Alfred*.) Claro que esto no es como Tierra Lejana y yo no he podido escoger cómo me llamo. De lo contrario, no sería Billie Faggart. ¿Te suena de algo? Ya me lo parecía. Desde cuarto curso, que es cuando se me escapó un pedo bajando por el tobogán, todos los del colegio me llamaron Pedi Gasart. Es porque Billie Faggart es un nombre gracioso, ¿verdad? Sólo que las chicas como Billie Faggart no tienen mucho sentido del humor.

En el instituto hay otra chica, Jennifer Lesbes, y todos hacen bromas a nuestra costa. Dicen que nos mudaremos a California y nos casaremos. Lo lógico sería que fuésemos amigas, ¿no? Pues no lo somos. No se me dan bien las amistades: soy el equivalente humano de esos polluelos que se caen del nido. Alguien los recoge del suelo y los vuelve a colocar en su sitio, pero ahora resulta que el polluelo huele raro. Me da que huelo raro.

Si te preguntas quién es Melinda Bowles —la mujer de treinta y dos años que conociste en Tierra Lejana—, en realidad no la has conocido. Melinda Bowles nunca le ha enviado un e-mail a Paul Zell de madrugada. Ella jamás cogería un autobús a Nueva York para conocerlo, porque no sabe que existe.

Melinda Bowles nunca ha estado en Tierra Lejana.

No tiene ni idea de quién es la Hechicera Bola Ocho Mágica. Nunca ha quedado en internet con Boggle Rey de los Ladrones. Seguro que ni siquiera sabe lo que es un MMORPG.

Melinda Bowles nunca ha jugado una partida de ajedrez viviente en la Cámara del Rey Nermal, en las Cavernas Infinitas que hay bajo la Detestable Roca. No sabe distinguir una torre de un escritorio. Un peón de un *pwn*.

Algunas de las cosas que sabes de Melinda Bowles son verdad. Estuvo casada, pero se divorció.

Vive en casa de sus padres. Da clases en un instituto. Usé su nombre cuando me abrí la cuenta en Tierra Lejana. Más sobre mi hermana Melinda más adelante.

Volviendo a donde estábamos, Billie la mentirosa le dice a Aliss la recepcionista:

—¿No hay ningún mensaje? ¿Ni un sobre? Señor Zell, Paul Zell. (Ése eres tú, por si se te ha olvidado.) Se hospeda aquí y me dijo que me dejaría un sobre en recepción.

—Si quieres puedo volver a mirar —dice Aliss.

Pero no hace nada. Se queda allí plantada con cara de mala persona, mirando a través de Billie como si odiase el mundo y a todos los que viven en él.

Billie se vuelve para ver a quién está fulminando con la mirada. Detrás de ella hay un tipo de aspecto bastante normal y más allá, al otro lado del vestíbulo, toda clase de candidatos posibles. ¿Hay alguien que no odie a los dentistas? A lo mejor los superhéroes tampoco son lo suyo. A lo mejor está contemplando la cosa que parece una burbuja de sangre. Si hubieses estado allí, Paul Zell, también te habrías quedado mirándola: en el interior se distingue la silueta de algo o de alguien.

Billie no está al día en cuestión de superhéroes, pero le da la sensación de haber visto a la burbuja sangrienta en las noticias. Puede que alguna vez haya salvado el mundo. Levita un metro por encima del suelo del atrio y suelta gotas de sangre cual grifo del infierno. Puede que a Aliss le preocupe que alguien pueda resbalar y romperse un tobillo, denunciar al hotel. O quizá la burbuja de sangre le deba diez pavos.

La burbuja se acerca a la fuente de azulejos. Supera el borde por los pelos y se detiene medio metro por encima del agua. Parece una instalación de arte, si bien una bastante asquerosa. Pero es posible que se haya buscado un papel heroico: ahuyentar a los niños que roban las monedas de las fuentes. Las futuras mentes criminales emplearán su energía en cosas más productivas. Puede que más de uno se haga dentista.

¿Eras tú uno de esos niños que roban monedas de las fuentes, Paul Zell?

Esta historia no avanza, ¿verdad? Podría ser porque algunas de sus partes son muy difíciles de relatar. Así que me entretengo aquí: ni en la introducción ni en el nudo siquiera. Más que nudo, es un lío.

Al otro lado del mostrador, incluso Aliss se ha cansado de esperar a que recupere el hilo de la historia. Ha dejado de mirar con odio y está aporreando el teclado con unas uñas larguísimas. Tiene restos de purpurina en el pelo y, en la mano derecha, el sello mal borrado de una discoteca.

—¿Te hospedas aquí? —pregunta a Billie—. ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Melinda Bowles. No soy una huésped. Pero Paul Zell sí. Me dijo que me dejaría algo en recepción.

—¿Has venido por la audición? Porque, si es así, igual es mejor que vayas a preguntar al mostrador de la convención.

—¿Qué audición?

No tiene ni idea de qué habla Aliss, pero ya está trazando el plan B: volver caminando a Port Authority y coger el primer autobús a Keokuk, Iowa. Ahora me doy cuenta de que ese hubiese sido un e-mail mucho más fácil de escribir: «Querido Paul Zell: Lo siento. Me rajé».

—Aliss, querida, quítate el piercing de la nariz, anda.

El tipo que estaba haciendo cola detrás de Billie se ha puesto a su lado. Lleva un sello en la mano como el de Aliss y restos de lápiz de ojos corrido.

—A menos que quieras que la dirección te mande el finiquito.

—Mierda. —Aliss se lleva la mano a la nariz y se agacha detrás del mostrador—. Conrad, eres un imbécil. ¿Dónde estabas anoche?

—No tengo ni idea. Estaba borracho. ¿Adónde fuiste tú?

—A casa —responde sumergida tras el mostrador, como si la palabra fuese un garrote—. ¿Quieres algo? ¿Necesitas que te arreglen la habitación? Darin, del turno de noche, dice que te vio en el ascensor a las tres de la mañana. Con una chica.

«Chica» es un puñal.

—Es posible —admite Conrad—. Ya te digo que estaba borracho. ¿Necesitas ayuda ahí abajo? ¿Te estás quitando el aro o atendiendo a esta chica? Porque quiero compensarte por lo de anoche. Lo siento.

Son las palabras correctas, pero Billie opina que el tipo no parece muy arrepentido. Más bien como si estuviera intentando disimular un bostezo.

—Te lo agradezco, pero no hace falta.

Aliss se levanta rápidamente. El piercing ha desaparecido y le brillan los ojos de las lágrimas. O de las ganas de matar.

—Esto debe de ser para ti —le dice a Billie con la alegre voz de un robot recepcionista, que no es mucho mejor que la voz asesina—. Siento mucho la confusión.

Le tiende un sobre.

Billie lo coge y se sienta en un sofá, junto a un dentista. Lleva una identificación de la convención con su nombre y su lugar de procedencia, y así es como ella sabe que no es un superhéroe ni Paul Zell.

Abre el sobre. Dentro hay una llave y un pedazo de papel con un número de habitación. Nada más. ¿Qué es esto, Tierra Lejana? Se echa a reír como una auténtica maníaca y el dentista se la queda mirando.

No la culpéis. Ha estado más de veinte horas en un autobús. Le huele la ropa a transporte público, a un cóctel de productos de limpieza y aliento de otras personas, y lo último que esperaba cuando salió a realizar esta misión, Paul Zell, era encontrarse en un hotel lleno de superhéroes y dentistas.

La verdad es que en Keokuk, Iowa, no tenemos muchos superhéroes. De vez en cuando hay un desfile aéreo o un *Superhéroes sobre hielo*, y también de cuando en cuando algún vecino de Keokuk descubre que tiene la fuerza de dos hombres o que puede predecir la fecha de caducidad de las latas de atún de un supermercado con un índice de acierto del noventa y ocho coma dos. Pero hasta esos talentos de segunda se largan de allí en menos que canta un gallo. Se van a Hollywood para ver si entran en algún *reality*. O a Nueva York o Chicago o incluso a Baltimore,

para formar innovadoras bandas de rock o luchar contra el crimen o ambas cosas.

Pero he aquí la cuestión: que en circunstancias normales, Billie no tendría nada mejor que hacer que observar a una mujer con cabeza de cuervo abriéndose paso a contracorriente entre la multitud del bar para llegar a la fuente y a la épica burbuja de sangre. Tiene una bebida rosa en la mano y está de puntillas; una mano húmeda de cuatro dedos emerge de la burbuja y toma la copa. ¿Será una historia de amor? ¿Cómo hace una mujer con pico de cuervo para besar a una burbuja de sangre? Paul Zell, no me digas que lo nuestro es aún menos posible que lo suyo.

Tal vez no sean más que dos amigos tomando algo. La mano de cuatro dedos orienta la pajita hacia la membrana de campo electromagnético o lo que quiera que sea y la copa se vacía como por arte de magia. La burbuja se estremece.

No obstante, Paul Zell, Billie sólo puede pensar en ti. Tiene la llave de tu habitación. Cuando te conoció hace tanto tiempo en Tierra Lejana, Billie siempre estaba dispuesta a participar en una misión. ¿Por qué no? No tenía nada mejor que hacer. Y las misiones siempre eran tal como sigue: estás en un lugar extraño. Topas con un guardián. Burlas su vigilancia o lo matas o lo convences de que te dé el objeto que guardaba. Un arma o un hechizo o el sobre que contiene la llave de la habitación 1584.

Salvo que la llave que tiene Billie en la mano es de verdad y yo ya no me embarco en ese tipo de misiones. No desde que te conocí, Paul Zell. No desde que la Hechicera Bola Ocho Mágica conoció a Boggle Rey de los Ladrones en la Cámara del Rey Nermal y lo retó a una partida de ajedrez.

Ya que estoy en ello, ahí va una confesión menor. ¿Por qué no? ¿Qué más te da si, además de la Hechicera Bola Ocho Mágica, solía tener otros dos avatares en Tierra Lejana? Tengo a Felicidad Perpetua, que es una curandera elfa y, si te digo la verdad, una sosa; el otro es Zarpa de Oso, que me ha resultado muy valioso a la hora de acumular puntos, sobre todo para niveles de armas. Hubo un tiempo en el que las cosas iban mal en el instituto y aún peor en casa, aunque de eso no quiero hablar; pero, en cualquier caso, fue una época mala y disfrutaba de ir por ahí matando cosas. Sin más. El mes pasado, cuando tú y yo empezamos a planear esto, vendí a Zarpa para poder pagar el billete de autobús. No pasa nada; casi había dejado de usarlo. Sólo jugaba con él de vez en cuando, si no estabas conectado y me sentía sola o estaba triste o si había tenido un día particularmente mierdoso en el instituto.

Estoy pensando en vender también a Felicidad Perpetua, si alguien la quiere. Si no, tendrá que ser Bola Ocho Mágica. Aunque igual las vendo a las dos, pero aún no he llegado a esa parte de la historia.

Y sí, paso mucho tiempo conectada. En Tierra Lejana. Ya te he dicho que no tengo muchos amigos; pero que no te sepa mal, porque no deberías sentir lástima por mí, Paul Zell. No te lo cuento por eso.

Volvamos a mi hermana, Melinda. Ella me dice que espere unos años, que ya veré: las cosas

se ponen mejor. Claro, si lo dice por ella, puede que sea verdad. Y luego empeoran y tienes que volver a casa de tus padres y dar clases en el instituto. Ya me dirás cómo puede eso ser mejor.

Y si te pica la curiosidad, te diré que sí, que mi hermana Melinda Bowles es despampanante y todos los chicos del instituto están colados por ella, incluso cuando les suspende. Si todavía me hablas después de leer esto, me ofrezco a hacer una hoja de cálculo con nuestros rasgos de personalidad e incidentes biográficos. En una columna Melinda Bowles y en la otra Billie Faggart, con marcas en cada una o en ambas, dependiendo. Pero la historia de cuando me afeité las cejas de niña, ésa es cierta. Me refiero a que era yo. Y lo de los reptiles también. En cuanto a Melinda, los reptiles no le entusiasman. Supongo que es posible que tú no tengas un camaleón que se llame *Moe* ni un gecko tokay que se llame *Mordisquitos*. A lo mejor tú también te has inventado alguna cosa, sólo que ¿qué sentido tiene inventarse unos lagartos? No dejo de recordármelo a mí misma: Billie, que tú seas una mentirosa no significa que el mundo esté lleno de gente como tú. Pero lo cierto es que has mentido, porque estabas en el hotel, ¿no? Me dejaste la llave de tu habitación en un sobre a nombre de Melinda Bowles. Porque, si no fuiste tú, ¿quién fue?

Lo siento. Se supone que esto va de mí, no de resolver los grandes misterios del universo ni nada de eso. Pero hay una cosa sobre Melinda que debes saber, por si estás pensando que quizá la persona de quien te enamoraste exista de verdad. Una cosa muy importante. Melinda tiene novio. Además, es muy religiosa, una cristiana renacida recalcitrante. Y tú no. Así que en caso de que el novio muriese o algo así, cosa que sé que a ella le preocupa, lo vuestro no funcionaría jamás.

Una cosa más sobre mi hermana, o tal vez sobre ti. Llegados a este punto tengo que darte las gracias. Porque gracias a ti, Paul Zell, creo que Melinda y yo nos hemos hecho amigas. Y es que llevo todo el año interesándome por su vida. Le pregunto qué tal le ha ido el día, y cuando me lo cuenta la escucho con atención. ¿Cómo iba a convencerte si no de que yo era una profesora de álgebra de treinta y dos años divorciada? Resulta que ella y yo tenemos mucho en común; hasta entiendo las cosas que piensa. Porque tiene un novio que está en una tierra lejana (en Afganistán), a quien añora. Se escriben correos electrónicos y le preocupa que pierda una pierna o algo así, y si aún se querrán cuando él regrese.

Y yo te tengo a ti. Tenía algo contigo, por mucho que no se lo pudiese contar a ella. Supongo que ahora tampoco puedo.

Billie entra en el ascensor con un superhéroe y el tipo que le dio plantón a Aliss. El superhéroe apesta; a sudor y a algo peor que parece carne podrida. Se baja en la séptima planta y Billie toma una bocanada de aire. Está pensando en un montón de cosas, como por ejemplo que no tiene miedo a las alturas y que no está mal descubrirlo en un ascensor de cristal. Está pensando en buscar una cafetería con wifi, conectarse a internet y pasar un rato en Tierra Lejana, sólo que Paul Zell no estará allí. Le gustaría saber si el tipo que le compró Zarpa de Oso estará probándolo. Eso sí que sería raro: encontrarte con alguien que solías ser. ¿Qué podría decirle? Tiene muchas ganas de darse una ducha y se pregunta si huele tan mal como el superhéroe. Piensa todo eso y muchas

cosas más.

—Así es como se lucha contra el crimen —dice el otro que está en el ascensor. (Es Conrad Linthor, y a pesar de que Billie aún no sabe cómo se apellida, quizá tú lo reconozcas)—: apestándolo a muerte. Aunque la verdad es que para ponerse así de musculoso hay que comer muchas proteínas, que te hacen oler mal. Por eso soy vegetariano.

La sonrisa que le dedica a Billie es tan encantadora como el ascensor hediondo.

Pero Billie se enorgullece de ser inmune al encanto. (Es como no tener sentido del humor, que es una debilidad. Sé que uno debería poder reírse de sí mismo, pero ese consejo no vale un pimiento cuando los demás ya se están riendo de ti.) Se queda mirando a Conrad Linthor sin ninguna expresión en el rostro. Si no reaccionas, la mayoría de la gente abandona y te deja en paz.

Conrad Linthor tiene dieciocho o diecinueve años, o quizá veintidós pero bien llevados. Tiene rasgos normales y los dientes blancos. «Sería guapo si no fuese tan guapo», piensa Billie, aunque luego se pregunta qué quería decir con eso. No le cabe duda de que es rico y tampoco está segura de cómo lo sabe. Puede que sea porque al subirse al ascensor pulsó el botón del ático.

—A ver si lo adivino —dice Conrad Linthor como si ya hubiesen estado conversando—: has venido por la audición.

Al ver que ella no reacciona, esta vez porque realmente no sabe de qué habla y no porque finja ser tonta, él se explica:

—Quieres ser ayudante de algún superhéroe. ¿Sabes el tipo que se acaba de bajar, Puño Azul? Me han dicho que por algún motivo sus ayudantes siempre dejan el puesto.

—He venido a ver a un amigo —dice Billie—. ¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo? ¿Tú eres ayudante de alguno?

—¿Yo? Muy graciosa.

Se oye una campanilla y la puerta del ascensor se abre en la planta quince. Billie se baja.

—Nos vemos —se despide él desde dentro, pero le suena más a burla que a otra cosa.

¿Sabes qué, Paul Zell?, nunca he pensado que seas superguapo ni nada parecido. No me importaba qué aspecto tuvieses. Sé que tienes los ojos marrones y el pelo castaño, y que estás un poco flaco y tienes la nariz grande. Lo sé porque me dijiste que te pareces a Boggle, tu avatar. Yo siempre he temido que fueses a pedirme una foto porque entonces sí que te hubiera mentido; más todavía, porque te hubiese mandado una de Melinda.

Mi padre dice que me parezco tanto a ella cuando era pequeña que da miedo, que casi podríamos ser gemelas. Pero he visto fotos de cuando tenía mi edad y la similitud no existe. Ella tenía cara de bicho raro y creo que ésa es la razón de que ahora sea tan agradable y tan poco presumida: porque cuando se puso tan guapa a ella también la sorprendió. Yo no soy ni preciosa ni un monstruo, así que no creo que me vaya a pasar eso del patito feo que se convierte en un cisne despampanante.

Pero tú me has visto, ¿verdad? Ya sabes qué aspecto tengo.

Billie llama a la puerta de la habitación de Paul Zell, por si acaso. A pesar de que tú no estás dentro. Si estuvieras, se moriría allí mismo de un ataque al corazón. A pesar de que ha ido a eso. A conocerte.

Tal vez te preguntes por qué ha viajado hasta allí, sabiendo que veros en persona sería un problema tan grande. Si te digo la verdad, no tiene ni idea. Aún no lo sabe. Lo que pasa es que dijiste: «¿Quieres que nos conozcamos y comprobemos si esto es real?».

¿Qué se supone que debía hacer: decir que no, contarte la verdad?

En la habitación 1584 hay dos camas de matrimonio y una maleta negra en el estante para el equipaje. Ningún Paul Zell, porque vas a estar todo el día de reuniones. Hemos quedado en El Loto Dorado a las seis.

Anoche dormiste en una de esas dos camas, Paul Zell, y Billie se sienta en la que está más cerca de la ventana. Es una pena que el servicio de limpieza ya haya arreglado la habitación, porque, si no, Billie se metería en tu cama y apoyaría la cabeza en tu almohada.

Se acerca a la maleta y aquí es cuando el asunto se enturbia un poco, Paul Zell. Por eso tengo que escribir en tercera persona, porque así puedo fingir que no era yo la que hacía esas cosas.

La maleta está abierta. Todo lo que hay dentro está muy ordenado. La ropa usada que hay en el fondo del armario está doblada. Billie coge las camisas a cuadros y los pantalones de pinzas. Hasta la ropa interior está doblada. Usas una 32 de pantalón. Tus calcetines son calcetines, sin más. Casi en el fondo de la maleta hay una cajita de terciopelo, de una joyería, y Billie la abre. Después la vuelve a dejar en su sitio. No sabría decirte qué se le estaba pasando por la cabeza en ese instante, y eso que yo misma estaba presente.

No te lo puedo contar todo, Paul Zell.

Billie no ha traído maleta porque su padre y Melinda hubiesen sospechado. (Sin embargo, nadie se extraña de que te vayas al instituto con la mochila a reventar de cosas.) Saca la falda que piensa llevar a la cena y la cuelga en el armario. Se lava los dientes y después deja el cepillo en la encimera del baño, junto al tuyo. Tapa la vista con las cortinas, no era más que un edificio con la fachada de cristal, igual que los ascensores. Como si nadie fuera capaz de hacer nada a menos que el mundo estuviese observando, o tal vez porque si el mundo se asoma y ve lo que estás haciendo, tiene que ser algo valioso, importante y legítimo. La calle queda a mucha distancia, tan lejos que la ventana no se abre; seguramente es porque las personas como Billie no pueden evitar preguntarse cómo sería caer.

Abajo hay un bullicio de hormiguitas, gente que no sabe que estás junto a la ventana, contemplándolos. Billie los observa.

Cierra la cortina que impide que entre la luz y ciega las vistas. Retira la colcha de la cama que hay junto a la ventana, se quita los vaqueros, la camiseta y el sujetador, y se pone una de Metallica que ha encontrado en la maleta de Paul Zell.

Se tumba sobre la sábana limpia y blanca, y se queda dormida en la oscuridad amarillenta. Sueña contigo.

Cuando se despierta, la almohada le ha dejado el cuello contracturado y tiene la mandíbula tensa porque se ha olvidado de ponerse la férula de descarga. Ha estado rechinando los dientes. Sí, la que rechina soy yo, no Melinda.

Son más de las cuatro, media tarde. Billie se ducha y utiliza el acondicionador de hierbas de Paul Zell.

El hotel sale en las noticias de la CNN, por la convención de superhéroes.

Lleva tres semanas intentando no pensar mucho en qué pasará cuando ella y Paul Zell se conozcan a la hora de cenar. Sin embargo, tenía que decidir qué ponerse. La falda y el jersey que ha traído son de su hermana y espera que la hagan parecer mayor, pero no como si quisiera aparentarlo. Ha comprado un pintalabios en unos grandes almacenes, pero cuando se lo pone aquello parece *Billie en el circo*, así que se lo quita y se pone cacao de labios. Aun así, le parece que tiene la boca más roja de lo que le conviene.

Cuando baja a preguntar por una cafetería con internet, Aliss sigue en la recepción.

—Los huéspedes pueden acceder al área de negocios utilizando la llave de las habitaciones.

Billie tiene una pregunta más:

—¿Quién es ese Conrad? ¿De qué va?

Aliss entorna los ojos.

—Va de que es el tío más salido del mundo. Aunque eso no es asunto tuyo. Y, diga lo que diga, no te creas que puede influir en su padre, señorita «aspirante a ayudante de superhéroe». Si te enrollas con él, te parto la cara. A ver si te crees que este trabajo me importa.

—Tengo novio —responde Billie—. Además, Conrad es demasiado mayor para mí.

Un comentario curioso, ahora que lo pienso.

Verás, Paul Zell: tú tienes treinta y cuatro años y yo quince. Hay diecinueve de diferencia; es un intervalo importante, ¿no? Aparte del tema legal, que no intento pasar por alto, yo podría tener el doble de años y seguirías siendo mayor que yo. Lo he pensado bastante y ¿sabes qué?: en mi instituto hay una profesora que se llama señora Christie. Hace unos meses, Melinda me habló de ella y me contó que acababa de cumplir los treinta y su marido tiene sesenta y tres. Y aun así se enamoraron, y Melinda dice que, aunque da un poco de repelús, el amor es así y nadie entiende cómo funciona. Las cosas pasan y ya está. Y luego, su propio caso: se casó con un tipo de su misma edad que luego se enganchó a la heroína y era una mala pieza en general. ¿Adónde quiero llegar? A que en comparación con los treinta y tres años que separan a los Christie, diecinueve son un suspiro.

El verdadero problema es el momento. Y, cómo no, que yo te he mentado. Pero dejando eso de lado, ¿por qué no podría haber funcionado dentro de unos años? ¿Por qué tenemos que esperar? Yo no me voy a enamorar de nadie más en la vida.

Billie utiliza la llave de la habitación de Paul Zell para entrar en el área de negocios. En uno de los ordenadores hay una superheroína; mide casi dos metros y medio y tiene el pelo rojo y encrespado. Queda claro que no es simplemente una dentista muy alta, pues de vez en cuando una descarga eléctrica le recorre la silueta como si la estuvieran proyectando al diminuto asiento desde otra dimensión. Mira a Billie de refilón y ésta la saluda con un gesto de cabeza. La superheroína suspira y se mira las uñas, y a ella le parece bien. No necesita que la rescaten ni se va a presentar a ningún proceso de selección a pesar de lo que piensen los demás.

Por algún motivo, Billie decide entrar en Tierra Lejana como Felicidad Perpetua. Está de incógnito al cuadrado. Paul Zell no está conectado y en la Cámara del Rey Nermal no hay nadie aparte de las piezas de ajedrez, que siempre están allí y en realidad no tienen vida propia. No las que están de pie o sentadas en sus casillas, esperando con paciencia a que las coloquen, tejiendo o hurgándose la nariz o flirteando o para lo que sea que las hayan programado cuando no combaten. La pieza favorita de Billie es la torre del Rey Nermal, porque cuando avanza hacia la batalla siempre ríe, aunque debe de saber que lo van a derrotar.

¿Alguna vez te has sentido como si te estuvieran observando, Paul Zell? A veces me pregunto si se darán cuenta de que no son más que un juego dentro de otro juego. Cuando encontré la Cámara del Rey Nermal, recorrí el perímetro del tablero y me fijé en qué hacía cada uno. La Reina Blanca y su peón jugaban al ajedrez, como siempre. Me senté y miré. Después de un rato, la Reina Blanca me preguntó si quería jugar una partida, y cuando dije que sí, el pequeño tablero creció y creció hasta que estuve de pie dentro de uno de los escaques, en una estancia idéntica a en la que estaba un momento antes, y había otra Reina Blanca jugando al ajedrez con su peón, y supongo que podría haber seguido en espiral, pero me asusté y salí de Tierra Lejana sin guardar la partida.

Zarpa de Oso no está. Naturalmente, la Hechicera Bola Ocho Mágica tampoco.

Las reservas de hierbas medicinales de Felicidad Perpetua están bajas y se encuentra cerca de las Praderas Sangrientas, así que le pongo la capa de invisibilidad y salgo al campo de batalla. Allí donde se ha derramado la sangre de los hombres y las bestias, crecen extrañas plantas muy poco comunes. También llevo una Mano Protectora, porque a algunas no les gusta que las arranquen de la tierra. Cuando tengo el cesto lleno, Felicidad Perpetua se va de las Praderas Sangrientas. Yo me voy de las Praderas Sangrientas. Billie sale de las Praderas Sangrientas. Billie no ha decidido qué hacer a continuación ni adónde ir, y ya son casi las seis. Así que guarda la partida y sale.

La superheroína está viendo vídeos en YouTube: dos coreanos haciendo *break dance* con el *Canon* de Pachelbel. Billie se levanta para marcharse.

—Chica —le dice la superheroína.

—¿Quién, yo?

—Chica, tú: ¿has venido con Milagro?

Billie se da cuenta de que hay un malentendido.

—No soy ayudante de nadie.

—Entonces, ¿quién eres?

—Nadie —responde Billie.

Enseguida recuerda que hay un superhéroe que se llama Nadie y añade:

—Quiero decir que no soy nadie conocido.

Escapa de allí antes de que la superheroína pueda decir algo más.

Se mira el pelo en el baño de señoras que hay en el vestíbulo. Melinda siempre intenta que se

ponga algo que no sean vaqueros y camiseta, y está claro que ahora que se ve en el espejo parece diferente. Sin embargo, le gustaría recordarse más a sí misma, porque se le ha olvidado que lo que necesita es parecerse menos. Asemjarse menos a una loca mentirosa de quince años.

Aunque, por lo visto, tiene pinta de ser ayudante de superhéroes.

El *maitre* de El Loto Dorado le pregunta si tiene reserva. Faltan cinco minutos para las seis.

—A las seis —dice Billie—. Dos personas, Paul Zell.

—Aquí está —responde el *maitre*—. La otra persona no ha llegado, pero la acompañaré para que se siente.

La sienta. Le empuja la silla hacia la mesa y Billie trata de no sentirse atrapada. A su alrededor hay personas cenando: dentistas, superhéroes y puede que también gente normal. Es obvio que los que llevan uniforme de superhéroes son superhéroes, pero eso no convierte a los huéspedes del hotel que visten de calle en dentistas. Aunque no cabe duda de que algunos lo son.

Billie no ha comido nada desde la mañana: un *bagel* en Port Authority. Su primer *bagel* neoyorquino. Pasas y canela con queso fresco y arándanos. Le ruge el estómago.

En las mesas o en la barra hay personas que no son Paul Zell. Estudia la carta; nunca ha comido sushi. Un camarero le sirve un vaso de agua y le pregunta si quiere pedir un aperitivo mientras espera, pero ella le dice que no. Los clientes de la mesa vecina pagan la cuenta y se van. Cuando mira el reloj, son las seis y dieciocho.

Paul Zell: llegas tarde.

Se le ocurre que podría subir a la habitación para ver si hay algún mensaje.

—Enseguida vuelvo —le dice al *maitre*, y a él le da igual.

Hay superhéroes en el vestíbulo y dentistas en el ascensor y una luz en el teléfono de la habitación 1584 que, de haber algún mensaje, estaría parpadeando. Y no lo está. Por si acaso, marca el número del contestador. Cero mensajes.

A su regreso, en la mesa de El Loto Dorado reservada para Paul Zell, seis de la tarde, dos personas, no hay nadie. Billie se sienta de todos modos. Espera hasta las siete y media, y se marcha mientras el *maitre* acompaña a un grupo de superhéroes a otra mesa. De momento no ha reconocido a ninguno, pero eso no significa que sus poderes no sean útiles; solamente que hay muchos y Billie nunca ha sido muy ducha en cuestión de superhéroes.

Sube en el ascensor de cristal y abre la puerta de la habitación de Paul Zell sin llamar antes, cosa que no importa porque allí no hay nadie. Pide que le traigan comida. Debería ser una experiencia emocionante porque es algo que no ha hecho en la vida, pero no lo es. Encarga una hamburguesa, se bebe un zumo del minibar y mira los dibujos de Cartoon Network. Espera a que alguien llame a la puerta y cuando ocurre no es más que el botones con su cena.

Cuando dan las nueve, Billie ya ha bajado al área de negocios dos veces. Mira el correo electrónico, mira en Tierra Lejana y en los chats: ni rastro de Boggle ni de Paul Zell. Sólo hay piezas de ajedrez, pero no es su turno. Escribe un e-mail y al final no lo envía.

Vuelve arriba por última vez y sigue sin haber nadie. Sólo la maleta. En realidad no esperaba que hubiese nadie. La cajita de la joyería sigue en su sitio.

El edificio de oficinas que hay al otro lado de la ventana todavía está iluminado. Puede que lo dejen así toda la noche aunque esté vacío. Billie piensa que esas luces son lo más solitario que ha visto en la vida, más incluso que las estrellas más distantes, que cuando nos llega su luz ya se han extinguido. Allá abajo, la gente-hormiga se ocupa de sus asuntos.

Abre el minibar de nuevo. Dentro hay botellas en miniatura de ginebra, bourbon, tequila y ron que, a menos que lo haga ella, nadie va a beber. ¿Qué haría Alicia?, se pregunta. Siempre ha sido aficionada a Lewis Carroll, y no sólo por el ajedrez.

Hay dos cervezas y un bote de cacahuetes. Se toma todas las miniaturas y las dos cervezas de tamaño normal. Puede que lo notases en la factura.

Aquí es donde se me escapan algunos detalles, Paul Zell. Puede que tú sepas mejor que yo lo que estoy describiendo y lo que me dejo. O puede que no.

Es la primera vez que Billie se emborracha y no se le da muy bien. Al principio no nota nada, así que insiste y al cabo de un rato empieza a sentirse bien, como si todo fuese a salir genial. La sensación positiva aumenta y aumenta hasta que la engulle. Eso dura un rato, hasta que empieza a perder la noción del tiempo, como si estuviera dando saltos hacia el futuro y llegase siempre un poco mareada. Ahí está, cambiando de canal sin atreverse a llegar a los de porno de pago, aunque no creas que no se le ha ocurrido. Luego, pintándose los labios de nuevo; esta vez le gusta cómo le queda. Más tarde, sacando la ropa de Paul Zell de la maleta. Saca el anillo de la cajita y se lo pone en el dedo gordo del pie. Ahora viene una laguna. Después está Billie doblada sobre el retrete. Está vomitando. Devuelve sin parar. Alguien le sujeta el pelo. Una mano le pone un paño húmedo y frío en la cara. Luego está en la cama y la habitación, a oscuras; pero tiene la sensación de que hay alguien sentado en la cama. Sin más.

Más tarde cree oír a alguien moverse por la habitación, haciendo cosas. Por algún motivo, imagina que es la Hechicera Bola Ocho Mágica, que está hurgando por todas partes, buscando cosas mágicas, importantes y muy poderosas. Cree que estaría bien que se levantara a ayudar, pero no puede moverse.

Mucho más tarde, cuando consigue salir de la cama para ir al baño a vomitar una vez más, la maleta de Paul Zell ha desaparecido.

Hay vómito en el lavamanos y en la bañera, y también en el jersey de su hermana. Tiene la entrepierna fría y mojada: se ha hecho pis. Se quita el jersey, la falda, las medias y la ropa interior; se deja el sujetador puesto, pero sólo porque no consigue desabrochárselo. Bebe cuatro vasos de agua y se acuesta en la otra cama, la que no está meada.

Se despierta a la una del mediodía. Alguien ha dejado el cartel de «No molestar» en la puerta de la habitación 1584; quizá haya sido Billie, quizá no. No va a poder coger el autobús de vuelta a Keokuk: salió a las siete y treinta y dos. La maleta de Paul Zell ha desaparecido, igual que su ropa sucia. No queda ni un calcetín ni un pelo en la almohada. Sólo el acondicionador de hierbas; supongo que no miraste en la bañera.

Pero Billie no se da cuenta de nada de eso ni recapacita. En realidad casi se alegra de que le duela tanto la cabeza: se merece eso y más. Pasa una de las toallas por el lavamanos y la encimera

para recoger el vómito seco, abre el grifo de la ducha y deja correr el agua caliente hasta que todo el baño huele a sopa agria. Quita las sábanas de la cama en la que se ha hecho pis y las tira, junto con el malogrado jersey de Melinda, la falda y las toallas sucias de vómito, bajo la encimera del baño. Cuando por fin se ducha, el agua está apenas templada, pero es más de lo que merece. Gira el mando hacia la derecha, chilla y lo gira al otro lado. Lo que te mereces y lo que eres capaz de soportar no son necesariamente lo mismo.

Mientras se pone acondicionador en el pelo, llora con amargura. Baja al vestíbulo en el ascensor y se sienta en el Starbucks. Es la primera vez que entra en uno y, aunque lo que de verdad le apetece es un Caramelo Frappuccino, pide un *espresso* doble. Más penitencia.

Está vertiendo sobrecitos de azúcar en el café cuando alguien se sienta a su lado. No eres tú, claro; es Conrad. Llegados a este punto, ya ha pasado el momento de disculparme y, sin embargo, creo que debería seguir con la historia, porque aún no se ha acabado. ¿Te acuerdas de que Billie pensaba que la llave de la habitación y el viaje en autobús le recordaban a una misión de Tierra Lejana? En esta parte le empieza a parecer más una de esas partidas de ajedrez; una de esas en las que sabes que ya has perdido pero no puedes admitir la derrota. Sigues perdiendo pieza a pieza, hasta que en el universo no hay mayor perdedor que tú, cosa que tal vez sea como la vida misma: jugar al ajedrez con alguien mucho mejor de lo que tú llegarás a ser. Porque, al fin y al cabo, no hay manera de ganar, ¿no?

Centrémonos: segunda parte, en la que continúo escribiendo sobre mí en tercera persona y sigo comportándome de forma estúpida. Si quieres, puedes dejar de leer.

Conrad Linthor se sienta sin pedir permiso. Está bebiendo algo granizado.

—Ayudante, tienes muy mala cara.

Imagínate superhéroes de todas las variedades durante toda la conversación; pasan, se deslizan o caminan con decisión alrededor de la mesa de Billie y saludan con un gesto de cabeza al tipo que tiene sentado delante. Ella se percata de todo esto sin la picardía suficiente como para preguntarse qué está pasando. Tiene hasta la última molécula de su ser ocupada en procesar el desconuelo, la pena, el desprecio por sí misma, la vergüenza, el corazón partido, las náuseas y el dolor de cabeza de mil vidas.

—El destino nos vuelve a reunir. —Billie no puede evitarlo: es la clásica frase que uno acaba diciendo en un hotel lleno de superhéroes—. No soy ayudante de nadie. Me llamo Billie.

—Lo que tú digas —responde Conrad Linthor—. Conrad Linthor. ¿Qué te ha pasado?

Le da un trago al amargo *espresso* y se esconde tras un mechón de pelo. «Soy un polluelo —piensa—. Déjame, que huelo raro.»

Pero él no se va.

—Vale, empiezo yo. Vamos a intercambiar historias. ¿Te acuerdas de la chica que estaba en recepción cuando llegaste? Aliss. Me he acostado con ella un par de veces, cuando no tenía a nadie mejor. Le gusto mucho y yo soy un gilipollas, ¿vale? No es excusa. Siempre que le hago una

faena, cuando la vuelvo a ver soy muy agradable con ella y le pido disculpas y me la vuelvo a ganar. Más que nada, lo hago para ver si esa vez también va a colar; no sé por qué. Supongo que tengo curiosidad por saber dónde está el límite, hasta dónde es capaz de llegar sin agredirme. Hay gente que tiene terrarios para hormigas: a mí me interesan más las personas. Así que ya sabes qué pasaba ayer. Y sí, ya sé que no estoy bien de la cabeza.

Billie se echa el pelo hacia atrás.

—¿Por qué me lo cuentas?

Él se encoge de hombros.

—No sé. Tienes cara de estar sufriendo una barbaridad. La verdad es que me da igual, lo que pasa es que me aburro y tú tienes tan mal aspecto que me ha parecido que seguramente aquí está pasando algo interesante. Además, Aliss nos puede ver desde la recepción y se cabreará de lo lindo.

—Estoy bien —dice Billie—. Nadie me ha hecho nada: en esta historia la mala soy yo.

—Eso no me lo esperaba, ¡qué interesante! Continúa. Cuéntamelo todo.

Ella se lo cuenta. Todo salvo la parte en la que se mea en la cama.

Cuando ha acabado su relato, Conrad Linthor se levanta y dice:

—Venga, vamos a ver a un amigo mío. Necesitas la cura.

—¿Para el mal de amores? —pregunta Billie: es su patético intento de hacer una gracia.

Si antes se preguntaba si contarle a alguien lo que había hecho le haría sentir mejor, ahora ya sabe que no.

—No hay cura para el amor, porque el amor no existe. Pero la resaca te la podemos quitar.

Entre el barullo del vestíbulo, Billie ve un cartel que anuncia tratamientos gratuitos de blanqueo dental para superhéroes titulados, en la suite 412. Se fija en la recepción y se da cuenta de que Aliss la está mirando. La recepcionista se pasa el dedo índice por la garganta, de lado a lado. Si las miradas matasen, no estarías leyendo este e-mail.

Hay una puerta que está claro que no se debe cruzar, pero Conrad Linthor la atraviesa y Billie le sigue. Acaban en un pasillo; un laberinto de pasillos. Si se tratara de un MMORPG, en cualquier momento les asaltarían los zombis o los megaquirópteros o los *gnolls* con sus mortíferas cuerdas anudadas; pero como no lo es, de vez en cuando se cruzan con algún miembro del personal del hotel. Botones fumando a escondidas. Todos saludan a Conrad Linthor con la cabeza, igual que los superhéroes del Starbucks.

Billie se resiste a hacer la pregunta, pero tarde o temprano cede:

—Pero ¿tú quién eres?

—Llámame Eloise.

—¿Perdona?

Billie se imagina que ya no están en el hotel. El pasillo por el que transitan desciende muy ligeramente y tal vez vayan a parar a orillas de un lago subterráneo o a una mazmorra o a Narnia o a la Cámara del Rey Nermal o incluso a Keokuk, Iowa. Al fin y al cabo, el mundo es más pequeño de lo que parece. Más grande por dentro que por fuera.

—Ya sabes: Eloise, la chica que vive en el Plaza y su mascota es una ballena que se llama Moby Dick...

Espera un instante, porque se supone que Billie tiene que saber de qué habla.

—Da igual, no es más que un libro: un clásico de la literatura infantil moderna sobre una niña que vive en el Plaza, el hotel. Igual el suyo es un poco más agradable que éste, pero bueno. Vivo aquí.

Él sigue hablando y continúan caminando.

La resaca de Billie no es más que efectos especiales y Conrad Linthor no calla; habla sin parar sobre superhéroes porque su padre es agente. Al parecer, los superhéroes tienen agentes. Representa a los peces gordos y conoce a todo el mundo, pero es agorafóbico: nunca sale del hotel; lo visitan a él. Mañana ofrece un gran banquete para su mejor cliente: Tyrannosaurus Hex. Hex se jubila; se muda a las montañas a criar avispas cazatarántulas y el padre de Conrad Linthor da una fiesta en su honor. Ha invitado a todo el mundo.

Billie tiene las piernas de mantequilla y en lugar de la melena, agujas emponzoñadas. La lengua se le ha convertido en una esponja áspera y le pican los ojos como si se los hubiera regado con lejía.

De pronto dos carros con ruedas doblan la esquina como un par de cometas, seguidos de sendos botones que recorren el pasillo a la velocidad del rayo. Conrad Linthor y Billie se pegan a las paredes.

—Hay que ir deprisa —explica Conrad—. Si no, la comida se enfría y los clientes se quejan.

Al llegar a la esquina ven un par de enormes puertas batientes, aún en movimiento. Por ellas podría salir un autobús con destino a Keokuk. Un leviatán. Una ballena blanca. Billie pasa por la puerta hasta la lejana orilla de lo que resulta ser, naturalmente, la cocina del hotel. En la distancia —a kilómetros de allí, según le parece a Billie— se ven nubes de vapor y siluetas desdibujadas que las atraviesan. Ruidos metálicos, gente gritando, el potente olor dulce de las cebollas caramelizadas que jamás harán llorar a nadie más. Una variedad de apetitosos tufos.

Conrad Linthor lleva a Billie hasta una mesa de mármol. Varillas de cobre, boles de cerámica; de unos ganchos cuelgan cazos abollados.

Billie tiene la sensación de que debería decir algo.

—Debes de tener mucho dinero para vivir en un hotel.

—No me digas, Sherlock —repone Conrad—. Siéntate, enseguida vuelvo.

Con cuidado y poco a poco, Billie se encarama a un taburete con escalón y apoya la pobre cabecita sobre la lápida polvorienta. (En realidad se trata de un obrador de repostería y el polvo es harina, pero Billie está muy afectada.) Paul Zell, Paul Zell. Se queda mirando los azulejos de la pared. Tiene una grieta en el corazón y la cabeza hecha de radiación. El *espresso* que se obligó a beber en el Starbucks le ha hecho mil agujeritos del tamaño de un alfiler en el estómago, como si no lo tuviera ya destrozado.

Conrad Linthor regresa demasiado pronto.

—Es ésta.

Viene acompañado. Un joven flaco, con un montón de cicatrices de acné y los hombros anchos. Lleva un sombrero de papel muy gracioso y un delantal lleno de lamparones.

—Ernesto, Billie —dice Conrad—. Billie, Ernesto.

—¿Cuántos años dices que tiene? —pregunta Ernesto.

Se cruza de brazos, como si ella fuese un pedazo de carne cualquiera que Conrad intenta hacer pasar por solomillo.

—Dieciséis, ¿no?

Billie lo confirma.

—¿Y ha venido a la ciudad a ver a un perverso que conoció en internet?

—En un MMORPG —aclara Conrad.

—No es un perverso. Él pensaba que yo era mi hermana. Fingía ser ella. Tiene más de treinta años.

—¿Qué opinas: superheroína o dentista? —le pregunta Conrad a Ernesto.

—Por última vez —dice Billie—: no he venido a ninguna audición. ¿Te parece que tengo cara de dentista?

—Tienes cara de meterte en líos gordos —responde Ernesto—. Bébetelo.

Le ofrece un vaso lleno de un líquido verde y viscoso.

—¿Qué lleva?

—Hierba de trigo y alguna cosa más. La receta es secreta. Tápate la nariz y bébetelo.

—Qué asco.

(No intentaré describir el sabor de la cura de Ernesto para la resaca, pero te diré que no volveré a beber jamás.)

—Puaj, qué asco.

—No dejes de taparte la nariz —le aconseja Ernesto—. ¿Se conocieron en internet? —pregunta a Conrad.

—Sí —responde ella—. En Tierra Lejana.

—Ah, vale. Conozco el juego. Dentista —vaticina Ernesto—. Seguro.

—Espera, que falta lo mejor —apunta Conrad—. No era un juego sin más. Dentro de él, estaban jugando a otra cosa. Estaban echando una partida de ajedrez.

—Ohhh —contesta Ernesto con una amplia sonrisa.

—Superhéroe —dice Conrad, y ambos chocan los cinco—. La cuestión es quién.

—¿Cuál era su coartada? —le pregunta Ernesto a Billie—. El nombre que el tipo ha dado en recepción.

—Paul Zell. Espera, ¿por qué creéis que es un superhéroe? No lo es, es imposible. Trabaja en algo de soporte técnico para una empresa sin ánimo de lucro; algo relacionado con especies en peligro de extinción.

Conrad y Ernesto intercambian miradas.

—Superhéroe, no cabe duda —sentencia Ernesto—. O supervillano. A todos esos *freaks* les encanta el ajedrez. Es como una enfermedad.

—De eso nada.

—Lo dices porque no cabe la posibilidad de que Paul Zell te haya mentado, ¿verdad? Porque ambos estabais siendo absolutamente sinceros el uno con el otro —dice Conrad, y Billie se tiene que callar—. Hay una idea que no me saca de la cabeza: un superhéroe va y compra un anillo, y luego, aquí estás tú: una chica de dieciséis años.

Se echa a reír y le da un codazo suave como queriendo decir: «No me estoy riendo de ti, me

estoy riendo a tu lado».

—Y aquí estoy —repite ella—. Ahí estaba.

Ernesto se está riendo con tantas ganas que tiene que parar para recuperar el resuello.

—Supongo que tiene su gracia —admite ella—, por horrible que sea.

—Bueno —continúa Conrad—, como a Billie le gusta el ajedrez, he pensado que podríamos enseñarle tu proyecto. ¿Han preparado la sala del banquete?

Ernesto para de reír y tiende la mano derecha como si quisiera parar el tráfico.

—A lo mejor más tarde, ¿vale, tío? Tengo que preparar cosas. Hoy me han puesto en la partida de ensaladas.

—Ernesto es artista —dice Conrad—. No me canso de decirle que debería hacer unas llamadas y llevar un dossier al centro. Mi padre dice que hay gente que pagaría un pastón por lo que hace.

En realidad Billie no presta demasiada atención a la conversación: está pensando en Paul Zell. ¿Cómo podrías ser un superhéroe, Paul Zell? ¿Se te puede escapar algo así de gordo, un secreto tan grande? Claro que sí, piensa ella: seguro que se te puede pasar por alto sin que te des ni cuenta.

—Hago cosas con mantequilla —dice Ernesto—. Tampoco es para tanto. No creo que haya nadie dispuesto a pagar un millón de pavos por una de mis tallas.

—Se trata de una declaración de principios —dice Conrad Linthor—, una proclama artística sobre el mundo en el que vivimos.

—«Vivimos en un mundo de mantequilla» —anuncia Ernesto—. No sé, no me suena mucho a declaración de principios. ¿Se te da bien el ajedrez?

—¿Qué? —pregunta Billie.

—El ajedrez. ¿Bien?

—No se me da mal. Pero juego sólo por diversión; Paul Zell sí que es bueno.

—Gana casi todas las partidas, ¿no? —quiere saber Ernesto.

—Sí —responde ella, y reflexiona un momento—. Espera. No, creo que yo gano más a menudo.

—¿Vas a ser superheroína cuando crezcas? Porque les pirra el ajedrez.

—Es el triángulo de los superhéroes —explica Conrad—: señales de alarma para saber que podrías acabar salvando el mundo. El ajedrez es uno de los indicadores. Coincidencias extrañas: ahí tienes otro. Como, por ejemplo, estar siempre en el lugar equivocado a la hora adecuada. Enuresis nocturna. Ah, y alguna habilidad.

—Yo no tengo ninguna. Ni siquiera una de esas ridículas, como saber siempre qué hora es o si va a llover.

—Puede que se te desarrolle más adelante —la anima Conrad.

—Seguro que no.

—Bueno, vale. Pero a lo mejor sí —insiste Conrad—. Por eso me fijé en ti: porque destacas. ¿A que sí?

—Supongo que sí —admite Ernesto, y la vuelve a mirar como si estuviera evaluando un solomillo. Entonces asiente—. Es verdad, destaca. Llamas la atención.

—Llamo la atención —dice Billie—. ¿En qué sentido?

—Hasta Aliss se dio cuenta. Pensaba que habías venido a la audición, ¿recuerdas?

—Ah, claro, porque Aliss tiene un ojo fenomenal para la gente.

—Tú calla. Mira, Billie, no pasa nada: hay gente a quien se le nota y ya está. Puede que seas una chica, nada más; pero a lo mejor tienes el poder de hacer cosas de las que aún no tienes ni idea.

—Hablas como la psicóloga del instituto. O como mi hermana. ¡Qué manía tiene todo el mundo con decirme que la vida mejora! Como si la vida tuviera un catarro. Yo estoy aquí y, sin embargo, ¿dónde está mi hermana? Pues ayer tuvo que llevar a mi padre a Peoria, al hospital St. Francis, porque tiene cáncer de páncreas. Y ése es el único motivo de que yo esté aquí: que mi padre se está muriendo y nadie se va a dar cuenta de que no estoy en casa. Qué suerte la mía, ¿verdad?

Ernesto y Conrad Linthor la miran fijamente.

—Soy una superheroína —dice Billie—. O una ayudante, lo que prefiráis. Paul Zell también. Todos somos superhéroes y el mundo está hecho de mantequilla, aunque no sé bien qué significa eso.

—¿Qué tal va la resaca? —le pregunta Conrad Linthor.

—Pues de mantequilla —le responde Billie, sin darse cuenta.

Ya no tiene resaca. Todavía se siente fatal, pero eso no tiene que ver con lo que bebió anoche, sino con Paul Zell. Con todo lo demás.

—Siento... eh... lo de tu padre —dice Ernesto.

Billie se encoge de hombros. Hace una mueca. Y de pronto, como si estuviera preparado, se oye un chillido penetrante en la lejanía y, al momento, muchos gritos, algunas risas. Parece que algo está ocurriendo en alguna parte.

—Tengo que irme —anuncia Ernesto.

—¡Ernesto! —grita un tipo bajo con un gorro muy alto—. ¿Qué tal, señor Linthor? ¿Todo bien?

—Espero que no sea nada serio, Gregor —contesta Conrad.

—No, nada. Es Portland, que se ha rebanado el dedo índice, una vez más.

—Hasta luego, Conrad —se despide Ernesto—. Encantado de conocerte, Billie. No te metas en más líos.

Mientras se alejan por el pasillo, el bajo le pregunta:

—¿Quién es esa chica? Me recuerda a alguien. ¿Es ayudante de algún superhéroe?

—¡Nos vemos luego, ¿vale?! —les grita Conrad, y después se dirige a Billie—: Esta noche hay un sarao en la azotea, deberías venir. Y luego podríamos ir a ver las esculturas que Ernesto ha hecho para la fiesta.

—A lo mejor ya no estoy aquí. La habitación es de Paul Zell, no mía. ¿Qué pasa si ya ha pagado la cuenta?

—Que no te funcionará la llave. Mira, si no puedes entrar, llama al ático y veré si puedo solucionarlo. Pero ahora me tengo que ir a clase.

—¿Vas al instituto?

—Hago algunas asignaturas en la New School: dibujo, cine... Estoy escribiendo una novela,

pero tampoco me he comprometido a tiempo completo.

A Billie le da un poco de pena salir de la cocina: es el primer lugar de Nueva York en el que no ha tenido que preocuparse por si se iba a encontrar con Paul Zell. Y no porque eso sea algo bueno, sino porque su sentido arácnido no estaba en guardia todo el tiempo. Aunque tampoco es que Billie tenga nada que se parezca a ese sentido. Y tal vez la habitación 1584 le sirva de refugio. La llave aún funciona. Alguien ha hecho la cama y se ha llevado las toallas y sábanas del baño. El jersey rojo y la falda de Melinda están colgados en la barra de la ducha. Alguien ha aclarado las prendas con agua.

Billie pide que le suban comida y después decide salir a pasear por Bryant Park. Quiere ir a ver a la gente jugar al ajedrez, que es lo que iba a hacer con Paul Zell, lo que quedaron que harían cuando hablaban por internet. A lo mejor estás allí, Paul Zell.

Tiene un mapa, y a pesar de recorrer todo el camino a pie no se pierde. Al llegar a Bryant Park comprueba que, tal como esperaba, hay algunas partidas en marcha: viejos, universitarios y puede que algún que otro superhéroe. Palomas por todas partes que se te meten entre los pies. Neoyorquinos paseando al perro. Una señora gritándole a alguien por teléfono. Ningún Paul Zell. Una superheroína, la del área de negocios del hotel.

—¿Qué casualidad! —dice la superheroína.

—¿Me estás siguiendo?

—No. Bueno, a lo mejor sí. Soy Llave de Luz.

—He oído hablar de ti. Eres famosa.

—La fama es relativa. Es cierto que he aparecido en el programa de Oprah, pero no soy Tyrannosaurus Hex.

—Hay un cómic sobre ti. Aunque no se te parece mucho.

—Al artista le gusta dibujar los pechos a tamaño natural. Sólo los pechos.

Se quedan un rato sentadas, haciéndose compañía en silencio.

—¿Juegas al ajedrez? —pregunta Billie.

—Por supuesto. ¿Acaso no juega todo el mundo? ¿Cuál es tu personaje favorito?

—¿Te refieres a un jugador? Paul Morphy. Aunque Koneru Humpy tiene un nombre fantástico.

—Estoy de acuerdo. ¿Has venido por el tinglado este? Tinglado, ¿qué he querido decir con eso? Ni que fuese un mercadillo... ¿Trabajas con alguien?

—¿Te refieres a si soy ayudante de alguien? —pregunta Billie—. No, no lo soy. Me llamo Billie Faggart. Hola.

—Subordinada, adlátere. Ésa es otra buena: el que va al lado. El que llevas pegado al costado. La costilla. No me hagas caso: me distraigo con facilidad.

Llave de Luz le ofrece la mano y Billie se la estrecha con la sensación de que le va a dar una pequeña descarga, de que sentirá algún tipo de vibración. Pero no: es un apretón de manos normal y corriente, sólo que la mano sólida y real de la superheroína tiene un aspecto raro, como si tuviera interferencias o estuviera en otra parte. Billie no recuerda si viene del futuro o de la octava dimensión; puede que ninguna de las dos cosas.

Un par de críos se acercan a Llave de Luz y le piden un autógrafo. Se quedan mirando a Billie sin saber si deberían pedirselo a ella también.

Billie se levanta.

—Espera, te voy a dar mi tarjeta.

—¿Para qué?

—Por si acaso. Por si cambias de opinión respecto a lo de ser ayudante. No es una profesión para toda la vida, pero está bien para una temporada. Más que nada, se trata de responder al correo de los admiradores, *photocalls*, entrenos...

—¿Qué pasó con tu último ayudante? —pregunta Billie.

Pero al ver la cara de Llave de Luz, se pregunta si no se habrá excedido. Tal vez sea algo que no se deba preguntar a los superhéroes.

—Se cayó de una azotea. No, es broma. Vendió su historia a la prensa amarilla y con lo que ganó se fue a la universidad a estudiar Derecho. —Le da una patada a una lata—. Bueno, pues aquí tienes la tarjeta.

Billie mira a su alrededor, pero no hay nadie que le pueda aclarar qué significa todo eso. Puede que tú lo hubieses sabido, Paul Zell.

—¿Conoces a un tal Paul Zell?

—¿Paul Zell? Me suena. Otra más: suena, sonajero. Paul Zell. Pues no, diría que no. Es una tarjeta, no un contrato de por vida; cógela, ¿vale?

Y Billie obedece.

Billie no tiene intención de presentarse en la fiesta de Conrad Linthor, y pasea sin rumbo mirando boquiabierta todo lo que merece que lo miren boquiabierto. Piensa tranquilamente qué regalarle a su hermana y decide que la discreción es lo mejor para que una familia viva en armonía. Un puñado de superhéroes con capa revolotean, planean y se precipitan alrededor del Empire State Building. No se están cometiendo crímenes, es puro espectáculo. Billie pasea hasta que le salen ampollas en los pies y no piensa en Paul Zell. Paul Zell. Paul Zell. Tampoco piensa en Llave de Luz. Paga doce dólares por una entrada para ver una película, pero no me preguntes cuál o si estaba bien porque no me acuerdo. Cuando sale del cine, en la calle todo refulge. Hay tanta luz y tantos carteles de neón que parece el Cuatro de Julio. Por lo visto, Nueva York tiene miedo de la oscuridad. Billy decide que se acostará pronto; pedirá que la despierten por la mañana y caminará hasta Port Authority a coger el autobús. Se irá a casa, a Keokuk, y nunca más volverá a pensar en la Gran Manzana. Tampoco entrará en Tierra Lejana. Abandonará la partida de ajedrez. Quemará la tarjeta de la superheroína. Y, sin embargo, Paul Zell, Paul Zell.

Mientras tanto, en el hotel, Aliss la archienemiga ha estado esperando agazapada. En realidad ha sido más como esconderse detrás de un jarrón de flores, pero qué más da. Aliss se le echa encima: Billie es una presa fácil.

—A la fiesta de tu novio, ¿no? —dice, amenazante como una serpiente.

No hay más que una ese en toda la frase, pero Aliss sabe cómo sacarle partido a una única ese. La coge del brazo como si fueran amigas y se la lleva a un ascensor.

—¿Qué fiesta? ¿Qué novio?

Aliss la fulmina con la mirada. Pulsa el botón de la azotea y después el de parada de

emergencia, como si estuviera abriendo la bodega de un avión: uno, dos. Adiós, mundo cruel. Bomba va.

—Si te refieres a Conrad Linthor —le advierte Billie—, lo que has visto no es nada. O sea, lo del Starbucks. Quería hablar de ti. De hecho, me ha dado esto porque tenía miedo de perderlo. Creo que piensa dártelo mañana.

Saca el anillo que te olvidaste, Paul Zell.

Estoy segura de que ya habrás mirado la cajita de la joyería y habrás visto que está vacía. Al despertar, Billie había encontrado el anillo entre las sábanas. ¿Te acuerdas de que me lo había puesto en el dedo gordo del pie? Billie lo había llevado todo el día en el bolsillo, como la tarjeta. Era demasiado grande para su dedo anular.

Todo el día poniéndomelo y quitándomelo.

Billie y Aliss lo miran fijamente. Parece que a las dos les cuesta hablar.

—¿Mío? —pregunta Aliss por fin.

Tiende la mano como si el anillo fuese un perrito la mar de mono en lugar de una joya, como si quisiera acariciarle la cabeza.

—Es un diamante de dos quilates. Dos por lo menos. Y el engarce es antiguo. A ver, explícame una cosa: ¿por qué te ha dado Conrad mi anillo? ¿Esperas que me crea que va a dejar que una cría me guarde el anillo de compromiso?

—Bueno, ya sabes cómo es Conrad.

—Sí —admite Aliss, y se queda callada un largo instante—. ¿Puedo?

Coge el anillo y se lo prueba. Le queda perfecto y Billie siente un dolor en la garganta que está muy fuera de lugar.

—¡Madre mía! Ay, madre mía. Supongo que te lo tengo que devolver. Venga.

Levanta la mano, pasa el diamante por la pared de cristal del ascensor y examina el arañazo que ha hecho. Después el diamante, como si lo hubiese dañado. Sin embargo, los diamantes son los superhéroes del mundo mineral y cortan el cristal, no al revés.

Aliss pulsa el botón y el ascensor asciende.

—Es mejor que tú vayas a la fiesta y yo me meta en la cama —dice Billie—. Tengo que coger un autobús por la mañana.

—De eso nada, espera. Me he puesto muy nerviosa y ahora no puedo subir yo sola. Tienes que acompañarme. Sólo que no podemos comportarnos como si fuéramos amigas, porque Conrad sospechará. Se dará cuenta de que me lo has chivado. Pero tú no se lo puedes decir, ¿eh?!

—Soy una tumba.

—¿Cómo tengo el pelo? Mierda: no se lo cuentes, pero me han despedido. ¡Como lo oyes! No debería estar aquí. La dirección sabía que había algo entre Conrad y yo y no soy la primera chica a la que despiden por su culpa. Pero ahora no le voy a decir nada. Ya le daré la noticia.

—Vaya mierda —responde Billie.

—Ni te lo imaginas. Pero este trabajo es un asco; los clientes son imbéciles y aun así tienes que desearles que pasen un buen día. Y sonreír.

Le devuelve el anillo. Sonríe.

Las puertas del ascensor se abren al cielo. Hay un cartel que dice: «Fiesta privada». Acaban

de dar las nueve de la noche y el cielo está naranja. La piscina es del color que debería ser el cielo y dentro chapotean varios superhéroes. La burbuja de sangre flota por encima, como si fuera una pelota de playa gigante. Se oye un tango, pero no baila nadie.

Conrad Linthor está repantingado en un sillón, pero cuando ve a Billie y a Aliss se acerca a saludarlas.

—Hola, chicas —dice; o, mejor dicho, lo ronronea.

—Hola, Conrad —contesta Aliss sacando cadera como si le fuera la vida en ello; tiene el pelo espectacular y se ha vuelto a poner el piercing—. Menuda fiesta.

—Me alegro mucho de que hayas venido, Billie. Tienes que conocer a varias personas.

La coge del brazo y se la lleva. Es posible que quiera lanzarla a la piscina.

—¿Ha venido Ernesto?

Billie mira hacia atrás, pero Aliss está conversando con alguien que lleva uniforme.

—Esta fiesta no es para el personal del hotel —contesta Conrad—. Si se relacionan con los huéspedes, se pueden meter en un lío.

—No te preocupes por Aliss. Al parecer la han despedido, pero tú ya debías de saberlo.

Conrad sonrío. Están al lado de un grupo de desconocidos que le resulta algo familiar, algo improbable. Hay escamas, plumas, ridículos trajes diseñados para lucir cuerpos en grotesca buena forma. A Billie le gustaría saber por qué todo le recuerda a Tierra Lejana; todo menos el olor. ¿Por qué será que los superhéroes huelen tan raro? Paul Zell.

El tango se ha vuelto peligroso. Hay una mujer cantando. Allí no hay nadie que Billie quiera conocer.

Conrad Linthor está borracho o colocado.

—Ésta es Billie —anuncia—. Esta noche será mi ayudante. Billie, te presento a todos.

—Hola a todos —dice ella—. Disculpádmeme.

Consigue que Conrad le suelte el brazo y se dirige hacia el ascensor. Aliss se ha zafado del trabajador del hotel y se ha agachado junto a la piscina; ha metido un dedo en el agua. Seguramente es el lado donde cubre. Por la forma en que hunde los hombros se nota que está pensando en ahogarse. Y sería una buena idea, porque allí tal vez alguien la salve. Cuando alguien te ha salvado la vida, de ahí a enamorarse hay un paso. Es economía de la vida.

—¡Espera! —exclama Conrad Linthor.

Billie se da cuenta de que no es tan mayor como ella creía; no es más que un chaval que todavía no ha hecho nada malo de verdad. Y, sin embargo, es obvio que a su alrededor se acumula la malicia. Es como un pararrayos, y si Billie se queda con él, ella también atraerá maldades. Ese sentido arácnido que en realidad no tiene está alerta. Paul Zell, Paul Zell.

—Menuda decepción para Ernesto —añade él.

Los dos han echado a trotar. Billie ve que el cartel de la escalera está encendido y decide no esperar a que llegue el ascensor. Baja los peldaños de dos en dos y Conrad corre tras ella.

—Quería que vieses lo que ha hecho para el banquete. Es una pena que no puedas quedarte, porque me gustaría invitarte a venir. Te podría presentar a Tyrannosaurus Hex para que te firmase un autógrafo. A lo mejor consigues algún contacto. La clave para ser ayudante de superhéroes es conocer a la gente importante.

—¡No soy ayudante de nadie! —chilla Billie mirando hacia arriba—. Ha sido un chiste muy malo desde el principio. Y aunque fuese ayudante, no sería la tuya. Como si tú pudieras ser un superhéroe. A ver, ¿qué haces aparte de conocer a tanta gente? ¿Cuál es tu nombre secreto, señor superhéroe? ¿Y tu superpoder?

Se detiene en la escalera de forma tan repentina que Conrad Linthor choca con ella. Se tambalean y se dan de bruces contra la pared del rellano de la planta veintidós. Pero no se caen.

—Mi superpoder es el dinero —responde él mientras la pared le impide dar con los huesos en el suelo—. Es el único que cuenta. Mejor que la invisibilidad y que volar. Mucho mejor que la telequinesia y el teletransporte y que ese otro poder... la telepatía. Saber lo que piensa la gente. ¿De qué sirve conocer lo que piensan los demás? ¿Sabías que a todas las personas del mundo se les pasa por la cabeza que un día podrían hacerse millonarios? Como si eso fuera mucho dinero. Pero no tienen ni idea. No quieren ser superhéroes, quieren ser como yo. Quieren ser ricos.

Billie no tiene nada que añadir.

—¿Sabes en qué se diferencia un superhéroe de un supervillano? —le pregunta.

Billie espera.

—En que el superhéroe tiene un agente muy bueno. Alguien como mi padre. No tienes ni idea de las cosas que llegan a hacer sin que nadie lo sepa. Una chica de dieciséis años no es nada.

—¿Qué me dices de Llave de Luz?

—¿Quién? ¿Ella? Es una segundona —sentencia Conrad Linthor—. Es de la vieja escuela.

—Me voy a la cama.

—No, espera. Tienes que acompañarme y ver lo que ha hecho Ernesto. Es genial. Esculturas talladas en mantequilla.

—Si voy contigo a verlo, ¿me dejarás irme a dormir?

—Claro que sí.

—Y si cuando vuelvas Aliss aún está en la fiesta, ¿serás amable con ella?

—Lo intentaré.

—De acuerdo. Te acompaño a ver la mantequilla de Ernesto. ¿Está por aquí?

Conrad Linthor se separa de la pared.

—¿Quién, Ernesto? No tengo ni idea de dónde está, ¿cómo quieres que lo sepa?

Se adentran en el laberinto prohibido. Atraviesan la cocina, que ahora está vacía y a oscuras, y tiene un aire a depósito de cadáveres. A mausoleo.

—Ernesto trabaja dentro de un congelador —explica Conrad Linthor—, porque estos tipos tienen que estar bien fresquitos. Espera, deja que abra con esto. ¿Qué te parece la herramienta? Me la ha prestado Tarro Vacío: es uno de los clientes de mi padre. Van a hacer una película sobre él, pero he leído el guion y es un bodrio.

Abre el candado y se encienden las luces. Antes de contarte qué había dentro, Paul Zell, deja que te diga lo grande que era el congelador para ayudarte a visualizarlo. Es bastante grande. Más que la mayoría de los apartamentos de Nueva York, piensa Billie, aunque se basa en las cosas que ha oído decir, porque ella jamás ha estado en un apartamento de esa ciudad.

¿Y qué hay en el interior de ese congelador de tamaño industrial? Supervillanos. Nin-Judía y su estrella de seis puntas, la Mujer Gato, Avernuya, Shibboleth, el Vampiro Estelar, Mandroide, el Hombre Planta, Manticle, Patty Pasteles. Y muchos más. Di el primer supervillano famoso que se te pase por la cabeza y allí está. A tamaño natural. A Billie le da un vuelco el corazón, a pesar de que son de mentira. «¿Quién los ha atrapado? —piensa—. ¿Cómo puede ser que estén tan quietos? A lo mejor resulta que Conrad Linthor sí es un superhéroe.»

Conrad le toca un musculoso bíceps de color rojo a Avernuya. Presiona un poquito y la pintura se corre. Por debajo es blanco amarillento, como la manteca.

Los supervillanos están hechos de mantequilla.

—Pintados a mano.

—¿Los ha hecho Ernesto?

Billie también quiere tocar una de las figuras, así que se acerca a Patty Pasteles. Le echa el aliento sobre las palmas frías, tiene las manos tendidas. Se le ve la línea de la vida; la del amor. Y Billie se percata de un detalle: las estatuas de mantequilla están decoradas para parecer piezas de ajedrez. Todos los uniformes están pintados de rojo y negro. La Mujer Gato lleva una corona de mantequilla.

Conrad Linthor apoya la mano en el hombro de Avernuya. Le rodea el cuello con el brazo. Después aprieta bien fuerte. Le atraviesa el cuello con el antebrazo como si fuera mantequilla. La cabeza salta por los aires.

—¡Cuidado! —grita ella.

—¡Julipán! —dice Conrad, y se echa a reír con malicia—. Venga, ¿no crees que es una pasada? Ha hecho un juego de ajedrez de mantequilla. ¿Y para qué? ¿Para el banquete en honor de un tipo que luchaba contra el crimen? ¡Y una mierda! Es para nosotros: para que nos divirtamos. Espontaneidad pura. ¿Nunca has querido pelearte con los malos y ganar? ¡Ahora puedes!

—¡Pero los ha hecho Ernesto! —exclama Billie con los puños apretados.

—Ya le has oído antes: no es para tanto. No es arte. No se trata de ninguna declaración de principios, sólo es mantequilla.

Tiene la cabeza maltrecha entre las manos.

—Pesa mucho. Píllala. ¡Pelea de comida!

Le lanza la cabeza y ésta le da en mitad del pecho y la derriba.

Billie se queda tendida en el frío suelo, contemplando la cabeza de Avernuya. Uno de los lados se ha quedado plano y la ancha nariz se le ha pegado al pecho como una babosa. Tiene el brazo grasiento por culpa de la mantequilla roja.

Se incorpora, acuna la cabeza en los brazos y se la lanza a Conrad, pero yerra el tiro. Pega en el vientre lustroso de Mandroide y se queda allí, incrustada.

—¡Qué gracia!

Billie chilla. Se abalanza sobre él con las manos convertidas en garras asesinas. Ambos caen sobre el Vampiro Estelar. Billie lleva la rodilla con fuerza a la entrepierna de Conrad Linthor pero topa con mantequilla. Lo coge por los pelos y le golpea la cabeza contra la del supervillano.

—¡Ay, ay, ay, ay!

Él forcejea. La toma por las manos y tira de ellas, mientras Billie se aferra a un par de

mechones. Pero él tiene el pelo cubierto de grasa y le resbalan las manos. Lo suelta y él deja caer la cabeza.

—Quita de encima. ¡Quita!

Billie le da un codazo en el estómago, y cuando intenta levantarse le resbalan un poco los pies. Queriendo recuperar el equilibrio, se agarra de la pistola de Gatillo Fácil y la rompe.

—Perdona —le dice a la mantequilla—. Lo siento. Lo siento mucho.

Conrad Linthor trata de sentarse. Tiene saliva en las comisuras de la boca, aunque podría ser grasa.

Billie echa a correr en dirección a la puerta y llega justo cuando él se da cuenta de lo que está a punto de hacer.

—¡Espera! —le grita—. ¡No te atrevas! ¡Hija de...!

Demasiado tarde. La puerta está cerrada. Billie se apoya en ella y la llena de mantequilla.

Conrad Linthor la aporrea desde dentro.

—¡Billie! —Es un chillido tenue, apenas audible—. ¡Déjame salir! Sólo quería pasar un buen rato. Un poco de diversión. ¿No te parece divertido?

La cuestión es, Paul Zell, que sí me lo parecía. ¿Sabes cuando le tiré la cabeza de Avernuya? Fue genial. Una sensación tan buena que pagaría un millón de dólares por volver a hacerlo. No me importa admitirlo. Lo que me disgusta es que me gustase. Me desagrada que fuera divertido. Aunque ahora entiendo por qué los supervillanos hacen lo que hacen y por qué van por ahí destrozando cosas: es porque te hace sentir genial. Algún día compraré un montón de mantequilla y construiré algo con ella solamente para hacerlo fosfatina.

Podría dejar a Conrad Linthor en el congelador y largarse. Seguro que alguien lo encontraría, ¿verdad?

Pero entonces reflexiona sobre lo que hará allí dentro: liarse a patadas con los supermantequillanos. Hacerlos papilla grasienta. Sabe que lo hará porque se imagina a sí misma empleándose a fondo con ellos.

Así que, después de un ratito, le deja salir.

—No ha tenido gracia —dice él.

Sin embargo, ella se tiene que aguantar la risa.

Imagínatelo todo cubierto de mantequilla roja y negra. Tiene los labios casi morados y tiembla de frío. Billie también.

—Es verdad, no ha tenido gracia. ¿Qué coño estabas haciendo? Ernesto es tu amigo, ¿cómo has podido hacerle algo así?

—No es mi amigo. No es como tú o como yo. A veces paso el rato con él, ya está. Los amigos son un aburrimiento. Me aburren.

—No somos amigos.

—Ya. Ya lo sé. Pero se me ha ocurrido que si te lo decía, igual te lo tragabas. No tienes ni idea de lo imbéciles que son algunos. Además, lo he hecho por ti. En serio. A veces, hasta que no se encuentran en una situación peligrosa, los superhéroes no descubren su habilidad. No saben de

lo que son capaces. A algunos les sirve un amuleto o un anillo, pero en general tiene que ver con el entorno. Con un chute de adrenalina. Mi padre siempre me está haciendo jugarretas para ver si tengo algo que aún no hayamos descubierto.

Puede que algo de eso sea cierto o, quizá lo sea todo. O tal vez esté poniéndola a prueba otra vez. ¿Acaso es tan tonta? La está observando, para ver si se lo cree.

—Me largo —dice ella, y comprueba si todavía guarda el anillo de Paul Zell en el bolsillo; lleva todo el día igual.

—Espera —le pide Conrad Linthor—. No sabes cómo salir de aquí. Necesitas que te guíe.

—He dejado un rastro.

A medida que avanzaban por los pasillos, iba rozando las paredes con el diamante. La marca era tan fina que no la podía ver nadie a menos que supiese que estaba ahí.

—Tú misma. Yo me quedo aquí a hacer huevos revueltos. ¿Seguro que no quieres?

—No tengo hambre —responde Billie.

Mientras se aleja, Conrad Linthor le asegura que volverán a encontrarse. Que éstos son sus orígenes. Que tal vez sean archienemigos o estén destinados a formar un equipo y salvar el mundo y tener un montón de...

Enseguida deja de oírle y, a medida que camina, va dejando un reguero de mantequilla que llega hasta el vestíbulo. Entra en el ascensor antes de que alguien se dé cuenta de la pinta que lleva, aunque es posible que a esas alturas del fin de semana el personal del hotel haya visto cosas mucho peores.

Se ducha y se acuesta oliendo a mantequilla. Se despierta pronto.

La burbuja de sangre está de nuevo en recepción, flotando sobre la fuente.

Billie considera la posibilidad de acercarse a pedirle un autógrafo, fingir ser una admiradora. Se pregunta si la burbuja se podría reventar con un bolígrafo y está bastante segura que ése es el tipo de ideas que Conrad Linthor tiene todo el día en la cabeza.

Toma el autobús. Y éste es el final de la historia, Paul Zell. Querido Paul Zell.

Salvo por el anillo. Aquí viene el epílogo del anillo: Billie lo envolvió en un pañuelo de papel y lo metió en un sobre del hotel. Lo cerró y fuera escribió: «Para Ernesto, de la cocina». Le escribió una nota que decía: «El anillo pertenece a Paul Zell. Si viene a buscarlo, puede que te dé una recompensa. Doscientos pavos me parece lo justo. Dile que se los devolveré. Pero si no se pone en contacto con el hotel, quédate el anillo. O véndelo. Lo siento por Avernuya, Mandroide y el Vampiro Estelar. No tenía ni idea de que Conrad Linthor iba a hacer eso».

Paul Zell, ésa es la historia al completo, salvo la parte en que llegué a casa y vi tu e-mail. El e-mail en que me contaste qué te había pasado. Que tuvieron que operarte de apendicitis con urgencia y nunca llegaste a Nueva York y que qué había sido de mí. ¿Había llegado al hotel? ¿Me preguntaba dónde estarías? Decías que no te imaginabas lo preocupada / enfadada que debía de estar, etc., etc.

Voy a serte sincera, Paul Zell: leí el mensaje y parte de mí pensó que estaba salvada. Que los dos podíamos fingir que no había ocurrido nada. Yo seguiría siendo Melinda, y Melinda, la

Hechicera Bola Ocho Mágica. Paul Zell, quienquiera que sea, seguiría siendo Boggle Rey de los Ladrones.

Pero eso sería una insensatez. Yo, una mentirosa de quince años y tú, un tipo raro tan triste y solitario que está dispuesto a conformarse conmigo. Bueno, ni siquiera eso. Dispuesto a conformarse con la persona que yo fingía ser. Pero tú vales más que eso, Paul Zell. Tienes que valerlo. Por eso te he escrito esta carta.

Si lo has leído todo, sabrás qué ha sido del anillo y un montón de cosas más. Aún tengo el acondicionador. Si le das a Ernesto su recompensa, avísame y venderé a Felicidad Perpetua y a la Hechicera Bola Mágica Ocho para devolverte el dinero. No me importa hacerlo; puedo ser otra persona, ¿no crees?

Supongo que también hay otra opción: que no hagas caso de lo que te escribo. Podríamos fingir que no lo envié jamás. Que no fui a Nueva York a conocer a Paul Zell. Que Paul Zell no me iba a dar un anillo.

Podríamos hacer como que no has descubierto mi identidad secreta. Vernos un par de veces a la semana en Tierra Lejana y jugar al ajedrez. O participar en una misión. Salvar el mundo. Podríamos charlar. Flirtear. Yo te hablaría de cómo le ha ido la semana a Melinda y fingiríamos que tal vez un día íbamos a reunir el suficiente coraje como para vernos en persona.

La cuestión es, Paul Zell, que llegará el día en que yo sea más mayor. Puede que nunca descubra cuál es mi superpoder y no creo que quiera ser ayudante de ningún superhéroe. Ni siquiera querría acompañarte a ti, Paul Zell, aunque quizá eso hubiese sido más fácil. Si yo hubiera sido honesta y si tú fueses quien o lo que yo creo que eres. Pero es posible que ni siquiera ahora esté siendo totalmente franca. Porque a lo mejor sí me conformaría con ser ayudante. Tu ayudante. Si eso fuese todo lo que me ofrecieses.

Conrad Linthor está chalado y es una persona mala y peligrosa, pero creo que tiene razón en una cosa: cuando dice que a veces las personas se vuelven a encontrar, no se equivoca. Aunque tú y yo no nos lleguemos a conocer de verdad, me gustaría pensar que nos encontraremos de nuevo. Quiero que sepas que hay un motivo por el que compré el billete de autobús y fui a Nueva York. Es porque te quiero. Esa parte era cierta. Y también que una vez vomité encima de Papá Noel. Sé hacer doce volteretas laterales seguidas. El 3 de mayo es mi cumpleaños, no el de Melinda. Soy alérgica a los gatos. Te quiero. No todo fueron mentiras.

Cuando cumpla los dieciocho, tomaré el autobús a Nueva York y caminaré hasta Bryant Park. Llevaré el tablero de ajedrez. Será el día de mi cumpleaños y me quedaré allí todo el día.

Te toca mover pieza, Paul Zell.

LA MORALEJA

La pelea empieza dos días antes de que Thanh y Harper tomen el avión al lugar de la boda. Es en una pequeña isla privada, frente a la costa de Carolina del Sur. O de Alabama. La novia es una vieja amiga, y la pelea, por toda clase de motivos. El rencor que Thanh le guarda a Harper desde hace años por sus atroces horarios de trabajo; el descubrimiento de que, en un arrebato de diligencia, Thanh ha limpiado la nevera y ha tirado a la basura los restos de queso de Harper.

La pelea es por dinero. Harper trabaja demasiado. Thanh es subdirector de una escuela de Brookline y no le han subido el sueldo desde hace tres años. La pelea es por la relación que Thanh tiene con la mujer que está embarazada de seis meses del hijo que Harper y él desean desde hace tanto tiempo. Es un embarazo de riesgo. Pero Thanh intenta explicárselo una vez más: en realidad Naomi no le cae demasiado bien, pero no cabe duda de que le está muy agradecido. «¿Por qué tanto agradecimiento — quisiera saber Harper—, si le estamos pagando? Lo hace porque le damos dinero, no porque quiera ser nuestra amiga. Ni amiga tuya.» Lo que Thanh no le confiesa es que en otras circunstancias puede que Naomi sí le cayese bien. Por ejemplo, si estuvieran sentados el uno al lado del otro en un largo vuelo. Si no tuvieran que volver a verse jamás. Si no estuviese gestando su bebé y de Harper, o si lo estuviera haciendo mejor. Han escogido no saber el sexo del bebé.

La cuestión de si Naomi les cae bien o no, no es la cuestión. Lo que importa es que ella acabe sintiendo afinidad —o incluso afecto— por Thanh y, por extensión, naturalmente (¡naturalmente!), también por Harper. Que se dé cuenta de que los dos merecen amor. La buena voluntad de Naomi, su amistad, su cariño, es una póliza de seguros. Porque ambos tienen miedo de que cambie de parecer cuando nazca el bebé y se queden sin descendencia, sin recursos legales ni dinero para volver a intentarlo.

En cualquier caso, el queso estaba revenido. Harper está engordando. La barba que se está dejando y que Thanh odia no le disimula los kilos. Thanh ha gastado demasiado en el regalo de bodas y los billetes de avión tampoco han salido baratos.

Naomi, la madre de alquiler, está haciendo reposo en la cama. Hace dos semanas un cirujano le hizo una sutura cervical. Un cerclaje, que dicho así casi suena bonito. ¿Cómo hemos acabado con una madre de alquiler con una cervix incompetente? ¡Si sólo tiene veintisiete años!

Naomi sale de la cama sólo para usar el baño y cada dos días se puede duchar. Sus compañeras de promoción de la universidad la visitan y, cuando no hablan de lingüística, ¿de qué crees que hablan? Seguramente de Thanh y de Harper, y de lo mucho que está sufriendo. ¿Confiará sus penas a sus amigas? ¿Les dirá que a veces piensa en quedarse el bebé? Al fin y al cabo, el óvulo era suyo. Menuda idea más tonta.

Thanh ha dejado un cepillo de dientes en su apartamento: es más cómodo que subir a casa. El edificio donde viven está lleno de viejos rusos con la renta estabilizada, y las mujeres hacen ejercicio en la cinta con los tacones puestos, chismorreando en ruso. Cuando Thanh entra en el gimnasio para correr o hacer pesas, ninguna le sonríe. Lo ven entrar y salir del apartamento de Naomi, deben de hacerse preguntas. A veces él trabaja en la mesa de su cocina y una noche se queda dormido en la cama, a su lado, mientras Naomi le cuenta algo sobre su infancia con la tele puesta. Ella ve un episodio tras otro de *CSI*. Cuánta sangre; no puede ser buena para el bebé. Cuando se despierta, lo está mirando.

—Te has tirado un pedo mientras dormías —le dice, y se echa a reír.

—¿Qué hora es?

Thanh se mira el reloj y ve que no tiene ninguna llamada perdida. Harper aún estará trabajando.

—No le caigo muy bien —dice ella.

—Que sí, tonta —responde él, que ya sabe de quién habla Naomi—. No le gusta la gente en general, pero tú le caes bien.

—Mmm.

—Estará encantado con el bebé. Tendrías que oírle hablar sobre guarderías, clases de arte... Ya está pensando en posibles mascotas: para empezar podríamos comprarle un jerbo, ¿verdad? O un camaleón. Ya está ahorrando para la universidad.

—Mmm —responde ella de nuevo—. Es atractivo, al menos tiene eso.

—Tendrías que haberlo visto con veinticinco años.

Desde entonces todo ha ido cuesta abajo.

—¿Tienes hambre?

Thanh calienta el *pho ga* que ha hecho arriba, en su apartamento. Es una receta de su madre. Después friega los platos.

Hace unos días, leyó sin querer un mensaje de texto que era para una de sus amigas. La más bajita. ESTOY CACHONDA TODO EL RATO. Deberían haber usado óvulos de una donante, pero hubiese costado aún más y no hay tanto dinero en el mundo. Y si lo hay, no está en la cuenta de Harper y Thanh. Estuvieron mirando catálogos: coeficientes intelectuales, aficiones, historiales genéticos. Pero les parecía demasiado impersonal. Como pedir comida para llevar por internet. ¿Qué prefieres, pollo o gambas? Naomi y Harper tienen el pelo rubio, espeso y rizado; complexión atlética y la boca y la barbilla muy parecidas. Por eso decidieron usar el esperma de Thanh. Una

noche, muy tarde, Harper confiesa que cree que le resultaría más difícil querer a su propio hijo biológico.

Thanh quiere contarle a Harper lo del SMS. Por si le hace reír. Pero ni se lo cuenta ni le haría gracia.

Tarde o temprano la pelea acaba siendo sobre la boda. ¿Deberían cancelar el viaje? Thanh está convencido de que si salen de la ciudad sucederá algo horrible. Llegará el bebé. No se lo puede decir a Harper, porque eso también sería perjudicial para la criatura.

A esas alturas del embarazo, los pulmones del feto no están suficientemente desarrollados. Si Naomi se pone de parto, el bebé podría vivir o morir: tiene el cincuenta por ciento de posibilidades. Si vive, tiene el veinte por ciento de posibilidades de acabar con una minusvalía importante. Harper quiere ir a la boda. No conoce a ninguno de los invitados, sólo a Thanh y a Fleur, pero le encanta relacionarse con la gente, sobre todo si sabe que jamás volverá a verlos. Le gustan las personas nuevas. Él y Thanh llevan juntos dieciséis años y seis casados. ¿Y cuándo tendrán otra oportunidad para embarcarse en una pequeña aventura? La siguiente fase de su vida está repantingada en el horizonte.

Naomi les dice que vayan. Los billetes no son reembolsables y no va a pasar nada. Han, la madre de Thanh, accede a venir desde Chicago y hacerle compañía. Ya se han hecho amigas en Facebook. Han no comprende ni un ápice de la vida de Thanh, cosa que él tiene clara desde hace mucho tiempo, pero no por eso deja de quererlo. También quiere a Naomi porque está embarazada de su nieto. De la madre de Naomi no se sabe nada y los padres de Harper son un par de gilipollas.

Así que, a la boda de Fleur van.

Fleur siempre se ocupaba de montar las fiestas. Organizaba las mejores, aquellas de las que todavía hablan los que hace años se mudaron a los suburbios más adinerados —Newton, Sudbury, Lincoln—; las fiestas de las que uno sólo se reponía pasando varios días en una habitación a oscuras. Mucho antes de llegar a los treinta ya era ahorradora, implacable, psicológicamente astuta. Capaz de exprimirle toda la diversión y agotadora fantasía a cualquier reunión. Y ahora Fleur no solamente tiene un descomunal ingenio para la improvisación, sino que también tiene dinero. ¿Quién lo va a pagar todo? La familia de David, el prometido, es la propietaria de la isla. Él se dedica a algo que Fleur no llega a concretar. Viaja. La familia tiene dinero. Un negocio de aperitivos. Un minibús recoge a Harper, a Thanh, a otras dos parejas y a dos mujeres de Chula Vista. Amigos de Fleur. Hace unos años se mudó a Point Loma y allí es donde conoció a David, que estaba haciendo lo que sea que haga. Las dos mujeres se llaman Marianne y Laura; dicen que

David es agradable. Que es muy hábil con las manos, pero da un poco de miedo; apenas se han relacionado con él. A Fleur la conocen de bikram yoga. El aire acondicionado del minibús no funciona. El conductor lleva a los invitados desde el diminuto aeropuerto regional al que todos han llegado en minúsculos aviones de juguete hasta un embarcadero igual de pequeño. Todo es de tamaño aperitivo. El barco que va a isla Malazarpa tiene el fondo de cristal y a Marianne le parece monísimo. El patrón, un tipo negro con los ojos más verdes que Thanh ha visto en la vida, es gay. Indiscutiblemente homosexual. Allí el Atlántico es más tranquilo. Parece más grande, pero podría ser porque allí todo es mucho más pequeño. El barco tiene una nevera repleta de termos individuales de plástico transparente, que contienen algo cítrico y alcohólico. En una cesta hay paquetes de aperitivos: galletas, patatas, galletitas saladas. Entre los veinte y los treinta, Fleur estuvo trabajando de camarera en varios bares de Boston; ella y Thanh se conocieron en ManRay. Lleva años cerrado. Una eternidad.

Han le ha enviado un mensaje de texto: todo bien. ¿Vale? ¡Bien! ¡Genial! Naomi y ella están viendo musicales de Bollywood y comiendo patatas fritas. Naomi quiere que le cuente un montón de cosas sobre cuando Thanh y Harper eran un par de jovencitos bobos (aunque Han no lo expresa con esas palabras). Thanh le contesta que no le cuente nada. En serio.

Harper está en uno de sus momentos de humor espléndido que en la última época han sido tan escasos. Parece cien años más joven que cuando tomaron el taxi por la mañana. Solicita información a las otras dos parejas: si vienen de parte del novio o de la novia; de dónde vienen; a qué se dedican. Todos son amigos de Fleur, pero ninguno tanto ni desde hace tanto tiempo como ellos dos. Con la excusa de tener dolor de espalda, se tumba en el fondo de cristal y todos tienen que apartar los pies. Tampoco les importa. Les cuenta una historia sobre el día que Fleur, ebria y furiosa vete a saber a santo de qué, hundió de una patada la chapa de una máquina de discos de un bar de Allston. The Silhouette. Todos esos chavales de principios de los noventa, aficionados al rock alternativo con vaqueros negros sucios. Piernas como palillos, los pantalones tan estrechos que apenas podían doblar las rodillas para sentarse. Thanh solía quedarse maravillado ante esos culos casi inexistentes. Trasero de roquero de Allston. Cuando Fleur rompe la chapa de metacrilato de la máquina, está sonando una canción de U2. Harper, hábil urdidor de las falsedades más espectaculares, improvisa una anécdota: una vez Bono se hizo una paja encima de la hermana pequeña de Fleur, que se había quedado dormida en su camerino después de un concierto. Luego, siempre que van al local, Fleur no paga ni una copa, y acaba trabajando allí unos meses.

¿Es ésa la clase de historia que uno debe contarles a unos extraños de camino a una boda? Thanh piensa que mejor que la del albatros. Pero lo mejor es que Harper ni siquiera estaba en The Silhouette esa noche. Sólo estaban Thanh y ella. Lo de Bono se lo inventó él, pero no hay anécdota que Harper deje sin retocar, sin adornar un poquito más. Se pregunta si la gente aún hablará de eso o si habrá llegado a oídos de Bono. Podría buscarlo en Google. A menos de un kilómetro de distancia se ve el perfil irregular de lo que debe de ser la isla.

—La marea está baja —anuncia el piloto por el micro—, desde aquí se puede llegar a pie. El agua no cubre ni un metro, se puede ir nadando.

Harper se pone en pie de un salto, ya no se acuerda del dolor de espalda.

—¡Qué buena idea! —exclama—. ¿Quién se apunta?

Se quita los zapatos, los vaqueros y la camisa. Hola, barriga peluda. Se deja los calzoncillos puestos y baja la escalerilla. Dos hombres y una mujer que se llama Natasha lo siguen, todos en ropa interior.

Thanh no se mueve de debajo de la marquesina del barco. Las pequeñas olas lamen el casco. Hay una brisa muy agradable. Vista a través del fondo de cristal, el agua es preciosa, parece un truco de magia. ¿Por qué estropearlo? Además, se ha olvidado de sacar la colada de la secadora antes de coger el avión y no lleva ropa interior. El barco llega primero a la orilla pero, antes de que Thanh desembarque, Harper bucea por debajo del casco. Pega los labios al cristal y mueve las caderas de forma sugerente. Mírame, Thanh, ¡estoy tirándome al barco! ¿Lo ves, Thanh? Ya te dije que lo pasaríamos bien.

Fleur está en el embarcadero dando besos a sus amigos. Y al patrón del barco también, ¿por qué no? Es muy guapo. Fleur lleva un bikini blanco y un sombrero de copa, y el pelo más largo que nunca, al menos que Thanh sepa. Se lo ha dejado de su color natural.

—¡Soy la boda! —pronuncia, y les da uno de sus besos cariñosos.

¡Esos besos tan exuberantes! Huele a franchipán y a bourbon.

—Estoy aquí en representación de la novia, yo, y del novio, David, que aún no ha llegado. Va con retraso. Fíjate en quién está aquí: ¡Thanh! Y tú también, Harper. ¿De verdad ya hace dos años? Dios mío. Vosotros venís a la casa conmigo; el resto tiene que dormir en una yurta, en la playa. Bueno, todos menos los viejos, que se quedan en tierra firme. Para ti y para Harper tengo una cama. Una cama en una habitación, como está mandado, con puerta y todo. ¿Os acordáis del apartamento de Somerville? ¿Y de la que vino desde Irlanda para ver a su chica y que se quedó compuesta y sin novia antes de aterrizar? Recuerdo que pusimos un colchón detrás del sofá y estuvo en casa todo el verano. ¿Habéis visto a Barb? ¿Sigue en Praga? ¿Sabéis ya si es niño o niña? ¿Cómo es ella, la madre de alquiler?

No para de hablar. Ni de dar besos ni de hablar. Le encanta hacer ambas cosas. El resto de los invitados tiene instrucciones de ir a reclamar sus yurtas; se los lleva Lenny, la hermana de Fleur. A Thanh nunca le ha caído bien; hace más de una década que no la ve, pero su opinión de ella no ha mejorado. Harper se pone los pantalones y siguen a Fleur por la playa. «¿Alguna vez te has acostado con ella?», le preguntó Harper un día. «Claro que no», respondió Thanh.

La casa es un cajón de madera bastante feo con el exterior decorado con filigrana de madera blanca. Tiene dos plantas, un porche escorado y una puerta de mosquitera que no deja de dar golpes. Bajo los tablones escamados y apergaminados de la cornisa hay unas ventanitas abuhardilladas.

—La isla debe de valer tres millones. Pero el día que la casa salga volando por los aires, me arrodillaré y daré gracias a Dios.

—¿Cómo es de grande? —pregunta Harper.

—Tres kilómetros o algo así. Puedes recorrer el perímetro en media hora. Siempre que hay tormenta crece un poco más; aunque la verdad es que el continente se está haciendo más pequeño.

Esparcidos por el suelo pintado de la casa hay ollas y cubos. También sobre las encimeras. En el sofá con manchas de moho y en la chimenea.

—Ha llovido toda la noche. Y toda la mañana. Creía que iba a estar lloviendo todo el día. Tenemos un colador por tejado.

Los lleva al piso de arriba y recorren un pasillo de techos tan bajos que Harper tiene que agacharse para no chocar contra una viga.

—Es aquí. El baño está al lado. El agua es agua de lluvia, así que si queréis daros una ducha caliente, esperad a la tarde. El depósito está en el tejado.

En su habitación hay espacio para una cama individual arrinconada junto a la ventana. También hay una mesita de tres patas y, sobre la cama, un bol de cristal con dos dedos de agua en el fondo.

—Espera, que me lo llevo —dice Fleur.

En la mesita hay un animal disecado. Parece una especie de gato con una cola particularmente plana y sin pelaje, como de cuero, y con cara de pocos amigos. Tiene un hocico alargado, arrugado y peludo.

—¿Qué es eso? —pregunta Harper—. ¿Un castor o algo así?

—¿Esa cosa? Un bicho nativo de aquí. Tenían zarpas venenosas o ponían huevos o algo parecido; pero ya se han extinguido. Éste vale una fortuna. Eran tan molestos que la gente los erradicó a tiros o con trampas y los usaron de cebo. Fue hace mucho tiempo, antes de que nos preocupáramos por esas cosas. En cualquier caso, ni siquiera les dieron nombre. Eso sí, cuando se los cargaron a todos, le pusieron su nombre a la isla en su honor. Al menos eso creo. Malazarpa. Ese bicho vale más que la casa, no cabe duda.

Thanh mira el móvil.

—Aquí no hay cobertura —le informa Fleur—. Hay que ir a tierra firme.

Harper y Thanh intercambian miradas.

—¿Tenéis teléfono?

No, no tienen.

Thanh y Harper discuten sobre si Thanh debería salir de la isla para ver si tienen algún mensaje y llamar a Han y Naomi. Discuten sobre si no sería mejor alojarse allí.

—En una cama de verdad —dice Thanh—. Fleur lo comprenderá.

—Yo quiero quedarme aquí. Y no quiero que Fleur se entere de nada de esto. ¡Se va a casar! No está como para fingir que le preocupa algo que seguramente no será un problema.

—Vale. Pues cuando llegue el próximo barco, me acercaré a la costa. Llamaré a casa para asegurarme de que todo va bien y volveré enseñuida.

—No —repite Harper—. Iré yo. Así le decimos a Fleur que es un asunto de trabajo.

Resulta que puede llegar hasta el otro lado nadando y caminando, pero, como más tarde subirá la marea, tendrá que regresar en barco. Mete el móvil y un par de billetes de veinte dentro de sendas bolsitas y, tan pronto como se mete en el agua, Fleur coge a Thanh del brazo.

—¿Qué pasa? ¿Os pasa algo?

—No, estamos bien. De verdad. No es nada.

—Vale. Ayúdame a preparar unas copas y cuéntame unas cosillas. Necesito un curso rápido sobre el matrimonio. ¿Qué tal la vida sexual?

—Para empezar, necesitas un buen lubricante y mucha preparación. También te recomiendo que tengas a mano dos o tres trapevistas y una banda de música. Eso es básico.

Preparan las copas y los invitados se reúnen en el porche. Alguien toca canciones de Leonard Cohen con una guitarra. Hay ostras y perritos calientes y tomates abiertos por la mitad rellenos de espinacas y queso. Más copas.

—Háblame de David —pide Thanh—. ¿Es buen tipo?

—¿Cómo quieres que conteste a eso?

Le ha dado el sol y tiene arrugas en la cara que Thanh no recuerda haber visto antes. Está haciendo lo mismo que solía hacer: ir recogiendo las bebidas que la gente se deja y acabárselas.

—David tiene un trabajo horrible. ¿Sabes que cuando empezamos a vivir juntos me investigaron? Por si suponía algún tipo de riesgo de seguridad. Estamos en extremos opuestos del espectro político. Pero se porta muy bien conmigo y es rico. A nadie le amarga un dulce. Y, además, le quiero.

—Bueno —responde Thanh, y le quita el vaso vacío de la mano.

Cuando Harper regresa son las nueve de la noche y los invitados están jugando a verdad, acción o beso. O en la versión de Fleur: «Comprobación de identidad, haz una estupidez por diversión o intercambio de fluidos». En el barco viene más gente.

—¡Gracias a Dios! —exclama Fleur—, por fin llega.

Pero no es David, sino tres hombres y una mujer, los cuatro con pantalones de pinzas y camisas blancas.

Alguien pregunta si son los del catering, pero Fleur les hace callar y explica que son amigos de David. Se acerca al embarcadero a recibirlos, esta vez sin besos.

—Thanh —dice Harper—, vamos a otro sitio a hablar.

Al llegar al final de la escalera, Thanh ve un bol lleno de agua de lluvia en el rellano.

—Espera —le pide a Harper, y vomita dentro.

Lleva el bol al baño, tira el vómito y el agua al retrete y lo aclara. Se enjuaga la boca. Vale, todo bien. Harper está en la habitación, sentado en la camita.

—Están bien —dice Harper—. Están en el hospital. Tenía contracciones, pero le han dado no sé qué para pararlas. Y algo que se llama dexametasona. Lo he mirado en el teléfono: es un esteroide. Aumenta el surfactante pulmonar o algo así. Si nace, al menos el niño tendrá más posibilidades de sobrevivir.

—El niño.

—Oh. Sí. Se le ha escapado a Naomi. Lo siento.

—Tenemos que volver.

—Thanh, no podemos. No hay vuelos ni billetes. Al menos mañana no. Ya he llamado. Está con Han y ya no tiene contracciones. Mañana a primera hora, si quieres, puedes ir y hablar con

ellas.

Thanh se tumba en la cama. Sin quitarse la ropa. Tiene arena entre los dedos de los pies y frío. Harper se tumba a su lado.

—Todo saldrá bien. Naomi y el niño estarán bien.

—David me da mala espina —dice Thanh cuando están a punto de quedarse dormidos.

—En el barco venían unos amigos suyos. No me han caído bien; les he preguntado a qué se dedicaba David exactamente y se han puesto a hablar de las lecciones del 11S.

—Alguien ha preguntado si eran los del catering.

—Los del catering —dice Harper—. Anda, que iba a comer yo algo que me sirviesen ellos...

Por la noche se oyen ruidos.

—Thanh, ¿has oído eso?

—¿El qué?

Entonces oye algo. Una especie de roce, como de hojas secas. Algo rascando. Harper se levanta de la cama y enciende la luz, pero el ruido cesa. En cuanto la apaga, vuelve a empezar. Harper se pone en pie, la enciende y el ruido para. La tercera vez, la deja encendida. El malazarpa disecado los observa con ojos vidriosos y el hocico en un gruñido perpetuo. En la habitación no hay nada ni nadie aparte de Harper, Thanh y el animal, la mesita, la cama y las maletas. Thanh mira el móvil: no hay mensajes ni cobertura. La cama es demasiado pequeña. Harper ronca y antes no solía hacerlo. Ya no se oyen más ruidos, pero Thanh no logra dormir hasta que despunta el amanecer.

Por la mañana se despiertan entre gritos. Fleur y un puñado de gente están haciendo mucho ruido en el porche. Gritos, exclamaciones de alegría. ¿Habrá llegado David? Bajan de la habitación.

—Venga —dice Fleur—, poneos uno. Hay para todos. Hoy todos sois la novia.

Está sacando vestidos de novia de una maleta enorme.

—¿Os acordáis? —pregunta a Thanh y Harper—. ¿Os acordáis del día que gané todo ese dinero jugando al póquer en Somerville? No sabía qué hacer con él —cuenta a los demás— y a la semana siguiente había una liquidación de vestidos de novia en Filene's Basement. Es una tienda famosa —explica a sus amigos de California—. Todo el mundo iba, incluso si no pensabas casarte en la vida. La idea era ver cómo se peleaban por los vestidos, pero, como quien no quiere la cosa, acababas comprando uno. Así que fui y me quedé prendada de los que no quería nadie, de los más feos. Al final del día prácticamente ¡pagan por que te los lleves! Me gasté lo que había ganado en vestidos de novia y los tengo guardados desde entonces. Para una fiesta... o una boda. Para lo que fuese. Éste te quedaría bien, Harper. Te lo estaba guardando.

Así que él se quita la camisa, se mete dentro del vestido y se lo sube hasta los hombros. Tiene cuello de barco e incrustaciones de aljófar. En la espalda, una hilera de botones falsos. ¿De verdad hubo una época en que las mujeres llevaban vestidos así y no sólo a nadie le parecía extraño sino que además fingían que estaban preciosas y lloraban? ¿Cuánto se había gastado

Fleur? En la etiqueta que lleva colgada se lee «3.000 \$», pero la cifra está tachada y debajo hay más precios, también con un tachón. Fleur se da cuenta de que Thanh está buscando el precio.

—Ni se te ocurra pensar que pagué más de cincuenta por cada uno.

Harper y Thanh se casaron en un juzgado. Llevaban trajes buenos y calzoncillos rojos. El rojo da suerte. La suerte es necesaria. Ése es un consejo que le podría dar a su amiga: ten mucha suerte.

—¿Qué tal las yurtas? —le pregunta Thanh a la mujer que venía en la furgoneta. Marianne o Laura o algo así.

—¿Las yurtas? Fenomenal. Siempre he querido alojarme en una.

—Yo también.

Aunque jamás se le había pasado por la cabeza. Ni por asomo.

—¿Me subes la cremallera?

Thanh le hace el favor.

—Estás guapa. De verdad. Te queda bien.

Pero ella no parece contenta con el comentario, no tan contenta como estaba con la yurta. Tal vez porque el vestido es horroroso. Los que no son del catering están jugando a las cartas sentados en la escalera.

—Tengo que ir otra vez a la costa —le dice Harper a Fleur—. Trabajo.

—Hay marea alta y no sé cuándo volverá a venir el barco. Ya ha venido por la mañana a traer provisiones. A lo mejor puedes ir después de comer, pero antes nos vamos de expedición. Ponte un vestido —le ordena a Thanh—. Vosotros también —a los del catering—. Consideradlo una investigación de campo. Os hará falta un café, coged un café.

Todos obedecen. Los invitados con vestido de novia se aprovisionan de café, fruta y sándwiches. Se ponen protector solar o sombreros y marchan tras Fleur. Thanh y Harper se suman. Todo el mundo va, incluso los del catering.

El centro de la isla, o al menos lo que Thanh asume que es el centro, está cuesta arriba. Laurel y pinos. Tierra arcillosa salpicada de arena. Hay una especie de camino minado por las raíces de los árboles, y Fleur les advierte que no se salgan de él. Roble venenoso, dice. Agujeros. Los pinos se apelotonan de tal modo que la procesión debe avanzar en fila india. Thanh tiene que ir levantando la cola de su horroroso vestido prestado y el camino está resbaladizo de tanta pinaza; no hay brisa: sólo la fragancia medicinal del pino y el salitre. Nadie habla. Delante tiene a los del catering y detrás a Harper; está seguro de que a ellos les funciona el teléfono. Si el barco no llega pronto, se las ingeniará para llegar de algún modo. ¿Cómo puede ser que hayan dormido hasta tan tarde? Si las cosas se ponen peor, Han no le servirá de nada a Naomi. Ni a él ni a Harper; pero, en cualquier caso, ¿de qué iban a servir ellos? Eso no quiere decir que esté bien que sigan en la isla. Permanecer allí no ayuda a nadie. Los invitados emergen a un claro; en el centro hay una depresión, una zona de tierra hundida llena de agua. ¿Un estanque? Parece demasiado pequeña para ser un estanque, aunque dentro hay una profusión de algas de color amarillo brillante.

—¡Ya estamos aquí! —exclama Fleur—. La familia de David viene todos los años y cada uno de ellos formula un deseo. Vamos a ver: Sheila y Robert.

Se está dirigiendo a una pareja más mayor en la que Thanh no había reparado, pese a que son los únicos que no llevan traje de novia. Le parece que eso debería hacerlos muy conspicuos, pero no es así. Si se prendiesen fuego, seguirías sin darte cuenta de su presencia. Hay un montoncito de piedras y conchas y pedazos de loza. Fleur coge una piedrecita y dice:

—Hay que pedir un deseo y tirar algo dentro. Venga, todos a pedir. Venga, venid.

Tira su piedra y los invitados se congregan alrededor del agujero de barro. Alguien le pregunta si es profundo, pero ella se encoge de hombros. Puede que sí. Seguramente no. No lo sabe. Alguien coge una concha y la deja caer dentro. Van pidiendo deseos. Harper mira a Thanh y entorna los ojos, se encoge de hombros, coge una piedra. Los deseos son de lo más variopinto: un hombre que lleva un vestido de muaré con cuello mao, el mejor de todos aquellos trajes tan feos, pide un trabajo nuevo. Bien. Los del catering piden deseos secretos; Marianne piensa que hasta a ellos les permiten pedirlos, y que se muera su madre, pronto. ¿Y Fleur? ¿Qué pidió ella? Fleur pide de todo corazón que por favor llegue David. Que llegue sano y salvo, y que la quiera. Que el matrimonio funcione. Thanh no quiere pedir nada porque no se fía, pero Fleur lo anima, le mete un pedazo de concha en la mano y espera. Se pregunta si debería pedir que el bebé que Naomi lleva dentro se quede allí un tiempo más. ¿Cuál sería el precio de ese deseo? ¿O sería mejor pedir que el bebé sobreviva? Si vive, que sea un niño fuerte y sano y feliz, ¿es ése un deseo mejor? También podría pedir que Naomi no se lo quiera quedar. Ser un buen padre. Que Harper también lo sea. ¿Es ése un buen deseo? ¿Un deseo seguro? A Thanh le parece peligroso ponerse exigente con Dios, con el universo o con un agujero en el lodo. ¿Cómo saber qué debería pedir? Fleur espera, así que Thanh tira la piedrecita e intenta por todos los medios no pensar ningún deseo. Pero, aun así, siente algo en la boca del estómago —un deseo, pero ¿cuál?, ¿qué es?—, una sensación que se le extiende por los pulmones, el corazón y al final se derrama. ¡Demasiado tarde! La concha cae con el resto de las piedras, pedazos y deseos. Harper se fija en su expresión y quiere que se le borre esa mirada de la cara. ¿Qué le vamos a hacer? Quiere regresar para ver si ha llegado el barco. Si Thanh se lo permite, volverá a la costa. Él no cree en los deseos, pero lanza la piedra de todos modos y le da vueltas a qué podía ser el ruido de la noche anterior. De regreso por el caminito, Harper coge a Thanh de la mano. Los vestidos le parecen una ridiculez y lo que antes les divertía tanto ahora le recuerda al trabajo. Se encuentran de frente con los padres de David: ese día no han pedido ningún deseo, pero seguramente ya lo tienen todo. Aun así, Thanh se pregunta qué habrán pedido ellos para su hijo. Harper resuelve que, si no llega el barco, irá nadando en su ridículo vestido: será una anécdota magnífica. No piensa en Naomi ni en el bebé; intenta por todos los medios no pensar en ellos. Si las cosas se tuercen a estas alturas, será un desastre, una pérdida de tiempo y esfuerzo. ¿Querrá Thanh volver a intentarlo? Aunque quiera, no podrían pagarlo, y de un modo u otro la culpa será de Harper. No deberían haber ido a la boda.

Un bebé nacido a las veinticuatro semanas de gestación pesa poco más de medio kilo. El barco está en el embarcadero. David no ha llegado.

—Esta vez debería ir yo —dice Thanh.

—No. Quédate. Iré yo. Es mejor que te quedes. Come algo, duerme un rato.

En realidad debería ir Thanh, pero Harper es el que se embarca. Sin el vestido. Antes de que te permitan la entrada a la UCI de neonatos, debes lavarte las manos y los antebrazos durante no

menos de un minuto por extremidad. Hay un reloj y tú miras la aguja de los minutos. Es para proteger a los bebés de las infecciones. Fleur propone varios juegos: el *frisbee*, a capturar la bandera, a la gallinita ciega en el mar. Los del catering juegan a todo, pero como si no fuera un juego. La muñeca de un bebé de veinticuatro semanas cabría en un anillo de bodas. Los vestidos están amontonados en la playa, junto a unos maderos que ha arrastrado la corriente; por la noche harán una hoguera. El barco ha traído la comida, pero Thanh no tiene hambre. A un bebé varón de veinticuatro semanas todavía no se le han desarrollado el escroto ni el glande. Su piel es incapaz de contener la humedad del cuerpo. No tienen grasa ni reservas de ninguna clase, así que los llenan de agujas, tubos, cables, monitores. Son los astronautas con los pañales más pequeños que te puedas imaginar. Las orejas aún no se asemejan a lo que son. Les preparan nidos de lana artificial. Lana rosa como el algodón de azúcar. Thanh no quiere jugar a capturar la bandera, pero Fleur ha hecho jarras y jarras de «té» helado de isla Malazarpa y él bebe una copa detrás de otra. Se sienta en la arena y bebe. Fleur se sienta con él un rato y charlan sobre cosas intrascendentes para ambos; bebe, pero no tanto como él. Debe de extrañarle que Thanh esté empujando el codo de esa manera; pero, si se pregunta la razón, no dice nada. La madre de David se sienta a su lado.

—Siempre he querido escribir un libro sobre este lugar. Un cuento para niños. Iba a ir sobre los malazarpas, antes de que llegase la gente, pero no se me ocurrió ninguna moraleja. Los libros para niños siempre deberían tener una, ¿no os parece? Cuando lees un cuento, siempre deberías aprender algo. Es muy importante.

Las niñas que nacen antes del término del embarazo tienen mejor pronóstico que los niños. Los niños caucásicos son los que peor lo tienen. Las enfermeras los llaman «pobrecitos niños blancos».

—Mañana me caso —dice Fleur—. Si David no aparece, me casaré con el malazarpa de vuestra habitación. Le pondré el anillo en ese espolón ponzoñoso que tiene. ¿Verdad que eso tendría su gracia? Pues no dudes que lo haré.

Al final Thanh se queda solo y algo más tarde hay alguien de pie frente a él. Harper.

—Hola. Eh, hola, ¿estás bien? ¿Thanh?

—¿Qué? —responde Thanh.

«Qué.» Al menos cree haber dicho eso. Sabe que ha preguntado algo, pero no está seguro de qué.

Harper le está contando algo sobre alguien que se llama William. Un bebé nacido a las veinticuatro semanas de gestación aún no puede abrir los ojos, los párpados están unidos. Se le pueden dar unos cinco gramos de leche materna al día a través de una sonda nasogástrica; hay que pesar todos los pañales para hacer un seguimiento de la producción de orina. También del ritmo cardíaco, del aumento de peso. Del desarrollo de los capilares en la retina. Los pulmones no acaban de desarrollarse hasta la trigésimo séptima semana; por eso se controla la saturación de oxígeno en sangre. Todo se apunta en una libreta que los padres pueden consultar. Se les permite hacer preguntas. El bebé puede necesitar un respirador de alta frecuencia y en ocasiones es necesario practicar una traqueotomía. Oxígeno adicional. Transfusiones de sangre. Todas estas intervenciones tienen un precio. Un coste. Hay riesgo de parálisis cerebral. Derrames cerebrales. Fibrosis pulmonar. Pérdida de visión. Enterocolitis necrosante. Mantenerse con vida es una

empresa muy difícil. Las enfermeras dicen que es peleón, que es un luchador. Eso es bueno. Harper se va y después de un rato vuelve con Fleur. Alguien ha encendido una fogata, ha oscurecido.

—Tienes que comer algo —le dice Fleur—. Toma, Thanh.

Abre un paquete de galletas saladas y come una tras otra sin rechistar. Bebe agua. Están un poco dulces, y muy secas. Las enfermeras no suelen llamar a los bebés prematuros por el nombre. ¿Por qué no? Quizá sea más fácil así. Los llaman «garbancito», «caramelito», «qué caramelito más adorable», «qué garbancito tan pequeño». Los padres pueden acudir a la UCI de neonatos a cualquier hora del día o de la noche, pero a algunos les resulta difícil estar allí. Su presencia no es necesaria, no tienen ninguna tarea vital que desempeñar. Su bebé podría morir y no hay intimidad. Todas las mañanas y todas las tardes los doctores hacen la ronda; los padres pueden escuchar, hacer preguntas. Pueden hacerlas, pero no siempre hay respuestas. Lo que hay son pósteres de motivación, trabajadores sociales, gente que les aconseja sobre el aspecto económico. ¡Un bebé nacido a las veinticuatro semanas de gestación sale muy caro! ¿Quién iba a saber que un bebé podía llegar a costar tanto? Fleur y Harper ayudan a Thanh a subir la escalera y a meterse en la cama.

—Estamos en lista de espera para el primer vuelo de la mañana —dice Harper—. Ponlo de costado, por si vomita. Así.

Las primeras veinticuatro horas son de vital importancia.

Harper le está roncando al oído, ¿se habrá despertado por eso? Se oye otro ruido, el mismo roce del otro día. Como de papel de celofán arrugado.

—¿Lo oyes? —pregunta Thanh con la lengua de trapo—. Harper.

—Uh.

El ruido es cada vez más alto.

—Thanh, ¿qué coño...?

Thanh se incorpora. Sigue borracho pero ha conseguido poner en orden las cosas que Harper le ha dicho hace unas horas. Naomi ha tenido el bebé.

—Harper —insiste.

Harper se levanta y enciende la luz. Algo se mueve como un torrente de líquido negro. Hay una catarata de escarabajos negros saliendo del animal disecado, del malazarpa; caen sobre la mesa, sobre el suelo, se deslizan por la pared; cruzan el suelo de la habitación en dirección a la cama y la ventana. Su paso tiene cierta urgencia, una tarea que es necesario llevar a cabo justo ahora. Esa marabunta animada es la sombra de algo que no se deja ver y que avanza por el dormitorio. Noche escurridiza. Mucho tiempo después, una madrugada en la UCI neonatal, Thanh se fijará en otra incubadora. En la luz violeta ve una araña en la cara interna del cristal. «Todos los años igual», le dirá la enfermera cuando la llame. «Todos los años por primavera hay una migración o algo así. Arañas por todas partes.» Mete la mano, y caza el bicho con un vaso.

—¡La hostia en vinagre! —exclama Harper—. ¿Qué mierda es eso?

Salen de la habitación tan rápido como pueden. Bajan la escalera y salen de la casa. Avanzan

por la playa dando traspiés, hasta el embarcadero. Las yurtas no son más que bultos negros y silenciosos en la arena, el cielo rebosante de estrellas. Dios tiene una afición desmedida por los escarabajos y las estrellas. Pequeñas y muy lejanas. Harper lleva la maleta y Thanh carga con los zapatos de ambos. Seguro que se han dejado algo.

Se sientan en el embarcadero.

—¿Te acuerdas de algo de lo que te dije anoche?

—Dime.

—Tenemos un hijo. Se llama William. El nombre lo escogió tu madre. William. Quería que tuviese nombre, por si acaso. En cuanto lleguemos a la costa, llamaremos. Cogeremos el primer vuelo. Si no hay vuelos, alquilaremos un coche.

—Podríamos ir nadando —propone Thanh.

—Vaya idea más mala —dice Harper, y le rodea los hombros con el brazo. Le huele el pelo—. Todo saldrá bien.

—Podría salir mal. No sé si estoy hecho para esto. ¿Por qué nos metimos en este lío?

—Mira —dice Harper señalando la distancia.

A lo lejos se ven las luces de la costa. Y más cerca una luz que se mueve en el mar. La luz se convierte en un barco y el barco se acerca lo suficiente para que el patrón le lance un cabo a Harper para llevarlo hasta el embarcadero. Un hombre desembarca y los mira a ambos algo desconcertado. Es el novio.

—¿Habéis venido a recibirme?

Thanh se echa a reír, pero Harper extiende los brazos y estrecha a David. Le da la bienvenida. Entonces David cruza la playa en dirección a la casa. Su sombra, una estela oscura que se enreda entre las hierbas y las piedrecitas. ¿Qué clase de persona será? Buena no, seguro; pero Fleur lo ama, y ¿qué más les da a ellos? Hasta los del catering tienen derecho a casarse; ninguna ley se lo prohíbe. Se suben al barco para regresar a la costa. Hay peces nadando bajo el fondo de cristal, hacia la luz. Harper paga al patrón, que se llama Richard, cien dólares por llevarlos al aeropuerto. Cuando se suben al avioncito que los va a llevar a Charlotte para coger el vuelo a Boston, Thanh está sufriendo una resaca de proporciones sobrenaturales que le impide pensar. Pero es una bendición. Mientras esperan los vuelos, Harper habla con Han y una vez con Naomi. Thanh y Harper van de la mano durante todo el trayecto en taxi hasta el hospital infantil, donde Han los recibe en el vestíbulo.

—Subid —dice—. Vamos a conocer a vuestro hijo.

En una isla, Fleur y David se casan. Hay tarta. Abren el regalo de bodas que costó demasiado dinero. Pasan los días. Los meses. Años. De vez en cuando, Thanh se acuerda de isla Malazarpa, de la procesión de trajes de novia, de los del catering, del barco acercándose a la isla. El lugar donde escogió una piedrecita. A veces se pregunta si eso fue lo que pidió cuando intentaba no formular ningún deseo. ¿Pidió un momento como aquél? ¿O como aquel otro? Breves momentos de alegría. La sombra del valle de las sombras. Incluso allí, incluso allí, reflexiona Thanh. Tal vez sí.

Un buen día les dejan llevarse a su niño a casa, a su hijo. Le han preparado la habitación;

después de todo han tenido un excedente de tiempo para equiparla con lo habitual: una cuna, peluches, una alfombra, una silla, una luz.

Un día la cuna se le queda pequeña. El niño aprende a caminar. Naomi acaba la carrera. A veces ella lo lleva al zoo o a un museo. Un día, hablando con Thanh, le confiesa:

—A veces se me olvida que no murió. Todo fue tan horrible durante tanto tiempo que a veces pienso que no sobrevivió, que éste es otro niño. Lo quiero con todo mi corazón, pero hay días que no puedo parar de llorar por el otro. ¿No os pasa lo mismo?

Harper sigue trabajando demasiado. A veces le cuenta al crío la historia de su nacimiento y de la isla y la boda. Que su anillo de casado le cabía en la muñeca. Que se montó en el barco de fondo de cristal vestido de novia y le dijeron que su hijo había nacido. Han se va haciendo mayor.

—A veces creo que cuando muera y sea un fantasma, volveré a ese hospital —dice ella—. Pasé allí demasiado tiempo. Seré un fantasma que se lava las manos y espera. No sabré qué otro lugar rondar.

En niño crece. Es el mismo, a pesar de que en ocasiones les resulte difícil de creer. Thanh y Harper siguen casados. El niño recibe mucho amor. El ser amado sufre. Todo ser amado sufre y el amor no basta para evitarlo. El amor no es suficiente. El amor lo es todo. ¿Era éste el deseo que pediste?

He aquí la moraleja.

EL VALLE DE LAS CHICAS

Una vez, durante un par de meses, decidí ser un tipo diferente. Musculoso. Alguien que no estuviera pensando todo el tiempo. Mi cuerpo iba a ser un templo, no un chiringuito. En la cocina me hacían batidos de huevo con col rizada, germen de trigo y polen. Cosas así. Dejé de beber y tiré por el retrete todo lo que me había traído Darius. Era cortés con mi Rostro, salía a correr y leía los libros y hacía los deberes que me mandaba el tutor. Era un hijo modélico, un buen hermano. Los Viejos estaban desconcertados.

Naturalmente, **Hero** sabía que algo estaba pasando. Ella siempre se daba cuenta. A lo mejor vio cómo vigilaba a su Rostro cuando había algún acontecimiento y teníamos que aparecer en público.

Mientras tanto, no se me escapaba que el Rostro de **Hero** le hacía ojitos al mío: aquello no acabaría bien. Así que dejé los huevos crudos, la virtud y el amor, y volví a la vieja vida, la buena vida; la agridulce, podrida y conocida vida de siempre. ¿Valía la pena? La verdad es que tenía sus momentos.

—¡Mierda! —exclama **Hero**—. He cometido un error terrible. Ayúdame, . Ayúdame, por favor.

Ella deja caer la serpiente y yo le piso la cabeza con fuerza. Hoy no es un buen día para nadie.

—Tienes que darme el código —le pido—. Dame el código e iré a buscar ayuda.

Se agacha y me vomita champán rancio en los zapatos. Tiene dos gotas de sangre en el brazo.

—¡Qué dolor! —se lamenta—. Me duele muchísimo.

—**Hero**, dime cuál es el código.

Llora un rato y al final se calma. Pero no suelta prenda. Se queda sentada y se mece, y ya está. Le acaricio el pelo y le pido el número. Viendo que no me lo va a decir, voy a la puerta y me pongo a probar combinaciones. Primero su fecha de cumpleaños; después, la mía. Pruebo muchos números: ninguno funciona.

Durante ese mes estuve siguiendo la misma ruta todos los días. Atravesaba el bosque que hay detrás del pabellón principal de huéspedes y llegaba al Valle de las Chicas cuando estaba saliendo el sol. Así es como se deberían ver las pirámides: al amanecer, con los primeros rayos. Me gustaba mear al pie de la pirámide de **Alicia** y un tiempo después se lo conté. «Marcando el territorio, ¿no ?», me contestó ella, y me pasó los dedos por el pelo.

No quiero a **Alicia**, pero tampoco la odio. Su Rostro tiene los labios rojos y voluptuosos. Una vez se los toqué con el dedo, por curiosidad. Se supone que no debes tontear con los Rostros de los demás; pero, que yo sepa, todo el mundo lo hace. ¿Qué va a hacer el Rostro, dejar el trabajo?

Eso sí, prefiero las piernas de **Alicia**. Más largas y redondas, de esas entre las que no te importaría morir. Ojalá estuviese aquí ahora mismo. Ha salido el sol, pero pasará mucho tiempo antes de que yo vuelva a verlo. Estamos aquí abajo, en un lugar mucho más frío, y **Hero** no me dice nada.

¿Qué tendrán las chicas ricas con las pirámides?

En los jeroglíficos, los nombres de las personas importantes, los reyes, las reinas y los dioses van dentro de un cartucho. Así:

Stevie

Preeti

Nishi

Hero

Alicia

Liberty

Vyviene

Yumiko

—¿De verdad ibas a hacerlo?

Hero lo quiere saber. Esto es antes de lo de la serpiente, antes de que yo me entere de lo que trama ella.

—Sí —respondo.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Por muchos motivos. «¿Por qué?» es una pregunta muy tonta, ¿no crees? O sea, ¿por qué me hizo Dios tan guapo? ¿Por qué tienes vaqueros de la talla treinta y cuatro?

En la cámara funeraria hay un vestidor. Lo he registrado en busca de algo útil. De cualquier cosa que me sirviese. Chales de seda, vestidos de terciopelo arrugados, vaqueros negros de la talla equivocada. Un equipo de música con la clase de discos que escucha una gótica con dinero. Almohadas de sobra. Plata de ley. Perfumes y maquillaje. Un gato momificado, **Noodles**. Recuerdo cuando murió **Noodles**: teníamos ocho años y ya estaban echando los cimientos de la pirámide de **Hero**. Los Viejos llamaron a los embalsamadores.

Nosotros ayudamos con el natrón y tuve pesadillas durante toda una semana.

—Son para la otra vida, ¿vale? —dice **Hero**.

—¿En la otra vida ya no estarás gorda?

A estas alturas aún no sé qué planea **Hero**, pero empiezo a preocuparme. Tiene una vena épica; supongo que le viene de familia.

—Mi *Ba* es delgado —me dice—, no como el tuyo, . Tú estarás flaco por fuera, pero tienes corazón de gordo. Anubis te juzgará, Ammit te devorará.

Parece que hable en serio. Debería reírme de todo eso, pero tú inténtalo cuando estés a oscuras en la cámara funeraria secreta de tu hermana. No en la de mentira donde todo el mundo acude a pasar el rato y tomar algo, y donde (oh, dulce recuerdo) tú y el Rostro de tu hermana lo hicisteis sobre el sepulcro, sino en la que está bajo tres mil bloques de piedra caliza, al final de un conducto de ventilación, detrás de una puerta en una antecámara que, tal vez, dentro de doscientos años, alguien encuentre por casualidad.

¿Cómo es la otra vida cuando eres una momia? Si eres **Hero**, supongo que estás convencido de que tu *Ba* y tu *Ka* se reunirán. **Hero** cree que será un *Aj*, inmortal. Ella y las demás van haciendo acopio de todo lo que creen que necesitan para que su otra vida sea inmejorable, y los Viejos son indulgentes con ellas. Las chicas planean la otra vida, mientras que los chicos practican deporte, coleccionan coches de carreras o lanzaderas espaciales del siglo XX e intentan por todos los medios echar un polvo. Yo me especializo en esto último.

Encargan *ushabtis* y se los regalan entre ellas en los ritos de dedicación de las pirámides, cuando cumplen dieciséis años. Coleccionan figurillas de sus cantantes y actores favoritos, leen *El libro de los muertos*. Mientras tanto, es allí adonde vamos a divertirnos: a sus pirámides. Cuando encargué mis *ushabtis*, le dije a la artista que los hiciera de dos tipos: uno para la gente que apenas conozco, y las otras estatuillas para las chicas con las que me he acostado. Para esas posé desnudo. Si voy a pasar la eternidad con esas chicas, quiero llegar con todos los miembros y extremidades.

También he leído lo mío. ¿Qué pasa cuando eres una momia? Los saqueadores de tumbas te desentieran. A veces te trituran y te venden como medicamento, fertilizante o como pigmento. La gente solía organizar fiestas de momias; invitaban a gente y desenrollaban una. Para ver qué había dentro.

Puede que jamás te encuentre nadie. O puede que acabes en la vitrina de un museo. A lo mejor estás maldito y muere mucha gente por tu culpa. Yo tengo claro qué es lo que quiero que pase.

— —dice **Yumiko**—, no quiero que esto sea un aburrimiento. Fuegos artificiales y Rostros, famosos haciendo promoción de sus últimos proyectos.

Eso fue antes.

Una vez lo hice con **Yumiko** en la pirámide de **Angela**, justo delante de una puerta falsa. Otra vez me dio un puñetazo en la sien porque me pilló en la cama con **Preetj**. Me dejó la oreja como una coliflor.

La pirámide de **Yumiko** no es tan grande como la de **Stevie**, ni siquiera como la de **Preeti**, pero está en un lugar más alto. Desde la cima las vistas alcanzan el océano.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté.

—Haz algo, ya está —respondió **Yumiko**.

Enseguida tuve una idea.

—**Hero**, déjame salir.

Hemos bajado con una botella de champán y **Hero** me ha pedido que la descorche. Cuando la he abierto, ella ya había cerrado la puerta. No hay pomo: sólo un teclado numérico.

—Tarde o temprano tendrás que dejarme salir, **Hero**.

—¿Te acuerdas del juego de la sandía? —me pregunta ella.

Está tumbada en un diván y estamos recordando los viejos tiempos. Al menos eso creo. Íbamos a tener una conversación seria, pero no resultó ser sobre lo que yo esperaba. No era sobre la película que yo había hecho. La película «erótica». Ella quería hablar sobre lo otro.

—Aquí abajo hace mucho frío —me quejo—. Me voy a resfriar.

—Te aguantas —contesta ella.

Doy unas vueltas por la cámara.

—El juego de la sandía... ¿con el unicornio de **Vyviene**?

La madre de **Vyviene** es el doble de rica que Dios. La pirámide de **Vyviene** es tres veces la de **Hero**. Besa como un pescado, folla como un demonio y su afición es criar quimeras. Gracias a ella, la mayoría de las propiedades de la zona tienen problemas con los unicornios. Son territoriales. En la época de apareamiento, más vale que no los molestes.

A lo que iba: se me ocurrió una variación de la tauromaquia francesa, *Taureau Piscine*, pero con unicornios. Consigues un punto cada vez que el unicornio y tú estáis en la piscina al mismo tiempo. También jugamos a *Licorne Pastèque*. Sacamos una mesita y un par de sillas y las pusimos en el césped. Cortamos la sandía e hicimos turnos. Puedes comer a placer, pero sólo mientras estás sentado a la mesa; entretanto, el unicornio va mosqueándose cada vez más porque estás en su territorio.

Nos lo pasamos fabulosamente bien, hasta que el imbécil del unicornio se rompió una pata al meterse en la piscina y hubo que avisar para que viniesen a pegarle un tiro en la cabeza. Además, los Viejos se pusieron como locos por una de las sillas. Resulta que había una que era una antigüedad de valor incalculable. El unicornio dejó el respaldo hecho trizas.

—¿Te acuerdas de que **Vyviene** no paraba de llorar? —pregunta **Hero**.

Eso forma parte del recuerdo feliz que **Hero** guarda del momento, porque odia a **Vyviene**. ¿El motivo? Alguna razón bastante aburrida que ahora se me escapa. Pero la idea general es que **Hero** está gorda y **Vyviene** es una arpía.

—A mí me supo mal por quien tuviese que limpiar la piscina después. Qué lástima.

—Mentira —me espeta **Hero**—. Tú no has sentido lástima por nadie en la vida. Eres un sociópata de manual. Acabarías matando a todos nuestros amigos. Le estoy haciendo un favor al mundo.

—No son amigos tuyos —protesto—. Ni siquiera les caes bien, a ninguno. No sé por qué querías salvarlos.

[Hero] se queda callada y se le enrojecen los ojos.

—Al final nos encontrarán.

Como es natural, los dos llevamos implante. Para que las chicas no se queden embarazadas, para que las drogas y el alcohol nos hagan vomitar. Hay formas de sortear esos problemillas; por ejemplo, a Darius se le da bien encontrar nuevas soluciones. El implante —la Comitiva— también es el modo que tienen los equipos de seguridad de nuestros padres de hacernos un seguimiento. Es por los secuestradores. Por si vamos a los lugares que tenemos prohibidos o si nos escapamos. A los ricos no les gusta perder cosas.

—Es interesante lo bien que amortiguan el sonido las paredes de esta cámara —comenta [Hero]—. Yo misma instalé el software. Material para espías de primera calidad. Así que ya lo sabes, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

No hace caso de la pregunta.

—Además le he comprado a un tipo trescientos mil rastreadores de micropunto. Ciento cincuenta mil con tu perfil y otros ciento cincuenta mil con el mío. Están programados para conectarse formando grupos aleatorios a intervalos regulares durante los próximos tres meses, empezando hace diez minutos. Te crees que eres el único que sufre en el mundo. El único que no es feliz. Pero no te fijas en mí. Has estado tan obsesionado con Tara y Philip que no ves nada más.

—¿Con quién?

—Tu Rostro y el mío —dice [Hero]—. Eres un engendro. —Tiene lágrimas en los ojos, pero habla con calma—. Lo que te estoy diciendo es que esta noche se distribuirán los rastreadores en varias *raves* de todo el mundo. Están pegados a los materiales promocionales que llevan los CD de uno de mis grupos favoritos. No los conoces. Ah, y los invitados de la fiesta de [Yumiko] también tienen uno cada uno. Y he dejado un CD en cada una de las puertas falsas de las pirámides, como ofrenda. Ahora mismo están todos activos.

Yo siempre he sido el guapo. El popular. A veces se me olvida que [Hero] es la lista.

—Te quiero, [] .

[Liberty] siempre está enamorada de alguno, y yo tenía cierta curiosidad.

—Ah, ¿sí? ¿Me quieres? ¿Y por qué?

Ella se lo pensó un momento.

—Porque estás loco. No te importa nada.

—¿Me quieres por eso?

Estábamos en una especie de gala o algo así. Acabábamos de volver del baño de caballeros, donde todo el mundo estaba probando la última droga de Darius.

Mi Rostro andaba por ahí con mis padres, delante de las cámaras. A los Viejos les encanta mi Rostro: el hijo que desearían haber tenido. Alguien pasó con una bandeja y el Rostro de [Hero] cogió una copa de champán. Estaba junto a la mesa del bufé. La otra mesa del bufé: la de los

Rostros y los Viejos y los famosos y los publicistas y el resto de las tribus y los aprovechados.

Mi amor. Mi chica trabajadora. El Rostro de mi hermana. Me puse a hacer el payaso con los leotardos de látex. Trataba de que me mirase, pero era invisible. Todos los gestos, todas las palabras eran para ellos, para él. Para las cámaras. Para mi Rostro. ¿Y yo? Una mota de polvo, nada. Ni tan sólo una mácula. Espacio negativo.

Me había dicho que no podíamos continuar quedando. Que tenía miedo de que la descubriesen incumpliendo su contrato, como si eso no ocurriera casi todos los días. Como por ejemplo, el señor Amandit, el padre de Preeti y de Nishi, que dejó a su mujer por el Rostro de Liberty. El Rostro de la mejor amiga de su hija. Creo que ahora están en Islandia, el señor Amandit y la doña nadie que solía ser un Rostro.

También está el caso de Stevie: todo el mundo sabe que está enamorada de su propio Rostro. Da vergüenza verlo.

En cualquier caso, nadie sabía lo nuestro. Siempre fui muy precavido y aunque Hero se oliese algo, ¿qué iba a decir? ¿Qué iba a hacer?

—Te quiero porque eres tú, —dijo Liberty—. No conozco a nadie más que sea más guapo que su Rostro.

En ese momento tenía un pincho de pollo en la mano y estuve a punto de clavárselo en el brazo antes de darme cuenta de lo que iba a hacer. Tenía la boca llena de pollo a medio masticar. Se lo escupí y le di en la mejilla.

—¿Qué coño haces?

El bocado de pollo masticado cayó al suelo. Todos nos miraron, pero nadie sacó ninguna foto. Yo no existía, nadie había hecho nada malo.

Aparte de eso, nos lo pasamos bien. Hasta Liberty lo dice. Fue cuando todos aparecimos con la parafernalia que encontré en internet. Prendas de goma de color rojo, un montón de picos y cosas puntiagudas, cadenas, cuero, dildos, coquillas, dentaduras de vampiro y vísceras plastinadas. Yo llevaba un espléndido par de tetas de silicona pintadas a mano temblando sobre los hombros como si fuesen charreteras. Y un murciélago insuficientemente sedado, encarcelado dentro de mi *pompadour*. ¿Cómo fue capaz de no fijarse en mí?

No se puede con los jóvenes de hoy en día, dicen los Viejos.

Es posible que me quede aquí abajo un tiempo. Voy a tratar de verlo como ellos, como los Viejos.

Eres un Viejo y piensas: ¿no sería más fácil si tus hijos hicieran lo que les dices, igual que tus empleados? Sería fantástico, al menos cuando estás con la familia en público. Los Viejos son ricos. Están acostumbrados a que las personas obedezcan.

Si eres tan rico como los Viejos, eres tu propia marca. Eso es lo que siempre les dicen. Tus hijos son una extensión de tu marca. Te pueden mejorar el índice de popularidad o rebajarlo. Más que nada, lo bajan. De ahí el dispositivo que nos implantan para hacernos invisibles a las cámaras. La Comitiva.

Y el Rostro. Se trata de un don nadie, una persona real que ocupa tu lugar en la mesa. Recibe una educación, la mejor asistencia sanitaria, un sueldo y toda la ropa cara y los mismos juguetitos que te dan a ti. Siempre que el equipo de Viejos decida que surge la oportunidad o la necesidad, le prestas a tus padres. Cuando te conectas a internet o enciendes el televisor, te lo encuentras siendo tú. Interpretando tu papel mejor de tú mismo. Cuando te miras en el espejo, tienes que andarte con cuidado para no sentirte extraño. ¿Éste soy yo?

Casi todos los políticos tienen Rostros también. Por seguridad. Porque el aspecto de alguien no debería ser importante, ni lo bien que se les da pronunciar discursos; aunque sí lo es. La diferencia es que los políticos escogen tener un Rostro. Ellos lo eligen.

A los Viejos les gusta decir que es porque somos niños. Que ya lo entenderemos cuando seamos mayores y empecemos la vida adulta sin mácula, sin el menor rastro electrónico de nuestros errores e indiscreciones. Nada de vídeos sexis. Nada de fotos vergonzosas con vestiduras nazis o sin la parte de arriba del biquini en la playa de Niza. Ningún vídeo de antes de que te operases el pecho, antes de que desapareciese el acné.

Los Viejos nos matriculan en las mejores universidades, y entonces, por un momento, el mundo se tambalea. Los Rostros se jubilan. Nos conceden unos años para cometer nuestros propios errores a la vista de todo el mundo y después sentamos la cabeza y heredamos los millones o billones o lo que sea. Como dice el proverbio, heredamos la Tierra. Bienaventurados los ricos, pues ellos heredarán la Tierra.

Nos casamos, combinamos nuestra fortuna con la de otra persona, mejoramos nuestro índice de popularidad, nos hacemos Viejos, adquirimos descendencia y que no te quepa la menor duda de que esos críos van a tener Rostros igual que tuvimos nosotros.

El tema egipcio no me interesó nunca tanto como a las chicas. Siempre he preferido a los dioses nórdicos. Ya sabes, Loki, la muerte de Balder, Ragnarok.

Los demás chicos no se presentaron a la fiesta de Yumiko, sólo acudieron sus Rostros. Los chicos partieron hacia la Luna hace una semana y llevan de fiesta allí arriba desde entonces. Los viajes espaciales tampoco son lo mío. Hay muchas maneras de divertirse sin salir del planeta.

No me costó conseguir lo que estaba buscando. Darius no pudo ayudarme, pero conocía a un tío que era amigo de otro que sabía exactamente de qué le hablaba. Quedamos en Las Vegas, ¿por qué no? Fuimos juntos a un espectáculo y después nos conectamos y vimos un vídeo grabado en su laboratorio. En alguna parte de Moldavia, según él. Me dijo que se llamaba Nikolay.

Le enseñé el mío, el que había hecho para la fiesta de dedicación de la pirámide de Yumiko.

Los dos estábamos como cubas. Yo me había tomado el bloqueante de Darius, cosa que a Nikolay le interesaba. Le hablé de la Comitiva, de que, si querías pasártelo bien, tenías que encontrar la manera de sortearla. Simpatizó bastante conmigo.

El vídeo le encantó.

—Ése soy yo —le dije—. Ése es .

—Tú no —respondió él—. Me haces broma. Tú tienes aparato Comitiva. Pero la chica, ella me gusta. Muy sexy.

—Es mi hermana. Tiene diecisiete años.

—Broma otra vez —dijo Nikolay—. Pero no importa, si ella mi hermana, yo follaría igual.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —quiere saber **[Hero]**.

—No tenía nada que ver contigo.

Cuando se echa a llorar, le doy palmaditas en la espalda. No sé si se refiere al vídeo sexy o a lo otro.

—No te bastó acostarte con ella —se lamenta entre sollozos—, que es casi incesto. Para colmo he tenido que ver el vídeo.

Vale, hablamos de la grabación.

—El que le diste a **[Yumiko]** y que ella va a colgar en internet. ¿Es que no lo entiendes? Ella es yo. Él es tú. Esos dos somos nosotros practicando sexo frente a la cámara.

—A los egipcios no les parecía mal —explico tratando de consolarla—. Además, no somos nosotros, ¿recuerdas? Ellos no son nosotros.

Intento acordarme de cómo eran las cosas cuando estábamos sólo los dos. Los Viejos dicen que dormíamos en la misma cuna. Yo era un bebé y ella se metía dentro. Cuando yo me caía, **[Hero]** lloraba. Ella siempre ha sido la llorona.

—¿Cómo sabías lo que pensaba hacer?

—Venga, **[]**, por favor —responde ella—. Siempre me doy cuenta de cuando estás a punto de perder los estribos: vas por ahí con esa sonrisa como si el mundo al completo te la estuviera chupando. Además, Darius me dijo que habías estado preguntando por un montón de mierdas. No sé si te das cuenta de que le caigo mucho mejor que tú.

—Será al único.

—Vete a tomar por culo —me espeta **[Hero]**—. Y no te creas que sólo tú habías hecho planes para esta noche. Estoy harta de este sitio. Hasta las narices de la gente.

Sobre una repisa de piedra, hay una hilera de *ushabtis* formando en línea recta. Nuestros amigos; personas a las que les gustaría ser amigos nuestros. Estrellas del rock con las que los Viejos solían codearse; estrellas de cine. Príncipes saudíes a los que les gustan las chicas rechonchas y depresivas con dinero. **[Hero]** coge un príncipe y lo estrella contra la pared.

—A la puta mierda con **[Vyvienne]** y sus unicornios —dice, y escoge otra estatuilla—. Que te follen, **[Yumiko]**.

Le quito la figurilla de **[Yumiko]**.

—Eso ya lo hice yo. Le doy un siete sobre diez, por su entusiasmo.

Dejo caer el *ushabti* al suelo.

—Qué asco das... ¿Es que nunca te has enamorado?

Sé que está tirando la caña para ver qué pesca. Porque ya lo sabe. Claro que lo sabe.

¿Por qué te acostaste con él? ¿Estás enamorada de él? Él es yo. ¿Por qué no puedo ser él? Que os den a los dos.

—Que les den a nuestros padres —digo.

Cojo una lámpara de aceite y la lanzo contra las estatuillas de la repisa.

Durante un instante, la luz de la estancia es más intensa, pero enseguida se oscurece.

—Tiene cierta gracia —dice **(Hero)**—. Tú y yo solíamos hacerlo todo juntos. Y después ya no. Sin embargo, mira qué casualidad: tú planeando hacer lo que pensabas hacer y yo, lo que yo quería hacer. Es como si volviéramos a estar dentro de la cabeza del otro.

—¿Has comprado un agente biológico? Deberíamos haberlo hecho a medias: dos por uno.

—No —responde **(Hero)**.

Se muestra tímida, como si tuviera miedo de que me fuera a reír de ella.

Espero. Al final me dirá lo que me tiene que decir y entonces le entregaré el botecito metálico que me dio Nikolay y ella abrirá la puerta de la cámara funeraria. Saldremos al mundo exterior y el vídeo no será el fin del mundo. No será más que algo que salga a colación de vez en cuando. Algo que haga enfurecer a los Viejos.

—Pensaba suicidarme —dice **(Hero)**—. Aquí abajo. Iba a venir después de los fuegos artificiales; pero pensé que no quería estar sola cuando lo hiciese. —Cosa que es muy de **(Hero)**. Quiere que la mires mientras se regodea en sus problemas—. Entonces descubrí lo que tramabas —me confiesa—. Creí que debía impedírtelo y así no tendría que estar sola. Y haría honor a mi nombre. Salvar a todo el mundo, aunque ellos no lo sepan.

—¿Querías suicidarte? ¿De verdad? ¿Con una pistola o qué?

—Con esto.

Mete la mano en la cajita con incrustaciones que lleva en el cinturón. Dentro hay algo pequeño y enroscado. Un eslabón esmaltado de color negro y bronce. Cuando lo tiene en la mano, se desenrosca y se convierte en una serpiente.

(Alicia) fue la primera en tener Rostro. A mí me dieron el mío cuando cumplí ocho años. La verdad es que no me enteraba de nada; me presentaron a un montón de chicos de mi edad y los Viejos tuvieron una charla conmigo. Me explicaron que tenía que escoger el Rostro que quisiera. Elegí el que parecía más agradable, el que tenía cara de ser más divertido. Así de tonto era entonces.

(Hero) era incapaz de decidirse, así que la escogí yo. «Ésa», le dije. La vida es así de extraña. La elegí a ella de entre todas las demás.

(Yumiko) me contó que ya había hablado con su Rostro. (Hablamos con nuestro Rostro lo mínimo posible, aunque de vez en cuando nos acostamos con los de los demás. La fruta prohibida es siempre más alucinante. ¿Será por eso que hice lo que hice? No lo sé, ¿cómo voy a saberlo?)

(Yumiko) dijo que su Rostro estaba dispuesta a firmar un nuevo contrato cuando ella cumpliera los dieciocho; no ve motivos para dejar de tener Rostro.

(Nishi) es la hermana pequeña de **(Preeti)**. No empezaron a cavar los cimientos de su pirámide hasta

el verano pasado. Varios equipos de dirección de la compañía de su padre acudieron a colocar la primera piedra como ejercicio para reforzar los lazos entre ellos. Ese trabajo normalmente lo hacen los presos de cadena perpetua de la Bahía Pelicanos. No obstante, en cuanto se ponen a trabajar, todos tienen el mismo aspecto: reos y directores. Es un trabajo duro. Nos gusta ir a mirar.

De vez en cuando se acerca algún asesor arqueológico o un arquitecto que intenta charlar con nosotros. Piensan que buscamos algo de contexto.

Nos hablan sobre las posesiones de las cámaras funerarias, de que los arqueólogos del futuro sabrán cómo era la vida gracias a que unas chicas adineradas quisieron construir sus propias pirámides.

A nosotros nos hace gracia.

Se suelen quejar del clima, porque al parecer no es ideal. «Es posible que dentro de doscientos o trescientos años ya no estén en pie, teniendo en cuenta los factores geológicos. Terremotos. La dimensión geopolítica. Los saqueadores de tumbas.»

Con el tema de la astucia de los saqueadores se enrollan bastante.

Los emborrachamos y les preguntamos por la maldición de las momias, sólo para ponerlos nerviosos. Les preguntamos si no les preocupan los Viejos y lo que pasaba con los hombres que construían las pirámides en Egipto. Solían desaparecer, ¿verdad? Para asegurarse de que nadie supiera dónde estaban escondidas las riquezas. Les contamos que nos hicimos amigos de dos miembros del equipo de asesoramiento de la pirámide de Alicia y que hace tiempo que no conseguimos ponernos en contacto con ellos. Desde que acabaron las obras.

Estaban sobre el muro exterior inacabado de la pirámide de Nishi. Supongo que llevaban allí toda la noche. Hablando. Haciendo el amor. Haciendo planes.

No me vieron. Soy invisible, ni más ni menos. Llevaba el teléfono encima y les grabé hasta que se me acabó la memoria de la tarjeta. En el prado había un unicornio junto a una pirámide. Era la de Alicia. Dos cosas imposibles. Tres cosas que no deberían existir. Cuatro.

Entonces fue cuando abandoné la idea de ser una persona nueva, de salir a correr, de comer col y todo lo demás. Entonces fue cuando desistí de convertirme en mi nuevo yo. Ya había alguien que encajaba en esa descripción. Alguien que ya tenía lo único que yo quería.

—Dime el código —digo una y otra vez.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero Hero tiene el brazo verde y negro, hinchado como un globo. He intentado chupar el veneno y tal vez haya servido de algo, pero puede que lo hiciese demasiado tarde. Tengo un cosquilleo en los labios; se me están durmiendo.

— , no quiero morir —dice Hero.

—No te vas a morir. Dime el número; deja que te salve.

—No quiero que mueran ellos. Si te digo el número, saldrás y lo harás. Y yo me moriré sola.

—No te vas a morir —insisto, y le acaricio la mejilla—. Y no voy a matar a nadie.

—Vale —dice después de un rato.

Me dice el código. Es una serie de cifras que quizá tengan algún significado para ella, pero lo más probable es que sean aleatorias. Ya he dicho que es más lista que yo.

Le repito los números y ella asiente. Le he echado un chal por encima, tiene mucho frío. Le apoyo la cabeza en una almohada y le aparto el pelo de la cara.

—No es justo: a ella la querías más que a mí. A mí nunca me han querido más.

—¿Por qué piensas que la quería? ¿De verdad crees que todo esto es por amor? No es más que lo de siempre: yo haciendo el idiota y tú arreglando la situación.

Cierra los ojos y me regala una horripilante sonrisa ciega.

Me acerco a la puerta e introduzco el código.

La puerta no se abre. Lo vuelvo a intentar, pero sin suerte.

—[Hero], ¿me puedes repetir el número?

No contesta. Voy hasta allí y la sacudo suavemente.

—Dímelo otra vez. Venga. Una vez más.

No abre los ojos. Se le abre la boca y la lengua se sale.

—¡[Hero]!

Le pellizco el brazo. Repito su nombre sin parar. Y se me va la cabeza, lo destrozó todo. Menos mal que [Hero] no está para verlo.

Y ahora ha pasado algo más de tiempo y ella sigue muerta y yo atrapado aquí abajo con una difunta heroína, el cadáver de un gato y un montón de *ushabti* rotos. Sin comida ni música decente. Sólo un botecito de algo muy fuerte que ha preparado mi buen amigo Nikolay, un cargamento de vaqueros de la talla treinta y cuatro y los restos de una botella de champán caro.

Los egipcios creían que todas las noches los espíritus de los que estaban enterrados en las pirámides salían al mundo a través de las puertas falsas. El *Ba*. No se puede encerrar al *Ba* en una pequeña cámara oscura al fondo de un conducto de ventilación escondido bajo un montón de piedras. Quizá una noche pueda salir volando, al menos una parte de mí. La mejor parte. La parte de mí que es buena. Sigo intentando diferentes combinaciones, pero no sé cuántos números ha usado [Hero] ni cómo los ha combinado. La tarea de Sísifo. Algo que hacer. A las lámparas no les queda mucho aceite; las que aún están enteras. Las he roto casi todas.

Por debajo de la puerta se cuela un poco de aire, pero no mucho. Aquí dentro huele mal. He envuelto a [Hero] en chales y la he metido en el vestidor. Está con [Noodles], se lo he puesto entre los brazos. De vez en cuando me quedo dormido y cuando me despierto me doy cuenta de que no sé qué números he probado ya y cuáles no.

Los Viejos deben de preguntarse qué ha pasado. Pensarán que tiene algo que ver con el vídeo, y sus empleados estarán intentando controlar las consecuencias. Me pregunto qué será de mi Rostro. Qué será de ella. Puede que una noche pueda salir de aquí volando. Mi *Ba* irá directo a ella, como un pájaro.

Un día alguien abrirá la puerta que yo no soy capaz de abrir. Y estaré vivo o muerto. Tengo la opción de abrir el bote o dejarlo cerrado. ¿Qué harías tú? Lo comento con [Hero] a oscuras. A veces decido una cosa y otras, otra.

Morir de sed es una forma muy dura de morir.

No quiero tener que beberme mi propia orina.

Si abro el bote, moriré antes. Será mi maldición sobre aquel que abra la tumba. ¿Por qué deberías seguir con vida si ella y yo estamos muertos y nadie recuerda nuestro nombre?

Hero

Tara.

No quiero que sepas cómo me llamo. En realidad era el nombre de él.

ORÍGENES

—Dorothy Gale —dijo ella.

—Bueno, a lo mejor sí —respondió él a regañadientes.

Seguro que hubiese querido decirlo él primero, pero tal vez no creyera que volver a casa fuese un acto heroico.

Estaban sentados en la ladera de una montaña. Por encima de ellos, los visitantes del parque temático Land of Oz solían surcar el aire por encima del camino de baldosas amarillas en góndolas con forma de globo aerostático. Pero con el tiempo algunos de los pilones se habían desplomado sobre unos cuantos pinos enclenques y oportunistas. Ahora que habían cumplido su misión, los pilones tenían cierto aire majestuoso: gigantes caídos. Las baldosas amarillas yacían con la pintura medio desconchada, cubiertos de helechos secos y carcomidos.

El diseño de la casa de los tíos de Dorothy Gale era muy ingenioso. Te acercabas por el camino, entrabas en el salón y mirabas a tu alrededor. Después te llevaban a la cocina, donde había platos en las alacenas y margaritas en un jarrón. Cuadros colgando de la pared. Seguías a tu Dorothy hacia el sótano con el resto del grupo, veías las imágenes del tornado arremolinándose por las sucias paredes oscuras y, cuando todo el mundo subía por la otra escalera, una que estaba tras una puerta idéntica a la anterior, veías la misma casa, las mismas estancias, pero revueltas por los fuertes vientos. El suelo del salón estaba inclinado, y al salir por la puerta principal (la de atrás), te encontrabas con un par de piernas de escayola con medias que salían de debajo de la casa. Un par de zapatitos rojos. Un camino de baldosas amarillas. Ya no estabas en Carolina del Norte.

El paso de los años había dejado la casa en ruinas y no había cuadro que se mantuviera recto. Había salamandras en las paredes y del desagüe del fregadero brotaba hiedra venenosa. Setas en el sótano, además de un viejo colchón que alguien había traído a rastras desde arriba. No podías sino esperar que Dorothy tuviera otro lugar mejor donde vivir.

Eran las cuatro de la tarde y los dos estaban un poco borrachos. Ella se llamaba Bunnatine Powderfinger y a él lo apodaba Biscuit.

—Venga ya, ¡claro que lo es! —dijo ella—. Por ejemplo, los zapatos rojos: son su poder. Todo gira en torno a una cuestión: que es una superheroína pero no lo sabe. Llega a Oz desde otro mundo. Es como Superman, pero al revés. Y tiene un montón de ayudantes.

Se los imaginó dando brincos por el camino, cogidos del brazo, enfrentándose al mal. Tirándole casas encima, echándole cubos de agua. Cantando canciones tontorronas sin importarles si alguien los oía.

Biscuit gruñó. Ella sabía qué estaba pensando: los ayudantes son para aquéllos demasiado vagos para escribir sus propios anuncios por palabras.

—Luego está el mago de Oz. Tiene hasta una identidad secreta y quiere que todo sea de color verde. Todas sus cosas son verdes, como Linterna Verde.

Lo del color era cierto, pero tan irrelevante que ya estaba perdiendo la paciencia. El mago de Oz era un fraude.

—Pero no tiene poder ni grandeza —contestó ella—. Sólo que finge ser grande y poderoso. La Malvada Bruja del Oeste tiene más poder que él. Y monos voladores. Es como un científico loco. Tiene hasta un talón de Aquiles secreto: el agua es su kriptonita.

La actriz Margaret Hamilton siempre le había parecido exageradamente sexy: la forma que tenía de montar en bicicleta y la corriente de aire que se la llevaba como los brazos de un amante invisible; la música estridente y burlona que no salía de ninguna parte. Esa nariz.

Cuando lo miró, Bunnatine se dio cuenta de que Biscuit se había puesto el uniforme, que de por sí ya era bastante ridículo, del revés. ¿Cuántas veces le pasaba? Ella tenía una hormiga en la ropa interior; decidida a que le resultase erótico, de pronto cayó en que podía ser una garrapata... No, era una hormiga.

—Margaret Hamilton, cariño —dijo ella—. Yo me enrollaría con ella.

Él la contemplaba retorciéndose. Estaba demasiado borracho como para hacer algo y a ella le parecía bien. También estaba demasiado borracha como para avergonzarse de tener hormigas en las bragas. Como la canción de Ella Fitzgerald. *Finis, finis*.

El pedazo de tonto, su viejo amigo, dijo:

—Yo os miraría. Pero si le mojas la cara se convierte en un charco con muy malas pulgas. Cosa que no sirve de nada. ¿Qué dice cuando llueve? ¿«Ay, lo siento pero hoy no puedo luchar contra el crimen»? Por cierto, hay un trasfondo sexual interesante; muy de mujer contra mujer: chica conoce a su archienemiga, la pone toda mojada y ésta se derrite. Y además chilla como si se estuviera corriendo.

¿Cómo era posible que estuviese borracho y al mismo tiempo hablase así? Se encontró más hormigas en la ropa. ¿Lo habían hecho encima de un hormiguero o qué? Pobres hormigas, pobre Bunnatine. Se levantó y se quitó el vestido y la ropa interior para sacudirlos con fuerza. Ella no llevaba un uniforme absurdo. Salid con las patitas en alto, hormigas. Fingió estar haciendo entrar en razón a Biscuit a golpe limpio. O quizá quitarle la razón. Vete tú a saber, ella no tenía ni idea.

—Margaret Hamilton no lucharía contra el crimen, querido; conquistaría el mundo. Sólo le falta el traje de buzo. Neopreno sexy.

Se volvió a poner la ropa. Quizá fuese eso lo que necesitaba la bruja: un traje de buzo. Un profiláctico para evitar derretirse. La bebida no funcionaba por mucho que la llamasen... ¿qué? Ah, sí: lubricante social. Pero a ella la ayudaba a no preocuparse tanto por todo. Como anestesia. La ayudaba a mantener la compostura después, cuando él volvía a irse de la ciudad. Cola de contacto.

No tenía un cubo de agua a mano. Le daban ganas de tirarle lo que quedaba de la cerveza, pero con eso solamente conseguiría que la mirase y le dijese: «¿Por qué has hecho eso, Bunnatine?». El pedazo de tonto se ofendería.

—¿Por qué me miras así, Bunnatine?

—Toma. Otra Little Boy —le dijo ella dándose por vencida, y le pasó una lata.

Y sí, se había sentado sobre un hormiguero. Seguro. Diminutos y heroicos insectos salían a raudales para defender su hogar y expulsar a la terrible y malvada, aunque infinitamente apetecible, amenaza que era el culo de Bunnatine.

—Hará que te salga pelo en el pecho y que se te vuelva a caer.

—¿Qué tal el desfile?

Lo mismo de todos los años: globos elevándose como si tuvieran prisa por salir de la ciudad, paletos con cara de pan en furgonetas y las aceras a rebosar de quinceañeras con carteles. TE QUEREMOS, YO TE QUIERO MÁS, QUIERO TENER UN SUPERBEBÉ CONTIGO. Quinceañeras sin sujetador. Pobres frescas. El pedazo de bobo no se daba ni cuenta..., y aunque se enterase, que se fastidien. Bunnatine podría contarles mil historias.

—Ha estado muy bien. El mejor.

Cualquier otra persona hubiese creído que estaba siendo sincero, pero nadie lo conocía mejor que ella. Parecía una ricura de chico, pero incluso cuando procuraba ir con cuidado la dejaba amoratada.

—Me gusta cuando leen los poemas —le contó ella—: «Ese tipo un poco canelo / que está tan solo en el cielo».

—¿A quién se le ocurrió hacer eso?

—Lo patrocina el *Catástrofe Diaria*. La señora Dooley, del instituto, obligó a todos los alumnos a escribir poemas. Te he guardado una copia del periódico, por si lo querías para tu colección de recortes.

—Eso es lo mejor de salvar el mundo: la poesía. Por eso lo hago.

Le estaba lanzando piedras a un búho que, por algún motivo, estaba descansando en una rama cercana. Debía de estar enfermo, porque los búhos no acostumbran hacer eso. Una de las piedras arrancó unas cuantas hojas. ¡Bam! Un pedazo de corteza. ¡Zas! Pero el búho seguía posado allí.

—No seas imbécil —le pidió ella.

—Lo siento.

—Tienes cara de estar cansado.

—Sí.

—¿Sigues sin dormir bien?

—No muy bien.

—Caperucita Roja.

—De eso nada —respondió él con desdén.

Pero ¿qué dices, Bunnatine, criatura?

—Vale que va disfrazada, pero el lobo se la come. No tiene superpoderes. La repostería no cuenta.

—¿Y la Bella Durmiente?

Bunnatine pensó en una joven durmiendo durante cien años en una torre mugrienta y enmohecida. Hormigas campando a sus anchas por todo su cuerpo. Ratones. Los labios de un tipo. Esa chica debía de tener el peor aliento mañanero de la historia y le parecía asombroso que alguien la quisiera besar. Y respecto a besar a la gente mientras duerme, Bunnatine no estaba de acuerdo.

—¿Cuenta o la eliminamos porque tuvo que salvarla un tío?

Él se quedó mirando hacia la lejanía, como si estuviera pensando en alguien, en alguna chica a quien hubiese contemplado mientras dormía. Ella sabía que se acostaba con otras. Mujeres agradecidas a las que había salvado de algún malhechor o de una infame cita a ciegas. Seguramente también con modelos y actrices y trabajadoras del servicio de transporte público y trapecistas. Solía leerlo en la prensa del corazón. O quizá estuviera pensando en la habilidad de dormir durante cien años: ya de críos era demasiado nervioso como para dormir toda la noche del tirón. Siempre acudía a tirarle piedrecitas a la ventana. Pegaba la cara al cristal: «Despierta, Bunnatine, despierta. Vamos a luchar contra el crimen».

—Su superpoder es la capacidad de dormir a pesar de todo lo que ocurra a su alrededor. Orígenes: se pincha el dedo con una rueca y eso tiene consecuencias trágicas. ¿Qué te ha dado con los cuentos de hadas y los libros para críos, Bunnatine? Rapunzel tiene una melena tremenda con la que puede trenzar una escalera de pelo. No sé, no me convence. ¿Quién más hay? La chica del cuento del enano saltarín: convierte la paja en oro con una rueca.

Cuando él no estaba en la ciudad, añoraba esas conversaciones. Porque allí nadie más hablaba así. Los mutantes eran un amor, pero les interesaba más la música; no hablaban mucho. Y en cualquier caso no era como charlar con él, que siempre tenía respuesta para todo, alguna gracia, un doble sentido, algún piropo hortera y sórdido que la hacía reír y con el que siempre se la ganaba. Debía de ser por todas las pullas ingeniosas que se dedicaban durante las peleas más fuertes, quizá. No dudaba de que ella se confundiría: bromas cuando debía estar haciendo ¡PIM!, ¡PAM!, y ¡PLAF! cuando debía hacer bromas.

—No, es al revés: Rumpelstiltskin es el que convierte la paja en oro. Ella utiliza al pobre duende y luego contrata a alguien para que lo espíe y averigüe cómo se llama.

—Mola.

—No, no mola nada —repuso ella—: hizo trampa.

—¿Y qué? No querrás que le dé el crío a un enano que hace oro con una rueca, ¿no?

—¿Por qué no? Seguro que no era la mejor madre del mundo y al final el niño tampoco acaba siendo nadie especial. No hay cuentos sobre él.

—Tu madre.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¡Tu madre! Que no te enteras, Bunnatine. Tu madre era superheroína.

—¿Mi madre? Sí, claro, qué gracia tienes.

—En serio, llevo años convencido. Lo de ser camarera no es más que una tapadera.

Bunnatine hizo una mueca y después la deshizo. Tal y como ella siempre había creído: estaba colado por su madre.

—¿Y cuál es su superpoder?

Se mordisqueó una uña con sus dentones cuadrados.

—No lo sé. No sé cuál es su identidad secreta: es secreta y uno no debe meter las narices donde no lo llaman. Es mala praxis, incluso entre archienemigos. Pero una vez, cuando íbamos al instituto, estuve en el restaurante y la vi cargar con ocho platos a la vez. Creo que uno de ellos era un bol de sopa. Tres en cada brazo, uno entre los dientes y otro sobre la cabeza. Lo hizo porque alguien se había apostado con ella que no sería capaz.

—Sí, me acuerdo. Se le cayó todo y se cascó un diente.

—Ya, pero fue porque el capullo de Robert Potter le puso la zancadilla —aclaró él.

—Fue un accidente.

Él le cogió la mano. ¿Qué pensaba hacer, morderle las uñas? No, le estaba observando la palma, como si se la quisiera leer o algo así. En el caso de una camarera, no era difícil: vas a pasar el resto de la vida sumergiéndote en agua caliente.

—De eso nada —repuso con cariño—. Yo lo vi, y Robert sabía lo que hacía.

Al ver lo pequeña que se veía su mano en la de él, sintió vergüenza; como si él hubiese crecido y a ella le hubiera dado pereza. Aún recordaba un tiempo en el que le sacaba unos centímetros.

—¿En serio?

—Totalmente. Robert Potter es su archienemigo.

Bunnatine se soltó y le dio otra cerveza. A decir verdad, casi se la lanza.

—No te rías de mi madre. No tiene archienemigos. Y, en cualquier caso, esa palabra los hace parecer demasiado importantes, y Robert Potter no es más que un soplapollas.

—Una vez me ofreció diez dólares por unas bragas de mi madre. Era cuando ella y yo estábamos que nos tirábamos de los pelos. Yo debía de tener catorce o por ahí. Estábamos haciendo la compra y me dio un bofetón, no recuerdo por qué. Así que supongo que él pensó que se las daría. Es que todo el mundo vio el tortazo... Creo que fue porque le acababa de decir que los Rice Krispies tenían mogollón de azúcar y que no intentase envenenarme. Robert vino a hablar conmigo cuando estábamos en el aparcamiento.

La cerveza la hacía hablar más de la cuenta. Añade eso a la lista: no era lo que más le gustaba de esa bebida. Lo siguiente sería llorar por cualquier tontería o suplicarle que se quedara con ella.

Él sonreía de oreja a oreja.

—¿Y qué, se las diste?

—No. Le dije que quería veinte pavos, y cuando me los dio me los quedé y ya está. Tampoco es que él se fuese a chivar.

—Mola.

—Sí. Y luego le hice darme veinte más. Le amenacé con contárselo todo a mi madre si no pagaba.

Por supuesto, no le estaba contando toda la historia. Y no pensaba contársela. En cualquier caso, el resultado de la anécdota era que consiguió suficiente dinero para comprar cerveza y algo de hierba. Le pagó a un tipo para que le comprara las cervezas y ésa fue la noche que se llevó a Biscuit al parque abandonado.

Lo hicieron en el colchón del sótano de la granja en ruinas y después en el teatro, en el diminuto escenario como de juguete en el que cantaban y bailaban claqué las niñas de vestido azul y alas en llamas. Había hojas por todas partes. Olor a humo, alguien arriba en la montaña los vigilaba fumando un cigarrillo tras otro. Estuvieron leyendo revistas para chicas adolescentes. Biscuit le preguntaba: «¿Te he hecho daño?», «¿Te gusta así?», «¿Quieres otra cerveza?», y Bunnatine quería soltarle una patada para que dejase de preocuparse por ella. Y no parar de besarlo. Cuando estaba con él, siempre sentía eso. Aunque tal vez siempre sintiera eso y Biscuit no tuviera nada que ver.

—¿Y llegaste a contárselo a tu madre?

—No. Tenía miedo de que acabase en la cárcel por atacarlo con un martillo de bola.

Esa noche, cuando llegó a casa, su madre la miró como si lo supiera todo. Sólo que no lo sabía, no tenía ni idea.

—Sé lo que has estado haciendo, Bunnatine —le advirtió—. El cuerpo es un templo y tú lo tratas como si fuera basura.

Así que ella respondió:

—Me da igual.

Y era cierto.

—Tu madre siempre me ha caído bien.

—Y tú a ella.

Biscuit le caía mejor que Bunnatine. Bueno, las dos lo preferían a él. Pero, gracias a Dios, no se había acostado con la madre. Solía imaginar un universo paralelo en el que su madre se enamoraba de Biscuit y se iban juntos a luchar contra el crimen. Todos los días de Acción de Gracias la invitaban a su escondite y nidito de amor; pero un día ella acudía y les destrozaba la morada. Después salían en el programa de Oprah. Y mientras estaban en el plató aparecía un supervillano —vale, de acuerdo: el gilipollas de Robert Potter— y llevaba a cabo un terrible plan de imparables dimensiones épicas. El universo paralelo, indefenso ante su pillaje y destrucción, quedaba exprimido como un pomelo a medio comer, y todo por culpa de Bunnatine.

La cuestión era que los universos paralelos existían. Se imaginó a la pobre Bunnatine paralela recibiendo una advertencia a través del velo místico que los separa. ¿Salir en *Oprah* o salvar el mundo? Haz lo que debas, reina.

El Biscuit de su universo le preguntó:

—¿Trabaja en el restaurante esta noche?

—No, hoy libra. Tiene partida de póquer con unas amigas. Llegará a casa con más dinero del que saca en propinas y luego me echará un sermón sobre los peligros del juego.

—En cualquier caso, estoy hecho polvo. Toda esa poesía me ha dejado sin energías.

—Entonces, ¿por qué te quedas?
No le contestó. Y le repateaba que no respondiese.
—¿No confías en mí, cariño? —insistió.

—¿Te acuerdas de Volan Crowe?

—¿De quién? ¿Del chaval ese del instituto?

—Sí, ése. ¿Te acuerdas de sus cómics de superhéroes?

—¿Dibujaba cómics?

—Sí. Inventó al Hombre Mann: un superhéroe con los poderes de Thomas Mann.

—*No puedes volver a casa.*

—No, ése es el otro Thomas: Thomas Wolfe.

—Thomas Wolfman. Un superhéroe con hirsutismo que en las noches de luna llena sale del trabajo y se pierde por ahí con el coche.

—Thomas Thomas Virginia Woolfman Woman.

—Ahora con superpoderes añadidos.

—¿Qué le pasó?

—Murió de tuberculosis, ¿no?

—No, él no. Me refiero al chaval de los cómics.

—Me suena que al final tenía un superpoder.

—Sí. Podía colgar cuadros en la pared sin la ayuda de un nivel. Le quedaban más rectos que un predicador.

—Creo que intentó destruir el mundo.

—Eso es. Se puso un nombre muy raro. El Chico Veloz del Dinero Secreto o algo así.

—¿Y tú?

—¿Yo? —respondió ella.

—Sí.

—Vigilo este sitio. No me pagan mucho, pero tampoco tengo que esforzarme. Tuve otro empleo, pero no me duró. En un local junto a la I-40. Había escenario y hacían espectáculos; todo muy pasable. Kath y yo, recuerda que ella podía emitir luz, solíamos sacarnos unos billetes extras, un par de noches a la semana. Apagaban las luces y ella salía al escenario sin ropa, resplandeciendo por dentro como una bombilla. Era precioso. Y cuando me tocaba salir a mí, los clientes podían pagar un poco más por tumbarse en el escenario. ¿Te acuerdas del gorro? Mi gorro favorito, el de color crema con pompones y orejas de punto...

—Sí.

—Pues bueno, allí no gastaban mucha calefacción que digamos. Creo que era para que tuviéramos las tetas bien prietas al salir a escena. Y para que nos meneásemos con un poco más de brío y ganas. Así que yo me ponía el gorro. Conseguí que el jefe me dejara llevarlo porque si se me enfrían las orejas no floto muy bien.

—Ese gorro te lo regalé yo.

—Me encantaba. Total, que me ponía el gorro y un vestido, algo muy modesto en plan cualquier hija de vecino, y me ponía a flotar medio metro por encima de ellos. Y así veían que no llevaba ropa interior.

Él sonrió.

—¿Quieres salvar el mundo quitándote los paños menores, Bunnatine?

—Calla, hombre. Los miraba y los veía tirados en el suelo, como si los hubiera paralizado.

¡Zas!

—No podían tocarme, sólo mirar. Y me sentía como si estuviera a mil kilómetros de ellos, como un pájaro.

Un avión.

—Lo único que me pedían era que moviese un poco las piernas, que diera alguna que otra patada al aire, que me levantara la falda un poquito... Que diera vueltas, que sonriese. Y ellos ahí tumbados, respirando fuerte como si fuesen los que hacían el esfuerzo para mantenerse en el aire. Cuando se acababa la música, me iba flotando al camerino. Pero luego Kath se mudó a Atlantic City para cantar en un espectáculo de cabaret. Y un tío fresco se pasó de la raya. Un universitario. Me agarró el tobillo y yo le di una patada. Y por eso he vuelto al restaurante, con mi madre.

—¿Cómo es que nunca me hiciste eso, Bunnatine? ¿Por qué no flotabas para mí?

Ella se encogió de hombros.

—Contigo es diferente —respondió ella, como si lo fuera.

Con él era igual, ¿por qué no iba a serlo?

—Venga, Bunnatine. Enséñame tu truco.

Se levantó y, con un gesto muy ensayado, dejó que las braguitas le cayeran hasta los tobillos. Formaba parte del espectáculo.

—Cierra los ojos un momento.

—De eso nada.

—Ciérralos. Ya te diré yo cuándo tienes que abrirlos.

Los cerró y ella tomó aire y flotó. No podía elevarse más de medio metro sin que la mano invisible de siempre tirase de ella hacia abajo y la amarrase como una correa corta. Solía hacerla llorar, pero con los años llegó a hacerle gracia. Dejó que las bragas le colgasen del dedo gordo y al final se las dejó caer sobre la cara.

—Ya puedes abrir los ojos, cariño.

Los abrió. Bunnatine intentó no hacerle caso y se puso a tararear. «*Why oh why can't I...*» Separó el vestido de sí para poder mirar por el escote y ver el suelo, verlo a él tumbado.

—Joder, Bunnatine —exclamó él—. Ojalá hubiese traído la cámara.

Ella se acordó de las chicas de las aceras.

—No se toca —le advirtió, y se tocó ella misma.

Biscuit la cogió del tobillo y tiró. Tiró de ella hasta el suelo. Metió la cabeza dentro del vestido, y la otra mano también. Le agarró un pecho y luego el hombro; ella cayó encima de él y se quedó sin respiración. Su boca le sujetaba el cuerpo, las rodillas a ras de suelo, una mejilla contra la cadera de Biscuit. Aquello parecía una partida de Twister y su nuevo traje se daba un aire a lo

Parker Brothers. Tenía una especie de bragueta para hacer pis en un momento, para que no lo pillasen con los pantalones bajados en plena lucha contra el crimen, y estaba rebuscando frenéticamente por ahí abajo con la mano, intentando abrir el velcro. Con la otra, aún le sujetaba el tobillo. Tenía las mejillas ásperas. Bam, pimba. Bunnatine apretó los dedos de los pies.

—Bunnatine, Bunnatine —canturreó él dentro del vestido.

—No hables con la boca llena, Biscuit.

Ella dijo:

—Rondaba por ahí un reportero de la prensa amarilla, a ver si se enteraba de alguna historia.

Él dijo:

—Si algún día leo algo sobre nosotros, Bunnatine, volveré y haré que lo lamentes. Lo digo por tu propio bien. Si haces algo así, irán a por ti. Te usarán en mi contra.

—¿Y cómo sabes que todavía no están al tanto? «Están», ellos, quienesquiera que sean.

—Lo sabría —respondió él—. Huelo a esas ratas a kilómetros.

Ella se levantó a hacer pis.

—Da igual, porque no pienso hacer nada de eso.

Pensó en los padres de él y tuvo remordimientos. No debería haber dicho nada del reportero. Tenía pinta de ser muy zorro; y además le miró las tetas cuando le sirvió el café.

Estaba en cuclillas detrás de un árbol cuando de pronto vio a los potros. Eran dos, e intentaban por todos los medios pasar desapercibidos. Un montón de manchas suspendidas en el aire. La estaban mirando como si fuera lo peor que habían visto en la vida. Como si fuera el fin del mundo. Cuando se levantó, salieron despavoridos.

—Que no os vuelva a ver por aquí —dijo—. Como le contéis una palabra a alguien, hago filetes de esos lomos de Bambi.

Ella dijo:

—Bueno, he estado pensado en el uniforme ese. El traje nuevo. No quería decirte nada, pero me va a reventar la cabeza. ¿Qué son todas esas rayas locas y esos bordados?

—¿No te gusta?

—Me gusta el rayo. Y la torre. Y las ranas también. Pero, Biscuit, es muy psicodélico. ¿Me puedes explicar por qué lleváis uniformes tan ridículos? Prometo no decírselo a nadie.

—No son ridículos.

—Anda que no. Los leotardos son una vergüenza. Parece que queráis marcar paquete. «Mira qué pedazo de polla.»

—¿Son cómodos! Te dan libertad de movimiento y se pueden lavar a máquina.

Iba a decir algo más, pero se quedó callado. Entonces dibujó una amplia sonrisa.

—Sí, vale, de vez en cuando oyes historias sobre algún gilipollas que se pone un calcetín en los leotardos —reconoció casi a regañadientes.

Ella se echó a reír. La risa le daba hipo. Biscuit le dio un porrazo en la espalda.

—¿Nunca se te olvida hacer la colada? ¿Nunca has tenido que salir a luchar contra el crimen cuando deberías haber estado lavando ropa?

—Es mejor que ir con traje y corbata, Bunnatine. Te puedes comprar una máquina de coser y ponerte a customizar como un poseso, pero ¿quién tiene tiempo para eso? La cuestión es que se trata de publicidad: de parecer más grande y más atrevido. Aunque tampoco quieres ir muy de diseño. Es mejor que no parezca que vas de Nike o de Adidas. El año pasado necesitaba un uniforme nuevo y pregunté por ahí; al final di con una cooperativa de mujeres en una playa recóndita de Costa Rica. Tienen un acuerdo con una ONG de aquí y puntos de recogida en cuarenta ciudades de Estados Unidos. Tú les llevas bañadores, leotardos y pantalones de ciclista y lo envían todo a Costa Rica. No sé qué megaestrella de rock les donó una casa en una playa; tiene una plataforma enorme de cemento y cristal, y a través del cristal se ven las olas y la marea. Estuve allí para que me tomaran medidas. Son unas artistas, tienen un talento muy creativo. Y todas son madres solteras: se llevan a los críos al trabajo y ellos corretean por todas partes con unos trajes de superhéroe fabulosos. Trabajan para todo el que se lo pida. Hasta para luchadores profesionales. Para villanos, jefes del crimen organizado, políticos. Buenos y malos. A veces estás luchando con algún gilipollas y a los dos os empieza a faltar el resuello y de repente te fijas en el traje que lleva y él repara en el tuyo. Y resulta que los dos os estáis preguntando si compráis los uniformes en el mismo sitio. Entonces tienes la sensación de que deberías parar para hacerle un cumplido por el traje, comentar lo bien que os parece que esas mujeres puedan mantener a sus familias con ese trabajo.

—Vale, pero sigo pensando que los leotardos dan pena.

Pensó en los niños con trajes de superhéroe. Seguramente crecían y acababan como traficantes de droga o sirvientes o donantes de órganos.

—¿Qué? ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Es que no se me va de la cabeza lo de Robert Potter y tu madre. ¿Quería ropa interior limpia o la prefería usada?

—¿Tú qué crees? —contestó ella.

—Creo que veinte pavos era poca pasta.

—Es un degenerado.

—¿Crees que podría llevar tiempo enamorado de ella?

—¿Qué?

—A lo mejor tuvieron un romance hace años.

—¡Y una mierda!

Sólo de pensarlo le daban ganas de vomitar.

—No, en serio, y si resulta que es tu padre, ¿qué?

—Vete a tomar por el culo.

—Venga, no me digas que no se te ha ocurrido nunca. Por edad, es posible. Siempre me ha parecido que tenían algo como a medias, algo sin resolver. Y no deja de intentar hablar contigo.

—¡Basta ya! ¡Calla la boca!

—Y si no me callo, ¿qué? ¿Me vas a dar una zurra? Por mí puedes probar.

Ella se cruzó de brazos. Pasa de él, Bunnatine. Espera a que haya bebido más y entonces podrás darle una buena tunda.

—¿Qué te crees, que no me acuerdo de cuando éramos pequeños y esperabas a que llegase tu madre del trabajo y se quedara dormida? Me contaste que solías colarte en su habitación y le hacías preguntas mientras dormía, para ver si te decía quién era tu padre.

—Hace mucho que no hago eso. Un día se despertó y me pilló. Menudo cabreo... Se puso como una fiera, lo nunca visto. No te lo conté, es que me daba vergüenza.

Se quedó callado.

—Pero seguí dándole la tabarra, casi suplicándole, y al final se inventó una historia sobre un tipo de otro planeta. Un «turista». Un turista con alas y vete a saber qué más. Me dijo que volvería algún día y que por eso no se había juntado con nadie más ni se había casado. Que estaba esperando a que volviese.

—No me mires así. Ya sé que es un cuento chino. O, si no, si tenía alas, ¿por qué no las tengo yo? Anda que no sería guay... Me encantaría volar. Pero volar de verdad. Nunca he sido capaz de elevarme más de medio metro, ni siquiera cuando practicaba a diario. Medio metro de mierda, ¿de qué me sirve eso? Ya te digo yo para qué: para hacer de camarera en un restaurante. A veces, cuando estoy en el trabajo, floto para que no me salgan varices como a mi madre.

—Estoy seguro de que, si te empeñases, podrías subir más.

—¿Quieres que te lo enseñe? Toma, coge esto. Venga: uno, dos, tres. Arriba, arriba. Un poco más... ¿Lo ves?

Él frunció el ceño y miró hacia los árboles intentando no echarse a reír. Ella lo conocía muy bien.

—¿Qué? ¿Qué te ha parecido? Impresionante, ¿no?

—¿Puedo serte sincero? Sí y no. Podrías depurar la técnica, porque tiembles un poquito. Y no entiendo por qué se te pone todo el pelo para arriba, ondeando. ¿Te habías dado cuenta?

—Será electricidad estática, qué sé yo —protestó ella—. ¿Por qué te burlas de mí?

—Eh, intento ser sincero. Y no sé por qué no me habías contado eso de tu padre. Si quieres puedo preguntar por ahí, por si alguien lo conoce.

—No es asunto tuyo. Pero, de todos modos, gracias.

—Bunnatine, creía que éramos muy buenos amigos.

Parecía ofendido.

—Sigues siendo mi mejor amigo. El mejor del mundo. Te lo prometo.

—Este sitio es una pasada —dijo él.

—Ya, a mí también me lo parece.

Pero si tanto le gustaba, ¿por qué nunca se quedaba con ella? Estaba tan ocupado salvando el mundo que no podía salvar Land of Oz. Pobres *munchkins*. Pobre Bunnatine. Se les estaba

acabando la cerveza.

—¿Qué tienen pensado hacer? Me refiero a los promotores. ¿Qué plan maquiavélico se les ha ocurrido?

—Lo de siempre: derribarlo todo y construir una urbanización.

—¿Y te da igual?

—¡Claro que no!

—Siempre me ha parecido que ahora es mucho más real. Por cómo se está cayendo todo a pedazos. Por cómo está desapareciendo el camino de baldosas amarillas. Así da la impresión de que Oz fue un lugar de verdad. Estar abandonado te hace parecer más real, ¿sabes?

La cerveza lo convertía en Biscuit rey de la filosofía. Bunnatine se tomó una para que la disertación se le hiciera más llevadera y él la acompañó con otra.

—A veces sube algún coyote. Y osos. Y los mutantes. Una vez vi un pies grandes con dos crías diminutas.

—¿En serio?

—Y montones de ciervos. Cuando se abre la veda, vienen muchos cazadores. Si los pillo, suelen hacer bromas, dicen que están cazando *munchkins*; pero a mí me parece de idiotas subir aquí con armas de fuego. A los mutantes no les gustan.

—¿A quién sí?

—¿Te acuerdas del parque temático del Oeste? Tweetsie Railroad. Había una montaña rusa destartada... ¿Te acuerdas de todos los críos que se subían al tren vestidos con disfraces de indios americanos?

—Manzanas de caramelo. Nos las compraba tu madre. ¿Te acuerdas de que nos sentábamos en primera fila a ver a la bailarina? La que tenía cuatro dedos de vello púbico asomando por las ingles. La que bailaba canción.

—¿Estás seguro? No me suena.

Él se le acercó y le mordisqueó el cuello. La gente iba a pensar que había sido presa de un banco de calamares: tenía marcas rojas como de ventosa por todas partes. Bostezó.

—¡Venga ya! ¡Claro que te acuerdas! A tu madre le dio un ataque de risa tremendo. A nuestro lado había un tipo que no paraba de sacar fotos.

—¿Cómo te acuerdas de esas cosas? Estuve escribiendo un diario hasta el instituto y no me acuerdo ni de la mitad que tú. Lo que no se me olvida es que estuviste una semana sin hablarme porque te dije que *La rebelión de Atlas* era aburrida. Y que me contaste el final de *El imperio contraataca* antes de que la viese. «¡Adivina! ¡Darth Vader es el padre de Luke!» Fue cuando tuve gripe y fuiste a verla tú solo.

—No te lo creíste.

—Eso da igual.

—Ya, supongo que sí. Lo siento.

—ECHO de menos el gorro. El de los pompones. Un borracho me lo robó del coche.

—Pues te compraré otro.

—No, da igual. Es que si me lo ponía, volaba mejor.

—En realidad no es que vuelas. Es más bien como sostenerse en el aire.

—Ya, porque ir por ahí pegando brincos con un palo saltarín te hace especial. Debe de ser que sí. Lo que pasa es que cuando te subes al palo pareces un idiota. Con esas piernazas y el traje... ¿No te lo ha dicho nadie?

—¿Qué narices te ha dado hoy?

—¿Y tú por qué eres tan borde? ¿Es que tienes que ganar siempre?

—¿Y por qué tienes que ganar tú, Bunnatine? Yo tengo que ganar: es así. Necesito ganar, es mi trabajo. Todo el mundo quiere que sea un tío agradable, pero lo que soy es uno de los buenos.

—Recuérdame la diferencia.

—Un tío agradable no haría esto, Bunnatine. Ni esto.

—Digamos que estás atrapada en un bloque de pisos. Y el edificio está ardiendo. Tú estás en el sexto. No, en el décimo.

Aún estaba atontada de la primera demostración.

—¡Eh, bájame! ¿Eres gilipollas o qué? ¡Vuelve! ¿Adónde vas? ¡No me dejes aquí arriba!

—Espera, Bunnatine, volveré. Voy a salvarte. ¿Ves? Ya te puedes soltar.

Se sujetó a la rama como si le fuera la vida en ello. La vista era tan hermosa que casi resultaba insoportable. Podrías pasar de él, fingir que has subido ahí tú sola.

Él seguía saltando.

—Suéltate, Bunnatine.

La cogió de la muñeca y tiró, pero ella se volvió todo lo pesada que pudo. El suelo se les acercaba a toda prisa; ella se revolvió con fuerza y se escurrió entre sus brazos.

—¡Bunnatine!

Pero frenó a menos de medio metro de estamparse contra las ruinas del camino de baldosas amarillas.

—Estoy bien —dijo, flotando.

En realidad estaba mejor que bien, ¡qué hermoso era todo también desde allí abajo!

Biscuit parecía muy nervioso.

—Dios mío, Bunnatine, lo siento.

Verlo tan preocupado le dio risa. Poco a poco, posó los pies en el suelo. El mundo estaba hecho de cristal y el cristal eran copas llenas de champán, y Bunnatine era una burbuja, flotando arriba, arriba, arriba.

—Basta de disculpas, ¿no? Ha sido genial —dijo ella—. Menuda cara se te ha puesto. Me ha encantado volar por los aires. Venga, Biscuit, ¡otra vez! ¡Hazlo otra vez! Esta vez te dejo hacer lo que quieras.

—¿Quieres que lo haga de nuevo?

Ella se sentía como si fuera una niña.

—¡Otra vez! ¡Venga!

No debería haberse subido al coche con él, claro. Pero sólo era el perverso de Potter y ella tenía todas las de ganar. Le hizo saber que debía darle más dinero y él se quedó ahí, escuchando. Le dijo que tenía que ir al banco. La llevó por todo el centro y aparcó detrás del supermercado.

No estaba preocupada. Aún tenía ventaja.

—¿Qué pasa, perverso? ¿Vas a ver qué pescas en los contenedores?

Él la miraba fijamente.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—Suficientes.

—¿Por qué te fuiste al acabar el instituto? ¿Por qué siempre te vas?

—¿Y tú por qué me dejaste en tercero?

—No contestes con otra pregunta. A todo el mundo le molesta que lo hagas.

—Pues a lo mejor me fui por eso, porque siempre me estabas gritando.

—En el instituto pasabas de mí. Era como si te diese vergüenza: «Nos vemos luego, Bunnatine», «Para ya, Bunnatine, estoy ocupado». ¿No te gustaba? Había un montón de chicos a los que les gustaba.

—Eran un hatajo de idiotas.

—No quería decirlo así. Me refiero a que de verdad eran imbéciles. Tú misma lo decías, ¿no?

—¿Qué tal si cambiamos de tema?

—Vale.

—No me avergonzaba de ti, Bunnatine. Pero me distraías. Intentaba sacar buenas notas, aprender cosas. ¿Te acuerdas del día que estábamos estudiando y tú me rompiste los apuntes y te los comiste?

—He visto que aún no han encontrado al tío ese. Al chalado. El que se cargó a tus padres.

—No, y tampoco lo encontrarán.

Se puso a tirar piedras a la rama donde había estado el búho. Le dio al pobre bicho ausente en toda la cocorota.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Porque yo mismo me ocupé de él. Quería que lo encontrase, no paraba de llamarme la atención. Por eso tienes que ir con cuidado, Bunnatine. Hay gente por ahí que me la tiene jurada.

—Tu padre era un cielo. Era muy generoso con la propina. Aunque sólo quisiera un café, dejaba un dólar.

—Ya. Prefiero no hablar de él, Bunnatine. Todavía me resulta doloroso.
—Sí, perdona. ¿Qué hace tu hermana?
—Está bien. Sigue en Chicago. Han tenido una niña.
—Creo que ya me lo habían dicho. ¿Es guapa?
—Pues no te lo creerás, pero se parece a mí. Aunque según dicen está bien. Normal.

—No me digas que nos hemos sentado encima de una hiedra venenosa.
—No. Mira: hay un ciervo mirándonos.

—¿A qué hora trabajas?
—No entro hasta las seis de la mañana. Pero antes tengo que ir a casa a ducharme.
—Genial. ¿Queda cerveza?
—No, lo siento —se disculpó ella—. Debería haber traído más.
—No pasa nada: tengo esto. ¿Quieres?

—¿Por qué no te vas?
—¿De qué me serviría ser camarera en otra ciudad? Me gusta estar aquí. Es donde crecí. Es un buen sitio para criarse; me gustan los árboles. La gente. Me gusta hasta lo lentos que pasan los turistas por la carretera entre aquí y Boone. Pero es verdad que tengo que buscar otro trabajo. Si no, mi madre y yo nos vamos a acabar matando la una a la otra.
—Pensaba que os llevabais bien.
—Sí, claro. Mientras haga todo lo que ella dice.
—La he visto en el desfile. Iba con una cría.
—Sí. Estaba cuidando a la hija de una compañera del restaurante. Le encanta. Le lee cuentos de hadas, pero no le gustan los de Disney. Y la cría sólo quiere de éstos. Ahora están leyendo *El mago de Oz*. Por cierto, se supone que tengo que pedirte un autógrafo para ella.
—¿Cómo no! ¿Tienes un boli?
—Mierda. No. Bueno, no pasa nada. Otra vez será.

Anocheecía poco a poco, pero al final aceleró, como siempre pasa. Incluso en verano. Como si la luz reparase de pronto en que llegaba tarde a alguna parte. A otra parte. Los fines de semana subía allí y leía novelas de misterio en el coche. Las polillas chocaban contra el cristal. De vez en cuando salía a dar una vuelta, por si había algún chaval armando algún lío. Conocía todos sus escondites favoritos. A veces se encontraba a los mutantes ensayando donde antes estaba el escenario. Habían montado una banda y siempre le preguntaban si estaba segura de que no sabía cantar. Y ella realmente no tenía ni idea. «No importa —le decían—, puedes chillar, sin más. Aullar. Todo eso nos va mucho.» Le cambiaban licor casero por tabaco y le contaban un montón

de chistes larguísimos y enrevesados que acompañaban de muchos gestos. El final siempre era incomprensible. Su momento favorito del día era cuando se hacía de noche. En la oscuridad, imaginaba que estaba en la Tierra de Oz, y que cuando el sol no pudiera esperar más a salir, cuando se hiciese de día, ella seguiría allí. En Oz. En vez de en su ciudad. Da un golpecito con los talones, Bunnatine. No hay hogar como un lugar de veraneo.

—¿Sigues teniendo pesadillas? —preguntó ella.

—Sip.

—¿Las del fin del mundo?

—Que sí, metomentodo. Ésas.

—¿Todavía acaba con un enorme incendio?

—No. Una inundación.

—¿Te acuerdas de aquel programa de televisión?

—¿De cuál?

—Ya sabes cuál te digo: «Buffy Cazavampiros». Hasta le gustaba a mi madre.

—Sí, lo vi alguna vez.

—Siempre me acuerdo del vampiro, Angel, que sabías cuando era malo porque llevaba pantalones de cuero negro.

—¿Por qué te obsesionas con lo que lleva la gente? No fastidies, Bunnatine, era una serie, nada más.

—Ya, ya lo sé. Pero ésos debían de ser sus pantalones del mal. Como los de estar gordo.

—¿Qué dices?

—Pantalones de estar gordo. Los que guardas en el armario cuando has adelgazado, por si recuperas los kilos.

Se quedó callado, mirándola. Tenía la cara fea, hinchada, enrojecida de tanto beber.

—Mi pregunta es la siguiente —dijo ella—: me gustaría saber si Angel el vampiro guarda un par de pantalones de cuero negro en el armario, por si acaso. Como los de gordo. ¿Tendrán armario los vampiros? También puede ser que cuando se vuelve bueno done los pantalones del mal. Y si es así, cada vez que es malo, tiene que comprarlos nuevos.

—No es más que la tele, Bunnatine.

—No paras de bostezar.

Él sonrió. Una agradable sonrisa de niño que volvía locas a chicas de todas las edades.

—Es que estoy cansado.

—Ya, es que los desfiles te dejan muuuy hecho polvo.

—¡Anda y que te den!

—Venga, echa una cabezadita. Yo haré guardia por si vienen los mutantes o los supervillanos o los cazadores de autógrafos.

—Vale, pero sólo un par de minutos. Te caería muy bien.

—¿Quién?

—El supervillano con el que estoy saliendo. Tiene un sentido del humor genial. La semana pasada me envió un contenedor enorme de mudanzas lleno de gatitos albinos. Es algún proyecto que tiene entre manos, pero se me mearon por todas partes. Tuve que encontrarles casa a todos. Naturalmente, primero tuvimos que comprobar que no fuesen bombas diminutas ni estuvieran poseídos por demonios o programados para hipnotizar a niños con sus ojitos rojos haciendo chiribitas y espirales. Imagínate que les dan pesadillas; menudo desastre de publicidad...

—¿Y qué le pasa a éste? ¿Por qué quiere destruir el mundo?

—No me lo quiere decir, pero creo que tampoco le está poniendo mucho empeño. Monta numeritos raros, como lo de los gatitos. Tenía una máquina para convertirlo todo en zumo de tomate, pero uno que solía quedar con él me dijo que ni siquiera le gusta el tomate. Bunnatine, si alguna vez intenta secuestrarte, hagas lo que hagas, no accedas a jugar una partida de ajedrez. Evita el ajedrez. Es uno de esos que está convencido de que los señores del crimen deben ser buenos ajedrecistas, pero a él se le da de pena. Y además se enfada.

—Intentaré acordarme. ¿Estás cómodo? Apoya la cabeza aquí. ¿Tienes frío? No parece que el uniforme abrigue mucho. ¿Quieres que te tape con la chaqueta?

—No te preocupes por mí, Bunnatine. ¿Peso mucho?

—Duérmete, Biscuit.

Le pesaba tanto la cabeza que Bunnatine no se hacía a la idea de cómo podía llevarla todo el día a cuestas. No estaba dormido; lo sabía porque le oía pensar.

—¿Sabes?, creo que un día la cagaré. Un buen día la cagaré y no podré salvar el mundo.

—Ya, ya lo sé. Una inundación, ¿no? No pasa nada; tú cuida de ti y el mundo hará lo mismo.

Notó humedad en la pierna. Qué asco: le estaba babeando en el muslo izquierdo.

—Sueño contigo, Bunnatine —confesó él—. Sueño que también te ahogas y no puedo ayudarte. No consigo salvarte.

—Cariño, no tienes que salvarme. Que no se te olvide que sé flotar. Da igual si todo se convierte en agua. Que así sea. Que se convierta en cerveza. O zumo de tomate. Que se hunda el parque de Land of Oz. Ozlántida. Risueñas sirenas mutantes que se llaman Dorothy. Que todas las casas de las montañas y los chalets de las pistas de esquí se derrumben; hasta los ciervos y los ladrillos y las chicas que van al instituto y los clientes que nunca dejan propina. El mundo tampoco es gran cosa, Biscuit. ¿Lo sabías? Igual ni tan sólo quiere que lo salven, así que no te preocupes tanto. Yo flotaré. Soy como un corcho. No me mojaré ni las puntas de los dedos hasta que vengas a por mí.

—Me alegro, Bunnatine —dijo él, y le cayó un hilillo de baba—. Me quedo más tranquilo.

Entonces se durmió. Ella, sentada debajo de aquella cabeza tan pesada, se quedó escuchando el viento alborotar las hojas invisibles. Parecía un torrente de agua. Cascadas y lagos precipitándose hacia arriba por la falda de una montaña. Pero eso era en otro universo. En el suyo era de noche, nada más, y entre el viento y los árboles empezaban a asomar las primeras estrellas. Hola, papá; eres un capullo.

Se le quedaron las piernas dormidas y le entraron ganas de hacer pis, pero no quiso despertar a Biscuit. Le dio un beso en la frente y él ni se movió. Sólo masculó algo. «Para, Bunnatine, te quiero que estés quieta», o algo así.

Se acuerda de cuando era niña. Con nueve o diez años, entrando en casa a las cuatro de la mañana, sin hacer ruido. Su mejor amigo, Biscuit, también se ha ido a casa, a tumbarse en la cama y no dormirse. Ella ha tenido que suplicarle que la dejase marchar. Al día siguiente tienen que ir a la escuela. Está cansada y tiene mucha hambre: luchar contra el crimen es duro. Su madre está en la cocina, haciendo tortitas; por la cara que tiene, Bunnatine sabe que ha estado fuera toda la noche. Tal vez también haya estado luchando contra el crimen. Sabe que su madre es una superheroína, que no es una simple camarera: ésa es su tapadera.

Bunnatine se queda a la puerta de la cocina y la observa. Practica la flotación. Lo hace todo el tiempo.

—¿Quieres tortitas, Bunnatine? —le pregunta su madre.

Esperó todo lo que pudo y al final le levantó la cabeza y se la posó en el suelo. Le tapó los hombros con su chaqueta. Era como poner la mesa con una servilleta en lugar de mantel. Mira al grandullón, tumbado tan tranquilo. Podría dormir cien años, pero lo más probable es que, tarde o temprano, lo despierten los mutantes con sus gañidos primitivos. Ahora están como locos con los kazoos y los gritos a lo heavy metal. Ya los oye calentar. Biscuit solía juntarse con algunos mutantes en la escuela, hace muchos años. El uniforme nuevo les hará mucha gracia. Dentro de poco hay una reunión del colegio, la de los diez años, y Biscuit volverá a casa para asistir. Esas cosas lo ponen muy sentimental. Por otro lado, los mutantes no están por la labor de hacer desfiles ni reuniones del colegio, aunque se les da muy bien guardar secretos. Cuando su madre no podía cuidar de la niña, ellos lo hacían fenomenal.

Mientras baja la falda de la montaña, lleva las luces apagadas. También apaga el motor y navega cuesta abajo como un ala negra.

Cuando llega a casa ya casi está sobria y, naturalmente, la nena sigue durmiendo. Su madre no le dice nada, pero Bunnatine sabe que no está de acuerdo; ella cree que debería contarle lo del bebé a Biscuit. Pero ya es un poco tarde para eso y, ¿quién sabe?, a lo mejor no es suya.

La cría tiene chocolate por toda la cara; también en la almohada. Le habrá sobrado del desfile. La madre de Bunnatine es muy golosa, y ella está segura de que la niña ha estado comiendo chocolate a oscuras, después de que la abuela la acostase. Bunnatine le da un beso en la frente; va a buscar una toalla húmeda y le limpia las mejillas y la boca. O lo intenta. La criatura no se despierta; pero por la mañana se pondrá triste por lo del autógrafo. Tal vez Bunnatine falsifique la

letra de Biscuit y le escriba algo bonito. A él no le importará. Le gustaría meterse en la cama con su hija, abrazarla y entrar en calor, pero esa semana ya ha faltado dos veces al trabajo. Así que se da una ducha caliente y va a la cocina a sentarse con su madre hasta que llega la hora de ir a trabajar. No tienen mucho que decirse, cosa que es habitual, pero la madre le hace huevos revueltos y tostadas. Si Biscuit estuviera allí con ellas, también le haría el desayuno. Bunnatine se imagina desayunando con él y con su madre, esperando a que salga el sol y el día vuelva a empezar. De pronto entra la niña en la cocina; llora y tiende los brazos buscando a Bunnatine.

—Mami —dice—. Mami, he tenido una pesadilla.

Ella la coge en brazos. Pesa una barbaridad. Tiene mocos colgando de la nariz y aún huele a chocolate. No le extraña que tuviera un mal sueño.

—Chisst, no pasa nada, mi amor. Es una pesadilla, nada más. Un sueño. Cuéntame qué has soñado.

EL NUEVO NOVIO

Ainslie no rompe el papel de los regalos al abrirlos: siempre ha sido muy cuidadosa con sus cosas, incluso con las que no importan. Immy es más de rasgar, pero no es su regalo ni su cumpleaños. A veces piensa que la vida que vive tal vez no sea la suya, y se dice: «Immy, ya tendrás más suerte la próxima vez».

Ainslie mete la uña por debajo de la cinta adhesiva y, con mucho cuidado y paciencia, saca el papel de regalo rosa de debajo de la caja con forma de ataúd.

Dentro está su nuevo Novio.

Este año, Ainslie celebra su cumpleaños solamente con sus amigas más íntimas: las mejores y más antiguas. Son Ainslie, Sky, Elin e Immy. No ha invitado a ningún familiar. Ni a chicos.

Ya han comido sushi y tarta y se han hecho un montón de fotos que colgarán en internet para que todos vean lo bien que se lo están pasando.

Nada de regalos, había advertido Ainslie; pero, como era de esperar, Immy, Elin y Sky traen presentes. Nadie habla en serio cuando dice algo así; ni siquiera Ainslie, que ya lo tiene todo.

Querer regalarle algo a tu mejor amiga sólo porque le tienes mucha estima es normal. Quieres que sepa lo que significa para ti. No se trata de una competición: Ainslie quiere a Elin y a Immy y a Sky por igual, por mucho que Immy y ella se conozcan desde hace más tiempo.

Immy no tiene el corazón tan grande como su amiga y la quiere a ella más que a las demás. También la odia más que al resto: tiene mucha práctica en albergar ambos sentimientos.

Están en la galería de atrás, que en su casa llaman solárium. Como si fuera posible encerrar al sol en una habitación, piensa Immy. Lo cierto es que, si se pudiera, la madre de Ainslie lo conseguiría.

Pero el sol ya se ha puesto, el mundo está sumido en la noche y ésta les pertenece. Pero sobre todo a Ainslie, que ha colocado decenas de velas por todas partes, todo un bosque de candelabros con incrustaciones de cristal. Y ha sacado a sus dos Novios. Los dos llevan gorros de cumpleaños porque, según Elin, que no se corta a la hora de opinar sobre cualquier cosa, eso es precisamente lo que tienen: que no se los puede tomar una demasiado en serio.

Por descontado, cada una tiene su opinión al respecto. A Immy le sobran. Según ella, para no tomarse en serio a un Novio primero hay que tenerlo, y Ainslie es la única que posee uno. (Dos.) (Tres.)

Criaturas de la noche con risibles gorros de fiesta, el Novio Vampiro (Oliver) y el Novio

Hombre Lobo (Alan) están repantingados en sendos sofás de rayas blancas y rojas, y miran con anhelo a su novia: Ainslie. Mientras tanto, Immy decide no repetir tarta. Un pedazo debería ser suficiente, en cualquier circunstancia.

Y tendido en el suelo, justo debajo de los candelabros y de la tarta (queda una barbaridad, Immy, ¿de verdad que no vas a comer otro trocito?), justo debajo de sus narices, el nuevo Novio lleva esperando un buen rato. Nada más entrar a la galería, Immy ya sabía cuál sería.

Dentro de la caja hay oscuridad, claro. Noche envuelta en papel rosa. ¿Tiene los ojos abiertos o cerrados? ¿Las oye hablar? El amor está a punto de despertarlo.

Amor, oh, amor. Terrible y maravilloso amor.

Ainslie levanta la tapa del ataúd y los blancos pétalos de rosa se desparraman por el suelo.

—¡Oh! —exclama Sky—. Es... eh... ¡Es guapísimo!

Pétalos de rosa de verdad, aplastados y machacados. Tal vez no sean el mejor material de embalaje, pero el aroma que inunda la sala es...

Al fin y al cabo, no parece de noche.

El Novio tiene los ojos cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho; las manos abiertas y llenas de pétalos. El pelo, oscuro. El rostro, joven; tal vez un poco sorprendido: los labios separados, un poquito nada más, como si alguien le acabara de dar un beso.

—¿Cuál es? —pregunta Elin.

—El Fantasma —responde Immy.

Ainslie tiende la mano y le toca la cara, le aparta un mechón de pelo de los ojos.

—Qué suave es —comenta—. Qué cosa más rara: Novio de mentira, pelo de verdad.

—Creía que ya no vendían este modelo —se extraña Elin.

—Es que no lo venden —contesta Immy.

Siente una gran presión en el pecho, como si de pronto no tuviera más que veneno dentro. Tienes que guardártelo todo para ti; es como lanzarte encima de una bomba para salvar al resto. Sólo que la bomba eres tú.

¿Por qué Ainslie siempre consigue lo que quiere? ¿Por qué siempre le regalan lo que quiere Immy?

—Es verdad, ya no se encuentran —dice Ainslie.

—A menos que seas Ainslie, ¿no? —comenta Sky sin que se pueda apreciar un ápice de malicia.

Se llena las manos de pétalos y se los lanza a su amiga. Todas siguen su ejemplo, y cuando Immy mete la mano en el ataúd trata por todos los medios de no rozar al Novio Fantasma de Ainslie con la mano.

—¿Cómo lo vas a llamar? —quiere saber Elin.

—No lo sé. —Ainslie todavía está leyendo las instrucciones—. Al parecer tiene dos modos: corpóreo o espectral. Corpóreo es, vamos, lo de siempre. —Con una mano señala en la dirección de su Novio Vampiro, Oliver, y él le devuelve el saludo—. En modo espectral es como la proyección de una película, y flota por ahí. Puedes estar con él mientras está en ese modo, pero es

aleatorio. O sea, que va y viene.

—Ah —dice Sky—. Entonces, ¿no lo ves todo el rato pero puede que él te esté mirando a ti? ¿Qué pasa si te estás vistiendo o estás sentada en el váter o algo y se te aparece de repente?

—A lo mejor por eso los retiraron —aventura Elin.

Está rompiendo un pétalo en pedacitos cada vez más pequeños y sonriendo, como si ésa fuese su manera de pasarlo bien.

—Puedes personalizarlo a tu gusto —lee Ainslie—. Necesitas un objeto que haya pertenecido a alguien muerto. Tiene un compartimento en alguna parte... ¡Ecs! Dentro de la boca. Hay que meterle algo. No sé, me parece una tontería. ¿Se supone que tienes que creer en fantasmas o qué?

—En teoría, es mejor no hacerlo —las avisa Immy—. Por eso tuvieron que retirarlos, ¿no te acuerdas? Surgieron montones de historias.

—La gente es muy impresionable —responde Ainslie.

—Venga, ¿lo vas a encender o no? —pregunta Elin—. Y no me refiero a encender su pasión.

—No tengáis tanta prisa —responde Ainslie—. Primero hay que ponerle nombre.

Mientras abre los regalos de sus amigas, debaten entre todas nombres para el nuevo Novio. Se hacen más fotos: Ainslie con la botella de absenta que Sky ha hecho a partir de una receta que ha encontrado en internet. Le tiran pétalos de rosa que quedan inmortalizados en el aire. Es todo muy bonito.

Oliver y Alan con sus respectivos gorros, Ainslie sentada en el regazo de Oliver. Le cambian la cabeza a Alan: la de chico por la de lobo. Con ésa no puede hablar, pero sigue estando monísimo con el esmoquin puesto. Mucho más guapo que la mayoría de los chicos de verdad.

Más fotos. El nuevo Novio dentro de la caja, Ainslie agachándose para besarlo. Ainslie con las botas de ante rojo puestas; se las ha enviado su abuela. Ainslie enseñando las entradas que le ha conseguido Elin para un concierto de un grupo que les gusta a las dos. Dos entradas: una para Ainslie y la otra para Elin, por supuesto.

La verdad es que a Immy la música le trae sin cuidado. Igual que a Sky. La música es más el rollo de las otras dos. Qué más da.

El regalo de Immy es una gargantilla de cuentas con un guardapelo antiguo, para que Ainslie lo lleve justo encima del hueco de su pálida garganta.

Las cuentas son de cristal tallado y azabache.

El guardapelo esconde un secreto.

La gargantilla está en una cajita, dentro del bolsillo del bolso de Immy, pero no la saca. Finge buscarla y al final dice:

—Ay, ay, ay, creo que me he dejado el regalo en casa.

—No pasa nada, Immy. Ya me lo darás el lunes en clase.

Les pasa la absenta casera y todas beben de la botella. Immy se da cuenta de que así es más difícil que el resto sepa si sólo estás dando traguitos muy pequeños o incluso mojándote los labios y ya está. Sabe un poco a hierbas y otro poco a pasta de dientes.

—Podrías llamarlo Vincent —propone Sky, que busca nombres para bebés con el teléfono—. ¿Bran, quizá? ¿Banquo? Tor. Foster. Bueno, no, olvida Foster. Pero sí debería ser algo un poco chapado a la antigua; los nombres de fantasmas deberían ser un poco añejos.

—Claro, porque hoy en día no se muere nadie —responde Ainslie antes de darle un tiento a la botella de absenta.

Immy está segura de que ha sido un trago de pega. Finjamos todas una borrachera de mentira para hacer como que nos divertimos con sus falsos Novios. Y lo dice porque está convencida de que todo es falso: la velada, la forma en que ella misma se sorprende actuando delante de Ainslie y Elin y Sky; no solamente esa noche, sino que tal vez lleve haciéndolo todo el año. Y si nada de eso es falso y es real, si esa vida, esas amigas y esa diversión son auténticas, la situación es peor de lo que pensaba.

Immy no tiene ni idea de por qué está de tan mal humor. Sólo que, espera: sí, seamos honestos. Sí que lo sabe. Está de un humor de perros porque es un asco de amiga que quiere todo lo que tiene Ainslie. Con la posible salvedad de su madre; a ella se la puede quedar.

Immy lleva queriendo un Novio desde que salieron al mercado, incluso antes de que su amiga supiera que existían. Ella fue quien se los descubrió. Y entonces Ainslie se hizo con Oliver y con Alan, y más tarde salió el Novio Fantasma en edición limitada, pero lo retiraron y ya no se podía conseguir y no pasaba nada porque aunque Immy no pudiera tener uno, Ainslie tampoco podía. Y, sin embargo, ahora se lo han regalado.

Immy desea un Novio Fantasma más que cualquier otra cosa del mundo.

—¿Qué te parece Quentin? Es un buen nombre —sugiere Sky.

—¿Y Justin? —pregunta Elin.

De pronto todas se fijan en Immy, que le clava la mirada a Elin.

—¡Mecachis! —exclama Elin.

Se encoge de hombros y sonríe.

—Ainslie puede llamar a su Novio Fantasma como le plazca —dice Immy.

Es consciente de la clase de relación que tiene con Elin. A veces una amistad es más como una guerra.

Ainslie también se puede quedar a Elin.

En cualquier caso, Immy fue la que dejó a Justin, y Justin el que no ha sido capaz de superarlo; y, además, la que sigue estando prendada de él es Elin.

Anda que no ha llovido...

—Voy a llamarlo Menta —anuncia Ainslie.

Todas se echan a reír.

—No, en serio. Se llama Menta: es mi Novio Fantasma y lo llamo como quiero.

—Es un poco raro —dice Elin—, pero no está mal.

—Venga —dice Ainslie.

Se acercan a la caja y se colocan a su alrededor. La cumpleañera se agacha, le mete los dedos al Novio Fantasma por entre el pelo y hurga hasta que encuentra el punto.

Abre los ojos. Tiene unos ojos preciosos. Pestañas largas. Las mira una a una con los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo. Pero calla.

Immy se ha sonrojado. Y es consciente de ello.

—Hola. Soy Ainslie, tu novia. Tú eres Menta. Eres mi Novio.

El nuevo Novio cierra los ojos, los párpados como un par de alas de mariposa. Pestañas como

abanicos negros. La piel, como la piel. Incluso las uñas son perfectas y tan reales como todo lo real que Immy ha visto en la vida.

Cuando vuelve a abrir los ojos, mira únicamente a Ainslie.

—Bueno, nos vemos luego —le dice ella.

Se pone de pie y les dice a las demás:

—¿Os apetece poner música y bailar?

—Espera —dice Elin—. ¿Qué hacemos con él? Con ello. ¿Vas a dejarlo ahí?

—Al principio les cuesta un poco despertar —explica Sky.

Sky tiene una Doncella Bíblica que se llama Esther. Durante una época, a sus padres les dio por la religión.

—Ah, claro. Además tenemos que escoger entre el modo corpóreo o espectral. ¿Qué os parece?

—Corpóreo —escoge Elin.

—Corpóreo —responde Sky.

—Espectral —propone Immy.

—Vale. Espectral, ¿por qué no?

Se agacha y vuelve a hundirle los dedos en la cabellera.

—Ya está. Venga, vamos todos fuera a bailar a la luz de la luna. Vamos, Oliver. Alan, tú también.

Ainslie y Elin hacen de disc jockeys. La luna es un círculo perfecto y brillante; la noche, cálida. Ainslie les dice a Oliver y a Alan que bailen con Immy y con Sky.

Ella hace cosas así, nunca es egoísta. Para ser generosa, primero tienes que tener cosas que compartir, ¿verdad?

Immy baila con Oliver. En realidad él la sostiene en sus brazos y le apoya la mano al final de la espalda. Una especie de vals que no pega con lo que sea que están poniendo, pero Oliver sólo puede bailar eso o tango, o quedarse de pie balanceándose un poco de lado a lado. Sky está dando botes con Alan, que sigue con la cabeza de lobo puesta. En realidad es más divertido bailar con él que con Oliver, aunque después de un rato tanto salto cansa.

—¿Eres feliz, querida? —susurra Oliver el Novio Vampiro tan bajo que Immy le tiene que pedir que lo repita.

De todos modos, no es estrictamente necesario que se lo pida, puesto que siempre hace las mismas preguntas.

—Claro —responde ella—. Bueno, no lo sé. En realidad, no. Podría ser más feliz. Me gustaría ser más feliz.

¿Por qué no? Si no puedes ser sincera con el Novio Vampiro de tu mejor amiga, ¿con quién vas a serlo? Los vampiros saben mucho de secretos y de infelicidad. Infelicidad secreta. Se les ve en esos insondables ojos negros.

—Ojalá fueras feliz, mi amada —dice Oliver. La estrecha aún más contra su cuerpo y le hunde la nariz en el pelo—. ¿Cómo voy a ser feliz yo si tú no lo eres?

—Tu amada es Ainslie, no yo.

No está de humor para esas cosas. Además, a veces, jugar a fingir amor eterno con un Novio prestado cuando lo que quiere es uno propio se le hace demasiado raro. Tener uno sería mucho, muchísimo mejor.

—Quiero decir que por mí no hace falta que seas infeliz.

—Como desees —responde Oliver—. Seré infeliz por mí mismo. No sabes lo feliz que me hace, deliciosa mía, ser infeliz a tu lado.

La abraza con más fuerza todavía, hasta que ella tiene que pedirle que afloje un poco. La diferencia entre un abrazo y que te expriman como a un cartón de leche es muy sutil, y a veces los Novios Vampiro cruzan esa frontera, quizá sin darse ni cuenta.

También está todo el tema de que estén a tu alrededor todo el rato, ese humor tan pensativo y las interminables conversaciones sobre lo deliciosa que eres y sobre la eternidad. Quieren que les leas poesía; poemas de los viejos, los que riman. Se supone que tiene que ser educativo, ¿no? Por eso los Novios Hombre Lobo te dan la tabarra con el medio ambiente y siempre están tratando de que salgas a correr con ellos.

A Immy la música no le dice nada. Tampoco quiere que se lo diga. Le da igual que deba hacerte sentir de un modo u otro, ¿es que tienes que ponerte triste sólo porque suene un acorde menor? ¿Y porque el ritmo sea más rápido se te tiene que acelerar el pulso? ¿Por qué tienes que hacer lo que la música quiere y no a la inversa? Ella no necesita una banda sonora que acompañe su vida y mucho menos que las letras bonitas que han escrito otros interfieran en lo que realmente está pensando. Lo que quiera que sea que esté pensando.

Immy no quiere un Novio Vampiro ni Hombre Lobo. Ya no.

—Quiero más absenta —anuncia Ainslie—. ¿Quién va a por ella?

—Ya voy yo, querida —responde Oliver.

—No —dice Immy—. Voy yo.

Si mandas a un Novio a por una botella de absenta casera, lo más probable es que vuelva con una de acondicionador para el pelo. O con una lámpara.

—Gracias, Immy.

—De nada.

Pero quizá tampoco puedas fiarte de una amiga, porque, en lugar de volver con la bebida, se está entreteniéndola en la galería, mirando al nuevo Novio. Ha vuelto a cerrar los ojos. Ella se agacha y le toca la cara. Sólo con un dedo. Tiene la piel suavísima. En realidad no se parece en nada a la piel de verdad, pero tampoco a ninguna otra cosa. Esta vez no abre los ojos, porque no está despierto del todo. En cualquier caso, Ainslie lo ha puesto en modo espectral y su cuerpo no va a hacer nada que no sea quedarse allí tumbado, mientras que su espíritu hará lo que sea que hagan los fantasmas.

La verdad es que podría estar ahí, con ella. Podría estar observándola.

Aunque no se siente observada. Más bien, sola.

Así que a lo mejor es un impulso lo que le hace meter la mano en el bolso y sacar el regalo de

Ainslie. Arranca el papel y la cinta sin el menor cuidado.

Dentro del guardapelo hay un anillo de pelo trenzado. Pelo humano. Según el vendedor a quien se lo compró en internet, es victoriano. Seguro que es de sus hijos, pero ¿qué más da?

Dos de las mechas de la trenza son de color negro como el carbón y la tercera, rubio platino. Negro por Ainslie, rubio por Immy.

El anillo no le cabe en ningún dedo, quizá los tenga demasiado gordos. Se acerca al ataúd y se agacha.

—Eh—susurra—, soy Immy, la amiga de Ainslie.

Le toca los labios con dos dedos. Llena los pulmones y aguanta la respiración como si estuviera a punto de saltar a un río muy profundo desde un puente. De hecho, eso es justo lo que va a hacer. A continuación le mete los dedos en la boca al Novio Fantasma de Ainslie. Ahí están los dientes, bien; y ahí, la lengua. Qué situación tan extraña. Extrañísima. Immy no dice que no sea raro, pero sigue adelante de todos modos. Tiene los dedos metidos precisamente donde no debería.

No tiene la lengua mojada como en una boca de verdad. Los dientes parecen bastante reales, pero la lengua le produce una sensación rara. No deja de pensar lo increíble que es todo. Desliza un dedo debajo de esa sinhueso irreal y justo ahí encuentra un punto que al pulsarlo abre una especie de trampilla. Con algo de esfuerzo logra colocar el anillo de pelo en el compartimento y vuelve a cerrar la tapita. Saca los dedos y le observa el rostro.

Cree que todo sigue exactamente igual.

Cuando se levanta y se da media vuelta, Elin está en la puerta. No le dice nada, sólo espera.

—Pensaba que le había visto moverse—se excusa Immy—, pero no.

Elin le lanza una larga mirada.

—¿Qué?—protesta Immy.

—Nada.

Elin tiene cara de querer añadir algo, pero al final se limita a encogerse de hombros.

—Ven ya, ¿vale? Oliver me está pidiendo todo el rato que baile con él y no quiero. Ya sabes lo que pienso de los Novios de Ainslie.

Lo que quiere decir en realidad es que sabe lo que Immy piensa de ellos.

Immy coge la botella de absentá.

—Vale.

—Immy, ¿te importa si te hago una pregunta?

Immy espera.

—No lo pilló. Esto de los Novios me pone los pelos de punta. Quiero decir que son de mentira. No son reales. Sé que quieres uno y sé que eso es una mierda. Y que Ainslie tiene todo lo que quiere.

—¡Justin no tiene sentido del humor!—espeta Immy—. Y se pone demasiado desodorante. Besa como si estuviera haciendo un pulso con la boca... Lucha de labios.

—A lo mejor sólo necesita practicar un poco más. En cambio, los Novios de Ainslie no besan; no son más que muñecas grandes. No son de verdad.

—Pues a lo mejor no quiero cosas reales.

—Vale, pues eso que no quieres, espero que lo consigas. ¿No?

Elin le coge la botella y le da un buen trago. Uno como Dios manda. Al parecer, Elin sí quiere cosas reales, aunque no sean muy allá. De pronto Immy siente mucha ternura por ella. Elin no siempre es una gran amiga, pero debe admitir que es una amiga de verdad, e Immy valora eso tanto como no valoraba en absoluto las peleas de labios con Justin.

Vuelven al baile con las amigas reales y los Novios irreales. Dejan a Menta solito con el anillo de pelo en la boca e Immy no siente ni un atisbo de remordimientos: el guardapelo era un regalo para Ainslie e Immy se lo ha dado. Llamémoslo así.

Cuando se van a la cama, en el culo de la botella solamente queda un residuo espeso y aceitoso. Oliver y Alan están en sus respectivos ataúdes, dentro del armario de la sala de recreo, y Ainslie ha apagado todas las velas de la galería. Se han terminado la tarta y Sky está fuera de combate en un sofá del salón.

¿Está Menta por ahí? Ainslie dice que es muy probable que sí.

—Se supone que la primera vez que pones a un Novio Fantasma en modo espectral es bastante tímido. Al principio no se manifiestan mucho. Puede que lo veas con el rabillo del ojo de tanto en tanto, cuando menos te lo esperas.

—Pues menuda gracia —protesta Elin—. No se la veo por ninguna parte.

—Así es más real —explica Ainslie—. Es como un fantasma de verdad; como si se estuviera enamorando de ti. Podría estar aquí ahora mismo, observándonos. Observándome a mí.

Es extraña su manera de decir eso: Ainslie está muy segura de que los demás la quieren.

—Dicho lo cual —anuncia Elin—, yo me voy a la cama de tu madre. Será mejor que tu nuevo Novio no aparezca por allí.

A Elin no le gusta compartir habitación con las demás; dice que es porque ronca.

—¿Cuándo vuelve tu madre?

—Sobre las dos o las tres de la tarde. Le hice prometer que me llamaría antes de llegar.

Ainslie se tambalea y va agarrándose a las cosas: una mesita, el respaldo de un sofá, la tapa del ataúd. En un momento dado está a punto de caerse de bruces, pero recupera el equilibrio a tiempo.

—Buenas noches, Menta. Dios mío, qué guapo eres. Más que Oliver. ¿No crees?

Se lo está preguntando a Immy.

—Supongo que sí —responde.

Durante un segundo, el corazón le arde con odio, ese viejo veneno. Contempla a Ainslie acercarse al Novio con muy poca seguridad y plantarle un ruidoso beso en la frente.

—Un día me quedé dormida en el ataúd de Oliver —les dice.

Immy no está segura de qué contestar y, al parecer, Elin tampoco. Está borracha y se siente para el arrastre: con brazos y piernas de plomo, y la cabeza y el tórax vacío como si se los hubieran cepillado por dentro. Todo el veneno, seco. Convertido en polvo.

O tal vez eso sea lo que ella cree que debe de ser una borrachera de absentia. Debería beber un poco de agua y tomarse un paracetamol.

Cuando se queda en casa de Ainslie, siempre duerme con ella en su cama. Tiene su propio cepillo de dientes en el baño y le suele coger prestada una camiseta para usarla como pijama. Tiene hasta una almohada favorita y Ainslie siempre recuerda cuál es. Si por la mañana se va a casa con la ropa de su amiga, no pasa nada; a ella no le importa.

Se cepillan los dientes, se ponen el pijama, apagan la luz y se meten en la cama, y durante todo ese tiempo Immy apenas respira; ni siquiera se atreve a parpadear porque Menta podría estar en la habitación con ellas. Podría entrar. Tal vez levante la mirada y lo descubra allí. Visto y no visto. Sabe que Ainslie está pensando lo mismo. También está atenta por si aparece.

—Ha sido un cumpleaños fenomenal —confiesa su amiga a oscuras—. Justo lo que esperaba. Y me han regalado todo lo que quería.

—Me alegro —contesta Immy; habla en serio—. Te mereces todo lo que tienes.

Immy cree que no será capaz de dormir. De hecho, no quiere dormirse: quiere permanecer despierta. Tal vez espere a que Ainslie caiga rendida y se levante para salir a la galería. Podría ser el primer lugar al que acuda Menta; al fin y al cabo, tiene el cuerpo allí. Piensa qué le diría si lo viese y qué le contestaría él. Ainslie no tarda en dormirse, e Immy tampoco.

Cuando se despierta —en mitad de una pesadilla sobre un jardín— hay alguien de pie a su lado. Un chico. Es Menta. Está mirando a Ainslie, pero ella está dormida. Tiene la boca entreabierta y él le roza los labios con el pulgar.

Immy se incorpora.

Menta la mira. La mira y sonrío. Se lleva los dedos a los labios y desaparece.

Immy no vuelve a ver al Novio Fantasma hasta dos semanas después. Ainslie dice que está por ahí, que cree que está explorando la casa. Lo va viendo por las habitaciones; pero, en un abrir y cerrar de ojos, desaparece. Casi siempre que está viendo la tele se presenta, sobre todo durante los anuncios.

—¿Le gusta la publicidad? —pregunta Immy.

Están en la yogurtería, poniéndose cosas encima del yogur helado. Moras, frambuesas, mochi.

—Creo que es por respeto. No quiere interrumpir, por eso espera a los intermedios. Por ejemplo, nunca lo veo en el baño ni cuando me estoy vistiendo para ir a clase, así que creo que con la tele hace lo mismo.

En una esquina de la tienda de yogur helado hay una mujer de mediana edad moviendo un carrito atrás y adelante con una mano, y comiendo con la otra. Immy no puede parar de mirar: no distingue si es un bebé de verdad o un Bebé.

—Entonces aparece unos segundos y ¿qué hace?

—Ve la tele conmigo. Los anuncios, vaya. Creo que le gustan los que van de un hombre y una mujer yendo en coche a algún sitio. Ya sabes, esos en los que sale una carretera junto al mar. O en una montaña. Los mira y me mira a mí. Nada más. Me mira como nadie me ha mirado antes. Y luego se va.

La forma en que Ainslie le cuenta eso la desconcierta, igual que su cara; por eso Immy hace lo mismo que el Novio Fantasma y la observa con toda la atención del mundo. Parece haber dormido

muy mal. Tiene los labios agrietados y un montón de antiojeras muy mal aplicado. Como si hubiera estado guardando secretos ahí, debajo de la piel.

—¿Alguna vez lo has visto de noche, en tu habitación?

Ainslie parpadea.

—No. Diría que no.

—Menos mal —dice Immy—. Eso sí que sería raro; imagínate que te vigila mientras estás durmiendo.

Ainslie arruga el gesto.

—Ya, eso me pondría el vello de punta.

El instituto es lo que es. ¿Por qué no puede ser distinto? A Immy le cuesta creer que le queden dos años de lo mismo. Dos años más de ecuaciones, libros patéticos sobre gente aburrida a la que le pasan cosas horribles y Justin echándole miraditas dolidas. Bueno, vale, quizá a él se le pase antes de que acaben el instituto. Si no le hace caso. Dos años más llevando esos pantalones cortos tan feos a la clase de gimnasia, y de la asignatura de francés, que nunca le va a servir de nada, y de tener que ser la persona que siempre ha sido, porque todos creen que es así. La persona que todos asumen que siempre será. Todos piensan que conocen a la verdadera Immy. Pero, por otro lado, ¿qué pasa si la Immy que ven los demás es la de verdad y la de su interior no es más que una sopa de hormonas y sustancias químicas, demasiados secretos y un montón de sentimientos confusos que, al fin y al cabo, no significan nada?

Quizá debería raparse la cabeza. O tomarse los estudios más en serio. Tal vez lo que necesite es darle otra oportunidad a Justin. O no.

Esa noche tiene un sueño. Conduce a toda velocidad por una carretera llena de curvas. Al fondo del precipicio que bordea está el océano y en el asiento del copiloto va el Novio Fantasma. No se dicen nada. La luna luce en el cielo.

Por la mañana le envía un mensaje de texto a Ainslie: «He soñado con tu Novio. Qué raro, ¿no?».

Ainslie no contesta.

Por la tarde Immy y Sky van a su casa a estudiar para el examen de francés. Elin no va, porque ella hace latín para tener una media más alta. Porque ella es así.

En realidad, apenas repasan la materia, sino que arrasan con las reservas de chocolatinas con crema de cacahuete, de galletas de canela y nueces, y de Oreos que la madre de Ainslie esconde en las soperas y detrás de los paquetes de arroz y cereales. Una vez encontraron una bolsita de marihuana que tiraron por el retrete.

Ainslie dice que le hacen un favor a su madre comiéndose los dulces. Son adolescentes: ellas tienen el metabolismo a cien.

—*Où est Menta?*

—Está abajo, en la sala de recreo con Oliver y Alan —contesta Ainslie.

Está desmontando una chocolatina de crema de cacahuete. Sólo se come el relleno. Como las arañas, que sólo se comen las entrañas.

—De hecho, lo apagué.

—¿Qué? —pregunta Immy.

—Que lo he apagado. Le daba sustos a mi madre. La verdad es que no me extraña que los retirasen. Tener un Novio que aparece y desaparece todo el rato no es romántico. Y tampoco decía nada bonito: solamente miraba. Al cabo de una semana me daba la sensación de que cuando miraba a alguna parte lo tenía detrás. Me acabó doliendo el cuello porque no paraba de mirar el techo; es que un día me lo encontré allí. Otro día estaba debajo de la mesa de la cocina, así que también tenía que ir mirando debajo de las cosas.

—Como un fantasma de verdad, de los de las películas —dice Sky.

A Sky le encantan las películas de miedo, aunque ninguna de las tres quiere ir a verlas con ella.

—¿Y en corpóreo? ¿Has probado en modo corpóreo? —pregunta Immy.

—Sí, pero tampoco fue gran cosa. Decía lo que tenía que decir, como Oliver y Alan, pero ¿sabes qué?, que no me lo creía. No sé por qué. A lo mejor nos estamos haciendo mayorcitas para tener Novios.

—¿Por qué no lo encendemos? —propone Sky—. Quiero verlo. Quiero ver cómo flota hasta el techo.

—No —responde Ainslie.

Y ella nunca dice que no. Las otras dos se la quedan mirando. A ella y a la pequeña pila de chocolatinas vacías.

—¿Queréis chocolate? —dice.

Ainslie quiere enseñarles algo en internet. Es un actor que les gusta a todas; sale desnudo y se le ve todo el pene. No es que no hayan visto penes en internet, pero éste pertenece a alguien famoso. Sky y ella se ponen a buscar otros miembros famosos e Immy regresa a la cocina para seguir estudiando. Pero primero pasa por la sala de recreo.

Está llena de los proyectos que la madre de Ainslie ha ido descartando: un caballete con una bata encima; una máquina de coser; una máquina de remo; cubos llenos de telas; álbumes de fotos a medio terminar con imágenes de Ainslie e Immy cuando aún tenían edad para corretear desnudas por el jardín, también de las dos y Sky en su primer espectáculo de ballet, las cuatro en la graduación de secundaria. Son de antes de que los padres de Ainslie se divorciasen, de que a Immy le salieran tetas y a Ainslie, Novios. Todas esas Ainslie e Immy con muñecas y trajes de princesa y disfraces de Halloween y tarjetas de San Valentín. Immy siempre ha sido la guapa; Ainslie no es un cardo ni es precisamente fea, pero Immy es mucho más bonita. Si lo de los Novios funcionase como los de verdad, Immy conseguiría uno en menos que canta un gallo.

Pero también es posible que en ese caso no lo quisiera.

Dentro del armario de la sala hay tres ataúdes. Lo primero que piensa Immy es que un cuarto ya no cabe. Lo segundo es que solían pasar horas jugando con Oliver y Alan, y ahora ya no los sacan casi nunca. Son de Ainslie y no es como jugar a muñecas. Más bien es como decirle a tu amiga que quieres pasar el rato con las personas de mentira que guarda en un armario del sótano.

Que además sólo son amables contigo porque ella quiere que lo sean. Si Immy tuviera un Novio, no lo tendría en un armario del sótano.

Abre un ataúd: es Oliver. El segundo es Menta. Es un nombre ridículo, no le extraña que haya estado haciendo cosas raras.

—Hola, Menta. Soy Immy. Despierta.

Aguanta la respiración y se da la vuelta buscándolo; pero, como era de esperar, no está. Es un chaval de mentira metido en un ataúd falso, ¿no? Al menos eso es lo que piensa Ainslie. Lo que opina Immy es que no se debería apagar a un Novio sin más, solamente porque no es como tú querías.

Le mete los dedos entre el pelo, que es de una suavidad increíble. Es pelo de verdad, cosa que debería resultarle rara, pero no. Si de verdad fuera novio de Ainslie, no podría hacer lo que está haciendo.

Encuentra el punto blandito que tiene detrás de la oreja y lo pulsa. Una vez para modo corpóreo y dos para el espectral. Pulsa de nuevo y lo despierta.

Cuando cierra la tapa del ataúd y se vuelve, encuentra al Novio Fantasma subido a la bicicleta estática. La mira como si ella realmente estuviera allí con él, como si la conociera y supiera algún secreto.

Como si estuviera viendo a la verdadera Immy, la que ni siquiera ella sabe si existe. Sin embargo, justo en ese momento, Immy es real. Los dos lo son. Cuanto más se miran, más reales se hacen el uno al otro. ¿Acaso no es eso el amor? ¿No es eso lo que el amor debería conseguir?

—Soy Immy. Imogen. —Le dice—: Ojalá pudieras decirme tu verdadero nombre. Ainslie no sabe que estoy aquí, así que ve con cuidado. No dejes que te vea.

Él sonríe. Ella tiende la mano y la acerca al lugar donde él tendría la cara, si fuera tangible.

—Si me pertenecieses —le dice Immy—, no te tendría en una caja, a oscuras en un armario. No si fueras mi Novio.

Pasan el resto de la noche viendo GIF de penes, comiendo Oreos y repasando vocabulario de francés. Cuando la madre de Ainslie lleva a Immy y a Sky a casa, Immy se fija desde la ventana trasera del coche y cree ver a un muchacho mirando por la ventana de la habitación. Que Ainslie esté sola en casa con su Novio Fantasma le parece la monda, y esa noche se duerme pensando en Ainslie, en techos, en el hueco de debajo de la mesa y en el tacto sedoso y fino del pelo de Menta. Le gustaría saber de quién era.

Immy no sabe si Ainslie es consciente de que la ronda un fantasma. Tiene cara de estar algo pachucha, pero podría ser por las típicas refriegas con su madre. Mientras tanto, Sky y Elin se están peleando por unas botas que Elin le cogió prestadas y se puso un día de lluvia. Immy solamente piensa en Menta; y el sueño del coche, la carretera y el océano se repite. Menta en la oscuridad, a su lado, y la luna en el cielo. Tal vez signifique algo. Debería querer decir algo.

El viernes por la noche es el concierto que Elin le regaló a Ainslie: O Hell, Kitty! tocan en el

Coliseum. Immy y Sky tienen pensado ver una película juntas, sólo que al final Elin le compra otra entrada a Sky, para compensar que le ha estropeado las botas.

¿Qué más da? Tampoco es que Immy quisiera ir.

La idea se le ocurre cuando oye lo de la madre de Ainslie, que solamente iba a llevarlas, pero después de ver unos cuantos vídeos de O Hell, Kitty! en su canal de YouTube, se ha comprado una entrada para el concierto. No cabe duda de que para Ainslie será un apuro, pero para Immy es la oportunidad de volver a ver a Menta.

Sabe dónde guardan la llave de repuesto. También ha memorizado el código de la alarma. Una de las ventajas de una larga amistad es que el allanamiento de morada es pan comido.

En su casa dice que la han invitado a cenar a la de Ainslie y su padre la acerca en coche. Su madre se hubiera quedado esperando hasta que alguien le abriese la puerta, por eso se lo ha pedido a él.

Le dice adiós con la mano —«Vete, ya te puedes ir. Todo bien»— y él se marcha. Entonces entra en la casa. Se queda plantada en el vestíbulo y saluda:

—Hola. ¿Menta? Hola, ¿estás ahí?

Es la última hora de la tarde y el hogar de Ainslie está lleno de sombras. Immy no se decide a encender las luces, pero ha hecho las paces con sus actos: es por una buena causa. No obstante, encender la luz sería demasiado; sería como estar en casa.

Mira el techo, porque no lo puede evitar. Entra en la cocina y se agacha para echar un vistazo debajo de la mesa; sin embargo, siente cierto alivio al ver que Menta no está allí.

Está oscureciendo en cuestión de segundos y no le queda más remedio que encender la luz. Va habitación por habitación, accionando los interruptores. Una detrás de otra. Y tiene la sensación de que Menta le lleva ventaja y va saliendo de cada cuarto a medida que ella llega.

Al final lo encuentra —¿o es él quien la encuentra a ella? Se encuentran mutuamente— en la sala de recreo. Immy estaba sola y de pronto Menta está allí, tan cerca de ella que da un paso atrás sin querer.

Menta desaparece y vuelve a aparecer, aún más próximo que antes. Se tocan nariz con nariz. Bueno, nariz con barbilla, porque él no es mucho más alto que Immy. Lo curioso es que ve a través de él: el sofá, la bicicleta estática y la mesa de coser. Se le ocurre que no debería acercarse tanto. Pero ella tampoco debería estar allí.

En todo ese asunto no hay nada de bueno. Pero no es real, así que no pasa nada.

—Soy yo —le avisa Immy, aunque no es necesario—. Quería... quería ver si estabas... esto... bien.

Él parpadea. Sonríe. La señala con el dedo, estira el brazo y la atraviesa con él. Ella mete barriga. Él desaparece. Immy se da media vuelta y allí está, frente al armario.

Cuando abre el armario, él desaparece. Está dentro, de pie delante del ataúd. Otra vez se esfuma. Ella levanta la tapa y ve su cuerpo. Le queda muy claro lo que él quiere que haga, así que busca el botón entre el pelo.

En el instante en que abre los ojos ella sigue allí, hurgándole el pelo como una tía rara. Y esto es lo primero que Menta, el Novio Fantasma de Ainslie, le dice a Immy:

—Tú.

—¿Yo? —responde ella.

—Has venido.

—Tenía que verte —dice Immy.

Sale a toda prisa porque no quiere tener una conversación con el Novio Fantasma de Ainslie dentro de un armario, plantada junto a los ataúdes de los Novios Vampiro y Hombre Lobo de su amiga. Menta la sigue. Se estira, levanta los brazos por encima de la cabeza y flexiona el cuello igual que hacen los Novios, como si fueran chicos de verdad que han tenido la mala fortuna de pasar demasiado tiempo encerrados en un ataúd.

—Te hice algo —confiesa Immy—. El anillo.

Menta se lleva los dedos a los labios y abre la boca como si estuviera bostezando. ¿Es posible que note el anillo de pelo? A Immy la mera idea le da arcadas.

—Lo has hecho tú —conviene él.

Ella tiene que sentarse.

—Lo admito: he hecho algo. Quería hacer algo porque, bueno, porque... ¡Ainslie! Sí, quería hacer algo, pero ¿qué he hecho?

—Estoy aquí —dice él—. Estamos aquí. Juntos.

»No deberíamos estar aquí.

—¿Por qué no? ¿Es porque eres de Ainslie? ¿O te refieres a que no deberíamos estar justo aquí? ¿O en esta casa? ¿O en ninguna parte? Porque eres un fantasma. ¿Eres un fantasma de verdad?

Menta no hace sino mirarla. ¿Un fantasma de verdad en un chico de mentira? ¿Y eso lo ha hecho ella? Esa mirada suya... ¿es real? Tiene los ojos más bonitos que Immy ha visto en la vida y, vale que estén hechos de silicona o que no sean más que bolsas de gel de colores y dispositivos de microelectrónica, pero ¿qué importa eso? ¿Qué diferencia hay entre eso y los humores vítreos, los cristalinos, los conos y los bastoncillos?

Si tú quieres, los Novios lloran y todo.

Immy quiere creer, lo desea con todas sus fuerzas. Lo desea más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Quién eres? —le pregunta—. ¿Qué quieres?

—No deberíamos estar aquí —repite Menta—. Deberíamos estar juntos —dice, y se toca la boca—. Eres mi destino.

—Oh... Espera, espera.

Immy está segura de que alguien le está gastando una broma. ¿Es posible que Ainslie averiguase de un modo u otro que iba a ir? Tal vez haya convertido a Menta en un señuelo y le haya dado instrucciones sobre qué decir mientras ella observa desde su escondite con Elin y Sky. Porque tiene que ser eso: las tres la están vigilando mientras ella se convierte en un hazmerreír, ¿verdad?

—Te quiero —declara Menta. Y justo después, como si se diera la razón a sí mismo—: Te quiero a ti. Te pertenezco. No me dejes. No me dejes solo con ella.

Todas las personas vivas tienen un espíritu dentro, ¿no es así? Y si es así, ¿por qué no va a haber un fantasma de verdad en un chico de mentira? ¿Y por qué no iba un fantasma que está

dentro de un muchacho de pega a enamorarse de Immy? Justin se enamoró. ¿Qué problema hay con que Immy consiga lo que quiere aunque solamente sea una vez?

¿Por qué no puede Menta conseguir lo que él quiere?

Immy trama el plan sentada en el sofá con Menta; están tan juntos que casi se tocan. Ella apenas puede respirar. Le observa los dedos, esas medias lunas en la base de las uñas, las yemas abultadas. Las arrugas de las palmas. El ritmo de su respiración; la caja torácica, que se abre y se cierra. Prestar tanta atención a un chico de verdad sería incómodo, estudiarlo como Immy a Menta. Un muchacho de verdad querría saber por qué lo estás mirando de ese modo.

Tiene tanto que preguntar... ¿quién eres? ¿Cómo falleciste? ¿Cuál es tu nombre real? ¿Por qué me quieres?

También tiene mucho que contarle.

Habrà tiempo para todo eso más adelante.

Su padre le envía un mensaje de texto para avisar de que está a dos minutos de casa de Ainslie. Por eso ahora no hay tiempo. Cuando Menta se mete en el ataúd y ella está a punto de volver a ponerlo en modo espectral, no puede esperar más: le da un beso y después aprieta el botón. En realidad es su primer beso de verdad. Justin no cuenta. La lucha de labios no vale.

Le da un beso en la boca. Tiene los labios secos, suaves, frescos. El beso que ella siempre ha querido.

Al tiempo que su padre detiene el coche frente a la casa ella sube la escalera y, antes de que llegue a la puerta, Menta se le aparece como fantasma. Y esta vez la besa él. Es el fantasma de un beso y, a pesar de que no ha sentido nada, ése también es el beso que siempre ha querido.

De camino a casa, su padre le pregunta por Ainslie.

—¿Cómo está?

—Ainslie es Ainslie —responde Immy—. Ya sabes.

—Imagínate que no lo fuese: eso sí que sería raro — comenta el padre—. ¿Sigue siendo tan aficionada a los Amantes esos?

—Novios. Sí, le regalaron otro por su cumpleaños. Pero creo que ya no le gustan tanto.

—¿Y tú? —pregunta el padre—. ¿Tienes algún novio? Me refiero a uno de verdad.

—No sé... Hubo un chico, Justin. Pero fue hace tiempo. Era... Bueno, no íbamos en serio. Quedábamos y ya está. Y al final rompimos.

—Vaya, amor verdadero.

La forma en que lo dice, bromeando, hace que Immy se enfade tanto que está a punto de echarse a gritar. Se pellizca el brazo, gira la cara y apoya la frente en la fresca oscuridad de la ventanilla del coche. Le da un escalofrío y todo vuelve a la normalidad.

—Papá, ¿te importa si te hago una pregunta?

—Dime.

—¿Crees en fantasmas?

—Yo no he visto ninguno. Y tampoco quiero. Diría que después de la muerte no nos quedamos rondando por aquí, prefiero pensar que hacemos algo nuevo, que vamos a otros sitios.

—Otra pregunta: ¿cómo lo sabes? O sea, ¿cómo sabes si es amor verdadero?

El padre se vuelve hacia ella y asiente como si le acabase de decir algo sin ni siquiera darse cuenta de que estaba hablando. Vuelve a mirar la carretera.

—Ha sido esa clase de tarde, ¿no? ¿Quién está reflexionando sobre el amor y la muerte, Ainslie o tú?

—Yo. Creo.

—Tú ya sabes lo que es el amor, Immy.

—Ah, ¿sí?

—Claro que sí. Quieres a tu madre..., ¿verdad que nos quieres a mamá y a mí? Y también a Ainslie. Quieres mucho a tus amigas.

—Sí, a veces quiero a mis amigas. Pero no me refiero a eso. Ya sabes..., hablo de chicos. De amor. Como en los libros y las películas. El amor que te da ganas de morirte; que no te deja pegar ojo por las noches, que te revuelve el estómago. El amor que hace que lo demás no importe.

—Oh, Immy —dice su padre—. Eso no es amor de verdad. Eso es una broma que el cuerpo le gasta a la mente. Y no está mal, porque gracias a eso tenemos poesía y canciones en la radio y tenemos bebés; a veces hasta la música y los poemas son buenos. Los bebés también están bien, naturalmente, pero Immy, por favor, espera un poco. De momento céntrate en la música y en la poesía.

—Dios mío... No estoy hablando de sexo, ¡estoy hablando de amor! Si esa clase de amor es una broma, entonces igual el resto también, ¿no? Todo: las amigas, la familia. Mamá y tú necesitáis querermme porque, si no, ser vosotros sería un asco. Porque os tenéis que aguantar conmigo.

El padre se queda callado unos instantes. Odia no tener la razón y, por otro lado, Immy siempre agradece que no intente escurrir el bulto cuando las cosas se ponen incómodas.

—Hay gente muy lista que dice que es una especie de truco. Pero, Immy, si lo es, es el mejor que hay. Al menos, que yo sepa. Tu madre y yo te queremos, y tú a nosotros. Ainslie y tú os queréis. Y un día conocerás a un chico o, quién sabe, a una chica, y te enamorarás. Y si tienes suerte, será mutuo.

—No siempre quiero a Ainslie —confiesa Immy—. A veces la odio.

—Bueno, eso forma parte del amor.

Tiene gracia. Immy prefiere su propia casa a la de Ainslie. No querría vivir en ella ni aunque fuese sin la madre. Pero en cierto modo se alegra de que casi siempre acaben pasando la tarde allí. Lo que no le gusta es cuando todas acuden a la suya y su padre hace bromas con Ainslie o su madre le dice a Sky lo guapa que es. No le gusta la cara que pone Elin cuando husmea entre los CD de sus padres. Un día, mientras cenaban, Immy les preguntó si no les gustaría construir una galería junto a la cocina. Ellos se miraron y el padre dijo: «Claro que sí, Immy, estaría bien», y no le notó ni pizca de sarcasmo.

Immy está enamorada. Tiene un secreto. Los fantasmas existen y el mundo está lleno de magia y hay un chico irreal cuyo nombre real desconoce y que tiene un anillo de pelo dentro de la boca. Quiere a Immy porque se lo metió ella. La quiere a pesar de que se supone que debe amar a Ainslie. ¿Sabes qué?, que Immy por fin tiene un Novio. ¿Sabes qué más?, que la experiencia es tan formidable, maravillosa, asombrosa como ella esperaba, y también da mucho miedo. Sólo que además es otra cosa: es real.

Anoche apenas pegó ojo. En la cantina del instituto hay demasiado ruido y la luz de los fluorescentes es demasiado intensa, y el sándwich que se ha hecho para el almuerzo le deja olor a lechuga y mayonesa en los dedos.

Ainslie, Elin y Sky no hacen más que hablar del cantante de O Hell, Kitty! Y del tío bueno que le tiró la cerveza encima a Sky y de la madre de Ainslie, que es lo peor.

—Tendrías que haber venido —se lamenta Sky—. Immy, estuvieron increíbles.

¿Así que Sky también se ha pasado al bando de las amantes de la música? Eso parece.

—Y aún no sabes lo mejor. Se me ponen los pelos de punta... Anoche llegamos a casa y yo estaba que quería matar a mi madre. Defenestrarla o cortarle la cabeza y meterla unas cuantas horas en el microondas. Pero eso no se puede hacer, así que se nos ocurrió una idea: encender a Menta y decirle que la asustase. Pero ¿te imaginas qué pasó? No tienes ni idea.

—¿El qué? —pregunta Immy, pero sí tiene idea.

—¡Ya estaba en marcha! ¡En modo espectral! Cosa que es imposible, porque lo apagué, ¿te acuerdas? Ya te lo dije. Fue hace un tiempo. ¿Cómo puede ser que estuviera encendido? ¿No te parece espeluznante? Es como una historia de fantasmas de verdad.

—A lo mejor fue tu madre... —aventura Immy.

—O el mayordomo —dice Elin.

Con ojos como platos, Sky dice:

—A lo mejor el Novio Fantasma de Ainslie es un novio fantasma.

A veces Immy no entiende a Sky. ¿Hay que tomarse las cosas que dice al pie de la letra o es la persona con más sarcasmo que conoce? No le queda claro.

—¿Qué hiciste tú anoche? —le pregunta Elin—. ¿Algún plan interesante?

La pregunta podría darle motivos de preocupación, si no fuese porque Justin está comiendo a tan sólo dos mesas de distancia e insiste en cruzar miradas con ella. Elin se ha dado cuenta y casi se oye como le rechinan los dientes. ¿Es posible que note lo contenta que está Immy? ¿Lo mucho que la quieren? Antes de responder, Immy aparta la mirada con toda la intención del mundo y sonrío muy ligeramente a Justin.

—Bueno, ya sabes. No mucho. Nada en particular.

—¿Qué le ponen a la pizza? —exclama Ainslie—. Esto no es queso. Que digan lo que quieran, pero yo no me lo creo.

Llevar a cabo el plan —rescatar a Menta— resulta ser muy sencillo. Se acercan las vacaciones de

primavera y Ainslie y su madre van a ir a esquiar a Utah. Lo más complicado es la espera.

No puede pedirle a su padre que la lleve de nuevo a casa de su amiga porque hace unos días estuvo cenando en su casa y no callaba con las pistas negras, la poligamia y los bisontes. Y aunque es fácil que su padre no caiga, a su madre no se le olvida. Por eso ya ha investigado cuánto le costará la carrera en taxi: se lo puede permitir, sin duda. Y puede ir durante el día, mientras sus padres trabajan.

Espera, también puede ir en bici. Ya lo ha hecho un par de veces y es factible.

Cuando esté lista para salir de casa de Ainslie, llamará al taxi. Los planes sencillos son los mejores. Comprar un talego en el que quepa Menta, sin olvidarse de las mantas para acolchar la bolsa. La cuestión es que los Novios no pesan tanto como parece, y el taxista le echará una mano.

Tendrá que acordarse de llevar suficiente dinero para darle propina.

De allí, a la empresa de almacenaje donde la madre de Ainslie tiene un trastero en el que cabe hasta una carpa de circo. Immy ha ido con Ainslie más de una vez a llevar lámparas o alfombras o cuadros horribles, cuando a la madre le da por cambiar la decoración. Allí hay un sofá bastante bonito; y enchufes para cargar las baterías de Menta.

La llave del trastero está colgada en la pared de la habitación donde tienen la lavadora. En esa casa todas las llaves están etiquetadas (del mismo modo, la madre de Ainslie tiene todas las contraseñas que usa en internet escritas en una nota adhesiva en la pantalla). Es como si quisieran facilitar todo mucho.

Y el trastero no está muy lejos de casa de Immy. Dos o tres kilómetros, un trayecto que se puede hacer fácilmente en bici.

No sirve como solución a largo plazo, pero sí hasta que se le ocurra algo mejor. No sabe cómo se las va a apañar para que todo salga bien, e intenta que eso no la afecte. Para las vacaciones, Sky, Elin y ella han planeado noches de películas facilonas y yogur helado, y visitas a las tiendas de segunda mano; pero también tendrá tiempo para estar con Menta. Si fuese un chico de verdad, se apuntaría a las demás actividades de la vida real. Pero no lo es, así que no puede ir con ellas y tampoco pasa nada. Se conformará con los ratos que pueda pasar con él y eso la hará feliz, porque el amor no tiene nada que ver con la conveniencia, el yogur helado y la vida real. Nada de eso es amor.

Antes de las vacaciones se ven dos veces y eso hace la espera más llevadera. La primera, un día que Ainslie le pide que la ayude a arreglarse el pelo: su madre ha decidido darle permiso para teñirse un mechón, sólo uno, para ir a esquiar. Y no se decide entre rojo o verde.

—¿Alto o adelante? —dice Immy mirando los tubos de tinte Manic Panic.

—¿Qué?

—¿Qué mensaje quieres dar con el pelo? —le pregunta—. El verde es adelante y el rojo, alto.

—Tampoco es que sea una declaración de principios. Sólo quiero que me digas cuál me quedaría mejor, ¿vale? ¿Crees que con el verde me paso de rara?

—No, me gusta —dice Immy—. Te hace juego con los ojos.

—Creo que me gusta más el rojo.

Mientras esperan a que el peróxido haga efecto, va con Ainslie a la sala de recreo. Immy lleva toda la tarde intentando no pensar en Menta y ahora Ainslie va y la baja allí.

—Sólo quiero asegurarme —explica Ainslie—. Ahora lo miro todos los días. Algunos, dos veces y todo. Y nunca está encendido, pero lo tengo que comprobar igualmente. Anoche me desperté a las tres de la mañana y tuve que bajar.

Levanta la tapa del ataúd de golpe, como si quisiera sorprender a Menta con las manos en la masa. Como es de esperar, tiene los ojos cerrados; porque ¿cómo iba a encenderse él solo?

¿Dónde está cuando no está allí dentro? A Immy le duele verlo así, apagado como un juguete cualquiera.

El mechón con decolorante, envuelto en papel de plata, sobresale hacia arriba e Immy se imagina arrancárselo. Imagina también el alarido de su amiga. Pero Menta seguiría sin despertar, así que, ¿de qué serviría?

Ainslie le da un puntazo en la cabeza con un dedo, como si matara una araña. Después se vuelve hacia Immy y la abraza.

—Ya sé que soy tonta. Que no es más que un Novio un poco defectuoso. Ni siquiera es tan guapo, ¿no te parece? Oliver es más guapo. No sé por qué insistí tanto en que lo quería.

A lo mejor, si le dice algo, se lo regalará.

Ainslie anuncia:

—Le pregunté a mi madre si podíamos venderlo en eBay y casi le da algo. Se puso como si yo fuera la peor persona del mundo. No paraba de decirme que le había costado un ojo de la cara y que conseguirlo había sido complicadísimo; que no me doy cuenta de todo lo que hace para que yo sea feliz... Tuve que fingir que era broma.

Vaya, pues nada.

—Venga —dice Immy—. Creo que ya tienes que quitarte el decolorante.

Antes de que Ainslie cierre la tapa, alcanza a ver a Menta una última vez. Luego Ainslie cambia de opinión y escoge el verde, después el rojo, el verde y de nuevo el rojo. Cuando han acabado, a las dos les gusta cómo queda: como un largo reguero de sangre.

Dos días después, en clase, Ainslie les cuenta que su madre también se ha teñido un mechón de rojo. Está tan enfadada que se echa a llorar. Todas la abrazan, e Immy la ayuda a cortar hasta el último pelo rojo con unas tijeras del aula de manualidades. En ese momento, Immy no quiere sino conseguir que su amiga sea tan feliz como ella.

La siguiente vez que ve a Menta es dos días después. A las cuatro de la mañana. Porque acaba de cometer una estupidez: recorrer los nueve kilómetros y medio que hay hasta la casa de Ainslie, en bicicleta, de noche. Pero lo ha hecho por amor. Y se podría considerar un ensayo. Se cuelga en la casa. Es un fantasma. Está a punto de subir a la habitación de Ainslie y plantarse a su lado para contemplarla durmiendo. Cuando duerme, Ainslie parece guapa. A Immy siempre se lo ha parecido. Pero ya la ha visto dormir antes.

Baja la escalera hasta la sala de recreo y enciende a Menta en modo espectral. Aparece de inmediato, está observándola desde el sofá.

—Hola —lo saluda ella—. Tenía que venir. Todo va bien, pero necesitaba verte. Sólo es eso. Te echo de menos. Hoy es viernes. Volveré el lunes y todo irá bien. Estaremos juntos, ¿de

acuerdo?

Su Novio Fantasma asiente. Le sonríe.

—Te quiero —dice ella.

 l responde silenciosamente.

Debería volver a apagarlo, pero no se ve capaz. En lugar de eso, va al armario y abre los ataúdes de Oliver y Alan. Les busca los botones con sendas manos y los activa a ambos, pero cierra el armario a toda prisa, para que no la vean y no sepan quién ha sido. Sube la escalera, sale de la vivienda, guarda la llave debajo de la piedra y se va pedaleando a todo tren. Cuando llega a casa, despunta el sol.

«Menuda sorpresa se va a llevar Ainslie», piensa con satisfacción.

Pero Ainslie ni lo menciona. Desde lo de su madre y el mechón de pelo está hecha polvo. Aunque también podría ser por culpa de lo de los Novios. En cualquier caso, necesita a sus amigas. Immy, Sky y Elin la llevan a comer yogur helado después de clase. Mañana se van a Utah e Immy tiene ganas de subirse a las mesas y bailar. Han puesto una canción que est  bien; debería preguntar quién la canta; sólo que, si lo hace, Elin —o quizá las tres— la mirar  con cara de « en serio te gusta esa canción?». Pero sí, le gusta. La verdad es que sí. De verdad.

El domingo por la noche apenas duerme y repasa el plan una y otra vez. Intenta anticiparse a todas las cosas que podrían salir mal para tener la solución antes de que ocurran. Y se le mete una idea horrible en la cabeza:  y si después de encender todos los Novios, Ainslie hubiera hecho una locura? Como hacer que su madre los llevase a una tienda de beneficencia o incluso algo peor. Pero resulta que todos los ataúdes est n donde toca y Alan, Oliver y Menta est n desconectados. El taxista la deja en el trastero, y ella coloca a Menta —que est  dentro del talego— sobre una carretilla. La llave funciona.  Qu  más da si all  huele a polvo y moho y hay cachivaches por todas partes? Abre la cremallera y pulsa el botón en modo corpóreo.

Y todo es como en la sala de recreo, como la primera vez que estuvieron juntos, a solas. Con él se siente cómoda. Ha despejado el sofá, ha enchufado una de las lámparas más bonitas y le ha puesto una bombilla que ha traído de casa. Ha traído hasta una manta para los dos, por si en el trastero hace frío. Bueno, es para ella. Es probable que Menta no sienta frío.

 sa es una de las cosas que le quiere preguntar, ahora que por fin pueden hablar. No lo de la temperatura, sino su nombre. Immy no tiene que volver a casa hasta dentro de unas horas.

Est n en el sofá, el uno frente al otro; cogidos de la mano como hacen los novios. Aunque no es exactamente como cogerse de la mano, porque él está hecho de silicona y plástico y tubos de gel, varas de metal, cables y vete a saber qué más, y cuando intenta pensar en sus manos como si fuesen de carne y hueso, el tacto le resulta extraño. Pero no le importa.

Y, claro, él no siente el tacto de la suya e Immy lo sabe. Aun así, el roce de su piel debe de significar algo para él. Igual que para ella, porque Menta es tan real como irreal.

Suficiente para ella. Mucho mejor de lo que había imaginado.

Y le ha preguntado su nombre. Su verdadero nombre.

—No lo recuerdo —responde él—. No recuerdo casi nada. Sólo a ti. Me acuerdo de ti.

Eso la desilusiona un poco, pero no quiere que él lo note.

—¿Te importa si sigo llamándote Menta?

No es más que un nombre ridículo que se le ocurrió a Ainslie, pero pensándolo bien se da cuenta de que es el que asocia a él. Intentar llamarlo de otro modo sería raro.

—¿Te acuerdas de algo de cuando estabas vivo?

Él dice:

—Hacía frío. Estaba solo. Y entonces apareciste tú. Estábamos juntos.

—¿Recuerdas tu muerte?

—Recuerdo el amor.

Immy no quiere que le hable de otras chicas. Las jóvenes que conoció cuando estaba vivo. Ni siquiera si ellas también han muerto y pasaron a la historia.

—No me había enamorado nunca —le asegura ella—. Jamás me había sentido igual.

La mano horrible se dobla y los dedos se cierran alrededor de los suyos. Se pregunta cómo sabe cuánta presión aplicar. ¿Lo hace Menta o se trata de una función básica de los Novios? Sea lo que sea, tampoco le importa.

—Puedo quedarme un rato —le advierte—, pero después tengo que volver a casa.

Él la mira como si no quisiera dejarla marchar jamás.

—¿Qué harás cuando me vaya? —le pregunta Immy.

—Esperar. Aguardaré hasta que regreses a mí.

—Te prometo que será tan pronto como pueda.

—Quédate. Quédate conmigo.

—De acuerdo —responde ella—. Me quedaré todo el tiempo que pueda.

Al final, viendo que él se limita a mirarla, le pregunta:

—¿Qué quieres hacer? Llevas metido en un armario, no sé..., ¿un mes? ¿Dónde estabas antes de eso? Antes de que Ainslie te encendiese y yo te introdujera el anillo en la boca. ¿Se te hace raro hablar de esto?

—Te pertenezco —dice Menta—. Y tú a mí. Puedes decir lo que quieras.

Así que Immy se lo cuenta todo. Todas las cosas que ha sentido a lo largo del último año. Le habla de Justin, de Ainslie. De que a veces no está segura de quién es ella misma. No se sueltan las manos en ningún momento. Y antes de marcharse lo pone en modo espectral; así, si quiere, puede explorar el trastero mientras ella no está. El modo tiene un alcance de doscientos setenta y cinco metros cuadrados: una de las características más interesantes del Novio Fantasma. Immy ha estado leyendo todo lo que encuentra en internet sobre ese modelo. Ya lo había leído todo antes, pero ahora es diferente.

En foros y páginas web hay mucha polémica en torno al valle inquietante, a los muñecos y a cómo se dibujan los personajes de los videojuegos. Cosas que se parecen demasiado a personas de verdad: la terrible brecha entre lo real y lo casi real. En principio, a los Novios Vampiro, Hombre Lobo y Fantasma no les afecta el valle inquietante; los humanos tienen una media de cuarenta y tres músculos faciales y los Novios el equivalente de cincuenta. Son más realistas que

las personas de carne y hueso. O algo así. Tienen la cabeza algo más grande, y los ojos también. Es para que tengas buenas sensaciones cuando los miras; igual que cuando contemplas un bebé.

Immy se ha unido a dos listas de distribución de gente que tiene Novios. Ya se imagina escribiendo sobre las cosas bonitas que le dice Menta, lo mucho que se divierten juntos.

Es la mejor semana de su vida. Pasa ratos con Elin y Sky, y Ainslie les envía mensajes de texto explicando las villanías de su madre. Y, siempre que puede, acude al trastero a estar con su Novio. Su novio.

Es un lugar oscuro y bastante horrible, pero a Menta no parece importarle. No en vano, antes vivía en un ataúd: no tiene mucho con qué compararlo. Le cuenta a Immy las cosas que los demás arrendatarios guardan en sus trasteros. Al parecer hay muchos pianos. Y libros de texto. Parece encantado de hacerle una lista de todo lo que ha descubierto e Immy está igualmente encantada de escuchar la interminable relación de acuarios vacíos, sillas viejas de dentista y cajas de Beanie Babies.

Cuando salía con Justin, él sólo le hablaba de los videojuegos que le gustaban. Ella había jugado a algunos, y unos pocos se le dan muy bien, pero no era una conversación. Con Justin no tenía ocasión de decir nada.

Immy consigue averiguar cuál es la canción de la tienda de yogur helado y se la baja al teléfono para ponérsela a Menta. Bailan agarrados en el diminuto espacio que no está ocupado por toda la basura de la madre de Ainslie.

—Esta canción me gusta mucho —confiesa ella.

—Es muy buena —dice Menta—. Bailas muy bien. Hace mucho tiempo que quería bailar contigo.

Él le apoya la mano al final de la espalda. Es un gran bailarín, quizá incluso mejor que Oliver. Immy descansa la cabeza en su hombro.

—¿Qué pelo era el tuyo? —le pregunta.

Menta contesta:

—Te pertenezco. A ti, a nadie más que a ti.

—No, hablo del anillo. ¿Qué pelo era tuyo, el rubio o el negro?

—El rubio —responde—. El negro.

—No importa —dice ella.

Le da un beso en el hombro y lo estrecha con un poco más de fuerza. Menta no huele a nada y eso se le hace un tanto raro; aunque en el fondo es una ventaja. Si metieras a un chico de verdad en un trastero, tendrías que buscar la manera de que se pudiera duchar. Y de darle de comer. Pensándolo bien, puede que Menta esté cogiendo el olor de esa habitación, que huele como a moho. Tal vez debería traerle colonia.

Todavía lleva puesto el traje negro de la caja y que le da aspecto de enterrador. Podría comprarle unas cuantas camisetas y vaqueros en una tienda de segunda mano, pero no se lo imagina con camiseta.

Faltan dos días para que Ainslie regrese a casa e Immy no está segura de qué pasará a partir de entonces. No es que vaya a sospechar de ella cuando vea que alguien se ha llevado a Menta, porque ¿qué motivos tendría para hacerlo? Aun así, va a ser complicado. Además, lo del trastero

no va a funcionar para siempre. Y, cuando acaben las vacaciones, Immy no podrá pasar allí todo el día.

Cuando comparte esas inquietudes con él, Menta no dice nada. Confía en que ella lo solucione.

Le dice: «Quédate conmigo. No me dejes».

Le dice: «Yo no te dejaré jamás».

Esa misma noche se le ocurre que no hay motivos para no ir a visitar a Menta. Nunca han pasado la noche juntos y, en cualquier caso, aún no ha pegado ojo. Podría ser el momento ideal. Se pueden tumbar juntos en el sofá y ella se dormiría con la cabeza apoyada en su pecho. Despertarse en sus brazos.

Hace un frío atroz e Immy atraviesa las calles desiertas en bicicleta. Nadie la ve pasar. Podría colarse en una casa. Cortarle un mechón de pelo a alguien mientras duerme. Verter líquido desatascador en un acuario o meter sal en el azucarero. ¿Qué no podría hacer? Podría ir a cualquier parte. Vivir aventuras. Causar toda clase de problemas.

Después de medianoche, el trastero es un palacio. Un mausoleo. Gótico, negro satinado, lleno de secretos ajenos. Aunque su secreto es el mejor de todos.

Cuando llega a la persiana oye voces. Una voz. Alguien habla. Es Menta, que le está diciendo cosas a otra persona. Immy reconoce todo lo que está diciendo.

«Te quiero. Te quiero sólo a ti.»

«Eres mi único amor.»

«Quédate conmigo. No me dejes nunca.»

«Por fin estamos juntos. No te dejaré jamás.»

«Te quiero.»

Qué extraño... Immy lo había puesto en modo espectral..., ¿con quién estará hablando? Todo lo que está recitando es lo que le ha confesado a ella. Mal. Está todo mal.

Abre el candado y sube la persiana. Y, efectivamente, algo va mal, porque se encuentra con su Novio Fantasma plantado en mitad de la oscuridad en modo corpóreo. Y también con su Novio Fantasma en modo espectral. Sólo que el fantasma no es su Novio Fantasma, sino una chica. Apenas se la ve; es una presencia mucho más sutil que Menta. La luz de la linterna prende a la chica fantasma en el aire. Agujeros por ojos, pelo claro.

Tiende la mano hacia Menta, le posa los dedos en los labios.

Vale que Immy haga tonterías, pero no es tonta. Se da cuenta al instante del error que ha cometido. El error que le han permitido cometer: los tres mechones de pelo, dos negros y uno rubio. Al parecer, Immy no es la persona que le proporcionó al Novio Fantasma de Ainslie un fantasma de verdad; es quien le proporcionó dos.

Nadie se ha enamorado de ella. No es la novia de nadie.

Esa historia de amor no es suya.

Se acerca al Novio Fantasma, a Menta o quienquiera que sea, y a la otra chica. La chica

muerta. ¿A quién le importa quién es? No puede hacerle nada. Pero Immy a ella, sí. Tenga cuerpo o no.

—Immy —dice Menta.

—Calla —le ordena ella antes de meterle los dedos en esa boca de traidor.

Él se los muerde. Y de pronto levanta las manos y unos dedos le rodean la garganta. Los dedos de Menta.

Se le ocurre que ese modelo no debería hacer nada parecido, pero está tan rabiosa que ni siquiera se asusta.

Immy rebusca con los dedos debajo de la lengua, que no para de menearse, y consigue abrir el compartimento y agarrar el anillo de pelo. Se lo arranca de la boca, y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, la chica fantasma desaparece y el Novio Fantasma no es más que una cosa parada ahí en medio con las manos alrededor de su cuello y la boca entreabierta.

Se guarda el anillo de pelo en el bolsillo. Los dedos le palpitan; pero los puede doblar, así que no los tiene rotos. Un poco machacados, nada más.

Se ha quedado sola con el Novio Fantasma, que está ahí de pie, como esperando a que lo vuelva a encender. ¿Y ese par de tortolitos? ¿Esos dos fantasmas? ¿Siguen por ahí? Immy sale de allí a toda prisa.

Conduce la bicicleta por calles oscuras, sin parar de llorar. Sin limpiarse los mocos que le van cayendo. Menuda idiota. Y lo peor es que jamás podrá contárselo a nadie. Ni siquiera a Ainslie.

Al llegar a casa se lava las manos a conciencia. Saca las tijeritas y unas pinzas del armario del baño. Con la ayuda de una lupa, usa las pinzas para separar el mechón rubio. ¿Están ellos ahí? Immy espera que sí. Corta los pelos rubios con la tijera y extrae hasta la última hebra. Ahora tiene un anillo de pelo negro y un montoncito diminuto de pelo rubio. Devuelve el negro al guardapelo que compró para Ainslie y después revuelve el joyero en busca de un collar que llevó mucho el año anterior. Un cordón de cuero con una especie de saquito. Allí mete los pelos rubios. Todos.

Luego se tumba en la cama, pero deja la luz encendida. En cuanto se duerme, vuelve a estar en el coche, en la carretera iluminada por la luz de la luna. Menta está en el asiento del copiloto y detrás hay alguien más. Pero ella no quiere mirar, prefiere seguir conduciendo. Se pregunta hasta dónde llegará.

Por la mañana le cuenta algunas cosas a su padre. No todo. Sólo lo del Novio Fantasma y el trastero. Le dice que es una broma que le iban a hacer las tres a Ainslie, pero que ahora cree que es muy mala idea. Porque le hubiese dado algo. Le cuenta que su amiga está muy vulnerable, que lo está pasando mal por culpa de una ruptura.

El padre, orgulloso de ella, la lleva a la empresa de almacenaje y recogen al Novio Fantasma. Cuando ya está en su ataúd, dentro del armario del sótano de casa de Ainslie, le compra un yogur helado.

Ainslie vuelve morena de esquiar, porque es multitarea.

A la hora de comer se sientan al sol con las bufandas y los abrigos puestos, porque estar todo el día dentro, en clase, les resulta duro.

—Toma —dice Immy—. Felicidades, Ainslie. Al final lo encontré.

Es una cajita minúscula que casi no vale la pena, pero Ainslie hace lo de siempre: la desenvuelve con tanto cuidado que llegas a pensar que lo que le gusta de los regalos es el papel. Saca la gargantilla y todas se deshacen en ooohs y aaahs. Cuando abre el guardapelo, Immy dice:

—Supongo que no será verdad, pero en teoría el pelo es de Bam Muller.

Bam Muller es el cantante de O Hell, Kitty! Y lo ha comprobado: es moreno.

—Uy, qué repelús, ¿no? —responde Ainslie—. Y qué guay al mismo tiempo. Gracias, Immy.

Se pone la gargantilla y todas se maravillan de lo bien que le queda en ese cuello tan largo y pálido. Y nadie ha reparado en los pequeños cardenales que tiene Immy en el suyo. Apenas se ven.

—De nada —repite Immy, y le da un fuerte abrazo—. Me alegro mucho de que hayas vuelto.

—A ver si te puedes poner más lesbiana, venga —dice Elin.

Sky se ha chivado sobre Elin y Justin. Lo raro es que Elin no parece mucho más contenta que antes, y seguramente es por lo de los besos. De todos modos, resulta que cuando acaba el curso siguen juntos. Y durante todo el verano. Y cuando llega Halloween y Ainslie organiza una fiesta en su casa, Elin va de Caperucita sexy y Justin de lobo feroz.

Oliver, Alan y Menta están en la fiesta, Ainslie los ha sacado por primera vez en mucho tiempo. Immy baila con los tres; con Menta, dos veces. No tienen mucho que decirse.

La fiesta es una bomba.

Sky ha hecho otra botella de absenta casera. Va de vaquera; la madre de Ainslie de bruja sexy y Ainslie no va disfrazada. O, mejor dicho, si va disfrazada, nadie sabe de qué. En un momento dado, Immy se da cuenta de que Elin lleva la gargantilla que le regaló a Ainslie. Puede que se la haya pedido prestada o, tal vez, se cansó de ella y se la regaló. Da igual. No importa tanto.

Immy lleva el saquito de cuero. Lo lleva muy a menudo. Chúpate ésa, chica fantasma. Está muy guapa; va de súcubo y, a pesar de que tiene que explicar qué es todo el rato, no le molesta hacerlo. Lo principal es que está espléndida.

Justin, por ejemplo, no le quita los ojos de encima. Ella lo mira de vez en cuando y sonrío un poco. Con tanta práctica, está segura de que Elin le ha enseñado a besar como está mandado. Y fue su novio antes que el de ella.

DOS CASAS

Despierta, despierta.

Portia celebra su cumpleaños con una fiesta, y van a empezar sin ti. Despierta, Gwenda. Vamos, despierta. Date prisa.

Música suave. El aroma del pan recién hecho. Podría estar en casa, aunque había perdido la cuenta de en cuál: en su cama de la infancia, con su madre haciendo pan en la cocina.

La última durmiente de la nave *La casa de los secretos* abrió los ojos y salió de la estrecha cama. Se levantó o, más bien, cayó a la cámara.

La cámara también era angosta y pequeña, una celda en un panal. Tenue luz rosada, compartimentos invisibles; la cámara y los lechos, todos vacíos. La astronauta llamada Gwenda estiró los brazos y se frotó el cuero cabelludo. Le había vuelto a crecer pelo. A veces se imaginaba en una litera, embutida entre montones de pelo; siglos transcurridos bajo el peso sofocante.

Entonces le vino un olor a libros viejos. A biblioteca. Tenía a Maureen en la cabeza, mirando libros con ella. Comprobando su tensión arterial, la dilatación de sus pupilas. Maureen era la nave: la casa y la guardiana de todos sus secretos. Un espíritu del aire, un zumbido subliminal de efecto balsámico, una secuencia alquímica de fragancias y efluvios.

Gwenda inhaló. Se volvió a estirar y dio un salto mortal, lentamente. En su torrente sanguíneo se desencadenaron una serie de arcanos procesos químicos. En la sangre y en el sistema nervioso.

Así eran las cosas a bordo de la nave *La casa de los secretos*: dormías, te despertabas y volvías a dormir. El sueño duraba un año, o tal vez cinco. Había seis astronautas y a veces los demás ya estaban despiertos. Otras podías pasar días o incluso semanas sin compañía. Sólo que nunca estabas sola de verdad. Maureen siempre estaba presente. Estaba contigo cuando dormías y cuando te desvelabas. También en tu interior.

Todas te están esperando en la Sala Grande. Hay carpa al horno y tarta de chocolate.

—Huele a marea —dijo Gwenda, tratando de ubicar el olor—. Un manglar con el mar atrapado en los recovecos de las raíces. Pasé un verano en un lugar así.

Llegaste con un chico y te marchaste con otro.

—Cierto —respondió Gwenda—. Ya no me acordaba de eso. Fue hace tanto tiempo...

Cien años.

—¡¿Tantos?! —exclamó Gwenda.

No es mucho.

—No —convino ella—. No es tanto —dijo, y se pasó la mano por el pelo—. He dormido...

Esta vez han sido siete.

—Siete años —repitió Gwenda.

Olor a cítricos. A lima. Y también otras fragancias agradables, aromas que pertenecían a Mei y a Sullivan y a Aune y a Portia. A Sisi. Los procesos químicos de sus respectivos cuerpos, ajustados para relacionarse en armonía. La necesidad las convertía en un grupo cordial.

Gwenda se sacudió el prolongado sueño y se dirigió a la curva del mamparo para pulsar un compartimento, que se abrió al instante. Entró a asearse y se dejó toquetear, palpar, inyectar, enjabonar y enjuagar. Se deshizo del pelo que le había crecido y de la pelusa de las piernas y los brazos.

Tan y tan lentamente que Maureen se impacientó. Deja que te los quite yo de una vez por todas.

—Algún día —respondió Gwenda.

Abrió su diario y echó un vistazo a los gráficos de sus cobayas y de su carpa.

Por eso llegas siempre la última, Gwenda. Te entretienes. Te niegas a ser más sensata en cuanto a la higiene personal. Te están esperando y te estás perdiendo muchas cosas divertidas.

—Aune ha pedido una discoteca o una sauna finlandesas, o una aurora boreal. Sullivan estará jugando con perros. Mei, ligando con estrellas de cine o compositores famosos y Portia, armando escándalo. Hay cascadas o secuoyas o delfines —aventuró Gwenda.

Flores de cerezo. La exhibición canina de Westminster. Año 2009. Gana el campeón Sussex Spaniel Clussex Three D Grinchy Glee. Sisi quiere que te des prisa; tiene que decirte algo.

—Bueno —dice Gwenda—, en ese caso, será mejor que no me demore más.

Maureen la seguía y la precedía por el Pasillo Uno. Las luces se iban encendiendo y apagando, de modo que a su paso el corredor volvía a sumirse en la oscuridad. ¿Qué era Maureen?, ¿la luz dorada que iluminaba el frente o la oscuridad que la seguía? En las paredes de cristal nadaban carpas.

Llegó a la cocina; la Sala Grande estaba encima. Sisi, la de las largas piernas, asomó la cabeza por el ojo de buey.

—¿Algún tatuaje nuevo?

Era una vieja broma.

Gwenda estaba cubierta de tinta, de la cabeza a los pies. Tenía un Durero y un Doré; dos

dragones chinos y una cruz celta; la reina de diamantes desmembrada y descuartizada en ocho pedazos por una manada de lobos; una niña en un columpio con forma de cohete; la estatua de la Libertad y la bandera del estado de Illinois; pasajes de Lewis Carroll, del Apocalipsis y de cientos de libros más; miles de maravillas. En el dorso de la mano derecha tenía la nave *La casa de los secretos*; en el de la izquierda, su hermana *La casa del misterio*.

Sisi tenía un viejo par de botas de *cowboy* y Aune una cruz de marfil colgada de una cadena. Sullivan, una copia de *Moby Dick*. Portia tenía un diamante de cuatro quilates con engaste de platino. Mei, sus agujas de tejer.

Y Gwenda tenía los tatuajes. Los astronautas del Largo Viaje iban ligeros de equipaje.

Las manos tiraron de Gwenda para subirla a la Sala Grande; le dieron palmaditas en la espalda, en los hombros; le acariciaron la cabeza. Allí los pies tenían peso. Había suelo y lo pisó. Había una mesa, y sobre ella, una tarta. Rostros conocidos que le sonreían.

La música estaba muy alta. Perros de pelaje sedoso perseguían pétalos de flores.

—¡Sorpresa! —exclamó Sisi—. Feliz cumpleaños, Gwenda.

—Pero no es mi cumpleaños —respondió ella—. Es el de Portia.

—Ha sido una mentirijilla —reveló Maureen.

—Se me ocurrió a mí —anunció Portia—: hacerte una fiesta sorpresa.

—Pues estoy sorprendida —admitió Gwenda.

—Venga, a soplar las velas —propuso Maureen.

Naturalmente, las velas no eran de verdad. Pero la tarta sí.

Fue la típica fiesta. Bailaron como solamente se puede bailar en microgravedad. Se lo pasaron bien. Cuando la cena estuvo lista, Maureen se deshizo de la música disco finlandesa, de los perros y de las flores de cerezo. Se oyó a Shakespeare diciéndole a Mei: «Siempre soñé con ser astronauta», y se esfumó.

Tiempo atrás eran dos naves. En la era tercera de los viajes espaciales, la práctica habitual consistía en construir más de una nave a la vez, para enviarlas como compañeras en los largos viajes; la redundancia aumentaba la resistencia. Las naves hermanas *Rastreadora* y *Mensajera*, cuyas tripulaciones rebautizaron como *La casa de los secretos* y *La casa del misterio*, despegaron desde la Tierra un día de verano del año 2059.

Pero *La casa de los secretos* vio desaparecer a su gemela en un abrir y cerrar de ojos. Visto y no visto. Un segundo estaba allí y al siguiente, en ninguna parte. Eso había ocurrido treinta años antes. El espacio estaba lleno de misterios. Lleno de secretos.

Para cenar había (falso) solomillo de ternera con costra de hojaldre, espárragos y patatas (ambas hortalizas reales) y panecillos de masa madre (más o menos reales). Las gallinas experimentales volvían a poner huevos, así que además de la tarta de chocolate había huevos escalfados. Maureen aumentó la gravedad, porque la falsa ternera con hojaldre necesita, por falsa que sea, un nivel adecuado de gravedad. Mei se puso a lanzarle panecillos a Gwenda desde el otro extremo de la mesa.

—¡Fíjate! —exclamó—. De vez en cuando está bien ver algo caer.

Aune trajo ampollas de algo alcohólico y nadie preguntó qué era. Trabajaba con eucariontes y arqueas.

—He hecho suficiente para emborracharnos —advirtió—, pero sólo un poco. Porque hoy es el cumpleaños de Gwenda.

—Hace poco fue el mío —dijo Portia—. No sé ni cuántos tengo, pero tampoco me importa.

—Brindemos por Portia —propuso Aune—: que siempre sea más o menos joven.

—Por Proxima Centauri —anunció Sullivan—: cada día más cerca. Pero no mucho.

—Por todos nosotros, Ricitos de Oro del espacio. Y por un planeta perfecto.

—Por los jardines de verdad —dijo Aune—, con sapos de verdad.

—Por Maureen —aportó Sisi—. Y por los viejos amigos —añadió, apretando la mano de Gwenda.

—Por nuestra *Casa de los secretos* —brindó Mei.

—Por *La casa del misterio* —dijo Sisi.

Todas la miraron y ella volvió a apretarle la mano a Gwenda. Bebieron.

—No te hemos hecho regalos, Gwenda —se lamentó Sullivan.

—No quiero nada.

—Yo sí: ¡historias! —exclamó Portia—. Y que no me las sepa ya.

Sisi carraspeó.

—Hay un asunto pendiente —dijo—. Tenemos que contárselo a Gwenda.

—Le estropearás el cumpleaños —advirtió Portia.

—¿Qué pasa? —preguntó Gwenda a Sisi.

—No es nada. Nada importante. La mente, que juega malas pasadas. Ya sabes como es.

—Maureen —llamó Gwenda—, ¿qué pasa?

Maureen recorrió la sala como una brisa con un tufillo acre.

—Hace aproximadamente treinta y una horas, Sisi estaba en la sala de control. Llevó a cabo varias tareas rutinarias y me pidió que le mostrase el rumbo programado. Doce segundos después, observé que el ritmo cardíaco se le había acelerado considerablemente. Cuando le pregunté si ocurría algo, ella contestó: «¿Lo estás viendo, Maureen?». Le pregunté qué era lo que veía ella y me contestó: «*La casa del misterio*, a estribor. Estaba allí. Pero ha desaparecido». Le comuniqué que no la había visto, así que revisamos las imágenes, pero no había ni rastro. Emití un mensaje en todos los canales, pero no hubo respuesta. Desde entonces, nadie la ha vuelto a ver.

—¿Sisi? —dijo Gwenda.

—Estaba allí —insistió ella—. Te juro por Dios que vi la nave. Fue como mirar un espejo: estaba tan cerca que hubiese podido tocarla.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—¿Crees que...?

—Una jugarreta de la imaginación...

—Desapareció como si tal cosa, ¿os acordáis? —Sullivan chasqueó los dedos—. ¿Por qué no iba a reaparecer de igual modo?

—¡No! —gritó Portia, y los miró con enfado—. No quiero darle más vueltas a este tema. ¿Es que se os ha olvidado lo mucho que lo hemos hablado ya? Hicimos mil teorías e intentamos racionalizarlo, y ¿de qué nos ha servido?

—Portia —dijo Maureen—, si estás disgustada puedo formularte algo.

—No, no quiero nada. Estoy bien.

—En realidad no estaba allí —concluyó Sisi—. Ojalá no la hubiera visto.

Tenía las pestañas inferiores salpicadas de lágrimas rechonchas. Gwenda tendió la mano y tomó una con el pulgar.

—¿Habías bebido algo? —preguntó Sullivan.

—No —contestó Sisi.

—Pero no hemos parado de beber desde entonces —apuntó Aune, y se bebió otra ampolla de un trago—. Maureen hace que se nos pase la borrachera y nosotros volvemos a escalar la montaña. Salud.

—Me alegro de no haber sido yo quien la ha visto —admitió Mei—. Y dejemos ya el tema. Hace mucho que no estamos todos despiertos; no discutamos.

—Nada de discusiones —convino Gwenda—. Nada de tristeza. Eso es lo que quiero por mi cumpleaños.

Sisi asintió.

—Pues ahora que ya está claro —dijo Portia—, ¿puedes subir la luz, Maureen? Llévanos a algún lugar desconocido. Me apetece algo sofisticado, un sitio con historia. Una vieja mansión inglesa con una chimenea y un fuego crepitante, armaduras, tapices, jacintos silvestres, ovejas, páramos, detectives con gorros con orejeras, Cathy arañando los cristales y todo eso.

—Pero no es tu cumpleaños —le recordó Sullivan.

—A mí me da igual —la defendió Gwenda.

Portia le tiró un beso.

La brisa cruzó la sala de nuevo. La mesa se hundió en el suelo. Las paredes curvas se retiraron dejando tras de sí mobiliario y decoración creados como por extrusión. También dos galgos jadeantes. En lugar de en la Sala Grande, se hallaban en un gran salón de cuyas paredes de yeso colgaban tapices desgastados y enmohecidos. Losas de piedra y vigas ennegrecidas. Un fuego crepitante. Al otro lado de las ventanas geminadas, un jardinero y su ayudante recogían rosas.

Se olía el frío que venía de las losas, el tronco de tejo que ardía en la chimenea, las rosas y el polvo de varios siglos.

—El hogar de la familia Halfmark —anunció Maureen—. Construido en 1508. En 1575, la reina Isabel se detuvo aquí durante un viaje real que estuvo a punto de arruinar a los Halfmark. Churchill se alojó en la casa un fin de semana de diciembre de 1942. Se guardan muchas fotografías del acontecimiento. En su momento se dijo que era la finca con más espíritus de toda

Inglaterra: tres monjes, una dama gris, una dama blanca, una niebla amarilla y un venado.

—Justo lo que yo quería —dijo Portia—: flotar como un fantasma en un viejo caserón inglés. Quita la gravedad, Maureen.

—Te aprecio mucho, mi niña —confesó Aune—, pero anda que no eres rara.

—Claro que sí. Todos lo somos.

Estiró los brazos y las piernas y empezó a rodar por la sala con el pelo revoloteándole alrededor de la cara. Cuando le pasaba eso a Gwenda, ella lo odiaba.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —sugirió Sisi—: Que cada uno escoja uno de los tatuajes de Gwenda y se invente una historia.

—¡Me pido el fénix! —dijo Sullivan—. Es una apuesta segura.

—No —intervino Portia—, vamos a contar historias de fantasmas. Aune, empieza tú. Maureen se encarga de los efectos especiales.

—No sé ninguna —dijo Aune lentamente—. Sé alguna de trols... No, espera: ya me acuerdo de una. Me la contó mi bisabuela y va sobre la granja de Pirkanmaa donde creció.

La Sala Grande se oscureció hasta que cada uno de los presentes no fue más que una sombra flotando en la penumbra. Sisi le rodeó la cintura a Gwenda con el brazo. Al otro lado de las ventanas, los jardineros y los rosales habían desaparecido. Sólo se veía una pequeña granja y campos salpicados de rocas; en la loma que se elevaba hacia el cielo del ocaso, un bosque de coníferas.

—Eso es —dijo Aune—, es justo así. Estuve una vez, cuando era pequeña. La granja estaba en ruinas, pero el mundo habrá vuelto a cambiar y tal vez construyeran una nueva o se haya convertido todo en una gran arboleda.

»Cuando ocurrió lo que os voy a contar, mi bisabuela era una niña de ocho o nueve años. Iba a la escuela sólo parte del año y, durante el resto, ella y sus hermanos trabajaban en la granja. Su deber era sacar las vacas a una pradera donde había muchos tréboles y glycerias. Las vacas eran enormes y ella muy menuda, pero sabían que cuando las llamaba tenían que acudir. Por la tarde recogía el ganado y volvían por un camino que bordeaba una colina. Pasaban junto a una pradera que, a pesar de quedar más cerca de la granja y del buen aspecto del pasto, su familia no utilizaba. Había un riachuelo y un árbol viejo, todo un señor. Bajo el árbol, una roca: una gran losa con forma de mesa.

Al otro lado de las ventanas de la casa Halfmark se formó un árbol entre la hierba alta.

—A mi bisabuela no le gustaba esa pradera y, a veces, veía gente sentada alrededor de la losa, comiendo y bebiendo. Llevaban ropajes antiguos, del tipo que debía de llevar su propia bisabuela, y sabía que llevaban muertos mucho tiempo.

—¡Ay! —exclamó Mei—. ¡Mirad!

—Eso es —dijo Aune con voz tranquila e impasible—. Así eran. Un día, mi bisabuela, que también se llamaba Aune y perdón porque supongo que os lo tendría que haber dicho desde el principio, volvía a casa bordeando la colina con las vacas y miró cuesta abajo, hacia la pradera. Sentadas a la mesa estaban las personas que comían y bebían, y mientras ella las observaba, se volvieron y la vieron. La saludaron y empezaron a hacerle gestos para que bajase y compartiera la mesa con ellos. Pero no lo hizo, sino que regresó a casa y se lo contó a su madre. A partir de ese

día, la tarea de llevar a las vacas a pastar se la encargaron a su hermano, que era un chico con muy poca imaginación.

Los comensales saludaban desde debajo del árbol a Gwenda y a Mei y a Portia y al resto.

—Escalofriante —admitió Portia—. Me ha gustado. ¿Qué opinas, Maureen?

—Es una buena historia —respondió Maureen—. Me ha encantado lo de las vacas.

—Maureen, las vacas no tenían nada que ver. Bueno, da igual.

—Yo sé otra —anunció Sullivan—. Se parece un poco a la de Aune.

—Puedes cambiar algún detalle —dijo Portia—. A mí no me importa.

—Os lo voy a contar tal y como me lo narraron a mí. En cualquier caso, pasó en Kentucky en lugar de en Finlandia y no hay vacas. Quiero decir que las hubo, porque se trata de otra granja, pero no tienen nada que ver con la historia. Me la contó mi abuelo.

Los jardineros volvían a estar fuera y a Gwenda le pareció que eran espíritus. Iban y venían, siempre haciendo lo mismo. Se preguntó si ser rico era eso: que te cuidase una tropa de sirvientes casi invisibles, casi fantasmas, a los que apenas prestabas atención. Como Maureen, por ejemplo.

Sea como fuere, todos eran espíritus.

Ella y Sisi estaban cómodamente tumbadas en el aire, agarradas de la cintura de la otra para no separarse mientras flotaban por encima de uno de los galgos, que no paraba de mover las orejas. El calor que irradiaba el hogar le cubría el brazo y una pierna como un manto de vello y le provocaba una agradable quemazón en un lado de la cara. Si ocurría algo, si un meteorito atravesaba un mamparo, si se desataba un incendio en la Galería Larga, si reventaba una juntura y salían despedidas al espacio, ¿conseguirían ella y Sisi no soltarse? Decidió que sí. Que ella se mantendría asida.

La voz de Sullivan era maravillosa, ideal para contar historias. Estaba describiendo la parte de Kentucky donde aún vivía su familia. Cazaban cerdos salvajes en el bosque y los domingos iban a misa. Una vez sobrevivieron a un tornado.

La lluvia azotaba las ventanas de la casa de los Halfmark. Se olía el ozono que formaba gotas en el cristal. Los árboles crujían y agitaban las ramas.

Tras el paso del tornado, unos hombres llegaron a casa del abuelo de Sullivan. Iban en busca de una chica que había desaparecido, y el abuelo, que entonces era joven, acompañó a la partida. Los caminos de cazadores habían desaparecido y partes del bosque habían quedado arrasadas. El abuelo de Sullivan estaba con los que la hallaron; le había caído un árbol encima que a punto estuvo de partirla por la mitad. La encontraron arrastrándose, clavando las uñas en la tierra para tirar de su propio peso y, como no pudieron hacer nada, murió ante sus ojos.

—Después de eso —prosiguió Sullivan—, mi abuelo volvió a cazar en ese bosque un par de veces, y luego no regresó más. Decía que sabía el ruido que hacía un fantasma al caminar, pero que nunca antes los había oído arrastrarse.

—¡Mirad! —dijo Portia.

Al otro lado de la ventana, algo avanzaba entre la tierra revuelta.

—¡Basta, Maureen! ¡Para! ¡Quítalo!

Volvieron los jardineros con las temibles tijeras de podar.

—No más historias de fantasmas de viejos, ¿vale?

Sullivan se elevó hacia el techo encalado.

—Portia, si no quieres escucharlas, no las pidas —la regañó.

—Ya, tienes razón. Pero me ha dado miedo. Eso querrá decir que era buena, ¿no?

—Vale —respondió Sullivan, aplacado—, sí, era buena.

—Pobre chica —se lamentó Aune—. Mira que tener que revivir ese momento una y otra vez.
¿Quién querría ser fantasma?

—A lo mejor no siempre es malo —apuntó Mei—. Puede que haya fantasmas cuerdos.
Fantasmas felices.

—La verdad es que yo no lo acabo de pillar —confesó Sullivan—. Me refiero a que se suele decir que los espíritus son una advertencia. Y en ese caso, ¿cuál es la moraleja? ¿Que no te pille un tornado en el bosque? ¿No dejes que algo te parta por la mitad? ¿No mueras?

—Yo creía que más bien eran como un recuerdo —dijo Gwenda— y que en realidad no están ahí. Que son como un eco que ha perdurado y se sigue oyendo para contarnos lo que hicieron y lo que les ocurrió.

—Pero los de Aune —repuso Sisi—, los de la otra Aune, la miraban. Querían que se acercase y comiera con ellos. ¿Qué hubiera pasado si les hubiese hecho caso?

—Nada bueno —contestó Aune.

—Tal vez sea genético —dijo Mei—. Lo de ver espectros y cosas así.

—Entonces Aune y yo tendríamos cierta predisposición —señaló Sullivan.

—Yo no —comentó Sisi—. Nunca he visto un fantasma.

Se quedó pensando un instante.

—A menos que lo fuese... Ya sabes a qué me refiero. Pero no, no era un fantasma. Lo que vi, no. ¿Cómo iba a ser una nave un fantasma?

—No lo pienses más —le imploró Mei—. Y dejemos de contar historias de miedo. Es mejor que contemos chismes y hablemos de cuando teníamos vida sexual.

—No —contestó Gwenda—, yo quiero una historia más. Sólo una, por mi cumpleaños.
¿Maureen?

La brisa le lamió la oreja.

—Dime.

—¿Conoces alguna?

—En la biblioteca tengo todos los relatos de Edith Wharton, de M. R. James y de muchos más —respondió—. ¿Quieres que os cuente una de éstas?

—No, prefiero una de verdad.

—Mei, tú debes de saber alguna —dijo Portia—. Pero una sin viejos. ¿Qué tal una historia de fantasmas pero en plan sexy?

—Dios mío, qué va. Gracias a Dios, no me he cruzado con ningún fantasma sexy.

—Yo sí sé una —apuntó Sisi—. Claro que no es mía: ya he dicho que nunca he visto una aparición.

—Venga —la animó Gwenda.

—Lo que decía: no es una historia de fantasmas y tampoco es mía. No sé muy bien qué era, pero va sobre un hombre con el que estuve saliendo.

—¡Una historia de novios! —exclamó Sullivan—. Me encantan. ¿De quién se trata?

«Podríamos ir hasta Proxima Centauri y volver sin que a Sisi se le acabasen las anécdotas de novios —pensó Gwenda—. Pero aquí está ella, aquí estamos todos juntos. Y ¿qué son ellos? Están muertos y enterrados, ¿son fantasmas! Del primero al último.»

—Creo que aún no os había hablado de él —explicaba Sisi—. Fue en la época en la que no se construían naves, ¿os acordáis? Cuando no paraban de enviarnos a recaudar fondos. Se suponía que yo era una especie de embajadora del espacio, pero lo de «baja» era por la línea del escote del vestidito negro que me hacían llevar. Tenía que ser seductora y noble y representar todo lo que hacía que salir al espacio exterior mereciese la pena. Y la cuestión es que lo hice tan bien que me enviaron a Londres a hablar con un consorcio de inversores y peces gordos. Conocí a toda clase de tipos, pero sólo conecté con uno de ellos: Liam.

»Y, bueno, aquí es donde se complica la cosa un poco. La madre de Liam era inglesa. Venía de una familia muy antigua con mucho dinero y poca supervisión, y cuando llegó a la adolescencia ya estaba totalmente descarriada. Alcohol, drogas, satanismo recreativo y todo lo que se te ocurra. La echaron de todas las escuelas e institutos y, después de eso, de los mejores centros de rehabilitación. Al final la repudió hasta su propia familia. Acabó pasando un par de años en la cárcel y después tuvo un bebé: Liam. Luego estuvo dando tumbos por Europa y, cuando el niño tenía siete u ocho años, la madre encontró a Dios y se reformó. Para entonces, sus padres ya habían muerto a causa de uno de esos supervirus y su hermano lo había heredado todo. Volvió al hogar ancestral (imaginad un sitio como éste, ¿vale?) e intentó hacer las paces con su hermano. ¿Me seguís?

—Así que se trata de la clásica historia de fantasmas inglesa... —protestó Portia.

—Ni te lo imaginas —dijo Sisi—. El caso es que el hermano era un imbécil. Y dejad que os repita una vez más que la familia tenía dinero para aburrir, no tenéis ni idea de cuánta pasta podían llegar a tener. La madre, el padre y el hermano eran aficionados a coleccionar arte, arte contemporáneo: videoinstalaciones, arte en vivo, cosas muy raras. Y le encargaron a un artista americano que hiciese una instalación específica para su finca. Al menos así es como lo llamó Liam. Se supone que debía ser un comentario sobre el intercambio transatlántico, la relación postcolonial entre Inglaterra y Estados Unidos o algo así. Y lo que hizo fue comprar una casa unifamiliar de un suburbio de Arizona, el estado donde, por cierto, aún se puede visitar el puente de Londres original. El artista compró la casa alrededor del año 2000 y con ella todo lo que iba dentro: hasta los rollos de papel higiénico y las latas de sopa de la despensa. Hizo que desmantelasen el edificio, numeró las piezas, tomó infinidad de fotografías y grabó vídeos para saber dónde iba cada cosa con precisión absoluta, y lo envió todo a Inglaterra, a la finca de la familia de Liam, donde lo reconstruyó. Al mismo tiempo hizo construir una casa justo al lado. Era una réplica exacta: desde los cimientos a los cuadros de la pared y las latas de sopa de las estanterías de la cocina.

—¿Para qué? —preguntó Mei.

—No tengo ni idea —contestó Sisi—. Si yo tuviera tanto dinero, me lo gastaría en zapatos, alcohol y vacaciones para mí y para todos mis amigos.

—¡Así se habla! —jaleó Gwenda.

Todos levantaron las ampollas y bebieron.

—Aune, este mejunje es como una bomba. Creo que me está afectando hasta las mitocondrias.

—Es muy posible —contestó Aune—. ¡Salud!

—A lo que íbamos: la instalación doble ganó no sé qué premio y llamó mucho la atención. El asunto era que nadie sabía qué casa era cuál. Poco después, el supervirus se llevó a la madre y al padre por delante y un par de años más tarde volvió a casa la oveja negra: la madre de Liam. El hermano le dijo: «No quiero que vivas conmigo en la casa de la familia, pero puedes vivir en la finca y trabajar con el personal de servicio y mantenimiento. A cambio, te dejo vivir en la instalación». Al parecer, el artista quería redondear el proyecto llevando a alguien a vivir allí.

»El imbécil del hermano dijo: «Mi sobrino y tú podéis quedaros en la instalación. Te dejo escoger una de las dos viviendas».

»La madre de Liam se fue, lo consultó con Dios y luego se mudó a una de las dos.

—¿Cómo decidió en cuál? —preguntó Sullivan.

—Buena pregunta: no tengo ni idea. A lo mejor fue por recomendación divina. En ese momento lo que me interesaba era Liam, y sé por qué le gustaba yo a él: una chica sudafricana con pasaporte estadounidense, rastas y botas de *cowboy* que hablaba sobre que a la mínima oportunidad iba a subirse a un cohete e irse al espacio. ¿A qué hombre no le gusta una chica que no piensa quedarse mucho tiempo?

»Lo que no sé es por qué me gustaba tanto él a mí. En realidad no era guapo, pero tenía un culo inglés muy redondito. El pelo no estaba mal. Pero tenía un aire que te avisaba de que te ibas a meter en problemas. De los buenos, eso sí. Cuando lo conocí, su madre ya había muerto; y el tío también. Como familia, no andaban bien de suerte: en lugar de eso, tenían dinero. El hermano de la madre no se casó; se lo dejó todo a Liam.

»Salimos a cenar, nos mostramos todas las señales que correspondían a la situación, estuvimos un tiempo tonteando y al final me dijo que quería llevarme a su casa de campo a pasar el fin de semana. Me pareció que podía ser divertido y supongo que lo que yo tenía en mente era una de esas casitas con tejado de brezo que salen en los programas de detectives. Pero lo que me encontré fue como esto —dijo señalando a su alrededor—: un viejo caserón gigantesco. Sólo que tenía pantallas de vídeo por las esquinas que mostraban imágenes de ratones comiéndose unos a otros y de niños desayunando cereales. Encantador, ¿no?

»Me propuso dar un paseo por la finca. Estuvimos caminando durante más de un kilómetro por un paisaje típico del sur de Inglaterra, hasta que de pronto llegamos a una casa castigada por los elementos a la que se le estaba cayendo el estuco de la fachada. Me recordó a cualquier casa de toda la vida, de las que se ven en los barrios medio deshabitados del suroeste. Sólo que estaba más sola que la una, en mitad de la campiña. Chocaba mucho. Tal vez antes de que la otra aún no hubiera desaparecido en el incendio, no extrañase tanto, o al menos parecía que aquel efecto tan raro fuese intencionado, como una instalación de arte. Pero, bueno, yo creo que no, que siempre fue todo muy raro.

—Espera, vuelve atrás —le pidió Mei—. ¿Qué dices que le ocurrió a la otra casa?

—Tranquila, paso a paso —respondió Sisi—. O sea, que estábamos delante de una casa horrible y de pronto Liam me cogió y cruzó el umbral conmigo en brazos, como si fuésemos una

pareja de recién casados. Me dejó en un sofá medio podrido de color ocre y me dijo: «Me gustaría que pasases la noche conmigo».

»Y yo le dije: «¿Aquí?». Me contestó: «Crecí aquí. Ésta es mi casa». Y ahora volvemos al punto en que Liam y su madre se mudaron a la instalación.

—Esta historia no es como las demás —comentó Maureen.

—Si te digo la verdad, no la he contado nunca. Ni siquiera estoy segura de cómo explicaros el resto.

—Liam y su madre se mudaron a la instalación — empezó Portia.

—Eso. La mamá de Liam escogió una y se fueron a vivir allí. Él era un renacuajo, un crío un poco anómalo, por cómo habían vivido hasta entonces. Y tenían que cumplir una serie de normas increíbles, como que no podían comer nada de lo que había guardado en los armarios de la cocina, porque formaba parte de la instalación. En lugar de eso, tenían un frigorífico pequeño en el armario de la habitación. Ah, y en los armarios de los cuartos había ropa. Y una tele, pero era un aparato viejo que el artista había instalado para que emitiese únicamente programas del año 2000 y de poco después, cuando en la casa aún había inquilinos.

»En la moqueta de algunas de las habitaciones había unas manchas curiosas. Manchas grandes de color marrón.

»Total, que a Liam eso no le importa porque puede elegir el cuarto que quiera, que es uno que parece equipado para un niño uno o dos años mayor que él. En el suelo hay una maqueta de un tren con el que puede jugar, siempre y cuando tenga cuidado. También hay cómics, historietas muy buenas que aún no ha leído. Las sábanas tienen dibujos de vaqueros y debajo de la ventana, en la esquina, hay una mancha grande.

»Mientras no estropee nada, le dejan entrar en todas las habitaciones. Hay una de color rosa con dos camas. Y una mancha en el armario; una muy muy grande. Otro de los dormitorios es para un chico algo mayor y en las paredes hay pósteres de actrices que Liam no reconoce y un montón de cosas sobre deportes americanos. Fútbol, pero del otro tipo.

»La madre duerme en el dormitorio rosa. Lo normal sería que se quedase el de matrimonio, pero la cama no le gusta. Dice que es incómoda. Además, tiene una mancha que atraviesa el edredón y las sábanas. Es como si hubiera brotado del colchón.

—Ay, ay, ay —dice Gwenda, que cree saber por dónde va la historia.

—Ni que lo digas. Pero no olvidéis que hay dos casas y la mamá de Liam es responsable del cuidado de ambas. También es voluntaria en la parroquia del pueblo donde Liam va a la escuela. Durante los primeros quince días, sus compañeros le propinan paliza tras paliza, pero al cabo de poco tiempo pierden el interés y lo dejan en paz. Por las tardes vuelve a casa y juega en las dos viviendas. A veces se queda dormido viendo la televisión y cuando se despierta no está seguro de en cuál está. Otras, su tío lo invita a pasear por la finca o a ir a pescar. El tío le cae bien y de vez en cuando lo lleva a la casa grande a jugar una partida de billar. Le organiza clases de equitación, que le parecen lo mejor del mundo porque puede fingir que es un vaquero. A lo mejor por eso le gusté. Por las botas.

»A veces juega a polis y cacos. Antes de que su madre se reconciliase con la religión, conoció a un montón de maleantes, y aún no está seguro de a qué bando pertenece: si a los buenos o a los

malos. La relación con su madre es complicada. La vida es mejor de lo que era, pero la religión le roba el mismo espacio que antes las drogas; y eso no deja mucho margen para Liam.

»El caso es que en la televisión ponen varios programas de policías, y tras unos meses ya ha visto todos los episodios al menos una vez. Hay uno que se llama «CSI» que va de huellas dactilares, asesinatos y sangre. Al cabo de un tiempo empieza a hacerse una idea de qué son las manchas que hay en su cuarto, en la habitación de matrimonio y en el resto de la casa: en el salón, en el sofá y la que está junto al sillón reclinable que no se ve de buenas a primeras porque está escondida. En el papel de la pared del comedor hay una mancha que enseguida le recuerda a una mano.

»Así que Liam ata cabos y empieza a preguntarse si allí no habrá pasado algo malo. Y lo mismo en la otra casa. Ha crecido y ya tiene diez u once años y quiere saber por qué hay dos casas exactamente iguales, una al lado de la otra. ¿Cómo es posible que hubiera dos asesinatos, o una serie de asesinatos, en los que todo ocurrió exactamente por duplicado? No se lo quiere preguntar a su madre, porque de un tiempo a esta parte no hace más que contestarle con versículos de la Biblia. Y tampoco quiere hablar con su tío, porque, a medida que va haciéndose mayor, se da cuenta de que, a pesar de que se comporta con amabilidad, en realidad no es muy agradable. La razón por la que se porta bien con él es que es su heredero.

»Le ha enseñado otras de las piezas de su colección y le dice que tiene suerte, que le envidia el hecho de poder formar parte de una obra de arte. Liam sabe que la casa viene de Estados Unidos y cómo se llama el artista que diseñó la instalación: con eso le basta para conectarse a internet y averiguar la situación: se trata ni más ni menos de que la casa original que el artista compró y trasladó fue la escena de varios asesinatos. Un adolescente se levantó en mitad de la noche y mató a toda su familia con un martillo. Y el artista se inspiró en lo que hacían los ricos y adinerados a principios del siglo anterior, que era comprar castillos en el extranjero y llevarlos piedra a piedra hasta Texas o Pensilvania o adonde fuese. Se suponía que muchos de esos castillos tenían fantasmas, así que, ¿por qué no comprar un castillo encantado y traértelo a la finca? Ésa era la idea principal: darle la vuelta a esa moda. La segunda premisa era qué es lo que hace que una casa esté encantada. Si coges todas las partes, las transportas hasta el otro lado del océano Atlántico y la reconstruyes tal y como estaba, ¿te llevas también al espíritu? Y si puedes recomponer una casa encantada ladrillo a ladrillo, ¿puedes construirla de cero recreando todos los elementos originales? La tercera premisa era pasar de fantasmas y tener inquilinos de verdad. Una familia dando vueltas por la casa, cualquiera de las dos. Y aún mejor: como no saben cuál es cuál, ¿sabrán distinguir la original de la copia? ¿Verán fantasmas en la verdadera? ¿Y en la de mentira?

—¿Y en cuál de las dos vivían? —preguntó Sullivan.

—¿Crees que importa? Liam pasaba horas y horas en las dos y dice que nunca supo cuál era la original ni cuál estaba encantada. El artista era el único que lo sabía.

»Os voy a contar el final tan resumido como pueda. Cuando Liam me llevó a ver el lugar donde creció, una de las casas gemelas había desaparecido en un incendio. La quemó la madre, quién sabe si por motivos religiosos. Liam no me dio muchas explicaciones, pero tuve la impresión de que tenía que ver con su adolescencia. Siguieron viviendo allí y Liam creció.

Supongo que su madre lo pilló en la casa en la que no vivían con alguna chica o fumando hierba o algo así. Para entonces estaba convencida de que una de las dos viviendas estaba ocupada por espíritus atormentados, pero no era capaz de distinguir cuál. En todo caso, no le sirvió de nada: si los había en la que destruyó, se mudaron a la otra. ¿Cómo no iban a hacerlo, si ya lo tenían todo colocado tal y como les gustaba?

—Espera, entonces, ¿había fantasmas o no? —quiso saber Gwenda.

—Liam dice que sí. Que no los llegó a ver, pero que más adelante, cuando vivió en otras casas, se dio cuenta de que debía de haberlos. En los dos sitios. En las dos casas. Porque los otros hogares le resultaban vacíos. Me dijo que era como crecer en un sitio donde había una fiesta permanente o una pelea de bar que dura años o en una casa donde la tele está siempre puesta. Y luego te vas de la fiesta o te echan del bar y de pronto te das cuenta de que estás a solas. Y de que sin la televisión no duermes igual de bien. No pegas ojo. Decía que cuando no estaba en la casa de los asesinatos, estaba como alerta; le faltaba algo y no sabía el qué. Creo que eso es lo que yo le noté: esas vibraciones de más, esa forma de estar buscando algo, igual que un radar inquieto.

—Menuda cabronada —dijo Sullivan.

—Sí. La relación duró muy poco. Y ésta es mi historia de fantasmas.

—No, espera, vuelve atrás —le pidió Mei—. ¡No puede acabar así!

—No hay mucho más que contar —explicó Sisi—. Habíamos llevado cosas para cenar: langosta, champán y todo eso. Comimos en la mesa de la cocina, y me habló de su infancia antes de enseñarme la casa. Me mostró las manchas, los sitios donde había muerto cada uno. Yo no hacía más que mirar por las ventanas, porque empezaba a ponerse el sol y no quería estar allí después de que anocheciese.

De pronto estaban dentro, viajando por las habitaciones, una a una.

—Maureen —dijo Mei—, ¿te importa cambiar?

—Claro que no —respondió Maureen.

Enseguida volvieron los galgos, la chimenea y las rosas. Las sombras lamían las losas y se agarraban a los tapices, oscureciéndolos.

—Mejor, gracias —admitió Sisi—. Lo has buscado en internet, ¿verdad, Maureen? Así es como yo la recuerdo. Total, que salí afuera a pensar y echar un cigarrillo. Sí, ya sé lo que estás pensando: mala astronauta. Pero es que aún quería acostarme con él. Una vez nada más. Vale que era un caso de psiquiátrico, pero ¿qué importaba? A veces el sexo con gente pirada es lo mejor que hay. Cuando volví adentro todavía no lo tenía claro, pero me decidí enseguida. Porque el tío... no estaba en la cocina. Me lo encontré en el suelo de la habitación infantil, debajo de la ventana, ¿vale? Encima de la mancha. Estaba revolcándose en ella: como los gatos. Y ponía una cara... como cuando les das nébeda y se vuelven locos. Salí corriendo de allí. El Land Rover tenía las llaves puestas y me lo llevé. Luego lo abandoné en un bar de carretera y volví a casa haciendo autostop. No volví a ver a Liam.

—Tú ganas —dijo Portia—. No sé el qué, pero ganas. Ese tío estaba fatal.

—¿Qué me dices del artista? O sea, de lo que hizo —comentó Mei—. De no ser por él, Liam hubiese estado cuerdo, ¿no? Ahí hay una moraleja. Por ejemplo, imaginad que encontramos un planeta habitable que cumpla el principio de Ricitos de Oro. Si las condiciones son adecuadas y

plantamos árboles y criamos vacas, ¿conseguiremos también la mesa con los fantasmas sentados a su alrededor? ¿Es posible que vayan en el lote de Aune? ¿Que estén con nosotros aquí y ahora? Si le pedimos a Maureen que nos construya una casa encantada, ¿tendrá que crear también los espíritus o aparecerán por sí mismos?

—Sería un experimento interesante —dijo Maureen.

La Sala Grande empezó a cambiar a su alrededor. Primero apareció el sofá.

—¡Ni te atrevas, Maureen! —exclamó Portia.

—No necesitamos hacer ningún experimento. Quiero decir, ¿no está en marcha ya? —apeló Gwenda a los demás, a Sullivan, a Aune—. ¿Sabéis a qué me refiero?

—La verdad es que no —admitió Sisi—. ¿Qué quieres decir?

Gwenda los miró uno a uno y al final volvió a Sisi, que se estiró con pereza, ingrátida. Pensó en la mancha de la moqueta, en el hombre revolcándose en ella como un gato.

—Gwenda, querida, ¿qué intentas decirnos? —insistió Sisi.

—Tengo una historia de fantasmas —dijo Maureen—. Parece que al final sí sé una. ¿Queréis que os la cuente?

Antes de que pudieran contestar estaban de nuevo en la Sala Grande, sólo que al mismo tiempo estaban fuera. Flotaban en una gigantesca nada, aunque allí estaba la mesa con la cena servida, a la que todos se habían sentado.

La sala se oscureció, bajó la temperatura y la tripulación perdida de la nave *La casa del misterio* apareció alrededor de la mesa.

La tripulación de la nave gemela, viejos amigos suyos, levantaron la mirada de los platos e interrumpieron la conversación. Se volvieron y miraron a la tripulación de *La casa de los secretos*. Llevaban uniformes de gala como si estuvieran celebrando algo, pero una catástrofe los había destrozado. Levantaron manos lisiadas y mutiladas y saludaron sonriendo.

Olía a quemado, productos químicos y putrefacción helada que a Gwenda le resultó casi familiar.

Y de pronto alrededor de la mesa estaban sus amigos: Mei, Sullivan, Portia, Aune, Sisi. Se vio a sí misma, sentada, partida casi por la mitad. Se levantó, avanzó hacia sí misma y desapareció.

La Sala Grande recuperó su aspecto de la nada y del horror. Volvían a estar en la mansión inglesa; en el aire, una especie de rocío agrio suspendido. Alguien había vomitado. Otra sollozaba.

—Maureen, eso ha sido muy cruel —se lamentó Aune.

Pero Maureen no dijo nada. Recorrió la sala como un fantasma, formando una bola con el vómito.

—¿Qué narices era eso? —preguntó Sisi—. ¿Maureen, de qué vas? Gwenda, cariño...

Intentó agarrarla de la mano, pero Gwenda se apartó.

Un espasmo la dobló, y tendió los brazos para apoyarse en la pared. Frente a ella, a la derecha, la nave *La casa de los secretos*; y a la izquierda, *La casa del misterio*.

Ya no era capaz de distinguir la una de la otra.

LUZ

dos hombres, uno criado por lobos

El hombre sentado a su lado en la barra: encorvado como un garfio sobre algún objeto. No era una bebida, era un libro. Un libro para niños sobado y con las esquinas dobladas. Al darse cuenta de que ella lo observaba, sonrió y dijo:

—¿Tienes fuego?

Era viernes por la noche, y The Splinter estaba hasta los topes de hombres diciendo cosas. Por ejemplo, un tipo en uno de los reservados: «Sí, claro, puedes haber crecido en una manada de lobos y aun así llevar una vida normal, pero...».

—No fumo —respondió ella.

El hombre se irguió.

—No, un mechero no. Necesito fuego, para iluminar. ¿Tienes una luz?

—No le entiendo —admitió ella, pero, como no tenía mal aspecto y sí cierto atractivo, añadió —: Lo siento.

—Putas retrasadas —musitó él—. Da igual.

Y se concentró de nuevo en el libro. Las páginas estaban grasientas, reblandecidas; había alguna rasgada. Lo tenía abierto por una página donde había una ilustración de acuarela de un niño y una niña delante de un dragón del tamaño de una furgoneta Volkswagen. Tenía un bolígrafo en la mano, les había dibujado bocadillos y estaba escribiendo palabras. Los niños decían..

Cerró el libro de golpe. Era de una biblioteca.

—Disculpe —dijo ella—. Soy bibliotecaria en una biblioteca para niños. ¿Podría preguntarle por qué está estropeando ese libro?

—¿Qué sé yo? Usted sabrá si puede. A lo mejor sí o a lo mejor no, pero ¿para qué me lo pregunta?

El hombre le dio la espalda y volvió a encorvarse sobre la ilustración.

Ésa fue la gota que colmó el vaso. Había sido niña y era socia de una biblioteca. Abrió el bolso y del kit de costura de tamaño viaje sacó una aguja que se guardó en la palma de la mano. Cuando se acabó el ron con ron con cola —una bebida que había inventado cuando tenía veinte años y que aún le gustaba mucho—, le dio al hombre un buen pinchazo en la nalga izquierda. Fue muy rápida. En un abrir y cerrar de ojos volvía a tener la mano en el regazo y ya estaba haciéndole señales al camarero para que le sirviera otra copa cuando el hombre dio un alarido y se puso

recto como un palo. Todos los presentes lo miraban. Se bajó del taburete y se fue a toda prisa después de lanzarle una mirada de odio.

En la aguja había una gota de sangre que limpió con una servilleta.

En una mesa cercana, tres mujeres hablaban sobre un nuevo universo de bolsillo. Sobre una nueva dieta. Sobre el bebé de una compañera de trabajo: una niña que ha nacido sin sombra. Según decía una de ellas —alguien la llamó Caroline—, era una faena pero, gracias a Dios, no tanto como podría haber sido. La conversación derivó hacia una larga y lubricada discusión sobre sombras sin receta médica, sombras protésicas que se adquirirían en casi todas las farmacias; no eran caras y sí razonablemente duraderas. Todas estaban de acuerdo en que era casi imposible distinguir entre una sombra hecha en casa o comprada en un comercio y una real. Caroline y sus amigas se pusieron entonces a hablar de los bebés que nacen con dos. Esos niños no eran felices; no se llevaban bien con otros críos. Y se podía separar un par de sombras con unas tijeras de manualidades, pero esa solución no era duradera: al cabo del día la segunda siempre había vuelto a crecer y se había hecho el doble de larga. Pero si no la recortabas, llegaba un momento en que tenías mellizos, uno un poco más real que el otro.

Lindsey había crecido en una casa con las paredes exteriores de estuco, en un adfesio de urbanización del condado de Dade. A un lado había varios naranjales y delante de su casa, una nada pisoteada y machacada. Un descampado salvaje cuya vegetación creció y acabó sobrepasando los límites de la urbanización. Banianos cargados de epifitos puntiagudos que bebían aire; arañas del banano; túneles hechos de arrecifes de coral apenas cubiertos por una arena fina y negra en la que Lindsey y su hermano se metían y de donde emergían rasguñados, ensangrentados y triunfales. Allanadas depresiones grandes como campos de fútbol, allanadas con bulldozers que cuando llovía se llenaban de agua y producían miles de sapitos de color ocre del tamaño de una uña. Lindsey los metía en botes de cristal. Cazaba tarántulas, lagartijas, saltamontes amarillos y rosa —sólidos como cochecitos de juguete— que cuando los encerrabas en el puño escupían un líquido marrón como si mascasen tabaco; cangrejos azules que tomaban el jardín por asalto, cruzaban la casa y caían a la piscina, donde se ahogaban. Salamanguetas de vientre aterciopelado y entrañas de reloj apergaminado, corteza de árbol que hacía tictac. Escorpiones, culebras, serpientes de coral, serpientes del maíz, «rojo y amarillo, mata al más pillo; negro y rojo, no muerde ni a un cojo»; anolis, de color oscuro hasta que proyectan el abanico carmesí de la papada. Cuando Lindsey tenía diez años, cayó un rayo y provocó un fuego debajo del arrecife de coral. Durante toda una semana la tierra estuvo caliente y de ella salían columnas de humo como fantasmas. Dejaron los sistemas de riego funcionando, pero el césped se les murió igualmente. Y había serpientes por todas partes. Su nuevo hermano mellizo, Alan, cazó cinco y luego perdió tres dentro de casa, mientras veía los dibujos del sábado por la mañana.

La infancia de Lindsey fue feliz. Las mujeres del bar no tenían ni idea de lo que hablaban.

Casi le dio pena que el hombre que tenía sus propias teorías sobre crecer en una manada de lobos se acercase a la mesa y le tirase el contenido de su copa a la mujer que se llamaba Caroline. Se formó un buen jaleo, y Lindsey aprovechó para marcharse. Se fue caminando tranquilamente sin haber pagado la cuenta. Cruzó miradas con quien quería cruzarlas. Ambos llevaban un rato pensando en salir de allí, así que el hombre que tiraba copas a la cara y tenía sus propias teorías

sobre crecer con una manada de lobos y ella fueron a pasear por la playa. Era encantador, pero le pareció que sus teorías no eran más que eso: encantadoras. Cuando se lo dijo, él dejó de serlo tanto pero aun así lo invitó a su casa.

—Me gusta tu casa —dijo él—. Sobre todo los cacharritos.

—Todo eso es de mi hermano —respondió Lindsey.

—¿Tu hermano? ¿Vive contigo?

—No, por Dios. Está..., no sé. Donde quiera que esté.

—Yo tuve una hermana, pero murió cuando yo tenía dos años —le contó él—. Como padres, los lobos no valen una mierda.

—Ja —dijo ella, como para ver qué pasaba.

—Ja —contestó él.

Mientras la desvestía, dijo:

—Fíjate...

Sus cuatro sombras tendidas sobre la cama de matrimonio, las sábanas pegajosas y arrugadas a pesar de que no habían empezado a hacer el amor. Al ver las sombras lánguidamente entrelazadas, el hombre lobo volvió a ser encantador.

—Mira qué tetitas más monas —repetía una y otra vez, como si ella no se hubiera percatado aún de lo pequeñas y bonitas que eran.

Exclamó ante todas las partes de su cuerpo, y ella después durmió muy mal, preocupada por si él se marchaba sin que se diese cuenta, llevándose una de las partes o miembros que había admirado con tanta vehemencia.

Por la mañana se despertó atrapada bajo el peso del hombre lobo, como si su cuerpo fuera las ruinas de un edificio destartado que le había caído encima. Cuando intentó escurrirse de debajo de él, éste se despertó y se quejó de una puta resaca de proporciones épicas. La llamó Joanie varias veces, le pidió unas tijeras y pasó un buen rato en el baño a puerta cerrada, mientras ella leía el periódico. «Red de contrabando desarticulada por _____.» «Gobierno derrocado en _____.» «Familia muy numerosa vista por última vez en _____.» «Empieza la temporada de huracanes en _____.» El hombre lobo salió del baño, se vistió a toda prisa y se largó.

Dentro encontró un esponjoso montoncito negro: la sombra amputada o gemelo muerto, y tres toallas mojadas y apestosas tiradas en el suelo. En el lavamanos había restos de barba negra y las tijeras de las uñas estaban desafiladas y cubiertas de algo oscuro como el alquitrán.

Tiró las toallas hediondas a la basura, barrió la sombra, la dobló y la metió en una bolsa grande para congelar. La llevó a la cocina y también la tiró. Después dejó correr el agua un buen rato.

Luego salió a sentarse al jardín y estuvo mirando a las iguanas comerse sus flores de hibisco. Eran las seis de la mañana y ya hacía bastante calor.

Las esponjas absorben el agua. El agua atrapa la luz. Cuando no estaba llena de alcohol, Lindsey estaba vacía del todo. El agua del canal se veía vidriada, veteada de luz que no se quedaba quieta. Daba asco. Y ella empezaba a tener uno de sus dolores de cabeza. La luz la azotaba y su segunda sombra empezó a ondear y rizarse como las vetas de luz en el canal. Volvió adentro. Cuando lo cascó, el huevo de la puerta tenía un coágulo de sangre en la yema. Le gustaba añadir vodka al zumo de naranja, pero no tenía zumo en la nevera ni vodka en el congelador; sólo una iguana tirando a pequeña.

Los Cayos estaban plagados de iguanas. Se le comían el hibisco y, de vez en cuando, atrapaba una de las más pequeñas con el recogehojas de la piscina y la metía en el congelador unos cuantos días porque se suponía que era la forma más considerada de deshacerse de ellas. Se podían comer, aunque prefería no hacerlo. Era vegetariana.

Si veía alguna más grande, le ponía comida. Les gustaba la fruta madura y a ella mirarlas comer. Sabía que la forma en que las trataba no era justa ni consecuente, pero que le iba a hacer.

hombres con mala suerte jugando a las cartas

El trabajo de Lindsey no tenía especial dificultad. Érase una oficina y, detrás de ella, un almacén lleno de gente durmiente. Una agencia de la capital les pagaba por responsabilizarse de ellos. Todos los años había algún montañero o espeleólogo u obrero de la construcción que encontraba unos cuantos más y nadie sabía qué hacer para despertarlos. No sabían qué significaba, qué hacían, de dónde venían. Ni siquiera tenían claro si eran personas.

En el almacén siempre había al menos dos guardias de seguridad de servicio y, a ojos de Lindsey, en general eran un hatajo de perversos y de gilipollas. Pasó todo el día revisando facturas y luego se fue a casa. El hombre lobo no estaba en The Splinter, y el camarero los echó a las dos de la mañana, así que obedeciendo a un impulso regresó al almacén cuatro horas después de que empezase el turno de noche.

Bickle y Lowes habían sacado a cinco durmientes: tres mujeres y dos hombres. A ellos les habían puesto gorras de propaganda y a ellas les habían quitado la ropa. Los habían colocado a todos en sillas, alrededor de una mesa plegable. Alguien había metido la mano de uno de los durmientes entre las piernas de una mujer. En la mesita había cartas: tal vez fuese una partida de *strip* póquer y las tres habían tenido mala suerte. Era complicado jugar bien estando dormida.

Larry Bickle estaba detrás de una de las chicas, con la mejilla pegada a su melena como si le estuviera dando consejos para jugar la mano que tenía. No se fijaba mucho en su vaso y le estaba empapando el regazo de cerveza.

Lindsey se quedó observando unos minutos. Bickle y Lowes habían llegado al grado de borrachera más comunicativo y torpe, el que, estando ella sobria, más detestaba. Falsa felicidad.

Cuando Lowes la vio, se levantó tan aprisa que tiró la silla.

—Ay, hola —dijo—. Eh... No es lo que parece.

Llevaban sendos gorritos de fiesta con forma de cono.

Un tercero, un hombre que Lindsey no conocía, se acercó tranquilamente por el pasillo central como si estuviera haciendo la compra. Iba en calzoncillos y gorrito.

—¿Quién es ésta? —preguntó lanzándole una mirada lasciva.

Larry Bickle echó mano a la pistola. ¿Qué pensaba hacer? ¿Pegarle un tiro?

—Ya he llamado a la policía —avisó ella.

—No me jodas —repuso él antes de acompañarlo con otras lindezas.

—¿A quién has llamado? —quiso saber Edgar Lowes.

—Llegarán dentro de diez minutos —contestó ella—. Yo de vosotros me largaría ahora mismo. Venga, fuera.

—¿Qué dice esta puta? —preguntó Larry Bickle sin asomo de alegría.

Estaba como una cuba y no había quitado la mano del arma. Ella sacó la suya, una Beretta, y la usó para señalar a Bickle y a Lowes.

—Dejad las pistolas en el suelo y quitaos los uniformes. Dadme las llaves y las tarjetas de identificación. Y tú también, seas quien seas. Si me dais las identificaciones no redactaré el informe.

—Tienes gatitos en la pistola —dijo Edgar Lowes.

—Son pegatinas de Hello Kitty. Me he llevado a muchos por delante —le advirtió, a pesar de que sólo había disparado a una persona.

Los hombres se quitaron la ropa, pero no parecían acordarse de los gorritos de cartulina. Edgar Lowes tenía una larga cicatriz morada en el pecho y se dio cuenta de que Lindsey la miraba.

—Triple *bypass*. Necesito este trabajo. Es por el seguro médico.

—Mala suerte —respondió ella.

Los siguió hasta el aparcamiento. Al tercer tipo no parecía importarle estar desnudo y ni siquiera se molestó en taparse las vergüenzas como hacían Bickle y Lowes, usando las manos a modo de coquilla.

—Solamente lo han hecho un par de veces, señora —le dijo a Lindsey—. Un amigo nos habló de ello. Es mi fiesta de cumpleaños.

Un momento después, dijo:

—Esa cámara digital es mía.

—Feliz cumpleaños. Gracias por la cámara, señor... —miró la identificación—, señor Junro. Si no dice ni pío sobre este asunto, no los denunciaré. Si está de acuerdo, diga «gracias».

—Gracias —dijo el señor Junro.

—Eso no significa que vaya a devolverle la cámara.

—No pasa nada. No importa.

Se quedó hasta que los tres se subieron al coche y se marcharon, y regresó al almacén. Dobló los uniformes, descargó las pistolas, aseó a los durmientes y usó el carrito para devolverlos a sus

compartimentos. Sobre la mesita plegable había una botella de coñac que seguramente no era de Bickle ni de Lowes, y un montón de cervezas. Bebió a buen ritmo. Le vino una canción a la cabeza y la cantó. «Mira qué cosa más linda, más llena de gracia, es esa borracha...» Era consciente de que se estaba equivocando de letra. «Una pira bañada en luz de luna, un pájaro en llamas. He intentado ser como tú.»

Eran casi las cinco de la mañana y no tenía sentido regresar a casa. El suelo subía y bajaba, y le hubiese gustado tumbarse en él.

El durmiente del compartimento 113 era Harrisburg Pensilvania. Todos recibían el nombre de su lugar de origen, aunque en otros países usaban otras nomenclaturas. Harrisburg Pensilvania tenía las pestañas largas y un cardenal en el cuello que no le desaparecía. La piel de los durmientes estaba siempre unos grados más fría de lo que uno esperaba, pero podías acostumbrarte a cualquier cosa. Puso la alarma del móvil a las siete, una hora antes del cambio de turno.

Por la mañana, Harrisburg Pensilvania seguía dormido, y Lindsey, borracha.

A su superior, que también era el jefe de toda la oficina, le dijo tan sólo que había despedido a Bickle y a Lowes. El señor Charles la miró con cara de resignación.

—Tienes cara de estar para el arrastre.

—Sí, me iré pronto a casa.

Le hubiese gustado contratar a mujeres para el puesto de los guardias, pero al final escogió a un hombre mayor con excelentes referencias y a un estudiante de posgrado, Jason, que le dijo que pensaba pasar las noches trabajando en la tesis (estudiaba Filosofía y ella le preguntó sobre qué filósofo la estaba escribiendo. Si hubiese respondido que sobre Nietzsche, quizá hubiese dado la entrevista por terminada; pero era sobre John Locke).

Ya había solicitado una ayuda adicional para costear unas cámaras de seguridad, pero cuando se la denegaron las compró igualmente. Los dos que hacían el turno de día de domingo a miércoles le daban mala espina.

de niños eran inseparables

El martes la llamó Alan. Antes de que tuviera tiempo de decir «hola», él ya estaba gritando en Lin-Lan.

—*Berma lisgo* aeropuerto. *Tus fa me?*

—¿Alan?

—Estoy en el aeropuerto, Lin-Lin. Quería saber si podía quedarme contigo unos días. No muchos, pero necesito desaparecer un tiempo. Ni siquiera notarás que estoy en casa.

—Espera, espera —le pidió ella—. Alan, ¿dónde estás?

—En el aeropuerto —repitió con evidente impaciencia—. Donde los aviones.

—Creía que estabas en el Tíbet.

—Bueno, es que no salió como yo pensaba. He decidido hacer cambios.

—Alan, ¿qué has hecho?

—Lin-Lin, por favor. Esta noche te lo explico todo. ¿A qué hora llegas, a las seis? Tendré la cena lista. Supongo que aún guardas la llave debajo del macetero roto.

—*Fisfis me* —respondió ella—. Vale.

Alan colgó.

La última vez que había visto a Alan en carne y hueso fue dos años antes, justo después de que Elliot se marchase para siempre. Su marido.

Los dos estaban bastante bebidos y, cuando se emborrachaba, Alan siempre era más agradable. Le dio un abrazo y le dijo: «Venga, Lindsey, a mí me lo puedes contar. En el fondo es un alivio, ¿a que sí?».

El cielo estaba bajo y abultado. A Lindsey le encantaba: la repentina oscuridad verdosa de la tarde y las cortinas de agua que caían con tanta fuerza que apenas le dejaban escuchar la emisora de radio en el coche ni los tranquilos y chistosos vaticinios del brujo del tiempo. Estaban investigando al vicepresidente y las pruebas de que se disponía indicaban que había tenido trato con espíritus malignos. Una mujer había dado a luz a media docena de conejos. Un grupo de hombres invisibles había atracado una gasolinera cercana. Una especie de secta había desterrado a todos los infieles de un popular universo de bolsillo. Dicho de otro modo: nada nuevo. El cielo siempre estaba a punto de desplomarse y la Ruta 1 era un atasco continuo hasta Cayo Plantación.

Alan estaba sentado en el jardín, con una botella de vino debajo de la silla y una copa en la mano llena a partes iguales de vino y agua de lluvia.

—¡Lindsey! ¿Quieres tomar algo? —le preguntó sin levantarse.

—Alan, ¡está lloviendo!

—Pero hace calor.

Cuando parpadeó, le cayeron enormes gotas de lluvia de las pestañas.

—De donde vengo hace frío.

—Pensaba que ibas a hacer la cena.

—Ah.

Se levantó y, con toda la ceremonia del mundo, intentó escurrir la camisa y los pantalones de algodón de campesino que llevaba mientras la lluvia les azotaba la cabeza.

—No tienes nada en la cocina. Hubiese preparado unos margaritas, pero el único ingrediente que tienes es la sal.

—Vamos adentro. ¿Has traído ropa seca? ¿Dónde has puesto el equipaje, Alan?

Él le lanzó una mirada traviesa.

—Ya sabes, ahí.

Sí, ya sabía a dónde se refería.

—Has metido los bártulos en la habitación de Elliot.

También solía ser su dormitorio, pero llevaba casi un año sin dormir allí dentro. Sólo lo hacía cuando estaba sola.

—Todo lo que se dejó sigue ahí. Es como si él mismo estuviera dentro, escondido entre las sábanas, dobladito como una nota secreta. Es muy raro, Lin-Lin.

Alan solamente tenía treinta y ocho años. La misma edad que Lindsey, claro; a menos que contases desde que al fin fuera lo suficientemente real como para comerse un pedazo de su propia tarta de cumpleaños. Lindsey pensó que no parecía ni un minuto más joven de los años que tenía. Más bien todo lo contrario.

—Ve a cambiarte —le propuso ella—. Voy a pedir comida para llevar.

—¿Qué hay en esas bolsas de plástico? —preguntó él.

Ella le dio un cachete en la mano.

—No es para ti.

encuentros en la fase absurda

Conoció a Elliot una noche de micro abierto en un universo de bolsillo que había en el barrio de Coconut Grove. Era una gala benéfica que se celebraba en un bar gay. Hombres por todas partes, pero casi ninguno se interesaba por ella. Cuando llegó el turno de Alan, ya estaba bebido o drogado o ambas cosas. Salió al escenario y dijo: «Si me necesitáis, estoy en el baño», y con mucho cuidado se bajó de la tarima. El público lo vitoreó. El siguiente era Elliot.

Medía casi dos metros quince, tenía el pelo amarillo como el sol y la piel verdosa. Lindsey se había fijado en las miraditas que le echaba Alan desde que habían entrado. Él ya había estado en ese universo.

Elliot cantó una canción sobre el monstruo de Ipanema. No acertó ni una sola nota, pero hizo que Lindsey se riera tanto que le acabó saliendo whisky por la nariz. Después se sentó a la barra.

—Eres la melliza de Alan —le dijo.

Tenía sólo cuatro dedos en cada mano. Su piel parecía áspera y suave al mismo tiempo.

—Soy la original —respondió ella—, él es la copia. No sé dónde está. A lo mejor se ha desmayado en el baño.

—¿Quieres que vaya a por él o lo dejamos allí?

—¿Adónde vamos?

—A la cama.

Sus pupilas tenían una forma extraña. El pelo no era pelo: más bien eran barbas de plumas, plumón.

—¿Y qué quieres hacer allí?

Se limitó a mirarla. A veces esas cosas funcionaban y otras no. Ésa era la gracia.

Ella se lo pensó:

—De acuerdo. A condición de que me prometas que nunca has hecho nada con Alan. En la vida.

—¿En tu universo o en el mío?

Elliot no era lo primero que Lindsey se había traído a casa de un universo de bolsillo. Una vez estuvo de vacaciones y volvió con el hueso de una fruta verde que cuando la mordías burbujecía como los polvos picapica y te hacía soñar sobre escaleras, trampillas, cohetes y cosas que subían y subían. Sin embargo, lo plantó y no salió nada. Y eso que en Florida crecía lo que fuera.

Su madre pasó unas vacaciones en otro universo cuando estaba embarazada de ella, pero ahora la gente estaba más concienciada y los médicos avisaban a las mujeres encinta de los peligros de esos viajes.

Alan llevaba unos años trabajando con un operador turístico que organizaba salidas desde Singapur. Hablaba alemán, español, japonés, chino mandarín, tibetano a un nivel aceptable y la lengua franca de varios universos de bolsillo. Los viajes partían en vuelos chárter hasta el Tíbet y desde allí iban hasta algunos de los que estaban más abiertos al turismo: el Tíbet era un queso gruyer de universos de bolsillo.

—¿Los perdiste? —preguntó ella.

—A todos no —contestó Alan con la melena aún mojada; le hacía falta un corte de pelo—. Sólo una de las furgonetas. Creía que le había dicho Sakia al chófer, pero puede que dijera Gyantse. Al final aparecieron con dos días de retraso nada más. Y tampoco es que fuesen críos; en Sakia todo el mundo habla inglés. Cuando nos encontramos, les mostré lo arrepentido que estaba y lo encantador que soy, y enseguida nos hicimos amigos otra vez.

Lindsey esperó a escuchar el resto de la historia. Por algún motivo, saber que Alan causaba el mismo efecto en los demás la reconfortaba.

—Pero luego se armó un lío en la aduana, en Changi. Encontraron un relicario en el equipaje de un viejo cabrón. Un dioscito de nada metido en una vaina seca y alguna cosa más. El desgraciado juró y perjuró que no era suyo, que yo se lo había metido en la maleta a escondidas. Que lo había seducido. La agencia tuvo que meter las narices y entonces salió lo de Sakia. Así fue la cosa.

—Alan...

—Quería quedarme aquí unas semanas.

—¿No me molestarás?

—Claro que no —afirmó él—. ¿Me prestas un cepillo de dientes?

más Disneylandia que Disneylandia

Sus padres estaban jubilados y vivían en un universo de bolsillo más antiguo y estable, que al parecer era mucho más como Florida de lo que Florida había sido jamás. No había mosquitos ni especies autóctonas que fuesen más grandes que un perrito faldero, a excepción de unas criaturas que parecían aves y sabían a ternera y cuyo canto te daba ganas de llorar. Árboles frutales que nadie tenía que cultivar. Hierba tan tierna, sedosa y fragante que nadie dormía en casa. Lagos tan grandes y someros que uno podía pasar el día entero vadeando en sus aguas. Como universo no era muy grande, y había una larga lista de espera de hombres y mujeres que querían pasar la jubilación allí. Los padres de Lindsey y Alan invirtieron todos sus ahorros en una cabaña de una sola habitación con vistas a uno de los lagos. Ellos lo llamaban lotofagia. A Lindsey le resultaba aburrido, pero su madre ya no enviaba correos electrónicos para preguntarle si estaba saliendo con alguien; si pensaba volver a casarse y producir criaturas. Los nietos ya no eran un requisito: los niños los hubiesen obligado a abandonar el paraíso de vez en cuando para visitarlos. Volver a Florida, «ese sitio horrible en el que solíamos vivir», como lo llamaba la madre. Alan estaba convencido de que no les estaban contando toda la verdad: «Se han hecho nudistas —insistía—. O *swingers*. O las dos cosas. Mamá siempre ha tendido al exhibicionismo. Siempre dejaba la puerta del baño abierta. No me extraña que yo les haya salido gay. Ni que tú no».

Lindsey estaba tumbada en la cama, despierta. Alan, en la cocina, fingía prepararse una taza de té mientras intentaba averiguar si tenía algo de alcohol escondido allí. El hervidor de agua llevaba rato silbando. Abrió la nevera y la cerró. Encendió el televisor. Lo apagó. Abrió y cerró varios armarios y cajones. Era el ritual de Alan, la forma que tenía de hacerse con el espacio para estar más cómodo. Entró en la habitación contigua, la de Elliot, y se oyeron dos clics: la puerta y el pestillo. También otros ruidos. Registró algunos de los cajones, pero con más cuidado. Alan también quería a Elliot. Y Elliot se había marchado dejando atrás casi todo.

Alan. Deshaciendo las maletas. El ruido de las perchas mientras se hacía un hueco en el armario y apartaba la ropa de Elliot hacia el fondo. O peor: probándosela. La ropa bonita del hermoso Elliot.

A las dos de la mañana acudió a la puerta de su habitación.

—¿Lindsey? —susurró—. ¿Estás despierta?

Ella no contestó y él se fue.

Por la mañana lo encontró dormido en el sofá. Había un DVD puesto, sin sonido. No sabía cómo ni dónde, pero había encontrado el porno de importación interuniversal de Elliot; el porno secreto que ella estuvo semanas buscando en vano. Tenía que ser Alan, cómo no. Aun así, sintió un placer casi infantil al ver que no había descubierto la botella de ginebra de detrás del cojín del sofá.

Cuando llegó del trabajo, él volvía a estar en el jardín, tratando inútilmente de cazar la iguana favorita de Lindsey.

—Ten cuidado con la cola —le advirtió.

—Ese monstruo me ha mordido el dedo gordo del pie.

—Se llama *Elliot*. Se lo he puesto yo. Le doy de comer —explicó—, y se ha acostumbrado a la gente. Pensará que estás invadiendo su territorio.

—¿*Elliot*? —dijo, y se echó a reír—. Me parece de mal gusto.

—Es grande y verde. ¿No le ves el parecido?

La iguana desapareció en el entramado de banianos que se encorvaban sobre el canal. Los árboles estaban llenos de iguanas, y las hojas verdes se agitaban con sus verdes y secretas idas y venidas.

—Lo único que les diferencia es que éste vuelve.

Fue a buscar un menú de comida para llevar, aunque tal vez Alan quisiera acompañarla a The Splinter. La puerta del cuarto de Elliot estaba abierta: todo estaba ordenado. Hasta la cama estaba hecha.

Pero aún hizo cosas peores: cuando fueron a The Splinter, cada vez que alguien se sentaba a su lado, Alan jugaba a hacer que era su novio y acabaron discutiendo durante todo el camino a casa. Por la mañana, él le pidió que le prestara el coche. Sabía que no debía, pero se lo dejó de todos modos.

A las dos el señor Charles llamó a la puerta de su oficina.

—Malas noticias —anunció—. Jack Harris de Pittsburgh nos ha enviado dos docenas de durmientes. Jason ha firmado el envío y no se le ha ocurrido llamarnos antes.

—¿En serio?

—Me temo que sí. Voy a llamar a Jack y preguntarle que qué coño se ha creído. El otro día le dejé bien claro que nosotros no podíamos por capacidad. Son seis de más. Y se los va a tener que llevar.

—¿Se ha ido el transportista?

—Sí.

—Qué típico —se lamentó ella—. Creen que pueden hacer lo que les dé la gana.

—Mientras llamo, podrías ir al almacén y echarle un vistazo a la documentación. Así piensas qué hacer con ellos mientras lo solucionamos.

Había veintidós durmientes nuevos: dieciocho varones y cuatro mujeres. El chaval nuevo del turno de noche, Jason, ya los había colocado en carritos.

Se acercó para verlos mejor.

—¿De dónde vienen?

Jason le dio los resguardos de entrega.

—De todas partes. Cuatro aparecieron en la finca de un tipo de Dakota del Sur. Dice que el Gobierno debería compensarle por la pérdida de su cosecha.

—¿Qué le pasó a la cosecha?

—Que le prendió fuego. Los durmientes estaban debajo de un enorme árbol muerto, en uno de sus campos. Por suerte, su hijo también estaba, y mientras el padre vertía gasolina por todas partes arrastró a los durmientes hasta la furgoneta y los sacó de allí. Luego llamó al número de ayuda.

—Qué suerte —convino ella—. ¿Qué se le pasaría al padre por la cabeza?

—La gente de tu edad... —empezó a decir Jason, pero enseguida paró y volvió a empezar—: A las personas mayores a veces se les meten ideas raras en la mollera. Quieren que todo sea como solía ser. Como era antes.

—Yo no soy tan mayor.

—No me refería a eso —dijo, y se sonrojó—. Quería decir que, bueno, ya sabes...

Ella se atusó el pelo.

—Por si no te has dado cuenta, tengo dos sombras. Yo formo parte de esas cosas raras que hacen que a la gente le vengan ideas de bombero. ¿Cómo es que estás haciendo el turno de día?

—La mujer de Jermaine está fuera y él tiene que cuidar a sus hijos. ¿Qué vamos a hacer con éstos? Con los que sobran, quiero decir.

—Déjalos en los carritos. A ellos les da lo mismo.

A las cinco y media llamó a Alan al móvil, pero no contestó. Miró el correo electrónico y jugó unas cuantas partidas de solitario. Odiaba ese juego pero le gustaba barajar las cartas que debería estar colocando en los montones. Y jugar a las cartas cuando no debía. ¿Por qué fingir que quería ganar cuando no había nada que ganar?

A las siete y media miró por la ventana y vio su coche en el aparcamiento. Cuando salió, Alan no estaba, así que bajó al almacén y lo encontró con el estudiante. Flirteando, cómo no. O hablando de filosofía. ¿Acaso hay alguna diferencia? Hurley, el otro guardia, estaba cenando.

—Hola, Lin-Lin —la saludó Alan—. Mira, ven a ver esto.

—¿Qué haces? —preguntó Lindsey—. ¿Dónde has estado?

—Haciendo la compra. Ven aquí, Lindsey, ven a ver esto.

Jason puso cara de «a mí no me mires», pero tarde o temprano iba a tener que cogerlo por banda y avisarlo sobre Alan. La filosofía no te preparaba para alguien como él.

—Mírala —dijo Alan.

Lindsey bajó la mirada. Una mujer con una indumentaria que indicaba que seguramente había sido alguien importante, quizá cientos de años antes, en algún lugar muy diferente de aquél. Versailles Kentucky.

—Ya he visto un montón de durmientes.

—No, no te estás fijando bien. Bueno, claro que no, con lo poco que te miras al espejo... Este corte de pelo te sentaría bien.

Alan le atusó el pelo a la durmiente.

—Alan.

Un aviso.

—Mira —insistió él—. Mírala. Es clavada a ti. Eres tú.

—Estás mal de la cabeza —contestó Lindsey.

—¿Tú crees? —le preguntó a Jason—. A ti también te lo parecía.

Jason se ruborizó y farfulló:

—He dicho que quizá tuviera cierto parecido.

Alan le cogió el pie desnudo y le levantó la pierna.

—¡Alan!

Le arrancó la mano de la pierna de Versailles Kentucky y los dedos dejaron una marca roja y blanca.

—¿Qué haces?

—No pasa nada —dijo él—. Sólo quería saber si tiene una marca de nacimiento como la tuya. Lindsey tiene una detrás de la rodilla —le dijo a Jason—. Parece un acorazado.

Hurley no les quitaba ojo.

La durmiente no se parecía a Lindsey en nada. Y le faltaba la marca de nacimiento. Aun así, la cosa tenía cierta gracia: cuanto más lo pensaba, más se convencía de que en realidad era como Alan.

hoy no parece ella misma

Giró la cabeza a un lado. Encendió todas las luces del baño y volvió a acercar la cara al espejo. Cuanto más se miraba, menos semejanza veía con nadie que conociese. Desde luego, no parecía ella misma y quizá fuese así desde hacía años. No se lo podía preguntar a nadie más que a Alan.

Y su hermano tenía razón: le hacía falta cortarse el pelo.

Alan había sacado la batidora y la cocina apestaba a ron.

—Deja que lo adivine —dijo él—: has conocido a alguien agradable ahí dentro.

Le ofreció un vaso.

—He pensado que podíamos pasar una noche tranquila, en casa. Ver el canal del tiempo. Jugar a charadas. Tú puedes tejer; si quieres te ayudo con el ovillo.

—No hago punto.

—No —convino él con voz amable y afectuosa—. Tú no tejes, tú enredas. Tramas.

—Y tú agujoneas. ¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a que nos peleemos? ¿A comentar los psicodramas de la infancia?

—*Per bol tu, Lin-Lin?* —preguntó Alan—. ¿Qué quieres tú?

Ella bebió con rabia. Sabía lo que quería.

—¿Qué haces tú aquí? —insistió Alan.

—Es mi casa —respondió ella—. Aquí tengo todo lo que quiero: un trabajo en una empresa con mucho potencial de crecimiento; un jefe al que le caigo bien; un bar a la vuelta de la esquina, lleno de hombres que me quieren invitar. Un jardín lleno de iguanas y una sombra de repuesto, por si la otra se me cae de repente.

—No es tu casa. La compró Elliot. Él la llenó con sus trastos. Todo lo bonito que hay aquí es mío. Desde que se marchó no has cambiado absolutamente nada.

—Ahora tengo más iguanas.

Se llevó el daiquiri de plátano al salón, donde Alan ya había puesto el canal meteorológico. Detrás de la desenfadada bruja del tiempo que combinaba la melena rubia con violentos colores

primarios, una depresión tropical se cernía sobre la costa de Cuba.

Alan se acercó y se detuvo detrás del sofá. Posó la copa y le masajeó el cuello.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo ella—. La tormenta.

—¿Te acuerdas de cuando éramos niños? ¿Te acuerdas del huracán?

—Sí. Supongo que debería sacar del trastero los postigos para huracanes. La del verano pasado fue muy gorda.

Él fue a por la jarra de ron helado y, cuando volvió, se tumbó en el suelo, a sus pies, con la jarra apoyada en el vientre.

—El joven del almacén... —dijo, y cerró los ojos.

—¿Jason?

—Parece buen chico.

—Lan-Lan, estudia Filosofía. No me fastidies: podrías cazar a alguien mejor.

—¿«Cazar a alguien mejor»? Estoy pensando en voz alta sobre un chico de culo respingón, Lindsey. No estoy comprando una casa ni pensando en cambiar de profesión. ¡Ay, qué tonto! ¡Eso sí que lo estoy haciendo! Puede que me haga cazador. De caza «mejor».

—Lo que quieras, mientras no me compliques más la vida, ¿de acuerdo, Alan?

Le dio un toquecito en la cadera con el dedo gordo del pie y observó con placer que la jarra se volcaba.

—*Fisfis tu!* —exclamó Alan—. ¡Ha sido aposta!

Se quitó la camisa y se la lanzó. Pero erró el tiro. En las baldosas del suelo se había formado un charco rosado de ron.

—Claro que ha sido adrede. Todavía no estoy tan borracha como para haberlo hecho sin querer.

—Brindo por ello.

Cogió el cóctel de Lindsey y sorbió sonoramente.

—Ve a preparar otra jarra mientras yo limpio esta mierda —pidió a su hermana.

haz el monstruo

—Tiene unos ojos preciosos. Muy muy verdes. Verdes como ese color de ahí, justo en el centro. Esa espiral.

—No me había fijado.

—Porque no es tu tipo, claro. No te gustan los hombres agradables. ¿Me dejas poner éste?

—Sí. Hay una canción..., creo que es la tercera. Sí, ésa. A Elliot le encantaba. La solía poner y empezaba a agitarse y a dar golpecitos con los pies; daba sacudidas. Al final de la canción ya estaba deslizándose por todo el mobiliario.

—Vaya, es verdad; era el rey de la pista de baile. Pero mírame a mí: no se me da mal.

—Él tenía la cintura más flexible. Creo que tenía la columna de goma; giraba el cuello casi trescientos sesenta grados.

—Venga, Lindsey, ¿por qué no bailas? Vamos, baila un poco.

—No tengo ganas.

—No seas pesada.

—Tengo un pesar —se excusó, y se preguntó qué había querido decir con eso—. Me hace ser así de pesada.

—Venga ya, baila un poco, ¿vale?

—Bueno. Vale. Mira como bailo. ¿Contento?

Jason fue a cenar a su casa. Alan se puso una de las camisas de Elliot y Lindsey preparó un suflé de queso perfecto. Cuando Jason supuso que lo había hecho Alan, ella no dijo ni pío.

Escuchó a su mellizo hablar sobre los diversos universos de bolsillo que había visitado como si no hubiera oído las anécdotas mil veces. La mayoría de los universos pertenecían al Gobierno chino y, aparte de los más famosos donde se hacía turismo, había otros adonde China enviaba a sus disidentes. Muy pocos eran más grandes que, por ejemplo, Maryland, y bastantes llevaban muchos años abandonados. Los había habitados y otros que no eran precisamente agradables. Algunos universos de bolsillo contenían sus propios universos de bolsillo y uno podía adentrarse en ellos una barbaridad, no volver a salir jamás. Podías fundar tu propio país ahí fuera y hacer lo que quisieras y, sin embargo, la gente que Lindsey conocía —y ella se incluía en el grupo— jamás hacía nada más atrevido que pasar una semana en algún lugar donde la comida, el aire y el paisaje pareciesen recién salidos de un libro de la infancia, de un folleto, de un sueño.

Cómo no, había universos de bolsillo de temática sexual. Paraísos fiscales y lugares donde deshacerse de todo tipo de cosas: basura, coches para el desguace, cadáveres. Había gente que iba a casinos de universos de bolsillo que eran más Las Vegas que Las Vegas. Más Hawái que Hawái. Altura mínima para entrar: x centímetros. Necesitas tanto dinero. Debes ser así de insensato. Porque ¿quién sabe qué podía pasar? Los universos de bolsillo podían desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, todos a una. Había libros superventas que explicaban cómo podía ocurrir.

Los universos de bolsillo también tenían efectos colaterales. Alan se puso a recordar su adolescencia de un modo que parecía indicar que no hacía tanto tiempo de eso.

—Las piscinas de Venetian Pools —le dijo a Jason—. Hace un par de años que no voy. Desde que era un crío, la verdad. Todas esas grutas en las que podías esconderte con alguien... Ir allí a morrearte hasta que se te ponía tan dura que tenías que tirarte al agua para que nadie se diese cuenta. ¡Y estaba helada! ¿Sabes si el restaurante todavía sirve pasta al horno? ¿Te acuerdas, Lindsey? Todavía te recuerdo sentada en biquini junto a la piscina, comiendo pasta al horno. Me han dicho que ya no se puede nadar, por las sirenas.

Las sirenas eran una especie invasora, como las iguanas. Hubo gente que se las trajo de uno de los universos de bolsillo de Disney como mascotas, y se habían extendido por todas partes; pequeñas pero numerosas, cualidades que atraían a los niños y a los observadores de aves. Les gustaba exhibirse y, a pesar de que no parecían mucho más listas que un perro parlanchín —y quizá ni siquiera eso porque no hablaban, sino que cantaban y silbaban y hacían gestos groseros

—, a los turistas les gustaban demasiado como para que los dueños de Venetian Pools quisieran deshacerse de ellas. Las había de agua dulce y de agua salada —más grandes y esquivas—, y las de agua dulce habían aparecido en el complejo hacía al menos diez años.

Jason les contó que había llevado allí a los hijos de su hermana.

—He oído que en verano solían vaciar las piscinas todas las noches, pero ahora, con las sirenas, no pueden. El agua no está tan clara como antes, porque aunque instalen filtros los arrancan. Son como castores. Han construido un sistema muy complicado de presas y diques y estructuras hechas de coral, compartimentos para meter peces. Ahora venden peces para que los clientes los tiren al agua y miren cómo los cazan las sirenas. A mis sobrinos les encantó.

—A veces llega alguna hasta el canal. De agua salada —dijo Lindsey—. Son mucho más grandes. Y cantan.

—Ya —convino Jason—. Cantan muchísimo. Es sobrecogedor. Te deja hecho una mierda. Allí ponen el hilo musical por megafonía para que no se las oiga, pero después de un rato hasta los niños se sentían mal. Tuve que comprarles un montón de cosas en la tienda de recuerdos para animarlos.

Lindsey reflexionó sobre el problema de Jason, el tío favorito al que se podía enredar para que te comprase cosas. Era demasiado joven para Alan. Bien pensado, ¿quién no lo era?

—¿No tenías planes, Lindsey? —preguntó Alan.

—No sé, dímelo tú —contestó, pero enseguida cedió—. La verdad es que estaba pensando en bajar a The Splinter. Igual nos vemos luego allí, ¿no?

—Ese viejo antro... —dijo Alan.

No la estaba mirando. Estaba lanzando el viejo rayo invisible de la muerte en la dirección de Jason. Lindsey sentía que el aire se estaba espesando; era como humedad, pero en guarro.

—Solía ir a ligar con tíos en el baño mientras Lindsey repartía su número de teléfono a los que estaban en las mesas de billar. Qué tiempos aquellos, ¿verdad, Lindsey? Ya sabes lo que dicen de las chicas con dos sombras, ¿no, Jason?

—Creo que debería irme a casa —contestó éste.

Pero, por la forma en que miraba a su mellizo, Lindsey supo que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Ni siquiera estaba escuchando a Alan, tan sólo respondía a las vibraciones que emitía. Esa cancioncilla que decía «ven acá, ven acá, ven un poco más acá».

—No te vayas —dijo Alan.

Rebosaba una dulzura invisible y cautivadora. Ella también sabía hacerlo, pero ya casi nunca se molestaba. Con la mayoría de los hombres era innecesario.

—Quédate un rato más. Lindsey tiene planes y estoy solito. Si te quedas te pondré lo mejorcito de la colección de porno gay interuniversal del exmarido de Lindsey.

—Alan —le advirtió ella.

Era el segundo aviso y sabía que él llevaba la cuenta.

—Perdón —contestó él, y le puso la mano en la pierna a Jason—: la colección de porno gay de su marido. Ella y Elliot, donde quiera que esté, siguen casados. A mí me ponía a cien, pero siempre decía que sólo quería a Lindsey. La cuestión no es lo que quieres, sino lo que necesitas, ¿no crees?

—Sí —respondió Jason.

—Hablamos luego —dijo Lindsey—. *Be slam bi, tu eb me.*

—Claro que sí —accedió Alan—. Hablaremos todo lo que tú quieras.

Le tiró un beso.

¿Cómo lo hacía? ¿Por qué todos menos Lindsey se dejaban engañar por el encanto de Alan? Aunque, bien pensado, se dio cuenta mientras pedaleaba de camino a The Splinter, ella también se lo tragaba. Todavía se lo tragaba. Era su casa y ¿quién había echado a quién? ¿De quién se había hecho mofa, a quién se había insultado y expulsado sumariamente? A ella, eso es.

Pasaban coches por su lado y le pitaban. Puto Alan, que se vaya a la mierda.

No se molestó en ponerle el candado a la bicicleta; no pensaba volver a casa con ella. Entró en el bar y se sentó al lado de un hombre que llevaba una colonia que de tan fuerte era agresiva.

—Pareces un tipo agradable —le dijo—. Si me invitas a una copa, yo también lo seré.

hay maneras más fáciles de matarse

El hombre le besaba el cuello. No encontraba las llaves, pero daba igual. La puerta no estaba cerrada. Y el coche de Jason estaba aparcado delante de casa. Vaya sorpresa.

—Tengo dos sombras —avisó ella.

Todo eran sombras, incluso ellos.

—No me importa.

Era todo un bombón.

—No, perdona, me refiero a que mi hermano está en casa. No hagamos ruido. ¿Te importa si no encendemos la luz? ¿De dónde eres?

—De Georgia —respondió él—. Trabajo en el sector de la construcción, he venido por el huracán.

—¿Por el huracán? Pensaba que iba hacia el golfo de México. Cuidado con la encimera.

—Sí, pero ahora viene hacia aquí. No llegará hasta dentro de un par de días, si es que llega. ¿Te gusta el fetichismo? Si quieres me puedes atar.

—¡CojoNUDO! ¿Lo pillas? Pero no, mejor que no. No me van los nudos, no los puedo desatar ni borracha. Hubo un tío al que le tuvieron que amputar el pie: se quedó sin circulación. Es verdad, me lo contó una amiga.

—Entonces habré tenido suerte —dijo él, sin más. No parecía importarle si lo ataba o no—. Apuesto a que esta casa ha soportado unos cuantos huracanes.

—Un par o tres. Se me inundan las baldosas. Es un desastre. Pero luego el agua se va.

Intentó acordarse del nombre del chico, pero fue en vano. ¿Qué más daba? Se sentía fenomenal. Ése era el problema del matrimonio: la monogamia. Incluso estando borracha, siempre sabía quién estaba en la cama con ella. Ciertamente Elliot era diferente, pero siempre lo había sido

del mismo modo. Nunca un diferente distinto. No le gustaba besar, no le gustaba dormir en la misma cama que ella. No le gustaba hablar en serio ni cuando Lindsey se ponía triste. No le gustaba vivir en una casa ni la sensación que le producía el agua del canal. No le gustaba esto ni lo otro. No le gustaban los Cayos. No le gustaba cómo lo miraba la gente. No se quedó. Elliot, Elliot, Elliot.

—Me llamo Alberto.

—Lo siento —dijo ella.

Con Elliot siempre se lo había pasado bien en la cama.

—Tenía un pene muy particular.

—¿Perdona? —dijo Alberto.

—¿Quieres tomar algo?

—Eh... ¿Puedo usar el baño?

—Por el pasillo, la primera puerta.

Regresó apenas unos momentos después. Encendió la luz y se quedó allí plantado.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó ella.

Él tenía los brazos mojados y relucientes. Cubiertos de sangre.

—Necesito un torniquete —dijo él—. Algo que sirva de torniquete.

—¿Qué has hecho? —le interrogó ella prácticamente sobria.

Se puso la bata.

—¿Es Alan?

Era Jason. Había sangre por toda la bañera y en los azulejos de la pared: se había abierto las venas de ambos brazos con un pelapatatas. Todavía lo tenía en la mano.

—¿Está bien? —inquirió ella—. ¡Alan! ¿Dónde coño estás?

Alberto usó una de las toallas buenas de Lindsey para envolverle la muñeca.

—Sujeta.

Le envolvió la otra con otra toalla y le puso cinta americana.

—He llamado al número de emergencias —le informó él—. Respira, o sea que no ha podido o no ha querido hacerlo bien. En cualquier caso, no ha sabido escoger el instrumento. ¿Quién es? ¿Es tu hermano?

—Es mi empleado. No me lo puedo creer. ¿Y la cinta americana?

—Siempre llevo un rollo encima —contestó—. Nunca se sabe cuándo la vas a necesitar. Tráeme una manta, no hay que dejar que coja frío. Mi exmujer también lo intentó.

Lindsey derrapó por el pasillo y abrió la puerta de la habitación de Elliot de golpe. Encendió la luz y arrancó el edredón de la cama.

—*Vas po!* Tu novio está en el baño. Se ha cortado las venas con el pelapatatas. ¡Despierta Lan-Lan! Vaya lío has montado.

—*Fisfis wa, Lin-Lin* —rezongó Alan, así que ella lo tiró de la cama.

—¿Qué has hecho, Alan? ¿Le has hecho algo?

Llevaba el pantalón de pijama de Elliot.

—No tiene gracia —protestó él.

—No es broma. Estoy borracha y en el baño hay un hombre que se llama Alberto. Y Jason ha

intentado suicidarse. O algo.

—¡Me cago en la puta! —exclamó al tiempo que intentaba incorporarse—. Lindsey, ¿me he portado bien con él! ¿Vale? He sido muy amable. Hemos follado y luego hemos fumado no sé qué y hemos empezado a besarnos y yo me he quedado dormido.

Le tendió la mano y lo ayudó a levantarse.

—¿Qué habéis fumado? Dímelo.

—Algo que cogí por ahí —dijo él, pero ella no escuchaba—. Muy bueno. Ecológico, bendecido por unos monjes. Se lo dan a los dioses. Lo cogí de un altar, todo el mundo lo hace. Con que dejes un bol de leche o algo así ya está bien. Es imposible que esa mierda lo haya vuelto loco.

Con tanta gente dentro, el baño estaba atestado y no había manera de no pisar la sangre.

—La hostia... —exclamó Alan.

—Éste es mi hermano Alan. Toma, éste es su edredón, para Jason. Alan, éste es Alberto. Jason, ¿me oyes?

Tenía los ojos abiertos.

—No es tan trágico como parece —le explicó Alberto a Alan—. En realidad no se ha cortado las venas. Más bien ha intentado pelárselas. Se ha hecho un buen boquete en una pero creo que he podido parar la hemorragia.

Alan apartó a Lindsey y vomitó en el lavamanos.

—¿Alan? —musitó Jason.

Se oían sirenas.

—No, soy yo, Lindsey. Tu jefa. Estás en mi bañera, Jason. Hay sangre tuya por toda la bañera. ¡Con mi pelapatatas! ¡Mi pelapatatas! ¿Cómo se te ocurre?

—Había una iguana en el congelador —dijo Jason.

—¿Por qué has cogido el pelapatatas? —preguntó Alberto.

—Estaba tan feliz...

Jason estaba empapado en sangre.

—No he sido tan feliz en la vida. Y no quería dejar de serlo, ¿sabes a qué me refiero?

—No —respondió Lindsey.

—¿Vas a despedirme?

—¿Tú qué crees?

—Si lo intentas, te denunciaré por acoso sexual. Diré que me echaste porque soy gay. Porque me acosté con tu hermano.

Alan volvió a vomitar en el lavamanos.

—¿Cómo te encuentras ahora? —dijo Alberto—. ¿Te sientes bien?

—Estoy muy feliz —contestó Jason, y se echó a llorar.

un chico resucitado de entre los muertos

Durante el verano de tercero a cuarto, Lindsey vio a la madre de una niña que se llamaba Amelia Somersmith traer de nuevo a la vida a un crío que se había caído de un tejado jugando al escondite. Fue cuando otro que se llamaba Martin lo vio escondido allí arriba y gritó su nombre. David Filgish se levantó y, para mostrar que no le importaba que lo hubiesen descubierto, hizo una voltereta lateral encima del garaje. Sólo que no calculó bien dónde estaba el borde. Estaba muerto: no cabía duda. Todo el mundo lo tenía claro. Pero la madre de Amelia salió corriendo de la casa mientras el resto se quedaban como pasmarotes, mirando a David sin saber qué hacer, y dijo: «Oh, Dios mío, David, ¡qué idiota! No estés muerto. No te mueras. No estés muerto. ¡Levántate ahora mismo o llamo a tu madre!».

David tenía una brizna de hierba en el ojo. La madre de Amelia no tenía la camisa abrochada del todo y se le veía un triángulo marrón y satinado de tripa. Parecía tan enfadada que David se sentó y se echó a llorar.

Lindsey Driver vomitó en el césped, pero nadie se dio cuenta, ni siquiera su hermano mellizo, Alan, que empezaba a ser lo suficientemente real como para jugar con otros niños.

Estaban demasiado distraídos preguntándole a David si estaba bien. Si sabía qué día era. Cuántos dedos veía. Qué se sentía estando muerto.

muy poca consideración con los enfermos

Alan fue en la ambulancia con Jason. Los dos auxiliares eran bastante guapos. El viento soplaba con fuerza y ya doblaba los árboles como por arte de magia. Lindsey tendría que poner las protecciones ella sola.

Pero por algún motivo Alberto seguía allí.

—Me apetece mucho una cerveza, ¿qué tienes?

Lindsey hubiese preferido algo un poco más fuerte. No conseguía oler más que la sangre.

—Nada —le contestó—. Soy una alcohólica en proceso de rehabilitación.

—Pues no estás muy rehabilitada.

—Lo siento mucho. Me parece encantador, pero me gustaría que te fueses. Necesito estar sola.

Él tendió los brazos ensangrentados.

—¿Puedo ducharme antes?

—¿Puedes irte?

—Vale, lo entiendo. Ha sido una noche muy dura. Ha pasado algo horrible, así que déjame ayudarte. Si quieres, me quedo y te ayudo a limpiar.

Lindsey no dijo nada.

—De acuerdo —dijo él al final.

Tenía sangre en la boca, como si hubiera estado bebiéndosela. Buenos hombros, los ojos bonitos. Lindsey no paraba de mirarle la boca. Se había guardado la cinta americana en uno de los bolsillos de los pantalones de combate. A juzgar por su aspecto, allí dentro había muchas cosas

más.

—Entonces, ¿no te gusto?

—No me gustan los hombres buenos —contestó Lindsey.

La gente cuya sombra se convertía en un hermano mellizo podía acudir a grupos de apoyo. Había grupos para mujeres abandonadas por sus maridos; grupos para alcohólicos. Seguramente también los había para la gente que odiaba los grupos de apoyo, pero Lindsey no creía en ninguno de ellos.

El almacén estaba construido para soportar los peores azotes, pero, aun así, había que tomar precauciones: la lista de control tenía treinta y cinco páginas. Sin Jason, la plantilla se quedaba corta, y ella tenía una resaca que le duró todo el fin de semana y no se le pasó hasta el lunes. La peor en mucho tiempo. Cuando Alan regresó del hospital el sábado por la noche, ella se había terminado la ginebra, había empezado con el tequila y estaba a punto de arrepentirse de haberle pedido a Alberto que se marchase. Se planteó preguntar por Jason, pero no tenía sentido: o estaba bien o no. Y ella no lo estaba. Alan la llevó hasta la habitación, la metió en la cama y después se tumbó a su lado y los tapó a los dos con la manta.

—Vete —le pidió.

—Estoy helado. Es el puto aire acondicionado del hospital. No me extraña que estén todos enfermos. Déjame tumbarme un ratito.

—Vete —repitió—. *Fisfis wa.*

Cuando despertó seguía diciéndolo: «Vete, vete, vete», pero él no estaba en la cama. En su lugar había una iguana muerta, la pequeña del congelador. Alan la había colocado —si es que se puede hacer eso con una iguana congelada— sobre la almohada, junto a su cara.

Y él no estaba por ningún lado. La bañera apestaba a sangre y la lluvia castigaba el tejado de la casa como si estuvieran cayendo clavos sobre cristal. En el césped había piedrecitas de granizo, y la radio decía que el huracán tocaría tierra entre Fort Lauderdale y St. Augustine durante la tarde del miércoles. No estaba previsto evacuar los Cayos, y la zona de Miami debía prepararse para mucha lluvia, viento y tiempo muy desagradable, pero no se esperaban daños materiales serios. No conseguía averiguar por qué le había pedido a Alberto que se marchara. Aún tenía que colocar la protección de las ventanas y seguro que él la hubiese ayudado.

Tiró la iguana descongelada. También el pelapatatas manchado de sangre seca. Dejó correr agua caliente en la bañera hasta que el fondo quedó de un tenue rosa magullado y después se metió en la cama.

Si Alan hubiera estado en casa, le hubiese preparado una sopa de sobre. Le habría traído un vaso de ginger ale. Al final encendió el televisor y puso el volumen alto para oírlo desde el dormitorio y no estar atenta a si llegaba su hermano. Así podía fingir que estaba en casa, sentado en el salón, viendo una peli vieja de monstruos y pintándose las uñas de negro como hacía en el instituto. En teoría, a los adolescentes con doble sombra les gustaba la estética gótica, todo ese maquillaje y esa música, y cuando Alan se enteró de que los gemelos y mellizos tenían que tener

lenguajes secretos, también se subió al carro e inventó un idioma, el Lin-Lan, que le hizo aprender de memoria. La obligaba a usarlo durante las comidas. «*Ifson me nadora plesbic*» quería decir: «¿A que no sabes qué he hecho?». «*Bandi Tim Wong legcua fisfis, me*» era: «Lo he hecho con Tim Wong» (o en cristiano: «Tim Wong me ha follado»).

De la gente que tenía dos sombras se esperaba que se metiesen en líos. Se daba por sentado que eran problemáticos. Que iban a llevar a amigos y a amantes por el mal camino, confundir a sus enemigos, desencadenar desastres allí donde fuesen. (Sólo que ella no iba a ninguna parte.) En el fondo, Alan siempre había sido un conformista, mientras que ella tenía una casa y empleo y hasta había estado casada. Si alguien llevaba la cuenta, Lindsey creía que debería estar bien claro quién iba en cabeza.

El señor Charles no había conseguido deshacerse de los seis durmientes supernumerarios de Pittsburgh. A Jack Harris se le daba fenomenal frenar la burocracia.

—Si quieres, lo llamo —se ofreció Lindsey—. Ya sabes que me encanta discutir.

—Buena suerte. Dice que no se los llevará hasta que pase el huracán; pero, según la normativa, tienen que salir de aquí al menos veinticuatro horas antes de que llegue la tormenta. Estamos entre la espada...

—Y un gilipollas —interrumpió ella—. Deja que me ocupe yo.

Estaba en el almacén, colgada del teléfono, esperando a hablar con alguien que trabajase para Harris, cuando apareció Jason.

—Ostras, ¿qué tienes en los brazos? —preguntó Valentina.

—Atravesé una puerta corredera —dijo Jason—. De cristal.

—¿Qué mala pata!

—He perdido más de un litro de sangre, imagínate. Litro y medio. Hola, Lindsey. Los médicos me han dado el alta. Dicen que no levante peso.

—Valentina —llamó Lindsey—, coge el teléfono, por favor. No te preocupes, estoy en espera. Si contestan, pégame un grito. Jason, ¿podemos hablar un momento?

—Claro que no.

Cuando lo agarró por encima del codo, él hizo una mueca de dolor. No lo soltó hasta que no se alejaron un par de pasillos.

—Dame un buen motivo para no despedirte. Además de lo del acoso sexual, porque eso me haría bastante gracia, la verdad. Verte en los tribunales intentando convencerlos de eso sería genial.

—Alan se va a mudar a mi casa —le anunció Jason—. Dice que lo has echado.

¿Acaso la pillaba de sorpresa? Sí y no.

—Pues si te despido, tendrá que buscar trabajo.

—Eso depende. ¿Me vas a despedir o no?

—*Fisfis bu*. ¿Por qué no le preguntas a Alan qué significa eso?

—¿Lindsey! ¡Lindsey! Un tal Jack Harris al teléfono.

Valentina, desde demasiado cerca como para continuar la conversación.

—No sé por qué quieres este trabajo —dijo Lindsey.

—Por el seguro. Tendrías que ver la factura del hospital.

—Tampoco sé por qué quieres a mi hermano.

—Señora Driver, dice que es urgente.

—Dile que voy en un segundo —dijo, y se volvió hacia Jason—: De acuerdo. Puedes mantener el puesto, con una condición.

—¿Cuál?

Jason no se extrañaba ni la mitad de lo que le convenía. Aún hacía demasiado poco que conocía a Alan.

—Consigue que el hombre que está al teléfono se lleve a los seis durmientes. Hoy mismo.

—¿Y cómo cojones hago eso?

—Tú verás. Pero más te vale que cuando yo llegue mañana por la mañana no estén aquí. Si están, será mejor que no te vea. ¿Vale?

Le clavó un dedo en el brazo, justo por encima del vendaje.

—La próxima vez coge algo más afilado que un pelapatatas. Tengo un juego completo de cuchillos alemanes que son la hostia.

—Lindsey —insistió Valentina—, el tal Harris dice que si no te va bien ahora, te llama mañana.

—Ahora mismo lo atiende Jason.

¡liquidación!

Siempre que se acercaba un huracán, su licorería favorita bajaba los precios de todos sus productos: era su modo de ayudar a que un mal día fuese un poco más llevadero. Lindsey hizo acopio de provisiones, pero con la cena sólo tomó una copa de vino. Se preparó una ensalada y se la comió en la plataforma hinchable. El agua parecía una balsa de aceite y, aun así, casi se desloma deshinchando la plataforma. La guardó en el garaje y al salir vio un banco de sirenas de agua salada dirigirse a mar abierto. ¿Quién era el tonto capaz de confundir a un manatí con una sirena? Se volvieron y la miraron antes de zambullirse de nuevo, aunque siguió viéndolas zigzagueando allí abajo, en el frondoso fondo del mar.

La última vez que hubo un huracán, la plataforma flotante había salido volando del garaje y había aterrizado dos canales más allá.

Tiró al césped la ensalada que le sobró, para las iguanas. El sol se puso sin demasiadas ceremonias.

Como Alan no aparecía, le recogió toda la ropa. Primero lavó las prendas sucias, mientras se oían las primeras gotas de lluvia. Dejó la mochila con una nota sobre la mesa. «Suerte con el suicida.»

Por la mañana salió afuera a pesar de la lluvia, suave pero persistente, y colocó las protecciones en las ventanas. Los vecinos hacían lo mismo. Cuando estaba con la penúltima, se

hizo un corte en el dorso de la mano y dejó manchas de sangre por todas partes. Todavía estaba jurando en arameo cuando llegó Alan en el coche de Jason, entró en casa y le trajo una tirita. Colocaron las últimas protecciones sin mediar palabra.

—Fue culpa mía —admitió él al final—. Creo que no suele drogarse.

—Es buen chaval —dijo ella—. No es tu tipo para nada.

—Lo siento. No lo digo por esto. Ya sabes a qué me refiero. Lo siento por todo.

Entraron en casa y él vio la mochila.

—Bueno...

—*Filyas guarfu me* —dijo ella—. *Bilbil tu.*

—*Nen bruc.* Ni que lo digas.

No se quedó a desayunar, y cuando se marchó ella no se sentía ni más ni menos real que antes.

Los seis durmientes no estaban en el almacén y Jason le había preparado un montón de documentación. Muchas firmas. Firmas por duplicado y triplicado y «coñuplicado», como solía decir Valentina.

—No está mal —dijo Lindsey—. ¿Jack Harris te ha ofrecido trabajo?

—Se ofreció a molerme a palos, pero le dije que se pusiera a la cola. Qué mal tiempo, ¿verdad? ¿Te vas a quedar en tu casa?

—¿Adónde quieres que vaya? Esta noche hay un fiestón en The Splinter y mañana no trabajo.

—Creía que al final iban a evacuar los Cayos.

—Es voluntario. Les da igual que nos vayamos o nos quedemos. Ya he vivido algún que otro huracán: cuando Alan y yo éramos pequeños acampamos en la bañera, debajo de un colchón. Estuvimos toda la noche leyendo cómics con una linterna. Lo peor de todo es el ruido. Por cierto, espero que te vaya muy bien con Alan.

—Nunca he vivido con nadie.

Tal vez lo único que Jason tuviera claro fuese que no sabía en qué lío se había metido.

—Nunca me ha dado tan fuerte por alguien.

—Es que no hay nadie como él. Tiene el poder de enturbiar y confundir la mente de los hombres.

—¿Y cuál es tu superpoder?

—Él enturbia y confunde. Yo confundo y enturbio. Hay que prestar atención al orden en que lo hace cada uno.

Fue a ver al señor Charles con la buena nueva sobre Jack Harris. Lo celebraron con un café y a continuación cerraron el almacén. Él tenía que recoger a sus hijos de la escuela: los huracanes implicaban días de fiesta. En Florida no hay nieve.

De camino a casa, todo el tráfico iba en la dirección opuesta y el viento hacía oscilar los semáforos como si fueran farolillos de papel. De pronto tuvo la misma sensación que cuando era niña en Navidad: como si alguien le fuese a traer un regalo. Algo que centelleaba y restallaba y lo dejaba todo patas arriba. Le encantaba el mal tiempo, desde siempre. Igual que las brujas con sus elegantes trajes negros; los kits de adivinación, las dramáticas convulsiones, las profecías que

nunca eran suficientemente precisas pero tenían rimas muy ingeniosas. Cuando era pequeña no quería otra cosa que hacerse mayor y convertirse en bruja del tiempo, aunque no tenía ni idea de por qué pensó algo así en algún momento de su vida.

Llegó a The Splinter en bicicleta. Se empapó, pero le traía sin cuidado. Se tomó un par de whisky sour y después se dio cuenta de que estaba demasiado emocionada por el huracán como para emborracharse a gusto. La verdad es que no quería estar bebida y tampoco había ningún hombre en el bar que quisiera llevarse consigo. Lo mejor de practicar sexo durante un huracán era la tormenta, no el sexo; así que, ¿para qué esforzarse?

El cielo estaba verde como una magulladura vieja y la lluvia caía de lado. No se cruzó con ni un solo coche y como estaba un pelín bebida —solamente un pelín, no más—, se puso a pedalear por el centro de la calzada. Estuvo a punto de atropellar a una iguana que medía metro veinte de cabo a rabo. Estaba tiesa como un palo, pero los costados se le inflaban y desinflaban como diminutos fuelles. A veces la lluvia las dejaba así; el frío las atontaba y hacía que se movieran con lentitud. El resto del tiempo estaban atontadas pero con más brío.

Envolvió a la iguana con la chaqueta y comprobó que le había inmovilizado la cola. Con un apéndice como aquél le podía romper el brazo. La sujetó contra el cuerpo y cargó con ella hasta casa, empujando la bicicleta todo el camino. Una vez allí, pensó que sería buena idea meterla en la bañera. Luego salió al jardín con la linterna, comprobó que las protecciones estuvieran bien sujetas y descubrió tres iguanas más. Dos pequeñas y un monstruo de reptil. Las metió todas en casa.

A las ocho de la tarde ya era noche cerrada. El huracán estaba mar adentro, a menos de cuarenta kilómetros. Recogiendo agua para tirársela encima a todos esos que ya no querían mojarse más. A media noche se quedó dormida y se despertó cuando se fue la luz.

El aire del dormitorio estaba tan cargado de humedad que le costaba respirar. Las iguanas eran sombras tendidas en el suelo. Las siluetas negras de las cajas de bebida, todo lo que necesitaba en el mundo.

Fuera todo daba golpes o vibraba o azotaba o ululaba. Fue hasta la cocina a tuestas y sacó la caja con las velas, la linterna y la radio de emergencia. Los postigos batallaban con el viento.

—Contra todo pronóstico, se ha desviado hacia el sur —le dijo la radio—. Y esto no son más que los flecos, compañeros. Si aún no os habéis largado, quedaos en casa y agarraos los machos, porque esta nena es de categoría dos, pero aquí en los Cayos se va a notar mucho más. Tenemos por delante al menos tres horas más de lo mismo antes de que el ojo nos pase de largo. Esta tormenta es gigantesca y se va a tomar su tiempo. Las mejores siempre se toman su tiempo.

Entre las cerillas húmedas y las manos empapadas de sudor, le estaba costando una eternidad encender las velas. Cuando entró con una lumbre en el baño, la luz le daba a la iguana un aspecto tan castigado como el de una vieja maleta.

La habitación tenía demasiadas ventanas para quedarse allí dentro. Cogió la almohada, el edredón y una camiseta seca. También una muda limpia.

Fue a ver cómo estaba la habitación de Elliot y encontró a alguien en la cama. Se le cayó la

vela. La cera caliente le salpicó en el pie.

—¿Elliot?

Cuando volvió a encenderla, vio que, naturalmente, no era Elliot. Tampoco era Alan. Era la durmiente. Versailles Kentucky. La que se parecía a Alan o tal vez a ella misma, dependiendo de quién la mirase. Sintió que una pinza de goma le aprisionaba la cabeza. Presión atmosférica.

Se le cayó la vela de nuevo. Era la clase de broma que a su hermano le gustaba tanto. O sea, que de broma no tenía nada. Enseguida se dio cuenta de dónde estaban el resto: en el apartamento de Jason, no de camino a Pittsburg. Y si alguien se enteraba, el puesto del joven no era el único que peligraba. Nada de pensión estatal para Lindsey. Nada de prejubilación dorada.

Todavía le temblaban las manos, pero por fin consiguió encender la cerilla y la vela goteó en el cuello de Versailles Kentucky. Si despertar a un durmiente fuera así de fácil, ya lo sabrían.

Entretanto, se dio cuenta de que la cama estaba junto a una de las paredes exteriores y en ella había varias ventanas. Cogió a la durmiente y tiró hasta sacarla de la cama. Sin embargo, no lograba agarrarla bien. Versailles Kentucky era un peso muerto, se le caía la cabeza hacia atrás y se le enredaba el pelo en las cosas del suelo. Lindsey se agachó, la cogió de los brazos y tiró de ella hasta el baño con cuidado de mantener esa cabeza de muñeca de trapo alejada del suelo. Asesinar a alguien debía de ser más o menos como aquello. Tenía ganas de matar a Alan, así que esto le servía para practicar cómo deshacerse de un cadáver. Ensayo general. Ensayo con efectos especiales.

La arrastró al interior del cuarto de baño y la apoyó en el borde de la bañera. Cogió la iguana y la dejó en el suelo, después colocó a Kentucky dentro: primero una pierna, luego la otra, y la dobló por la cintura para apoyar el torso encima.

A continuación fue a buscar el colchón hinchable al garaje; allí el ruido era peor. Lo infló hasta la mitad, lo metió a empujones por la puerta del baño, lo acabó de llenar de aire y con él construyó una tienda de campaña sobre la bañera. Fue a por la linterna y sacó una botella de ginebra del congelador. Gracias a Dios, todavía estaba fría. Envolvió a la iguana con una toalla acartonada de la sangre de Jason y la volvió a meter en la bañera. Durmiente e iguana: una madona con su monstruoso bebé.

A su alrededor todo eran golpes y aullidos. Oyó que un postigo, en alguna parte, salía volando hacia otro lugar. Cuando fue al salón a por el resto de los reptiles, el círculo de la linterna sólo alumbraba suelo encharcado. O bien el agua de lluvia se estaba colando por debajo de las puertas de cristal o era la del canal. Reunió a las tres iguanas y las echó también a la bañera.

—Las mujeres y las iguanas primero —dijo, y le dio un buen trago a la botella de ginebra.

Pero el viento impidió que se la oyera.

Se sentó encorvada sobre la tapa del retrete y bebió hasta que la corriente se convirtió en algo de lo que conseguía no hacer caso, como si estuviera en un bar donde hay una banda que no sabe lo alto que está tocando. Tarde o temprano se quedó dormida sentada, y no despertó hasta que se le cayó la botella y se hizo añicos. Las iguanas se meneaban en la bañera haciendo ruido con las patitas. El viento había dejado de soplar. O bien estaba en el ojo del huracán o le había pasado por encima sin que se diese cuenta.

A través de las protecciones de la ventana entraba un rayo de luz tenue. La radio de

emergencia se había quedado sin pilas, pero el móvil aún tenía cobertura. Tres mensajes de Alan y seis de un número que supuso debía de ser el de Jason. Quizá Alan quisiera disculparse por algo.

Salió afuera, a ver en qué estado se encontraba el mundo. Sólo que el estado del mundo era que Lindsey no estaba en él. La calle de delante de su casa había dejado de ser su calle y se había convertido en otra cosa completamente diferente. No había más chalets. Era como si la tormenta se los hubiese llevado. Estaba en mitad de una pradera florida. A lo lejos se veían unas montañas azules y envueltas en nubes. El aire era claro y fresco.

El móvil no tenía cobertura. Cuando miraba hacia la casa, veía su mundo: el huracán seguía allí, emborronando el paisaje de destrucción. El canal estaba inundado de agua marina. The Splinter se habría convertido en eso, astillas. La puerta de casa estaba abierta.

Regresó adentro y llenó una mochila vieja con botellas de ginebra. Metió también unas velas, las cerillas y unas latas de sopa en conserva. Rellenó los huecos con ropa interior y un par de jerséis. Lo blanco que se veía en la cima de las montañas debía de ser nieve.

Si pegaba la oreja a las puertas de cristal que daban al canal, oía el ojo del huracán, ese largo instante de vacío en el que lo peor está aún por llegar. Versailles Kentucky seguía dormida en la bañera, con las iguanas insomnes. Tenía marcas en los brazos y las piernas, arañazos de las patas. No eran heridas de muerte. Lindsey sacó un lápiz de ojos de color marrón del cajón, le levantó la pierna y le dibujó una marca de nacimiento con forma de acorazado. La humedad ambiental acabaría borrándola, pero ¿qué más daba? Si Alan podía hacer bromas, ella también.

Colocó la pierna fría en su sitio y, obedeciendo a un impulso, cogió la iguana más pequeña, que todavía estaba envuelta en la toalla.

Salió por la puerta principal con la mochila, la bicicleta y la iguana, y la pradera con las flores rojas y amarillas seguía allí. El sol asomaba detrás de las montañas, y, a pesar de que el astro nunca salía por ese lado, Lindsey lo agradecía. Le guardaba rencor porque no se estaba quieto y sólo le daba un momento de respiro: cuando le pasaba justo por encima y ella se quedaba sin sombras. Ninguna de las dos. Todo lo que le había pertenecido solamente a ella estaba en el interior de Lindsey, donde tenía que estar.

A dos o tres kilómetros de distancia se veía algo, tal vez un afloramiento de rocas. La iguana cabía cómodamente en el cesto de la bicicleta y la mochila no pesaba demasiado. No se veía ni rastro de ninguna persona por ninguna parte, pero estaba segura de que si se empeñaba y no se le pinchaba una rueda, tarde o temprano toparía con el equivalente de allí de un bar. Y si no había bares, siempre podía esperar un tiempo para ver a quién se le ocurría la maravillosa idea de abrir uno.

AGRADECIMIENTOS

Ojalá supiera dar las gracias, tal como se merecen, a las siguientes personas. Gracias a mi familia: mi madre, Annabel Link; mi hermana Holly y mi hermano Ben. A mi padre, Bill, y a mi madrastra, Linda Link. Muchas gracias por su hospitalidad y los ánimos a la familia de Gavin: Eugene y Rosemary, los MacArthur, los McClay y los Grant. Estoy en deuda con Christopher Rowe y con Gwenda Bond por sus historias de fantasmas. Con Richard Butner, Sycamore Hill y los diferentes talleres de Clarion por ¡el espacio! y ¡el tiempo! Gracias a Kate Eltham y a Robert Hoge. A Cassandra Clare y a Joshua Lewis por una esclarecedora conversación sobre los pantalones del mal. A Fleur y a David Whitaker por el uso de sus nombres. Ada Vassilovski y Peter Kramer y Jack Cheng y Barbara Gilly. Gracias a Karen Joy Fowler, Sarah Rees Brennan, Delia Sherman, Ellen Kushner, Libba Bray, Elka Cloke y Sarah Smith por leer los primeros borradores y a Sean por proponerme que escribiese un nuevo tipo de relato. Gracias a Peter Straub por sus historias. Gracias a David Pritchard, Amanda Robinson y Holly Rowland por las conversaciones sobre programas de televisión. Gracias a los doctores, enfermeras y especialistas en terapia respiratoria de la UCI neonatal de Baystate, del hospital infantil de Boston y del Franciscan Hospital for Children. Gracias a Holly Black, que todo lo ve y todo lo sabe, por su vista de lince y su cabeza de escritora, y por rescatarme de los agujeros en los que había caído. Gracias a mis traductores, en especial al maravilloso Motoyuki Shibata y a Debbie Eylon. Gracias al Banff Centre for the Arts por proporcionarme una mesa, unos cuantos alces, un oso y conversación. Gracias a los editores con los que he tenido la fortuna de trabajar, entre ellos Ellen Datlow, Rob Spillman, Brigid Hughes, Francis Bickmore, Stephanie Perkins, Gwenda Bond, Yuka Igarishi y Deborah Noyes. Gracias a Taryn Fagerness. Gracias a Renee Zuckerbrot, la mejor agente del mundox, y a Molly Bean, la mejor *dachshund*. Gracias a mi fantástico editor, Noah Eaker, por sus cuidados, su sabiduría y su entusiasmo. Gracias a Caitlin McKenna, Susan Kamil y al equipo completo de Random House. Por último, mucho amor y muchas gracias a Gavin J. Grant y a Ursula Grant. He escrito unas cuantas historias para vosotros.

A mí no me engañas

Kelly Link

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Get in Trouble*

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta

© de la ilustración de la portada, Csa Images

© Kelly Link, 2015

Publicado por Random House

Publicado de acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-322-2528-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com